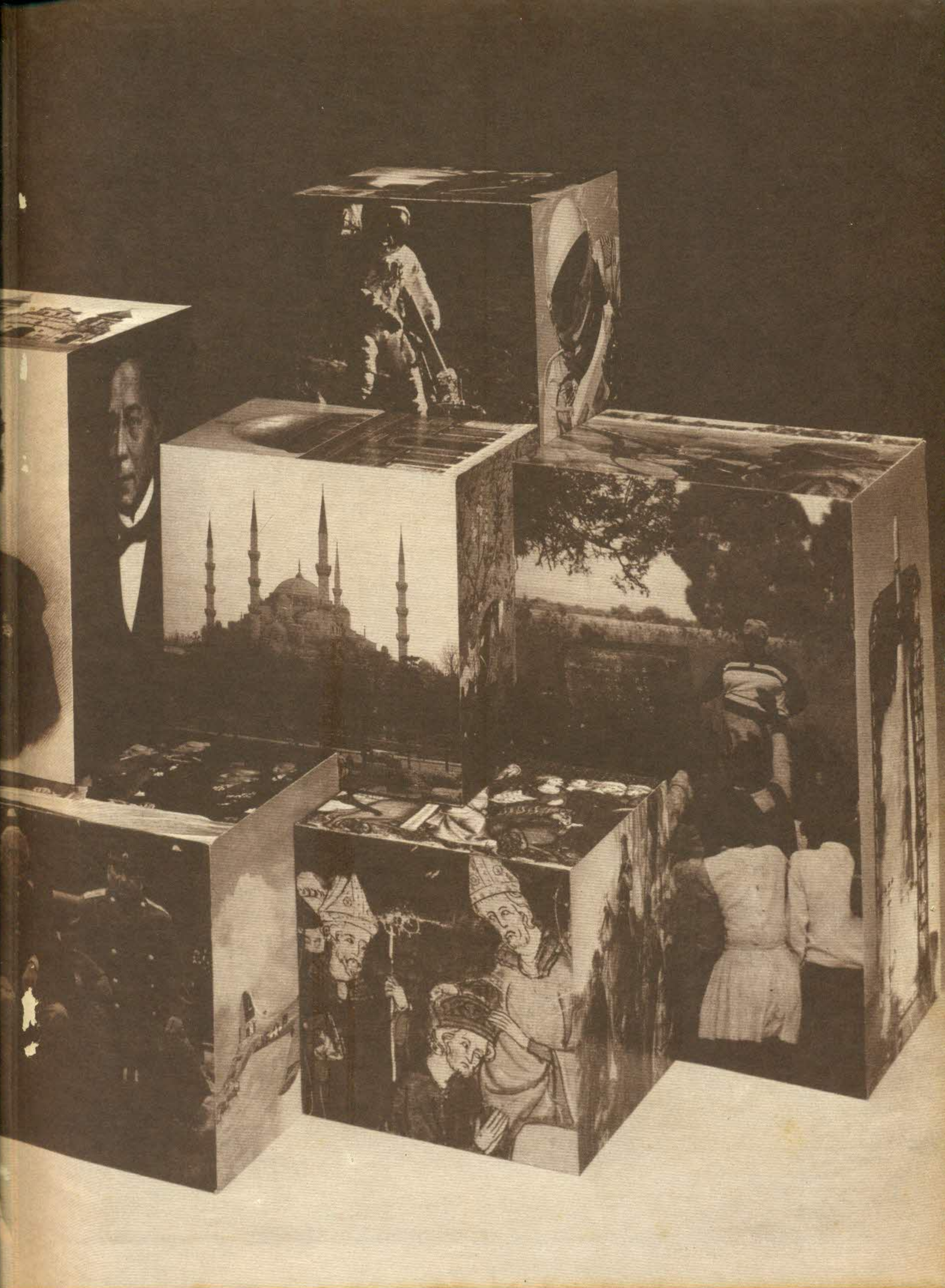

HISTORIA UNIVERSAL
EL TRÁNSITO
A LA EDAD MODERNA
10

HISTORIA UNIVERSAL

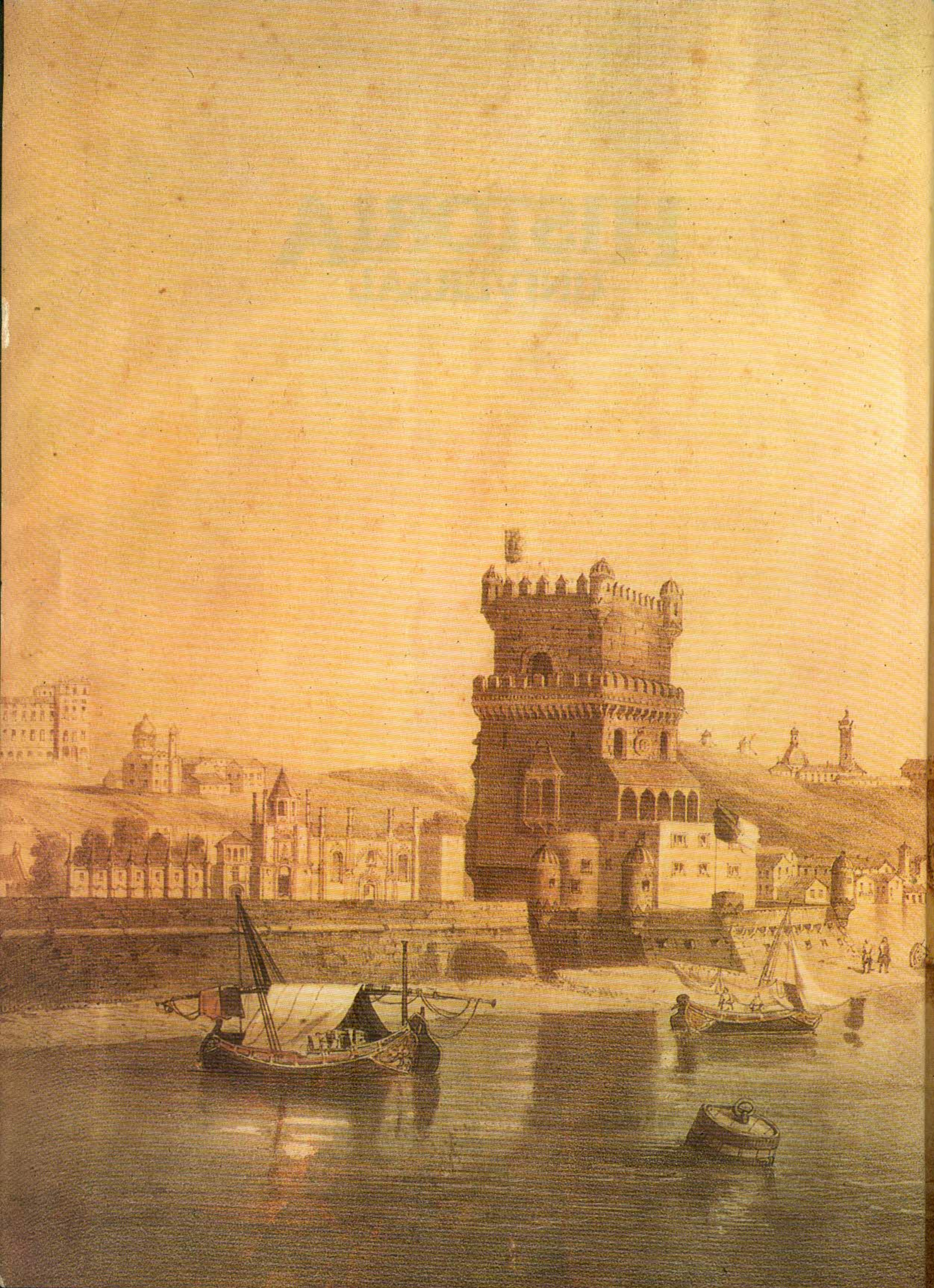


EL TRÁNSITO A LA EDAD MODERNA





HISTORIA UNIVERSAL



EL TRÁNSITO A LA EDAD MODERNA

EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Alinari, Florencia; Archivo Nauta, Barcelona; Chester Beatty Library, Dublín; Bibliothèque Nationale, París; Bibliothèque Publique et Universitaire, Ginebra; British Museum, Londres; Casa Real Británica, Londres; CIRI, Barcelona; Elsevier, Amsterdam; Werner Forman Archive, Londres; Frick Collection, Nueva York; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Sonia Halliday Photographs, Weston, Turville; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Robert Harding Associates, Londres; John Hillelson/Magnum-Georg Gerster; Michael Holford, Londres; Luc Ionesco, París; Larousse, París; Mansell Collection, Londres; Marquis of Northampton; Marquis of Salisbury; Metropolitan Museum of Art, Nueva York; Mulero, Barcelona; Musées Royaux des Beaux Arts de Belgique, Bruselas; Museo Naval, Madrid; National Gallery of Art, Washington; National Maritime Museum, Londres; National Portrait Gallery, Londres; National Scheepraartmuseum, Antwerp; Newport News, Virginia; Roger-Viollet, París; Royal Academy of Art, Londres; Royal Library of Copenhagen; Scala, Florencia; Snark International, París; Staatliche Museen zu Berlín; Studio Hachette, París; Thames and Hudson, Londres; Weidenfeld and Nicolson, Londres.

© 1982, EDICIONES NAUTA, S.A.
Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0763-5 (vol. X)
Depósito legal: M-6682-1982 (Vol. 10)
Impreso en España - Printed in Spain
11941

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:

Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:

Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:

Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferrán Hernández
Joaquín Palau
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó
Isabel Ruiz de Villa

Cartografía: Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico,* que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA



RENACIMIENTO Y REFORMA

Introducción



Los últimos años del siglo XV, y el siglo XVI, constituyen un período fascinante. Y esto es así no sólo por los grandes movimientos intelectuales, artísticos, religiosos y económicos que en él tuvieron lugar, sino porque es el primer período de la historia que puede ser analizado con rigor metodológico.

Fue una época en que hubo gente que expresó sentimientos muy parecidos a los nuestros. El dominio de las técnicas realistas en la pintura y en la escultura nos han permitido conocer sus rostros, sus casas y sus ciudades. La correspondencia personal, el nuevo hábito de escribir autobiografías y la imprenta, han facilitado la investigación posterior.

Los sabios y los artistas fueron cada vez más conscientes de que sus éxitos debían de ser medidos en relación a los de las antiguas civilizaciones griega y romana. Al mismo tiempo, los europeos, que sufrieron invasiones desde el este y se vieron amenazados desde el norte de África y por los turcos, ampliaron su conocimiento y dominio del mundo a través de grandes viajes y descubrimientos. Los comerciantes y los colonizadores llegaron al sur de África, a América, a la India, a Indonesia y a Japón. La ampliación de conocimientos, con las oportunidades que éstos comportaron, fue el tributo a la imaginación y al valor de los hombres.

La gente de aquella época vivió también un período de cambios religiosos. Desde la adopción del cristianismo en Europa, los hombres estaban comprometidos en un profundo replanteamiento de la naturaleza del culto y de la significación de la religión en la vida cotidiana.

Fue una etapa de notables individualidades políticas –Enrique VIII, Carlos I y Francisco I–, de artistas como Leonardo y Miguel Ángel, y de escritores cuyos nombres crearon corrientes del pensamiento, como Maquiavelo. En política se asiste al cambio propiciado por las guerras dinásticas. Europa se convierte en un gran campo de batalla, en el que los Habsburgo y los Valois implican a las restantes naciones occidentales en sus luchas. Italia, cuya cultura la convierte en una espléndida y tentadora presa, fue víctima de campañas como nunca en la historia anterior.

Italia no era todavía un país unificado. La península estaba formada por unos estados mutuamente recelosos, que convivían de modo turbulento, e incapaces de constituir uniones duraderas con las que defenderse de Francia, Alemania y España. A pesar de todo, esa falta de unidad produjo una diversidad extraordinaria que posibilitó la cultura del Renacimiento. A mediados del siglo XVI sólo Venecia y los Estados Pontificios gozaban de plena libertad. Milán y Nápoles dependían de España, y Florencia se había visto obligada a cambiar su República por un ducado gobernado por los Médicis, que dependía de España. Así nació la leyenda de que Italia tuvo que morir para que el resto de Europa pudiera vivir.

Sin embargo, el análisis desautoriza esta leyenda. La «libertad» bajo la República florentina tenía poco que ver con la democracia, aunque el primer gobierno de Cosme, primer duque de Toscana, fue bastante beneficioso para sus súbditos. Venecia, con un poder en expansión, nunca fue destruida por la guerra ni superada comercialmente por nadie.

Asimismo, los Alpes no fueron una barrera infranqueable para la transmisión del humanismo y de las ideas artísticas hacia el resto de Europa. En el siglo XVI, Italia era una de las potencias culturales más importantes de Europa, y los poetas Ariosto y Tasso tuvieron una influencia mayor que Petrarca y Boccaccio, lo mismo que los pintores Andrea del Sarto y Tiziano, si los comparamos con Masaccio y Botticelli. De igual modo, el arquitecto Palladio superó a Brunelleschi.



El Renacimiento

El concepto «Renacimiento» puede ser interpretado de modo diverso. A menudo sirve para identificar los siglos XV y XVI de la historia de Europa. Otras veces es aplicado, de manera más precisa, al movimiento literario de aquel mismo período. Esta doble utilización ha llevado a confusión, implicando que todo lo que sucedió en el período del Renacimiento debe considerarse como el movimiento cultural genuino de la época.

La palabra «Renacimiento» significa «volver a nacer» y fue empleada por vez primera por el historiador francés Jules Michelet en 1855. Pero la idea de un renacimiento cultural fue ya expresada por un buen número de autores italianos del siglo XIV y XV, quienes al asumir que la caída del Imperio romano fue seguida por siglos de barbarie, creyeron que eran testigos de una gran revitalización de la literatura y de las artes.

Boccaccio escribía en 1350 que el pintor Giotto (1266-1337) «ha recuperado la luz con su arte; luz que durante siglos había sido sepultada por los errores de quienes pintaban para complacer los ojos de los ignorantes sin satisfacer la inteligencia de los expertos».

También elogiaba a Dante (1265-1321) por haber recuperado la poesía para la vida. La idea de «renacimiento» pronto se extendió a la escultura, a la arquitectura y al saber en general. Lorenzo Valla escribió:

«No sé por qué la artes consideradas liberales —pintura, escultura, arquitectura— han sufrido tan larga y gran decadencia, y, junto a la literatura, han estado a punto de desaparecer. Tampoco conozco la razón por la que hoy se han recuperado, proporcionando excelentes artistas y escritores».

Arriba, concierto en una taberna; pintura de la escuela flamenca del siglo XVI, cuando reinaban Francisco I en Francia y Carlos V en España. La alegría de vivir, la música y el teatro caracterizan al Renacimiento. (Musée Carnavalet, París.)

Página anterior, Juliano de Médicis (joven moreno rodeado de fieles), en la Adoración de los Magos *(1475) de Sandro Botticelli. Los Médicis, negociantes y gobernantes, fueron también grandes mecenas. (Galleria degli Uffizi, Florencia.)*



Durante el siglo XIX el Renacimiento tuvo una interpretación más extensa. Michelet lo describió como el «descubrimiento del mundo y el descubrimiento del hombre», y en 1860 Jacob Burckhardt, historiador suizo, analizó el «espíritu» del Renacimiento en su clásica obra *La civilización del Renacimiento en Italia*, argumentando que fue en Italia donde el hombre fue consciente por primera vez de su individualidad, y ello a causa del despotismo imperante en el sistema político. Cuando este individualismo se combinó con la idea de «Naturaleza», surgieron el «hombre universal del Renacimiento» italiano y las nuevas fuerzas motrices del progreso. Sin embargo, el individualismo condujo también a los italianos hacia el escepticismo.

Burckhardt pertenecía a una escuela de historiadores que preferían analizar los hechos aisladamente, considerándolos como poseedores de una naturaleza única y peculiar. De este modo el Renacimiento era para él un fenómeno aislado. Otros historiadores del siglo XIX buscaron nexos de unión entre causas y efectos. A medida que fueron conociéndose las obras de los eruditos medievales quedó claro que el concepto de «un renacimiento cultural» situado estrictamente en el siglo XIV era falso, pues la cultura no desapareció con el Imperio romano. Se afirmó que la civilización medieval era deudora de toda la Antigüedad, que el arte medieval no era tan absurdo como Vasari imaginó, que la Edad Media no había estado constreñida por la uniformidad religiosa, y que por consiguiente, podía hablarse ya de «renacimiento» en el siglo XII, bajo Carlomagno.

Los especialistas estuvieron de acuerdo en reconocer que el Renacimiento era básicamente una revolución intelectual que comenzó en Italia durante el siglo XIV, y que se caracterizó por la formulación de una nueva pedagogía —las humanidades— capaz de preparar a los jóvenes para una existencia activa al servicio de la comunidad. El medio para lograrlo era el latín, purificado de los barbarismos medievales a través del estudio de los escritores clásicos. El estudio de los antiguos manuscritos se convirtió en algo esencial. Las humanidades eran la gramática, la retórica y el estilo, la literatura, la filosofía y la historia. Y los que impartían tales conocimientos no eran simples educadores —los humanistas—, sino que escribían para plantear problemas morales que fueron de dominio público. Algunos adoptaron una filosofía neoplatónica que situaba al hombre en el centro del universo, y las artes visuales reflejaron inevitablemente este movimiento filosófico.

El Renacimiento comenzó en Italia probablemente debido a las condiciones específicas que existieron en ese país durante la Edad Media. Tales condiciones incluían: ausencia de monarquías feudales poderosas; gran importancia de la vida urbana; preponderancia del derecho romano; amplia utilización del latín por el pueblo llano, y conservación de los edificios antiguos.

El Renacimiento florentino

Podemos decir que el Renacimiento se inició en Florencia, en el siglo XIV. Durante muchos años la gente creyó que la felicidad sólo podía alcanzarse mediante el abandono de este mundo y de sus riquezas. Sin embargo, los florentinos aplicaron una filosofía de la vida diferente. Demostraron que una vida activa y la posesión de riquezas no eran incompatibles con la virtud.

Las circunstancias políticas tuvieron gran importancia en aquel despertar. Desde 1385 a 1440, Florencia fue una ciudad prácticamente sitiada, pues durante cerca de veinte años tuvo como principal enemigo a Gian Galeazzo Visconti, duque de Milán, que murió en 1402. La amenaza de Milán fue sustituida luego por la de Ladislao, rey de Nápoles, y tras su muerte, acaecida en 1412, Florencia tuvo que hacer frente de nuevo a otro duque milanés, Filippo María Visconti. Estos enemigos eran duques y reyes, en tanto que Florencia era una República. Sin embargo, aunque su constitución era básicamente democrática, estaba gobernada por una oligarquía de los mercaderes más importantes, pertenecientes a las siete cofradías principales. Los enemigos de Florencia valoraban el Imperio romano como una época dorada, y Gian Galeazzo Visconti creía que la paz dependía del gobierno de un hombre fuerte.

Florencia se convirtió en centro del Renacimiento humanista en el transcurso de la lucha contra Milán y Nápoles, pues el movimiento literario y cultural cobró dimensiones políticas. Los estudiantes y maestros de retórica estaban muy bien dotados para el análisis político. Coluccio Salutati, canciller de Florencia en 1375, escribió innumerables cartas y manifiestos en favor de la ciudad, calificándola de «baluarte de la libertad» frente a la opresión de los déspotas. Su labor fue tan efectiva que Gian Galeazzo Visconti consideró que su pluma era más peligrosa que un destacamento de caballería.

El ejemplo de Salutati fue seguido por su discípulo Leonardo Bruni, nombrado canciller en 1427. En una de sus obras señala que el amor a la libertad de los florentinos se inspira en la República romana. Bruni aplicó al estudio de la historia los métodos de la crítica de textos desarrollados por los humanistas. Imitó a Livio





en su extensa *Historia del pueblo florentino*, utilizando numerosos archivos.

El importante papel desempeñado por la política planteó la dualidad entre vida contemplativa y vida activa. Mientras Petrarca compartía la preferencia por la contemplación, Bruni aseguraba que el hombre «sólo alcanza la perfección en la comunidad política». Pero ambos criterios se fusionaban. La cultura se hizo activa y se expandió. Los primeros humanistas no fueron todos eruditos o escritores profesionales. Algunos eran coleccionistas de libros como Niccolo Niccoli, cuya biblioteca contenía más de 800 volúmenes, formada con la ayuda de la banca Médicis, y a su muerte pidió que fuera accesible al público.

El humanismo estuvo limitado a un pequeño sector de la población florentina, pero el arte y la arquitectura se expandieron ampliamente. El mecenazgo de la arquitectura fue compartido por el gobierno comunal y las grandes cofradías comerciales, a veces compitiendo entre sí. Las estatuas de bronce de Ghiberti y Donatello, que ornamentaron las fachadas de Orsanmichele, y la cúpula de la catedral de Brunelleschi, fueron el resultado de aquella competencia. Las grandes familias de Florencia encargaron la decoración de sus capillas privadas a los grandes artistas. Los frescos que encargó Felice Brancacci a Masolino y a Masaccio para la capilla familiar en Santa María del Carmine, señalan el apogeo de la pintura renacentista.

Arriba, La Anunciación, *pintada por Sandro Botticelli a finales del siglo XV. Muestra del énfasis del artista en dar en sus cuadros una visión con estilo propio. (Galleria degli Uffizi, Florencia.)*

Página anterior, arriba, Juliano de Médicis *(1479-1516), que restauró Florencia y fue mecenas de Miguel Ángel. Pintura de Sandro Botticelli. (Staatliche Museen, Berlín.)*

Página anterior, abajo, nave central de la basílica de San Lorenzo, de Florencia, en la que destaca la gran claridad y pureza de líneas, realizada por Filippo Brunelleschi entre los años 1421 y 1428.







Hacia 1420 se desarrolló en Florencia un estilo específicamente renacentista en la pintura, escultura y arquitectura. Masaccio, en lugar de adherirse al estilo pictórico no naturalista de un artista como Gentile da Fabiano, trató de crear la ilusión de un mundo tridimensional mediante una perspectiva que controlaba la luz y modelaba las formas. Donatello fue el responsable de un cambio similar en escultura, mientras que Brunelleschi descubrió, mediante el estudio de la arquitectura romana, que la proporción es la clave del diseño arquitectónico. El estilo heroico practicado por estos tres hombres pronto experimentó, sin embargo, notables transformaciones.

Después de la muerte de Masaccio en 1427, el estilo de Donatello evolucionó hacia una mayor expresividad, basada en una extrema delineación de las formas, los gestos y de las expresiones faciales. En arquitectura, Brunelleschi desarrolló un estilo clásico plasmado en su Hospital de la Inclusa (1419). En la segunda mitad del siglo XV la pintura florentina se caracterizó por la perfección de las formas. Mientras que algunos artistas, como Pollaiuolo, continuaron adscritos al naturalismo, Botticelli se preparó a abandonarlo buscando la perfección de la armonía lineal.

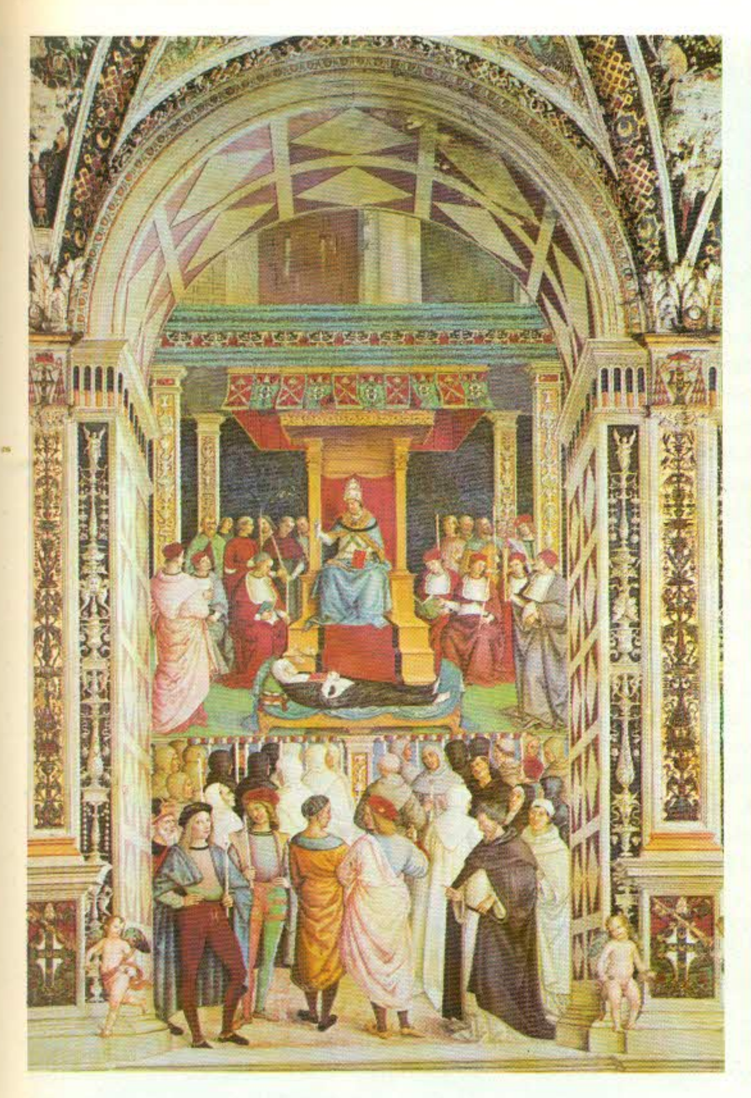
El gran mecenas florentino de la época que Cosme de Médicis, que dominó la vida política de la ciudad desde 1434. Cosme se interesó personalmente por la nueva cultura e hizo reconstruir el convento de San Marcos, dotándolo con una gran biblioteca. Su palacio, diseñado por Michelozzo, sirvió como modelo a las casas edificadas por los patricios florentinos a finales de siglo.

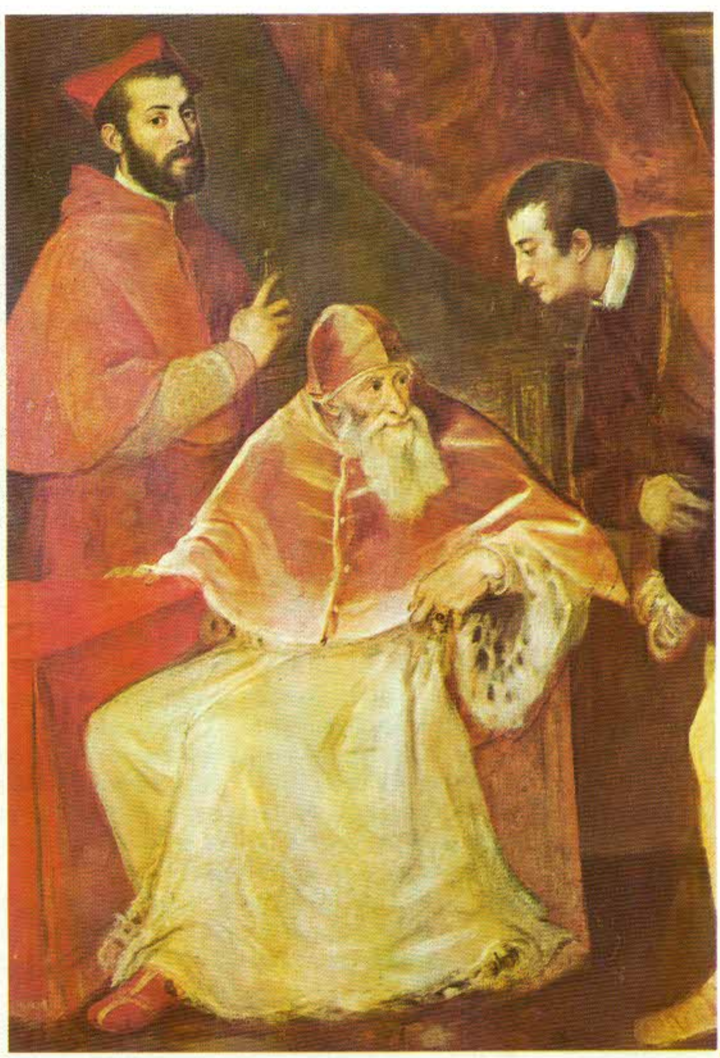
El Renacimiento se asocia a menudo con Lorenzo de Médicis «el Magnífico», hombre de letras y coleccionista de obras de arte antiguas, aunque en sus proyectos arquitectónicos no destacó como otros patricios. Lorenzo gobernó Florencia tras el fracaso de la conspiración de Pazzi, en 1478. Este cambio en el clima político tuvo consecuencias filosóficas, pues la decadencia de las instituciones republicanas y de los valores cívicos motivó que los hombres cultos adoptaran un modo de vida menos activo.

Marsilio Ficino (1433-1499), el principal responsable del renacimiento platónico, creía que el pensamiento filosófico y la perfección moral podían alcanzarse a través de la contemplación. Su escuela, a la que llamó Academia, no era una institución educacional, sino un centro dedicado a perpetuar la memoria de Platón. Sus miembros fueron eruditos profesionales y ciudadanos de primera línea. Con el aumento de la reputación de Ficino, eruditos de otras ciudades pasaron a engrosar este círculo creciente de intelectuales. Entre ellos destaca la personalidad de Pico della Mirandola (1463-1494), cuya filosofía ecléctica, que incluía la cábala y el misticismo judío, buscó la síntesis de los mundos griegos y cristiano.

Paralelamente a las complejas y esotéricas discusiones de la Academia florentina, se desarrolló el humanismo clásico. Su principal exponente fue Politi (1484-1553), que combinó su admiración por la literatura clásica con el uso de la lengua toscana como vehículo de expresión literaria.

En resumen, el Renacimiento florentino fue un movimiento autóctono surgido en unas especiales condiciones políticas. En otras zonas de Italia, donde estas condiciones fueron distintas, el Renacimiento fue importado o impuesto por un gobernante en función de su criterio y para su propia gloria.





El Papado y el Renacimiento

En Roma, el movimiento estuvo estrechamente relacionado con los intereses culturales y el mecenazgo de los papas. Mediante el empleo de humanistas toscanos como Poggio Bracciolini y Leonardo Bruni, el papa Inocencio VII (1404-1406) estableció una importante tradición de sabios latinistas al servicio de la corte papal. Poggio realizó gran número de importantes descubrimientos entre los manuscritos clásicos en las bibliotecas de los grandes monasterios europeos. Asimismo, estuvo interesado en las antigüedades de Roma y llegó a poseer una colección de esculturas e inscripciones antiguas.

En los primeros años del siglo XV, Roma era una ciudad decadente, pero el papa Martín V (1417-1431) emprendió un programa de reconstrucción, proseguido por sus sucesores con más o menos constancia.

Un importante acontecimiento bajo el papado de Eugenio IV (1431-1447) fue la celebración de un Concilio para reunificar las Iglesias griega y romana. El primer encuentro tuvo lugar en Ferrara, trasladándose después a Florencia, y atrajo hacia Italia a eruditos griegos como el cardenal Bessarion (1403-1472), que decidió permanecer el resto de sus días en Roma. Fue un gran coleccionista de libros, donándolos a Venecia, donde aún se conservan en la Biblioteca de San Marcos. Sin embargo, en el Renacimiento el griego no fue considerado tan importante como el latín, lengua valorada como universal por Lorenzo Valla en su *Ellegantiae.* Valla, como humanista, demostró también que la *Donación de Constantino,* documento en el que se basaba el poder temporal del Papado, era falso.

El papa Nicolás V (1447-1455) fue un gran promotor de la paz y estuvo muy interesado en «los libros y edificios». Fundó la Biblioteca del Vaticano y amplió considerablemente la colección de manuscritos. Pío II (1458-1464) fue un humanista que favoreció las artes y las letras romanas, mientras que su sucesor Pablo II (1464-1471) receló abiertamente del estudio de los clásicos.

Por otra parte, los miembros de la Academia romana, un grupo de hombres cultos que se reunían en casa del maestro

Arriba, izquierda, Enea Piccolomini *(Pío II)* canoniza a santa Catalina de Siena, *fresco del Pinturicchio. (Libreria Piccolomini, Duomo, Siena).*

Arriba, derecha, retrato de Pablo III con sus sobrinos Octavio Farnesio y el cardenal Alejandro Farnesio, obra de Tiziano Vecellio. (Museo Nazionale di Capodimonte, Nápoles.)

Página anterior, izquierda, arriba, El sacrificio de Isaac, *artesón de bronce (1402), de Lorenzo Ghiberti. (Museo Nazionale del Bargello, Florencia.)*

Página anterior, izquierda, abajo, busto de Lorenzo de Médicis (siglo XV) por Verrocchio. (National Gallery of Art, Washington.)

Página anterior, derecha, Cosme el Viejo de Médicis, vuelve a Florencia del exilio, *por Giogio Vasari. (Palazzo Vecchio, Florencia.)*

de retórica Pomponio Leto, fueron acusados por el papa de mantener creencias heréticas y paganas. Pero Pablo no fue enemigo del Renacimiento. Coleccionó antigüedades, medallas, monedas, construyó el Palazzo Venecia, la logia de San Pedro y un nuevo puente sobre el Tíber, prestando su apoyo a la Biblioteca del Vaticano y a la Universidad. La introducción de la imprenta en Italia durante su pontificado facilitó la producción de nuevas ediciones y comentarios de los clásicos.

El pontificado de Sixto IV (1471-1484), aunque dominado por el nepotismo, fue culturalmente uno de los más brillantes. Se comenzó la Capilla Sixtina y Roma tuvo nuevas calles, puentes y plazas. Signorelli, Botticelli, Perugino y Mantegna fueron algunos de los artistas y artesanos que acudieron a Roma provenientes de Florencia y de otras partes de Italia.

Toda esta actividad fue continuada por el papa Borgia, Alejandro VI (1492-1503), a pesar de su veleidoso pontificado. Julio II (1503-1513) fundó la nueva basílica de San Pedro de Bramante, diseñada y decorada en Belvedere con las estatuas y antigüedades encontradas en las excavaciones. Rafael fue el encargado de decorar la Stanze della Segnatura, y Miguel Ángel realizó la tumba del papa y decoró el techo de la Capilla Sixtina. El Renacimiento romano alcanzó su punto máximo bajo un papa Médicis, León X (1513-1521). La construcción de edificios, privados o papales, continuó a un nivel sin precedentes. La pintura y la arquitectura estuvieron representadas por importantes artistas. Bembo y Sadoleto escribieron elegantes epístolas desde la cancillería papal, y la Biblioteca Vaticana continuó aumentando bajo la tutela de sucesivos patrocinadores.

Nápoles y Milán

El Renacimiento de Nápoles, aunque comparativamente más breve, también tuvo importancia. Debió su impulso a Alfonso V, durante cuyo reinado las tradicionales luchas entre la nobleza casi desaparecieron, mejorándose la economía. Entre los humanistas que disfrutaron del patrocinio real estaba Lorenzo Valla (1407-1457). La tradición cultural fue mantenida por el hijo de Alfonso, Fernando, patrocinador de una de las bibliotecas más importantes de Italia.

La principal figura del Renacimiento napolitano fue el humanista Giovanni Pontano (1426-1503), que fue además funcionario civil y diplomático. Como poeta, en latín sólo fue superado por Sannazaro (1456-1530). El único gran pintor que trabajó en el sur de Italia durante el siglo XV fue Antonello da Messina (1430-1479), artista totalmente aislado de la corriente florentina. En realidad, estuvo más próximo a los pintores franceses y flamencos de la época, aunque no existan datos de posibles viajes a Flandes.

Muchas veces se ha argumentado que las artes liberales sólo pueden desarrollarse en un contexto de libertad política, y los propios florentinos contribuyeron a reforzar este argumento. Sin embargo, fue bajo el despótico Gian Galeazzo Visconti (1347-1402) que los milaneses sintieron el impacto del Renacimiento. Se lanzó un espectacular programa de edificación, y la Universidad de Pavía tuvo un gran soporte oficial, convirtiéndose en un importante centro para el estudio de las leyes. El Renacimiento milanés está asociado especialmente con Ludovico Sforza el Moro, duque en 1494. Su mecenazgo lo impulsó su esposa Beatrice d'Este, y Leonardo da Vinci y Bramante fueron los artistas más distinguidos de la corte. Un contemporáneo escribió: «La corte rebosaba de hombres de gran talento, especialmente músicos y poetas. No pasaba un mes sin que se estrenasen églogas, comedias o tragedias».

Este brillante período se interrumpió con la muerte de la duquesa Beatrice, en 1497, y con la ocupación francesa del ducado en 1500.

Ferrara, Mantua y Urbino

El desarrollo cultural del Renacimiento exigió una labor de teorización de sus propios fundamentos. Las figuras clave fueron, en tal sentido, dos grandes maestros, Guarino da Verona y Vittorino da Feltre. Ambos estudiaron latín en Padua en los últimos años del siglo XIV, y finalmente fundaron escuelas asociadas a las cortes principescas.

Vittorino enseñó en la corte de Gonzaga desde 1373 a 1446, y Guarino en la de Ferrara desde 1429 a 1460. Sus discípulos eran hombres jóvenes y de mediana edad, pobres o nobles. El propósito de sus enseñanzas era impulsar el desarrollo integral del individuo a través del estudio de los clásicos y de una combinación de instrucción física y moral.

Entre los discípulos de Guarino y Vittorino hubo tres grandes mecenas del Renacimiento: Leonello d'Este, duque de Ferrara (1441-1450), Ludovico Gonzaga, duque de Mantua (1444-1478), y el más conocido de todos, Federico de Montefeltro, duque de Urbino (1444-1482).

Con Leonello d'Este, Ferrara se convirtió en un gran centro de la poesía italiana. Ariosto (1474-1533), autor del *Orlando Furioso*, considerado como «el poema más perfecto del Renacimiento italiano», permaneció gran parte de su vida en esa ciudad. En la última mitad del siglo XVI la tradición literaria fue continuada por Tasso (1544-1595).

Ludovico Gonzaga implantó el ideal artístico del Renacimiento en Mantua. El arquitecto florentino León Battista Alberti (1404-1472) diseñó las iglesias de Santa Andrea y San Sebastián, y además de sus hazañas —se ha dicho que podía saltar por encima de un hombre puesto en pie con los dos pies juntos—, escribió un tratado de pintura y otro de arquitectura basado en Vitruvio. Pero Alberti no fue sólo un teórico. Con su mente imaginativa y creadora diseñó la iglesia de San Sebastián, motivando la perplejidad de un cardenal: «No soy capaz de distinguir si esto será una iglesia, una mezquita o una sinagoga». Ludovico fue también el mecenas del pintor Andrea Mantegna (1430-1506), cuyo austero clasicismo proporcionó el nexo de unión entre la pintura de Donatello, en Florencia, y la de Giovanni Bellini, en Venecia.

El Renacimiento en Mantua continuó con el duque Francesco II (1484-1519), cuya esposa, Isabella d'Este, mereció las alabanzas de los escritores más famosos de la época por su clarividente ayuda a la poesía y al teatro. En 1524 el duque Federico invitó al discípulo de Rafael, Giulio Romano, a que realizara su trabajo en Mantua. Éste llevó a cabo la desecación de las tierras pantanosas, reconstruyó numerosos edificios y edificó el Palazzo del Té, según el estilo manierista ya latente en los principios clásicos de los primeros arquitectos del Renacimiento.

Federico de Montefeltro es muy conocido por su célebre perfil con la nariz rota pintado por Piero della Francesca. En el transcurso de su reinado (1444-1482) consolidó y triplicó el tamaño del ducado de Urbino, que no obstante continuó siendo uno de los más pequeños de Italia. Como *condottiero* fue sumamente apreciado por su honradez y prudencia, aunque se le recuerda sobre todo por la transformación de Urbino en uno de los principales centros culturales de Europa. Su biblioteca no tuvo parangón.

El duque fue un latinista competente que brindó su apoyo a los estudios del griego y del humanismo latino, y su sensibilidad arquitectónica se plasmó en el magnífico palacio de Urbino, diseñado por Luciano di Laurana. Según Castiglione, que eligió Urbino como escenario de su delicioso *Libro de un cortesano* (1528), el palacio estaba tan bien dispuesto que «no parecía un palacio, sino una ciudad en forma de palacio».



Cortejo de los Reyes Magos, *con la figura de Lorenzo el Magnífico (1449-1492), de los Médicis, en primer término. Pintura de Benozzo Gozzoli que muestra la magnificencia de la corte en el Renacimiento florentino. (Palazzo Riccardi, Florencia.)*

Venecia

Las ideas del Renacimiento tuvieron su último reducto en Venecia. A finales del siglo XV la ciudad era ya un importante centro de comercio de libros. Aldus Manutius (1450-1515), especialista en textos griegos, fue uno de los más notables impresores de la época. En Venecia el siglo de oro de las artes fue el XVI, cuando la pintura estuvo representada por Bellini, Giorgione, Tiziano, Tintoretto y El Veronés, y la arquitectura por Sansovino y Palladio.

La ciudad también tuvo una gran importancia para la música. El calendario veneciano estuvo repleto de grandes celebraciones religiosas y civiles en las que el dux y el Senado iban en procesión a la basílica de San Marcos, donde la música era ofrecida a través de dos órganos y dos coros. El gran músico de Venecia fue Claudio Monteverdi, que llegó allí desde Mantua, en 1611, para supervisar la ejecución de sus *Vísperas*.

Leonardo da Vinci

Los dos artistas más sobresalientes del Renacimiento son Leonardo da Vinci (1452-1519) y Miguel Ángel (1475-1564).

Leonardo demostró desde su infancia un gran talento, y su padre, un abogado florentino, le puso a estudiar con Verrocchio. En sus primeros trabajos, y especialmente en sus dibujos, Leonardo trataba de adaptar su propia visión con los severos cánones del arte académico de Florencia, es decir, a la elegancia y fantasía de



Botticelli y al naturalismo científico de Verrocchio.

En 1482 llegó a Milán recomendado al duque como ingeniero militar. Los primeros cuadernos contenían numerosos dibujos de artilugios de guerra. La arquitectura también le interesó, aunque sus diseños de iglesias cupuladas no fueron llevados a la práctica. Realizó gran número de anotaciones sobre pintura y numerosos estudios del cuerpo humano.

En el ámbito del retrato y en el de la supervisión de pequeños proyectos de ingeniería, Leonardo emprendió dos importantes trabajos patrocinados por el duque de Milán: una estatua ecuestre de Francesco Sforza y el mural de *La Santa Cena*, en el refectorio de Santa Maria delle Grazie. Realizó un modelo a escala real de la estatua en arcilla, en 1493, pero el monumento no fue acabado. *La Santa Cena*, a pesar de las pésimas condiciones en las que se encuentra, es un testimonio del genio y la inventiva de Leonardo. Otros pintores habían tratado ya el tema, pero la obra de Leonardo expresa en imágenes el dramático momento en que Cristo dice «uno de vosotros me traicionará».

En 1500, Leonardo regresó a Florencia y durante los cinco años siguientes pintó la *Mona Lisa*, esposa de un oscuro ciudadano florentino. En su famosa sonrisa, Leonardo consiguió el objetivo de captar y fijar la complejidad de la vida interior. A su regreso a Milán, en 1508, estuvo al servicio del gobernador francés Charles d'Amboise. Tras la expulsión de los franceses en 1512, Leonardo fue a Roma, pero el ambiente de la ciudad le desagradó y se retiró a una melancólica soledad hasta que, en 1516, aceptó la invitación de Francisco I para residir en Francia, donde murió tres años después.

Miguel Ángel

Miguel Ángel era hijo de un noble florentino empobrecido. Tras servir de aprendiz en el estudio del pintor Ghirlandaio, frecuentó la escuela de escultura de Lorenzo de Médicis, bajo la guía de Bertoldo, realizando una serie de trabajos que trataban de rivalizar con los de la Antigüedad. En 1496 fue a Roma y realizó su primera obra maestra, la *Pietà*, que abrió nuevas perspectivas a la escultura al combinar dos estatuas de mármol de tamaño natural en un solo conjunto. Tras regresar a Florencia en 1501, esculpió su famoso *David*, máxima expresión del naturalismo florentino del siglo XV. En esa misma época pintó *La Sagrada Familia*.





En 1504, la República florentina le encargó un gran fresco en el Palazzo Vecchio que representara un episodio de la guerra de Pisa, en el que supo captar la gran variedad de movimientos del cuerpo humano. Miguel Ángel fue el primer artista que mostró el cuerpo humano en todo su dinamismo.

A continuación, Julio II le encargó que construyese su tumba, proyecto que le ocupó cerca de cuarenta años, y que compartió con la decoración de la cúpula de la Capilla Sixtina. A pesar de las difíciles condiciones de su trabajo, terminó esa «tremenda sinfonía bíblica» en un tiempo relativamente corto. El diseño original de la tumba de Julio II nunca fue acabado y Miguel Ángel sólo realizó la imponente estatua de Moisés que podemos admirar en la actualidad.

La carrera arquitectónica de Miguel Ángel comenzó en 1520 con la capilla de San Lorenzo en Florencia, en la que la arquitectura y la escultura se complementan mutuamente. Mediante un tratamiento poco ortodoxo de los temas clásicos, preparó el camino al estilo barroco. La cúpula de San Pedro fue uno de sus más notables trabajos. *El Juicio Final*, situado en los muros que rodean el altar de la Capilla Sixtina, marcó las pautas del arte italiano en el siglo siguiente.

El Renacimiento fuera de Italia

El Renacimiento italiano no se desvinculó de Europa. Roma era el centro del cristianismo, y las universidades de Padua, Bolonia y Salerno –por mencionar sólo unas cuantas– fueron famosas por sus estudios de leyes y medicina. Así pues, hubo un tráfico continuo de eclesiásticos y estudiantes entre Italia y los demás países, de modo que el Renacimiento hubiera sido exportado antes o después. Por otra parte, en cada país el Renacimiento se armonizó con los elementos autóctonos. En arquitectura, por citar un ejemplo, elementos clásicos como columnas, pilastras y frontones, fueron añadidos a las fachadas o edificios de estructura gótica. Posteriormente, el clasicismo fue integrándose gradualmente en la arquitectura del norte de Europa. Un compromiso similar

Arriba, izquierda, La Sibila de Cumas *(1512), de Miguel Ángel. (Cappella Sistina, Roma.)*

Arriba, derecha, la Pietà, *esculpida por Miguel Ángel en 1498, en Roma.*

Página anterior, izquierda, autorretrato de Leonardo da Vinci (1452-1519), la personalidad más insigne y completa del Renacimiento italiano.

Página anterior, derecha, La Virgen, santa Ana, Jesús y san Juan Bautista, *cartón realizado al carboncillo, con toques de blanco y claroscuro difuminado, una de las obras del genio versátil de Leonardo da Vinci. (National Gallery, Londres.)*

se estableció en el campo cultural, donde el humanismo se adhirió a la tradición escolástica medieval.

El interés por el Renacimiento apareció en Francia alrededor de 1450, cuando dos italianos, Tifernato y Beroaldo, impartieron sus enseñanzas en París. Asimismo, una imprenta instalada en los sótanos de la Universidad de la Sorbona, comenzó a producir ediciones de textos clásicos y humanísticos. Robert Gaguin fue uno de los primeros humanistas franceses, quien abogaba que el conocimiento y la elocuencia debían estar al servicio de la teología. Esta unión entre humanismo y teología constituyó uno de los rasgos característicos del Renacimiento en los países del norte. En la obra de Jacques Lefèvre d'Étaples (1450-1536) el saber clásico se combinó con el misticismo, aunque sus enseñanzas fueron superadas por las de Guillaume Budé (1468-1540), cuyos trabajos sobre la moneda romana y el *Pandicto* (los cincuenta libros de la ley civil romana que Justiniano ordenó preparar en el siglo VI) fueron tan excelentes como los realizados por autores italianos.

La cuna del humanismo inglés tuvo su morada en los lares del duque de Gloucester, Humphrey, que empleó a secretarios italianos. Destacó como bibliófilo entusiasta, cediendo numerosos libros a la Universidad de Oxford. A finales del siglo XV los principales exponentes del humanismo inglés eran William Grocin, John Colet, Thomas Linacre y sir Thomas More (Tomás Moro) cuya *Utopía* muestra los rasgos básicos del humanismo de aquella época.



El estudio de las antigüedades fue el elemento clave del humanismo alemán. Los eruditos investigaron el pasado alemán que, a su juicio, era tanto o más importante que el de Roma. Mientras Conrad Celtis rescataba los textos que demostraban que los hombres de su país no habían sido unos analfabetos durante la Edad Media, Peutinger coleccionaba antiguas inscripciones germanas. Con la aparición de Lutero, el humanismo se mezcló con la propaganda religiosa y nacionalista en contra de Roma.

España también sintió la influencia del Renacimiento italiano. Antonio de Nebrija (1444-1522) aplicó sus conocimientos a un campo que abarcó desde la historiografía a los estudios bíblicos. El cardenal Cisneros, su patrocinador, fue también el responsable de la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares (1508) y de la publicación de la *Biblia políglota complutense*, cuyo texto se imprimió en hebreo, griego, latín y arameo.

Erasmo de Rotterdam

El máximo representante del Renacimiento fuera de Italia fue Desiderio Erasmo. Hijo ilegítimo de un eclesiástico,



nació en Rotterdam hacia 1469. Aunque no sintió entusiasmo por el arte del Renacimiento, fue filosóficamente la figura clave de su época, constituyendo el nexo de unión entre el movimiento místico, conocido como *Devotio moderna,* que floreció en los Países Bajos durante su infancia, y el resurgimiento de los clásicos en Italia.

Erasmo empezó su vida como monje, pero insatisfecho huyó a París con el pretexto de perfeccionar su teología. En realidad, su interés era el estudio de los clásicos, pero con una determinada finalidad. En su *Enquiridión* o *manual del caballero cristiano* (1501) demostró que los clásicos, la poesía y la filosofía eran tan sólo el preludio de un estudio superior a todos, el de las Escrituras. El objetivo de Erasmo era fusionar el mundo de la Antigüedad con el del cristianismo, y su obra es una muestra de cómo en el norte de Europa el Renacimiento estuvo ampliamente dispuesto al servicio de la religión.

Erasmo, con una correspondencia muy activa, estableció numerosas relaciones con los principales humanistas de los demás países. Viajó a Inglaterra, Francia e Italia, y finalmente se estableció en Basilea, donde su gran edición del Nuevo Testamento apareció en 1516. El prefacio está impregnado del espíritu del Nuevo Saber, según el cual si bien se acepta la doctrina de la caída en el pecado, también se expresa la confianza sin límites en la bondad del hombre y en su capacidad para perfeccionarse.

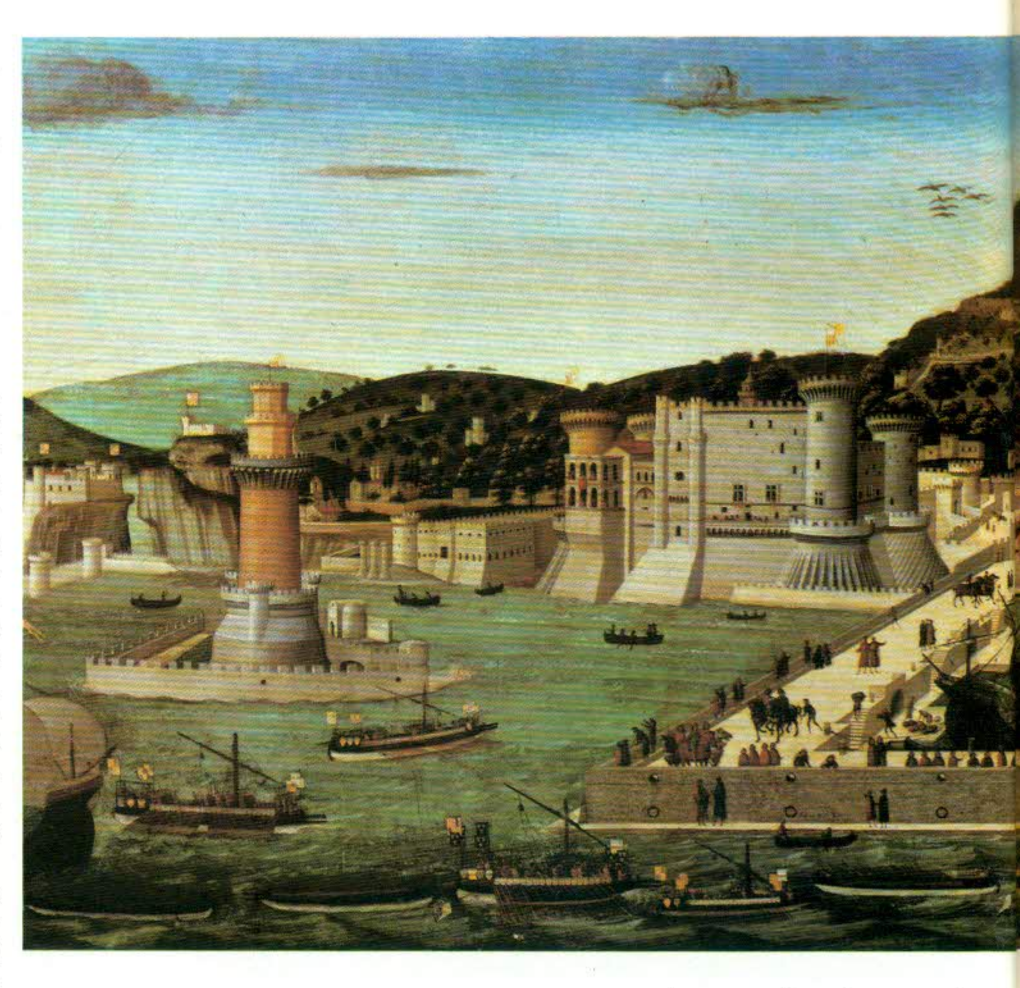
Aunque la salud de Erasmo fue precaria y tuvo graves problemas con el Papado, su producción literaria se mantuvo hasta su muerte en 1536. Su fama residió tanto en sus escritos más distendidos, como el *Elogio de la locura* (1508) y los *Coloquios* (1526), como en sus obras más trascendentes. Satirizó despiadadamente a los monjes ociosos, a los eruditos engreídos y a los papas indignos. En su *Educación de un príncipe cristiano* (1516) estableció los principios en los que debía basarse el «Estado ideal». Y en su predicación de la paz internacional y de la tolerancia mutua, Erasmo reunió un ideario que a menudo ha sido atribuido erróneamente a una época posterior a la suya.

El castillo del Chambord, iniciado en 1519 en la región francesa de Loira y Cher, el mayor y más elaborado de los que se edificaron en el siglo XVI. Los planos fueron diseñados probablemente por el italiano Bernabei Domenico da Cortona, y la realización corrió a cargo del francés Pierre Nepveu por orden de Francisco I.

Página anterior, arriba, retrato de Desiderio Erasmo de Rotterdam (1466-1526), pintado por Hans Holbein el Joven en 1523.

Página anterior, abajo, Baco, estatua esculpida por Miguel Ángel hacia 1447. El genio de este artista le permitió plasmar todo tipo de sentimientos humanos, incluida la embriaguez.

Las guerras italianas



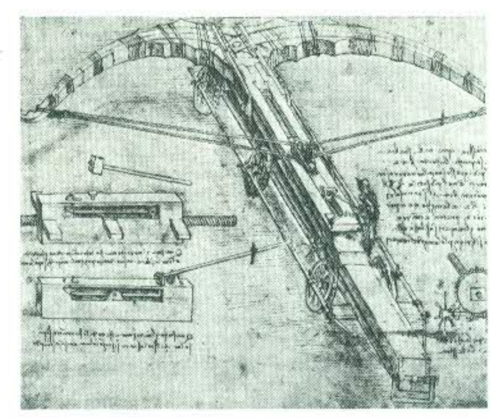
Las conquistas del Renacimiento italiano no se asentaron en el vacío, sino que necesitaron la base material de un contexto político determinado. Gracias a la paz de Lodi (1454) Italia disfrutó de cuarenta años de sosiego fundamentado en un delicado equilibrio entre los cinco estados principales: Nápoles, el Papado, Venecia, Florencia y Roma. Sin embargo, en 1494 la paz se alteró por la intervención francesa en los asuntos de la península. La invasión de Nápoles por el joven rey francés Carlos VIII señaló el comienzo de las guerras italianas, que duraron casi medio siglo e involucraron más o menos directamente a los principales poderes de Europa occidental.

Las guerras afectaron inevitablemente las vidas de los grandes hombres del Renacimiento. Cuando Leonardo da Vinci ofreció sus servicios al duque de Milán, resaltó los servicios que creyó serían mejor acogidos por éste: «Poseo unos morteros prácticos y fáciles de transportar. Con ellos puedo lanzar pequeñas piedras y crear una gran tormenta capaz de confundir al enemigo... Cubriré los carros para que sean indestructibles y cuando penetren en las filas enemigas no habrá nada capaz de pararlos».

Las guerras italianas han sido consideradas como la primera manifestación de la agresividad inherente al moderno estado-nación, aunque aún perviven en ellas elementos tradicionales. La guerra fue la principal ocupación de la aristocracia medieval. Así, el rey de Francia buscaba no tanto delimitar sus fronteras naturales como conseguir ventajas económicas. Su política fue tan dinástica como nacionalista y estuvo destinada a satisfacer la sed de guerra de su aristocracia.

La revitalización de la monarquía francesa

El final del siglo XV estuvo marcado por el resurgimiento de la monarquía en determinados países de Europa occidental. Fueron llamadas las «nuevas monarquías», pero este término puede conducir a engaño, pues los reyes utilizaron métodos tradicionales para consolidar y ampliar su poder.



Francia no era un reino unificado en 1450. El dominio real sólo abarcaba la mitad del país y el resto estaba controlado por nobles y por poderosos príncipes. No obstante, la corona podía explotar ciertas ventajas, como la ley sálica, que apartaba a las mujeres de la sucesión al trono. Tampoco existía nada parecido al Parlamento inglés. Lo más próximo a él eran los Estados Generales, que sólo se reunían ocasionalmente y carecían de autoridad legislativa.

Uno de los principales arquitectos del centralismo monárquico fue Luis XI (1461-1483), aunque sus éxitos fueron muchas veces el resultado de la buena suerte y no de una política determinada. A la muerte del duque de Anjou, en 1480, y del conde de Maine, la corona francesa adquirió ambos territorios, más el de Provenza. Marsella pasó a ser puerto francés y la herencia incluyó también la reivindicación angevina sobre el reino de Nápoles. Además de estos territorios, Luis XI obtuvo el Rosellón del rey de Aragón. En 1483 el poder territorial de la monarquía francesa se había duplicado. Luis XI no fue un monarca reformador y su gobierno se distinguió del de sus predecesores únicamente por su carácter tiránico. Ningún privilegio fue respetado. Dos grandes nobles, el condestable de Saint-Pol y el duque de Nemours, fueron decapitados, y el antiguo ministro del rey, el cardenal Balue, fue encarcelado durante once años. Cuando Luis XI murió en 1483, dejando a su hijo Carlos, de 13 años de edad, como heredero, Francia estaba abocada a la guerra civil. Pero el imprevisto hundimiento de la rebelión aristocrática en la «Guerre Folle» (1485), sirvió para consolidar las conquistas reales.

La conquista de Nápoles

El año 1494 es considerado a menudo como la línea divisoria entre la historia

medieval y la moderna, pero es tan sólo una fecha convencional. El principal acontecimiento del año –la invasión de Italia por Carlos VIII de Francia– no fue una sorpresa, ya que Italia había sido invadida por los ejércitos del norte durante siglos. La Casa de Anjou había reinado en Nápoles anteriormente y la Casa de Orléans se emparentó con los Visconti de Milán, por lo que las reivindicaciones de Carlos y sus sucesores eran pretextos y no verdaderas razones de guerra. Francia era ya una nación fuerte y unida lo mismo que España, e Italia era una presa tentadora a causa de su desunión. De este modo comenzó el duelo entre los dos estados-naciones.

Italia no estaba preparada para defenderse. Piero de Médicis, que había sustituido a Lorenzo el Magnífico como gobernante de Florencia, y el papa Alejandro VI, deseaban compartir el poder de Nápoles, pero eran incapaces de asumir su defensa. Ludovico Sforza, que acababa de luchar contra el rey de Nápoles, estimuló la invasión de Carlos, y la propia Nápoles estaba dividida entre facciones rivales, mientras que su rey carecía de capacidad militar.

Ningún poder europeo deseaba intervenir en esta contienda, pero Carlos se vio obligado a sacrificar algunas de las conquistas territoriales de su padre para asegurarse la neutralidad de sus vecinos. Así,



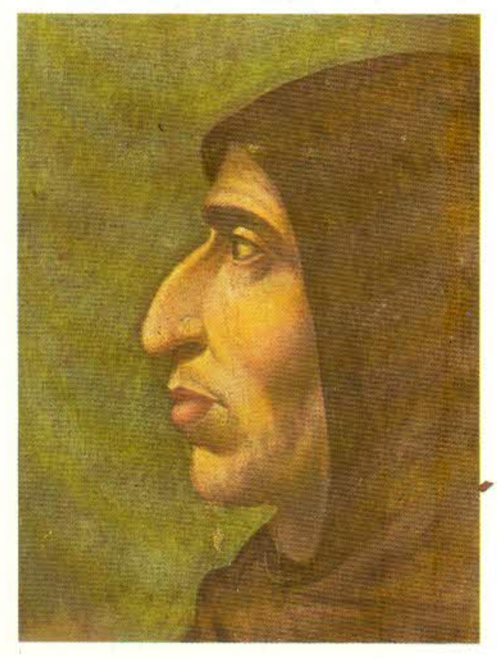
Arriba, vista de Nápoles en el siglo XV. Su prestigio de capital de Italia al sur de los Estados Pontificios la convirtió en presa codiciada por franceses y españoles a lo largo del Renacimiento.

Izquierda, el papa Borgia, Alejandro VI (1431-1503), una de las figuras más destacadas de la política renacentista. De origen español, se preocupó por consolidar todo tipo de alianzas que aseguraran la continuidad del poder del Papado. (Sala capitular, catedral de Valencia.)

Página anterior, dibujo de una catapulta gigante diseñada por Leonardo da Vinci. (British Museum, Londres.)

Fernando de Aragón recuperó el Rosellón, el emperador Maximiliano se hizo con Artois y el Franco-Condado, y Enrique VII de Inglaterra aceptó gustosamente una pensión vitalicia por el Tratado de Êtaples (1492).

El ejército que Carlos VIII condujo a través de los Alpes en el verano de 1494 contaba con más de treinta mil soldados. Su artillería era mucho más efectiva que la



italiana, pero no era su arma más decisiva. El rey francés confiaba principalmente en su *gendarmerie*, hombres equipados con armadura y armados con lanzas. La invasión fue más un paseo triunfal que una campaña militar. La flota napolitana, bloqueada en Génova, no pudo llegar a tiempo, y el duque de Orléans ocupó el puerto. Carlos VIII, después de atravesar el territorio milanés, penetró en la Toscana, y Piero de Médicis le brindó su apoyo. En noviembre, Carlos fue recibido con todos los honores por los florentinos como «enviado de Dios para regenerar el país», venida anunciada por el predicador dominico Savonarola. La ciudad reconoció al rey como «protector de las libertades» y prometió ayudarle financieramente.

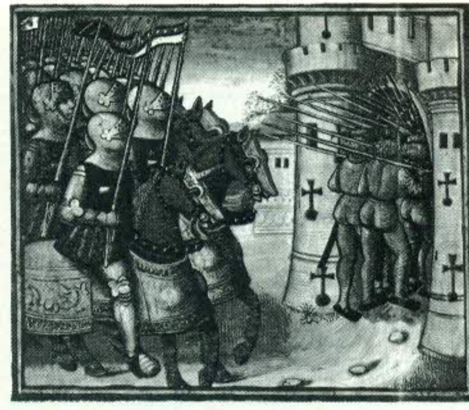
Mientras tanto, el ejército napolitano, bajo el mando del heredero de Alfonso II de Nápoles, Fernando, que tenía que impedir que los franceses cruzaran los Apeninos, retrocedió hacia el sur. Carlos llegó a Roma sin encontrar resistencia y obtuvo de Alejandro VI el derecho de cruzar los Estados Pontificios. Abandonado por sus aliados, Alfonso de Aragón abdicó en favor de su hijo Fernando, pero el avance francés continuó y el 22 de febrero de 1495 Carlos entró en Nápoles. Debido a que Fernando huyó a Ischia, la mayor parte del reino pasó a Francia.

A pesar de todo, las victorias francesas en Italia nunca estuvieron aseguradas. Ariosto escribió que «Aquellos que respeten el cetro de Francia, verán sus ejércitos destruidos, ya sea por la espada, por la peste o por el hambre... y sus lirios no echarán raíces en este suelo».

Mientras en Nápoles los franceses se volvían impopulares por su codicia, su comportamiento licencioso, su corrupción y su brutalidad, se creó una Liga de mutua defensa formada por Venecia, Milán, el Papado, el emperador romano-germánico y España.

Carlos VIII dejó una guarnición en Nápoles y marchó hacia el norte. El ejército de la Liga, comandado por Francesco Gonzaga, le esperaba cerca de Fornovo, al norte de los Apeninos. La posición del rey era tan precaria que trató de negociar una retirada, pero la batalla comenzó mientras se negociaba, y aunque tan sólo duró un cuarto de hora, la lucha fue feroz. Ambos bandos reclamaron la victoria, pero la suerte favoreció a Carlos, que pudo llegar a Lombardía completamente exhausto. Al fin, cuando el rey regresó a Francia, la guarnición de Nápoles se rindió a los españoles.

La invasión francesa precipitó la revolución en Florencia, donde el deseo popular de una mayor libertad política encontraba el acicate de las predicaciones de



Arriba, la entrada de Ludovico Sforza (1452-1508), llamado el Moro, en la ciudad de Como. (Bibliothèque Nationale, París.)

Izquierda, César Borgia (1476-1507). Su temprana muerte en extrañas circunstancias truncó su carrera de hábil estadista, posiblemente en la que inspiró Maquiavelo para escribir El Príncipe.

Página anterior, arriba, La entrada en Florencia de Carlos VIII, *pintura de Francesco Granacci. (Museo Mediceo, Florencia.)*

Página anterior, abajo, retrato del fraile dominico Gerolamo Savonarola (1452-1498). (Museo di San Marco, Florencia.)

Savonarola. El gobierno de Piero de Médicis fue derrocado y se instituyó en su lugar un Gran Consejo de tres mil miembros, según el modelo veneciano. Los sermones de Savonarola se dirigían también contra la relajación moral de la época, constituyendo un fiel reflejo del puritanismo religioso del siglo XV. En Europa la gente mostraba su disgusto por las extravagancias clericales, y Savonarola tuvo una audiencia delirante.

Sin embargo, la influencia del fraile en Florencia se basó en el cumplimiento de sus profecías. La desilusión era pasto de las gentes, debido a que la ciudad se involucró en una guerra contra Pisa y quedó aislada del resto de Italia. La influencia de Savonarola se debilitó cuando el papa le prohibió que predicara y le excomulgó. En 1498 fue arrestado y juzgado, y tras sufrir las torturas inquisitoriales fue quemado en la hoguera. Su muerte no significó cambio alguno y Florencia continuó siendo un vasallo de Francia hasta que en 1512 los Médicis recuperaron el poder.

Luis XII y la conquista de Milán

A Carlos VIII de Francia le sucedió su primo Luis XII, que tuvo también apeten-

cias sobre Italia. Como nieto de Valentina Visconti, reivindicaba el ducado de Milán, y le apoyó su primer ministro Georges d'Amboise, arzobispo de Rouen, hombre con ambiciones papales. El rey contaba también con la ayuda del papa Alejandro VI, interesado en establecer a su familia como supremo poder en la Italia central. Asi pues, se realizaron una serie de transacciones mutuas.

Como recompensa por la anulación de su matrimonio, Luis otorgó el ducado de Valentinois al hijo del papa, César Borgia, concediéndole además la mano de la heredera de Navarra; cuando César llegó a Francia para buscar a su prometida, llevaba consigo un birrete de cardenal para Georges d'Amboise. El rey de Francia conquistó Venecia, firmó acuerdos con Inglaterra, España y el emperador romano-germánico, y obtuvo permiso para reclutar tropas en los cantones suizos a cambio del pago de un subsidio anual a cada uno de ellos.

En septiembre de 1499 un ejército francés bajo el mando de un milanés exiliado, Gian Giacomo Trivulzio, conquistó Milán sin esfuerzo, mientras Ludovico Sforza huía a la corte imperial de Austria, en la que fue recibido con gran hospitalidad. Pero los acontecimientos giraron pronto a su favor, ya que los suizos, insatisfechos por sus relaciones con Francia, le ofrecieron diez mil hombres. Esto facilitó su regreso a Milán en primavera, siendo entusiásticamente acogido por unos ciudadanos hartos de la ocupación francesa. No obstante, el 8 de abril de 1500, Sforza fue traicionado por sus tropas suizas en Novara, y cayó en poder de los franceses cuando trataba de escapar. Por último fue llevado a Francia, donde permaneció prisionero hasta el final de sus días.

Luis de Francia dirigió ahora su atención hacia Nápoles. En el Tratado de Granada (noviembre del 1500) acordó con Fernando de Aragón conquistar una determinada parte del reino. Luis pasó a controlar la mitad norte de Nápoles, y Fernando de Aragón, Apulia y Calabria. Pero los problemas surgieron en torno a los territorios no incluidos en el tratado, especialmente en Capitanata, donde podían obtenerse grandes beneficios por los peajes impuestos al ganado que transitaba hacia los pastos. El general español Gonzalo de Córdoba ganó una importante batalla en Cerignola, en abril de 1503, y los franceses se retiraron a Gaeta. Su capitulación en 1504 situó a Nápoles bajo el dominio de Aragón.

La invasión francesa posibilitó que Alejandro VI reafirmara su autoridad sobre los Estados Pontificios, convertidos en un conglomerado de señoríos independientes. Sus esfuerzos estuvieron dirigidos a ampliar su poder temporal y, por encima de todo, a crear un estado para su familia. Entre 1499 y 1501 su hijo César Borgia conquistó gran parte de la Romagna, creando un ducado. Maquiavelo escribió: «Es un señor altanero y elegante, y como soldado es tanta su osadía que aún lo más grande le parece pequeño, y busca la gloria y la adquisición de tierras sin descansar y sin conocer la fatiga o el peligro».

Pero la buena suerte de César desapareció cuando prescindió de la alianza de Francia por considerarla un obstáculo a su expansión en Toscana. Alejandro VI murió en agosto de 1503, y sin su apoyo los estados de César se desmoronaron.

La Liga de Cambrai

Los beneficios de la política Borgia en la Italia central fueron recogidos por Giuliano della Rovere, elegido como papa Julio II en noviembre de 1503. Julio fue un hombre de gran ambición y de una energía sin límites. Su propósito inicial fue recuperar todos los territorios de la Iglesia. Tras dos años de preparación, partió de Roma en una campaña de conquista, acompañado por la mayoría de los cardenales, a pesar de que eran hombres envejecidos y achacosos. En 1506 hizo una entrada triunfal en Bolonia, y entre la multitud que le aclamaba estaba Erasmo, quien le dedicó su sátira *Julius Exclusus*, donde muestra las contradicciones del papa del Renacimiento.

Julio II se dirigió contra Venecia, que había ocupado Rimini y Faenza tras la caída de los Borgia. Motivó a Francia, Inglaterra, España y al Imperio para que formaran la Liga de Cambrai en 1508, y al año siguiente un ejército francés invadió territorio veneciano, obteniendo una victoria decisiva en Agnadello. Sin embargo, después de haber conquistado la Romagna, Julio se dedicó a expulsar a los franceses de Italia. Trató de impulsar la rebelión en Génova, atacó al duque de Ferrara, aliado de los franceses, y ofreció ayuda militar a los cantones suizos.

A finales del siglo XV los suizos se habían convertido en el máximo poder militar de Europa. Su confederación estaba formada por 13 cantones rurales y urbanos sin autoridad central. La política comunitaria era decidida por los representantes cantonales reunidos regularmente. Los suizos dependían económicamente de las ganancias adquiridas alquilando sus tropas al servicio de los poderes extranjeros. «Este pueblo salvaje y primitivo —escribió Guicciardini— ha conseguido un gran renombre por sus proezas con las armas, por la gran ferocidad y disciplina militar con la que siempre defendieron a su país, obteniendo una gran fama luchando al servicio de extranjeros.»

Por su situación geográfica, los suizos pudieron desempeñar un papel decisivo en las guerras italianas. Hasta 1510 sirvieron a Francia, pero en marzo de aquel mismo año fueron persuadidos por Matthias Schinner, arzobispo de Sión, para que situaran a seis mil hombres al servicio del papa durante cinco años, a cambio de la recompensa de un subsidio anual del Papado a cada cantón.

Luis XII de Francia tomó represalias, convocando un Concilio General para la reforma de la Iglesia, movimiento que fue bien recibido por sus súbditos galos y apoyado por el emperador Maximiliano. Pero el Concilio, que abrió sus puertas en Pisa en noviembre de 1510, tuvo numerosos problemas, siendo trasladado a Milán bajo la protección del ejército francés. En 1511 el papa Julio jugó sus cartas, celebrando el V Concilio de Letrán, acogido con entusiasmo en toda la cristiandad. El concilio de Pisa-Milán se retiró a Lyon y se disolvió.

El conflicto entre el rey francés y el papa finalizó en 1512, cuando un ejército francés, bajo el mando del general Gastón de Foix, cruzó el valle del Po y derrotó a un ejército conjunto de España y del papa en Ravena. Sin embargo, su victoria no tuvo continuidad, pues Gastón fue asesinado y nadie de igual capacidad le reemplazó. Los franceses tuvieron que retirarse cuando un poderoso ejército suizo marchó sobre Lombardía.

Enrique VIII de Inglaterra y su padre político Fernando de Aragón aprovecharon la coyuntura para unirse en la conquista de la Gascuña. El monarca español utilizó la expedición inglesa para anexionarse el pequeño reino de Navarra. A pesar de ello, Enrique no abandonó la idea de una intervención armada a través del Canal de la Mancha.

Luis XII de Francia fue aconsejado para proponer una tregua en la guerra, pero la muerte de Julio II y el cambio de actitud de Fernando de Aragón le impulsaron a probar su suerte de nuevo en Italia. No obstante, aunque un nuevo ejército francés conquistó Lombardía, fue derrotado definitivamente por los suizos en Novara.

Cambios en la guerra

La batalla de Ravena (1512) fue una de las primeras en las que la artillería desempeñó un papel decisivo, aunque este no fue el único cambio de la época.



La quema de Savonarola en la plaza mayor de Florencia, en 1498. Los mismos ciudadanos que le aclamaron por sus ataques a la inmoralidad de la época le veían morir ahora con total indiferencia.

Las victorias conseguidas por la infantería suiza contra los borgoñones en 1470 demostraron ya que las guerras no podían ser ganadas tan sólo con la caballería. No obstante, la utilización de la infantería presentaba serios problemas de disciplina. Muchos países no podían sufragar un gran ejército permanente, y se veían obligados a contratar a mercenarios que luchaban por dinero, con el consiguiente peligro de insubordinación y deserción. Las tropas nativas, utilizadas para una emergencia, eran más fáciles de manejar, pero no eran profesionales.

Los mejores mercenarios eran sin lugar a dudas los lanceros suizos, que luchaban en escuadrones compactos de unos seis mil hombres, de ochenta y cinco efectivos de frente por setenta filas de profundidad. Cuando les era posible, formaban tres escuadrones en escalón. El éxito de la formación suiza residía en su estricta disciplina: los cobardes eran ejecutados y nunca hacían prisioneros. Portaban equipos ligeros y podían atacar con rapidez. Sin embargo, presentaban ciertas desventajas, dado que los escuadrones eran fáciles blancos para los proyectiles y no podían combatir con facilidad en terrenos abruptos.

A pesar del creciente prestigio de la infantería, la caballería continuó siendo la

«aristocracia de la guerra». Los hombres armados a caballo, con su lanza, hacha o maza, podían desplazarse con facilidad, pero en el transcurso de las guerras aumentó la tendencia a distinguir entre la caballería ligera y la pesada. La primera era muy valiosa en las incursiones rápidas y en las persecuciones.

La artillería cambió considerablemente durante las guerras italianas. Su tamaño fue abandonado en favor de la movilidad y la precisión. Los franceses continuaron la tradición borgoñona de una artillería ligera que acompañaba la marcha del ejército. Se extendió el uso del hierro en lugar de piedras, aunque la gran variedad de calibres complicaba la tarea de suministro y transporte de municiones. Las armas de fuego portátiles se convirtieron en un elemento dominante en las guerras italianas; así, dado que el alcance de tiro del arcabuz era de unos 500 metros, la ballesta quedó relegada hacia 1520 a las guerras marítimas y a los asedios. Los primeros arcabuces fueron utilizados para defender posiciones fortificadas, pero en 1512 fueron usados en campo abierto, abriendo fuego por encima de las cabezas de los lanceros que les protegían.

El desarrollo de la artillería produjo grandes cambios en el arte de las fortificaciones. El triunfo de las armas de fuego francesas en 1494 demostró que los muros delgados no eran una protección adecuada. La innovación principal fue el baluarte.

Maquiavelo

El nivel de la ética política del siglo XVI no fue inferior al de otras épocas, pero la diplomacia era proclive a la traición. Nadie estudió mejor esta realidad que Nicolás Maquiavelo (1469-1527), cuyo nombre en este sentido está vinculado a la politicología. Desde 1498 a 1512, Maquiavelo sirvió a la República florentina como canciller y secretario, y también como embajador. Extraordinario observador de la escena política, pronto fue consciente de la escasa estima que Florencia tenía en el extranjero.

Después de la expulsión de los franceses de Italia, en 1512, el gobierno florentino fue derrocado y los Médicis recuperaron el poder. Maquiavelo fue despedido, y en febrero de 1513 se retiró a su casa de campo. Sus cartas a Vettori y a Soderini revelaban su aburrimiento, frustración, amargura, ansiedad y nostalgia de la política. Su mente se ocupaba de los acontecimientos más recientes y de las causas que los originaban, llegando a la conclusión de que «las políticas sólo pueden ser juzgadas por sus resultados, sin tener en cuenta los medios utilizados para conseguirlos.»

Las lecciones obtenidas por Maquiavelo en su amarga experiencia política están reflejadas en *El Príncipe* (1513) y en *Discursos sobre Livio* (1515-17). Creía que el hombre era básicamente antisocial y anárquico, pero pensaba que podía ser educado por un gobierno fuerte. Lo esencial era la fuerza, pues «la fortuna no ayuda a quienes no se ayudan a sí mismos». Para evitar los errores del presente era necesario estudiar el pasado e imitar a los grandes hombres. Como ejemplos de sabiduría política, Maquiavelo hacía referencia a la República romana, con su equi-



librada sociedad, sus eficientes cónsules, su milicia ciudadana y su religión impuesta. En el fondo era un republicano que vio en el despotismo la respuesta a las necesidades de la Italia del siglo XVI.

Maquiavelo ha sido con frecuencia juzgado erróneamente. El cardenal Pole estaba convencido de que Satanás guiaba su pluma y Federico el Grande le llamó «doctor de la villanía». Sin embargo, Maquiavelo fue un hombre que buscaba apasionadamente la verdad. Y mientras que otros escritores del pasado mezclaron la política con la ética y la religión, él tuvo el valor de afirmar que «la política es sencillamente política».

Torneo del 5 de marzo de 1565 en una ciudad italiana; pintura de la época de autor anónimo. (Cortile del Belvedere in Vaticano, Roma.)

El cambio social y económico

Los europeos viajaron más allá de su continente antes del Renacimiento, pero en el siglo XV un gran número de países que no habían tomado parte en los descubrimientos, enviaron expediciones hacia mares desconocidos. Como resultado de tales esfuerzos se descubrieron nuevas tierras, desaparecieron viejas supersticiones, teorías que parecían respetables se disolvieron y se descubrieron nuevas fuentes de riqueza. Los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI, además de ser en sí mismos grandes conquistas, tuvieron repercusiones en la vida económica y social de Europa. La apertura de la ruta del cabo de Buena Esperanza, realizada por los portugueses, amenazó el monopolio de las especias, que hasta entonces poseían los italianos, especialmente los venecianos, mientras que el descubrimiento de plata y oro por los españoles en América produjo un aumento de la circulación monetaria en Europa.

Entre las mercancías que en la Edad Media llegaron a Europa desde el Lejano Oriente, las especias ocupaban el primer lugar. Durante el siglo XV la mayor parte de este comercio llegaba por mar. Las mercancías eran transportadas por mercaderes árabes desde Malaca y Calcuta, a través del océano Índico, hasta los puertos del golfo Pérsico o del mar Rojo, desde donde eran transportadas por mar o tierra a los mercados de Egipto y Asia Menor. Allí eran adquiridas por los mercaderes venecianos que las repartían por Europa. Las mercancías eran compradas y vendidas varias veces, siendo su precio cada vez mayor. Además, los diversos gobiernos existentes en ruta imponían también fuertes derechos aduaneros, por lo que el coste último de las mercancías excedía enormemente a su precio original.

Los portugueses pensaron que al descubrir una ruta alternativa hacia el Lejano Oriente podrían obtener especias más baratas, pero su éxito no fue el esperado, pues aunque la ruta de El Cabo hacia Oriente estaba libre de tasas e impuestos y podía ser controlada en todo su transporte por un solo empresario, era dos veces más larga que las rutas clásicas. Por otra parte, el riesgo de naufragio o de deterioro del cargamento era también muy elevado. Los portugueses tenían menos experiencia que sus rivales en la obtención y transporte marítimo de las mercancías, y Lisboa estaba peor situada que Venecia para distribuir las especias al resto de Europa. Asimismo, los portugueses se vieron obligados a emprender acciones militares en el océano Índico para proteger su comercio, y al intentar destruir a sus competidores tuvieron que utilizar grandes cantidades de dinero en barcos, armamentos y hombres. En resumen, no pudieron conseguir grandes beneficios con el negocio de las especias.

Si los portugueses hubiesen destruido el comercio árabe y veneciano la situación habría sido distinta, pero no fue así. Tras los primeros contratiempos, a principios del siglo XVI, el comercio se reanudó a través de las viejas rutas. En 1560 era tan activo que un diplomático portugués en Roma anunció que su señor estaría dispuesto a importar especias por aquella vía si llegaba a un acuerdo con los turcos.

Un factor de la recuperación de las viejas rutas fue también la corrupción e ineficacia de los portugueses en Oriente, siempre dispuestos al soborno. La vieja hipótesis de que Portugal fue la causa de la decadencia veneciana, carece de solidez: fue la piratería del Mediterráneo la que hundió la estructura comercial de Venecia.

Mientras los portugueses creaban un gran imperio en el Lejano Oriente, los españoles establecían el suyo en la América Central y del Sur. Y aunque sus colonizadores estuvieron principalmente interesados en caballos y ovejas, más tarde fundaron plantaciones de tabaco y azúcar en las zonas costeras, y descubrieron plata y oro.

Durante los primeros cuarenta años del siglo XVI el primer metal exportado desde América fue el oro, tomado de los nativos por permuta, como botín o a través de las minas explotadas por los conquistadores. En 1540 fueron encontrados grandes depósitos de plata en Potosí y Guanajuato, y aunque la explotación de las minas fue de competencia privada, el gobierno se reservaba una parte proporcional del metal, conocida con el nombre de «quinto», ya que equivalía aproximadamente a una quinta parte. Los delegados gubernamentales fueron enviados a América para evitar las estafas y el contrabando. Todo el tráfico aurífero debía pasar a través de la Casa de Contratación de Sevilla, bajo la jurisdicción del Archivo de las Indias. El gobierno controlaba además el suministro de mercurio, utilizado en la extracción de la plata.

En un primer momento, el oro era transportado a España mediante barcos mercantes armados para defenderse de posibles ataques. A pesar de que la piratería estaba muy desarrollada, en 1564 el gobierno español estableció un sistema de dos grandes fletes anuales, en abril y en agosto, estrategia que resultó bastante efectiva.

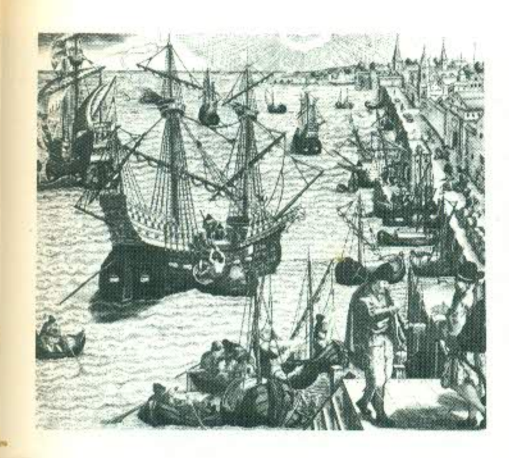


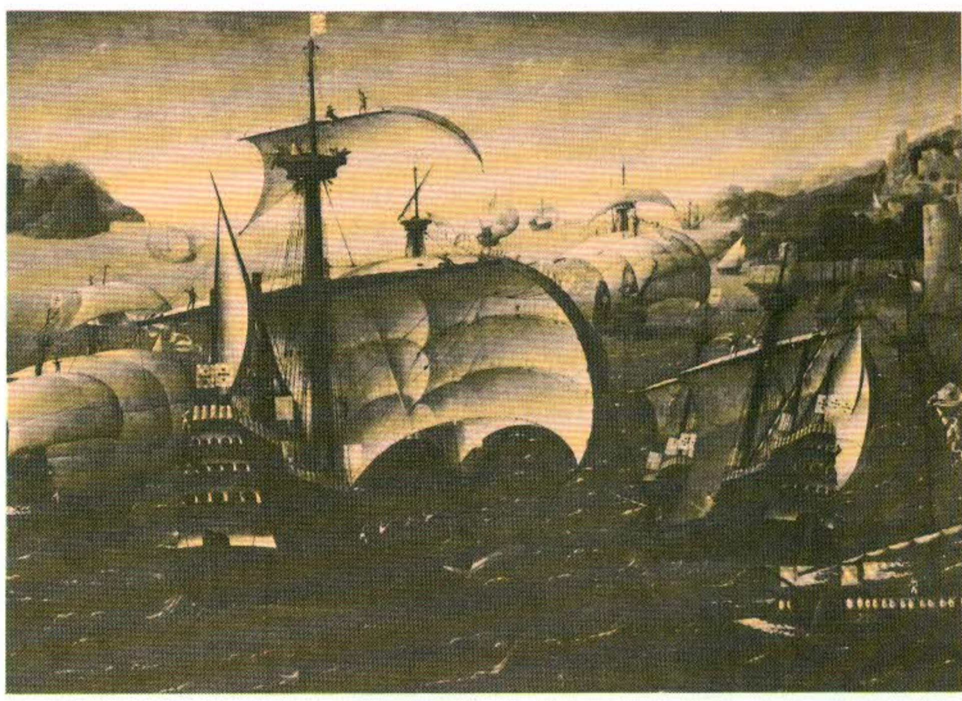
Los fletes alcanzaron siempre su destino, exceptuando uno en 1628, que fue capturado por los holandeses y otro en 1656 interceptado por los ingleses. A su llegada, los barcos eran inspeccionados cuidadosamente por representantes de la Casa de Contratación antes de que nadie pudiera desembarcar. El tesoro era transportado seguidamente a Sevilla, donde era pesado y almacenado, pendiente de su distribución. Entre 1521 y 1660 llegaron a España oficialmente 18.000 toneladas de plata y 200 toneladas de oro.

La revolución de los precios

Uno de los fenómenos más importantes del siglo XVI fue el aumento de precios que afectó a toda Europa y que tuvo grandes repercusiones sociales. Aquellos que dependían de ingresos fijos resultaron perjudicados, mientras que los que vivían del comercio y de la especulación se enriquecieron rápidamente. La vida política reflejó estos cambios.

La llamada «revolución de los precios» no es fácil de valorar, ya que la documentación existente es incompleta y difícil de interpretar. La claridad absoluta sólo existe con referencia a determinadas áreas y a algunos productos, conociéndose muy poco acerca del precio de los productos más comunes, como el queso y la mantequilla, aunque existe amplia información sobre el precio de los tejidos de lana y otros productos textiles. Con todo, no siempre están precisadas las variacio-





nes en la calidad de los tejidos, por lo que a veces resulta imposible comparar los precios de tales mercancías. Los datos sobre los cereales son fiables, pero el precio variaba de año en año según las cosechas y según las regiones. Por consiguiente, es imposible calcular un índice de precios absolutamente correcto para el siglo XVI.

Sin embargo, a pesar de estas dificultades técnicas, puede afirmarse que los precios de los productos básicos de consumo se triplicaron en la Inglaterra de 1580 y se cuadruplicaron en 1600, proceso que también se dio en otros países. En Flandes el precio del trigo aumentó en 1521-1522 un 93% sobre el año anterior. En Amberes se produjo un gran incremento del precio del combustible y del valor de los alquileres. En España hubo un 2,8% de aumento anual de precios entre 1501 y 1562, y un 1,3% desde 1562 a 1600. Comparándola con la inflación de épocas más modernas, la del siglo XVI no fue especialmente severa. Se ha calculado que los precios subieron un 400% en noventa años, mientras que en el siglo XX, sólo en cuarenta años, han crecido mucho más. No obstante, hay que considerar que la «revolución de los precios» acabó con un período de estabilidad, y la sociedad del siglo XVI no poseía la capacidad de adaptación a los cambios que posee la actual.

La inflación aparece cuando «mucho dinero sirve para comprar pocas mercancías». En el siglo XVI la escasez de alimentos y de otros productos se achacó a debilidades humanas tales como la holgazanería y la avaricia. Tomás Moro, en su *Utopía*, culpaba de «la gran falta de vituallas» a «la irrazonable codicia de unos pocos». Creía que los alimentos escaseaban porque la avaricia de los grandes señores les indujo a convertir sus tierras en pastos para las ovejas, buscando el beneficio de la lana. Asimismo, en 1533, Thomas Starkey afirmaba que «una gran parte de la gente del país es ociosa o está desocupada».

No obstante, en 1556, Martín de Azpilcueta, de la Universidad de Salamanca, formuló otra explicación sobre la «revolución de los precios». Demostró que «la moneda se valora más cuando escasea que cuando es abundante. La experiencia así nos lo enseña». Y añadió: «En Francia, donde la moneda escasea más que en España, el pan, la ropa y el trabajo son mucho menos valorados. También en España, cuando la moneda escaseaba, los productos de consumo y el trabajo valían menos que después del descubrimiento de las Indias, que inundó el país con oro y plata».

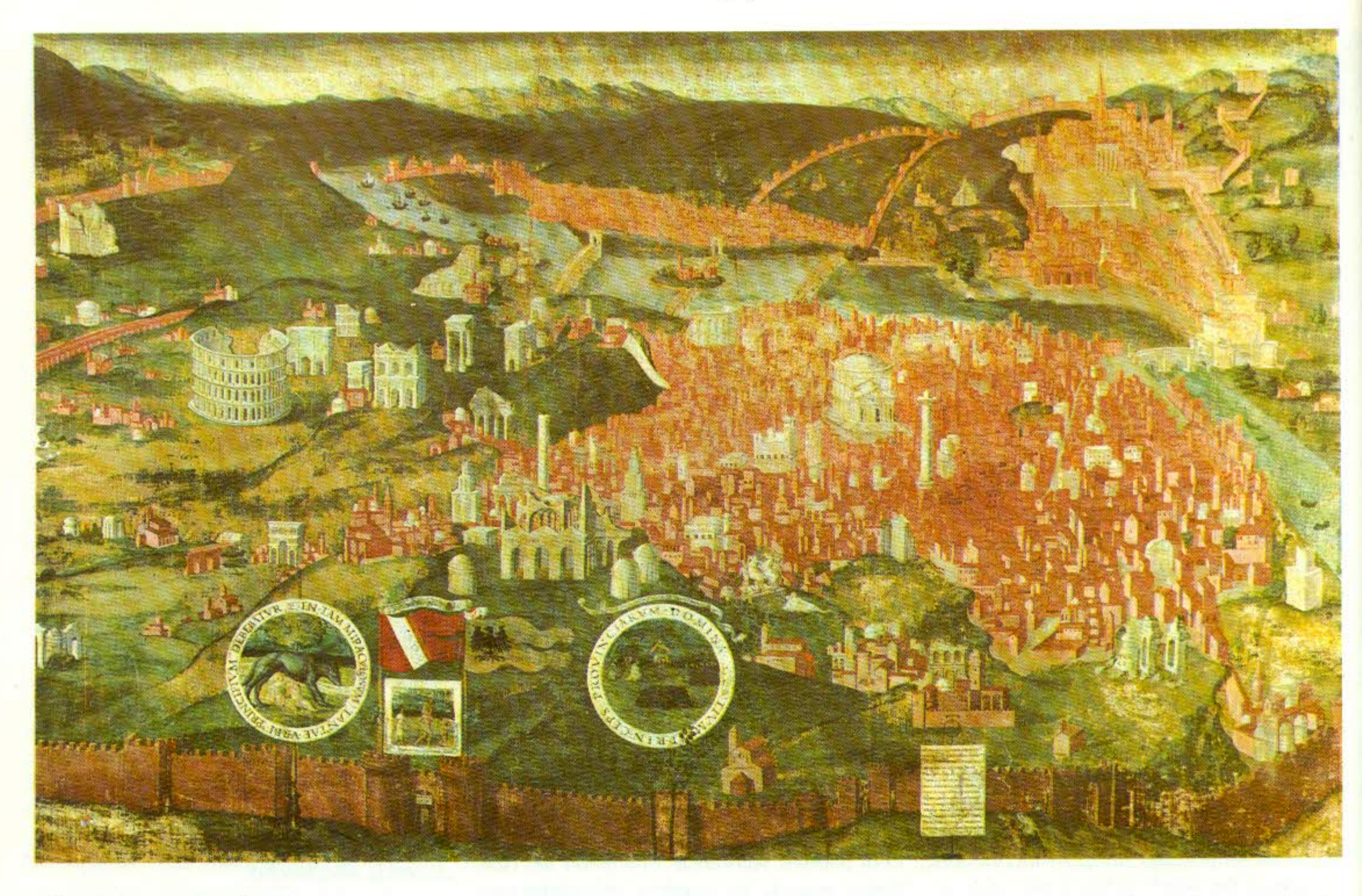
Esta teoría fue profundizada más adelante por el abogado francés Juan Bodino en 1568, en una réplica publicada contra M. de Malestroit, que culpaba a la inflación de las sucesivas devaluaciones de la moneda.

Sin embargo, hoy, la teoría de que la importación de metales preciosos fue la causa principal de la «revolución de precios», está desacreditada. Los tesoros americanos no comenzaron a llegar a Europa en cantidades apreciables hasta mediados del siglo XVI, y los precios comenzaron a aumentar cincuenta años antes. Por otra parte, casi toda la plata que llegaba a España era reexportada inmediatamente, pues el Estado debía pagar sus importaciones, mantener sus ejércitos del extranjero y sufragar los préstamos hechos por banqueros foráneos. Por consiguiente, España padeció de un déficit más que de un excedente de oro y plata. El resultado fue que en el siglo XVII el Estado español se vio obligado a adoptar una moneda, el vellón, compuesta de metal de baja ley mezclado con oro y plata. El aumento de precios en España fue motivado más bien por una inflación crediticia que monetaria.

Arriba, buques de carga portugueses de mediados del siglo XVI. Durante este período los portugueses dominaban gran parte del comercio con Extremo Oriente.

Izquierda, vista de un puerto francés del siglo XVI, con barcos utilizados en el comercio ultramarino.

Página anterior, galera veneciana del siglo XV, armada con cañones y con dotación de infantería. El poder marítimo fue la base de la expansión de Venecia durante las guerras de Italia, en la primera mitad del siglo XVI. (National Maritime Museum, Londres.)



El aumento de la población

En los últimos años se ha optado por la hipótesis de que el motivo principal de la «revolución de los precios» fue el aumento de la población europea, que generó una gran demanda de alimentos, ropa y combustible. Debido a que la productividad no pudo mantenerse pareja a la demanda, los productos comenzaron a escasear y los precios aumentaron.

Una vez más, las fuentes al alcance de los historiadores son poco satisfactorias. No existe ninguna fuente documental fiable para ningún país del siglo XVI. La información debe reunirse a partir de registros parroquiales, relaciones de impuestos o informes de asambleas en general incompletos. Sin embargo, todos los indicios señalan un crecimiento general de la población en Europa durante este siglo. Algunas ciudades duplicaron su tamaño. En 1500 había sólo cinco ciudades europeas con 100.000 habitantes, y en 1600 habían doce o quince. La población de Londres debió de pasar de 50.000 a 200.000 habitantes y, sin duda, la ciudad realizó fuertes demandas a las tierras limítrofes en busca de provisiones.

En 1500, Sevilla tenía alrededor de 60.000 habitantes, pero en las dos o tres décadas siguientes este número disminuyó a causa de las epidemias y de la emigración, volviendo a aumentar hasta los 150.000 en 1588. Las ciudades pequeñas se expansionaron de tal modo que tuvieron que edificar fuera de sus murallas. El aumento de la población también se hizo sentir en el campo, donde hubo una competencia mucho más dura para conseguir tierra cultivable. Pero con todo, la población del siglo XVI estuvo por debajo de los niveles modernos.

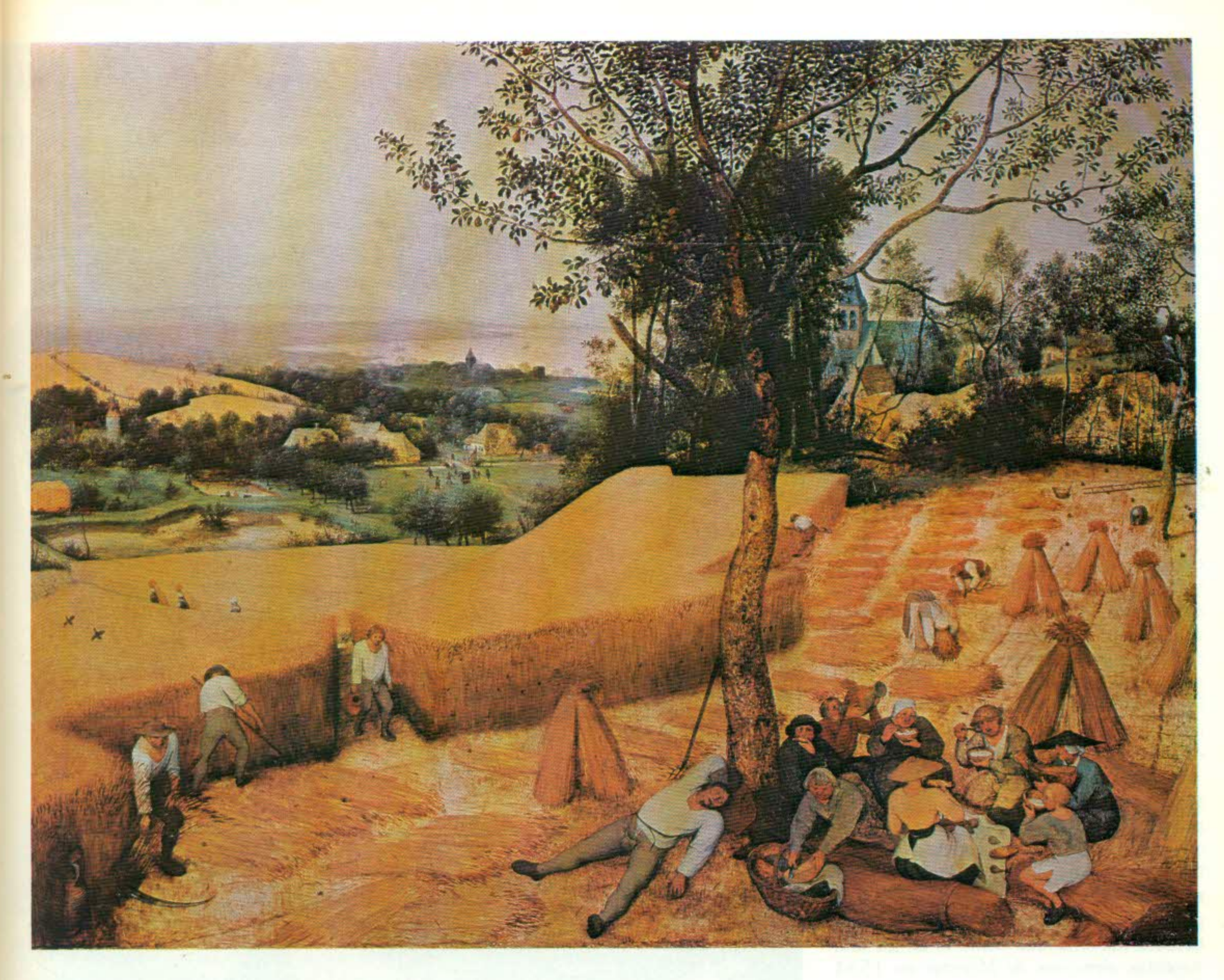
No resulta difícil apreciar en qué modo el aumento de población del siglo XVI, debió afectar a los precios. Mientras los campesinos cultivaban sus tierras en arriendos temporales, los grandes señores podían, y a menudo lo hacían, elevar sus tasas de arrendamiento. Los que no podían pagar la nueva renta dejaban la tierra y se unían a la multitud de vagabundos que recorrían el país, o bien marchaban hacia la ciudad.

El aumento de población significó un incremento en la demanda de alimentos que, en parte, fue solventada por las mejoras agrícolas y por la introducción de nuevas cosechas, tales como el arroz en el valle del Po. Pero la mayoría de los campesinos europeos eran analfabetos, y aunque hubieran podido leer los nuevos manuales agrícolas, carecían del capital necesario para pagar las mejoras recomendadas. Así pues, la demanda superó a la oferta.

El precio de los productos agrícolas también se vio afectado por el incremento de población. Hacia 1550 los precios de la lana en Inglaterra y España (los dos únicos países que la producían en el mercado internacional) crecieron más rápidamente que los precios del grano. Esto motivó que los grandes señores convirtiesen la tierra cultivable en pastos, incluyendo las tierras comunales y despoblando las aldeas para tener espacio para el ganado, lo que agravó inevitablemente el problema del suministro de alimentos.

En España, la cría de la oveja fue practicada mayoritariamente en Castilla, donde el suelo y el clima no permitían cultivos. Cada año enormes rebaños de ganado eran trasladados, en invierno, desde las montañas de Castilla la Vieja hacia el sur, y aunque se suponía que debían de seguir unas rutas determinadas, a menudo dañaban las cosechas y agostaban el suelo. Había discusiones continuas entre los campesinos y el gremio de ganaderos –la cofradía de la Mesta–, que disfrutaba del respaldo de la corona.

En 1501, la Mesta obtuvo el derecho de utilizar permanentemente y a renta fija cualquier tierra que hubiese sido usada previamente como pasto. La monarquía española apoyó a la Mesta porque la insti-



tución le proporcionaba unos ingresos rápidos y seguros, mediante las tasas sobre las ovejas y la venta de la lana. Ello promovió el abandono del cultivo de la tierra y España padeció gran escasez cerealícola, no logrando hasta después de 1506 suprimir las importaciones del exterior.

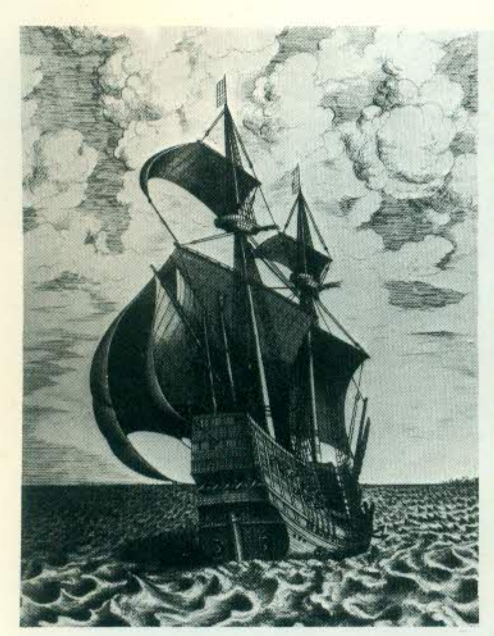
Con todo, España no fue el único país que no pudo producir alimentos suficientes para su población. Tras el hambre de 1590-1591 en todos los países del Mediterráneo occidental, tuvieron que importar grano de la zona del Báltico. Los barcos holandeses y de la Liga Hanseática descendieron desde Dinamarca y Suecia cargados con el centeno de Polonia, Prusia y Pomerania. El nuevo puerto construido en Livorna se convirtió en el principal centro distribuidor del grano del norte de Italia. El número de barcos que entraron en ese puerto pasó de 200, en 1592-1593, a unos 2.500 en 1609-1610. Los países del norte poseían mejores tripulaciones y barcos más baratos que los italianos.

Si la agricultura europea no pudo hacer frente al aumento de demanda de alimentos, en cambio, la industria se adaptó mucho mejor. Este sector económico no precisaba de capital fijo y, además, pudo disponer del aumento de mano de obra. Mientras los gremios limitaban con sus reglamentaciones el número de aprendices y oficiales que un maestro artesano podía emplear para conseguir una mayor productividad, los empresarios capitalistas podían acudir siempre al campo o a las pequeñas ciudades, en las que la gente podía hilar y tejer en su propio hogar. Más tarde los capitalistas pudieron apoderarse del gremio y emplear a los artesanos a destajo. Dado que la industria manufacturera pudo mantenerse al corriente de la demanda, los precios de sus productos no aumentaron tanto como los agrícolas.

Aunque en el siglo XVI los salarios tendieron a aumentar, no pudieron seguir el mismo ritmo que los precios. En Inglaterra, Francia y España, por citar un ejemplo, los salarios de los trabajadores de la construcción se duplicaron a lo largo del siglo, y en cambio los precios crecieron

Arriba, Los segadores, *de Pieter Brueghel. Las escenas de la vida campesina de mediados del siglo XVI que nos ha legado el gran pintor flamenco, aunque quieren reflejar la dureza del trabajo agrícola, muestran la relativa prosperidad y la estabilidad de que gozaban los Países Bajos. (Metropolitan Museum, Nueva York.)*

Página anterior, vista de Roma a comienzos del siglo XVI. Durante esta centuria se registró un crecimiento general de la población europea. (Palazzo Ducale, Reggia Gonzaga, Mantua.)

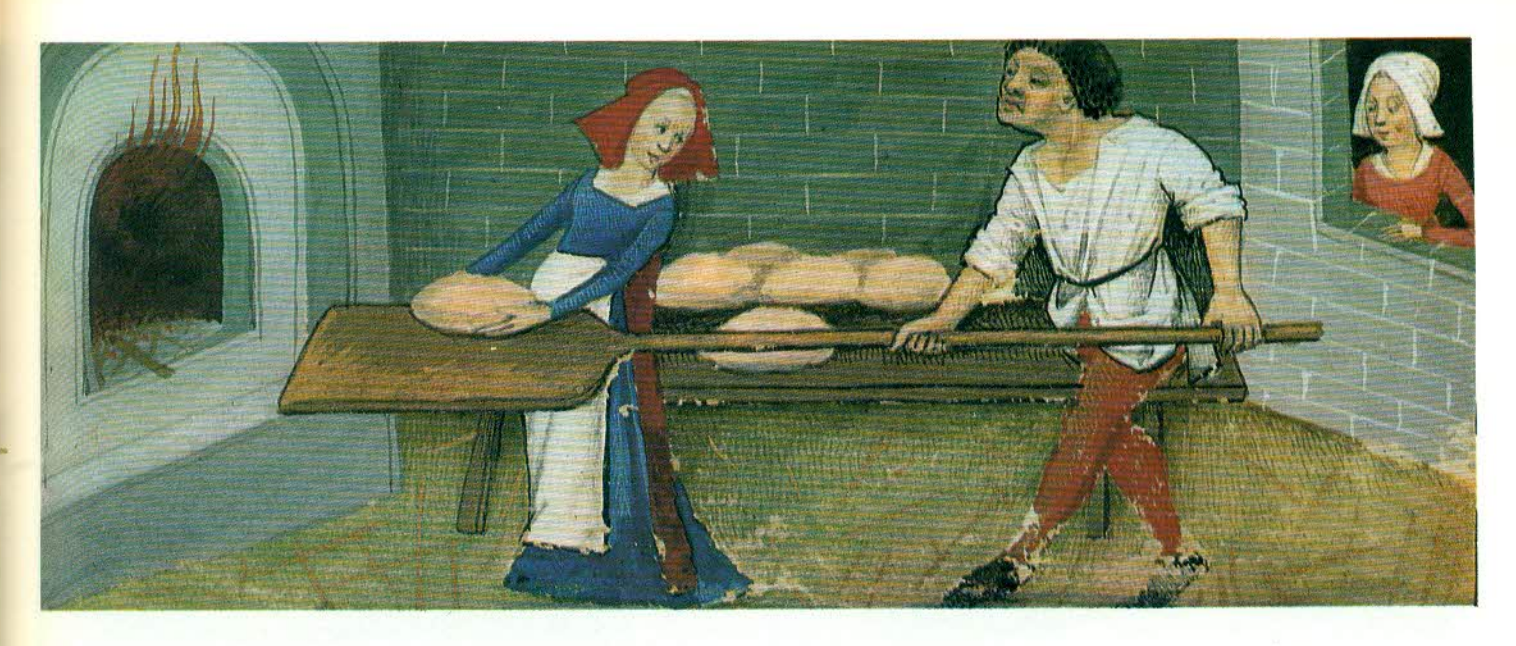


cuatro o cinco veces por encima de su valor original. Está fuera de duda que los asalariados estaban peor en términos de salario real a finales de siglo que a comienzos, aun teniendo en cuenta que los precios al detalle no crecieron tanto como los de los mayoristas, y que los productos manufacturados costaban menos que los alimentos en términos relativos.

Cuando la diferencia entre los precios y salarios se agudizó en torno a 1530, se produjo una notable agitación social que cristalizó a veces en rebelión abierta. Cuando el desempleo y los bajos salarios se combinaban con la problemática religiosa revolucionaria, el resultado eran poderosos movimientos como el de los anabaptistas alemanes de Münster en 1534. Solamente los asalariados que contaban con tierras de renta antigua pudieron beneficiarse de la «revolución de precios», debido a que la pérdida del valor de su renta estaba compensada por el aumento de valor de sus productos en el mercado local.

Mucho se ha escrito acerca de la llamada «pequeña nobleza» del siglo XVI inglés, pero el panorama no está aún clarificado. Algunos propietarios de territorios de dimensiones medias aumentaron considerablemente sus riquezas, pero es difícil precisar si su éxito se debió a las favorables condiciones del mercado o al favor real. Otros miembros de la pequeña nobleza se arruinaron, pero no puede hablarse con seguridad de un tránsito de la «decadencia» al «incremento» de la pequeña nobleza. Nada nuevo puede decirse acerca de los mercaderes que invertían su capital en tierras con el fin de convertirse en nobles o en miembros de la aristocracia.

La falta de estadísticas imposibilita una apreciación correcta de los efectos de la



«revolución de los precios» en la sociedad rural de otras zonas europeas. En los Países Bajos, los propietarios de grandes posesiones soportaron mejor el aumento de precios que los pequeños. Por otra parte, en Francia la pequeña nobleza no pudo adaptar sus rentas a la nueva situación económica, lo que explica la gran cantidad de gente dispuesta a unirse al ejército en las guerras de religión.

Las noblezas de Francia, España e Italia, en su conjunto, eludieron la crisis mediante el aumento de los tributos de peaje y arrendamientos, que subieron tanto como los precios, y la imposición de servicios feudales y de monopolios. La alta nobleza recibió pensiones, tierras y cargos de la corona en recompensa a sus servicios administrativos y militares.

En Alemania, los efectos sociales de la «revolución de los precios» variaron de una zona a otra. En el oeste, la nobleza tuvo dificultades para elevar sus rentas, salvo en Baviera y en Austria, donde los príncipes gobernantes apoyaban sus reivindicaciones que exigían mayores privilegios. En el sur, los príncipes provocaron un aumento considerable del malestar campesino al imponer nuevas tasas.

En Dinamarca la nobleza se aprovechó de los altos precios, actuando como intermediaria entre los campesinos y los comerciantes extranjeros que traficaban con cereales y productos de consumo diario.

La edad de oro de Amberes

La expansión europea en ultramar amplió el campo del comercio internacional y estimuló los cambios en su organización y métodos.

A lo largo del siglo XVI el principal foco del comercio internacional se trasladó desde el Mediterráneo al mar del Norte y al Atlántico, y Amberes asumió una posición predominante. En sólo cincuenta años esta ciudad consiguió atraer a gran parte del comercio europeo, al tiempo que se convertía en uno de los mayores mercados de moneda y en un gran centro industrial. Su población pasó de 50.000 habitantes, en 1500, a cerca de 100.000 en 1550, y estas cifras no incluyen la gran cantidad de población flotante representada por los mercaderes extranjeros.

La experiencia demostró que Lisboa no era un centro apropiado para la distribución de las especias al resto de Europa. Los Países Bajos habían sido durante siglos un importante área comercial accesible a los comerciantes de lejanos lugares. Así, en 1499, los portugueses decidieron establecer su centro comercial de especias en Amberes, una decisión que contribuyó a la «época dorada» de la ciudad.

Amberes estaba situada en un enclave crucial de ríos que fluían hacia el sur. Era una tierra libre de impuestos ubicada en la ruta alemana. Así pues, antes de la llegada de los portugueses, estaba ya invadida por comerciantes alemanes que trataban en metales y tejidos, y mercaderes de paños ingleses. Los comerciantes se sentían atraídos no sólo por la situación geográfica de la ciudad, sino también por las favorables condiciones que representaba la celebración de dos ferias anuales. En 1450 significaba el 80 % del comercio holandés y exportaba tres veces más que Londres.

Además de ser un gran centro comercial, Amberes importaba gran cantidad de alimentos para su creciente población, lo que producía asimismo un aumento de la industria local (salazón de pescados y refi-

Arriba, horneando el pan. Escena de la vida rural del siglo XVI que aparece en un libro de horas. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, izquierda, barco de la Liga Hanseática dibujado por Pieter Brueghel hacia el año 1500. Durante esos años la Liga se enfrentaba con la oposición de los mercaderes ingleses y holandeses.

Página anterior, derecha, miniatura representando al banquero Jacob Fugger con su contable. La familia de banqueros de los Fugger, de Augsburgo, alcanzó su máxima riqueza durante la primera mitad del siglo XVI. (Bibliothèque Nationale, París.)



nado de azúcar). No obstante, su principal industria era el acabado textil. Asimismo, habían factorías de armamentos, y exportaba una amplia gama de productos: muebles, tapicerías, pinturas, joyas, artículos de vidrio, libros, papel, mapas e instrumentos musicales.

El auge del capitalismo

Amberes fue uno de los principales mercados financieros de Europa. En un principio los mercaderes realizaban sus transacciones directamente, pero en el siglo XVI comenzaron a trabajar a través de los bancos. Los banqueros iniciaron su carrera como comerciantes de bienes diversos, pero paulatinamente cambiaron éstos por el dinero, base de un tráfico que les proporcionaba más amplios y rápidos beneficios.

Este fue el caso de la gran familia de banqueros Fugger, de Augsburgo, en el sur de Alemania. Su fortuna se inició con el comercio textil, pero en el siglo XV el abanico de sus actividades se amplió por Jacob Fugger el Rico (1459-1525), que añadió las sedas y el terciopelo, las especias, los metales y las joyas, el lino y los tejidos preciosos. Para vender tales mercancías estableció una cadena de delegaciones comerciales y almacenes en todas las grandes ciudades de Europa central y occidental. Al mismo tiempo, se introdujo en el comercio de metales, obteniendo el control de la producción de plata, cobre y hierro de Europa central, y de plata y mercurio de España. A continuación, Jacob Fugger compró o financió numerosas minas para ampliar su monopolio.

El desarrollo de la banca estuvo fuertemente vinculado al gran auge comercial del siglo XVI. Muy pocos comerciantes pagaban en metálico en Amberes, comprando y vendiendo sus mercancías mediante letras de cambio proporcionadas por los banqueros, vendiendo por adelantado y saldando sus cuentas a plazos. La complejidad de tales transacciones ofrecía grandes oportunidades a la especulación. En un primer momento, los intereses eran irregulares, aunque muy elevados, pero a partir de 1540 descendieron hasta estabilizarse en un 12% y 15%.

El siglo XVI es un período de grandes especulaciones. El intercambio de mercancías fue permanente en Amberes y Lyon, contrariamente a las antiguas ferias medievales que sólo se celebraban de vez en cuando. Los mercaderes, que realizaban grandes viajes por mar, comenzaron a asegurar sus vidas. De este modo, aparecieron las loterías estatales y los préstamos. Una novedad especialmente notable fue la creación de las *rentes sur l'Hôtel de Ville,* en 1522, por las que el rey francés Francisco I obtuvo un préstamo de los fondos públicos a cuenta, no de la seguridad del Estado, sino de la del gobierno municipal. Como recompensa, los prestamistas gozaban de una *rente* que representaba un interés de un 8% anual.

Protestantismo y capitalismo

¿De qué modo está relacionada la aparición del capitalismo con la reforma religiosa? En 1904 el sociólogo alemán Max Weber afirmó que el concepto protestante de «predestinación» —valoración del trabajo y las profesiones como previamente fijadas por la Providencia, es decir, un bien espiritual— impulsó a los protestantes a dedicar su vida a la obtención de beneficios económicos. Por el contrario, la Iglesia romana condenaba la mundanidad y despreciaba el desarrollo económico. Así,





Arriba, cartógrafos del siglo XVI en pleno trabajo. El desarrollo de las técnicas de navegación fue motivo de grandes adelantos científicos en astronomía, física y geografía, y se fundaron escuelas especiales para enseñar estas disciplinas a los marinos.

Izquierda, arriba, esta pintura de un banquero y su esposa, de Quentin Massys, refleja vívidamente el espíritu del capitalismo del siglo XVI en los Países Bajos: austeridad, amor al trabajo y relativa igualdad de sexos. (Louvre, París.)

Izquierda, abajo, xilografía del siglo XVI que representa un alfarero. La actividad industrial se realizaba principalmente en pequeños talleres, con pocos operarios; sólo en las industrias que exigían una gran concentración de capital (minería, fundición de hierro, imprenta) se trabajaba a gran escala.

Página anterior, vista de Amberes. Durante el siglo XVI esta ciudad se convirtió en el centro comercial de Europa septentrional para la lana, los tejidos, el trigo y el negocio bancario; también centralizaba el comercio de diamantes. (Nationaal Scheepvaartmuseum, Amberes.)



la ética protestante era considerada como un prerrequisito esencial en el desarrollo del moderno capitalismo. Por último, Weber argumentaba que si bien el capitalismo se extendió tanto en los países católicos como en los protestantes, la Reforma siempre tuvo a sus más entusiastas seguidores entre los comerciantes y los industriales.

La tesis de Weber, aunque muy atractiva, no resiste la prueba de la investigación, pues el capitalismo existía antes de la Reforma, y la Iglesia medieval de la última época no era totalmente contraria a los asuntos económicos. A finales del siglo XV los franciscanos establecieron unos fondos de beneficencia para realizar préstamos a los pobres, con un interés para poder cubrir los costes administrativos, y el Concilio de Letrán, en 1515, reconoció la inviabilidad de los préstamos libres de intereses. Así pues, Calvino no era un revolucionario cuando defendía la «usura» de un interés del 5%.

Los protestantes consideraban que la codicia era pecado. El concepto de «predestinación» implicaba que un hombre podía servir a Dios en este mundo mediante su profesión, pero ello no suponía que el beneficio fuera su principal objetivo en esta vida.

Asimismo, tampoco es cierto que el capitalismo encontrase su expresión máxima en los países protestantes, distinguiéndose de los católicos, pues su desarrollo era ya considerable en los Países Bajos antes de Calvino. Jacob Fugger, el banquero que declaró que su objetivo era acumular capital tanto como le fuera posible, no era protestante. No existen datos objetivos que permitan vincular de manera categórica protestantismo con capitalismo.



La Reforma

La Reforma fue mucho más que un movimiento dirigido contra los abusos de la Iglesia romana. Significó la culminación de una compleja situación que tiene sus raíces más profundas en el pasado medieval.

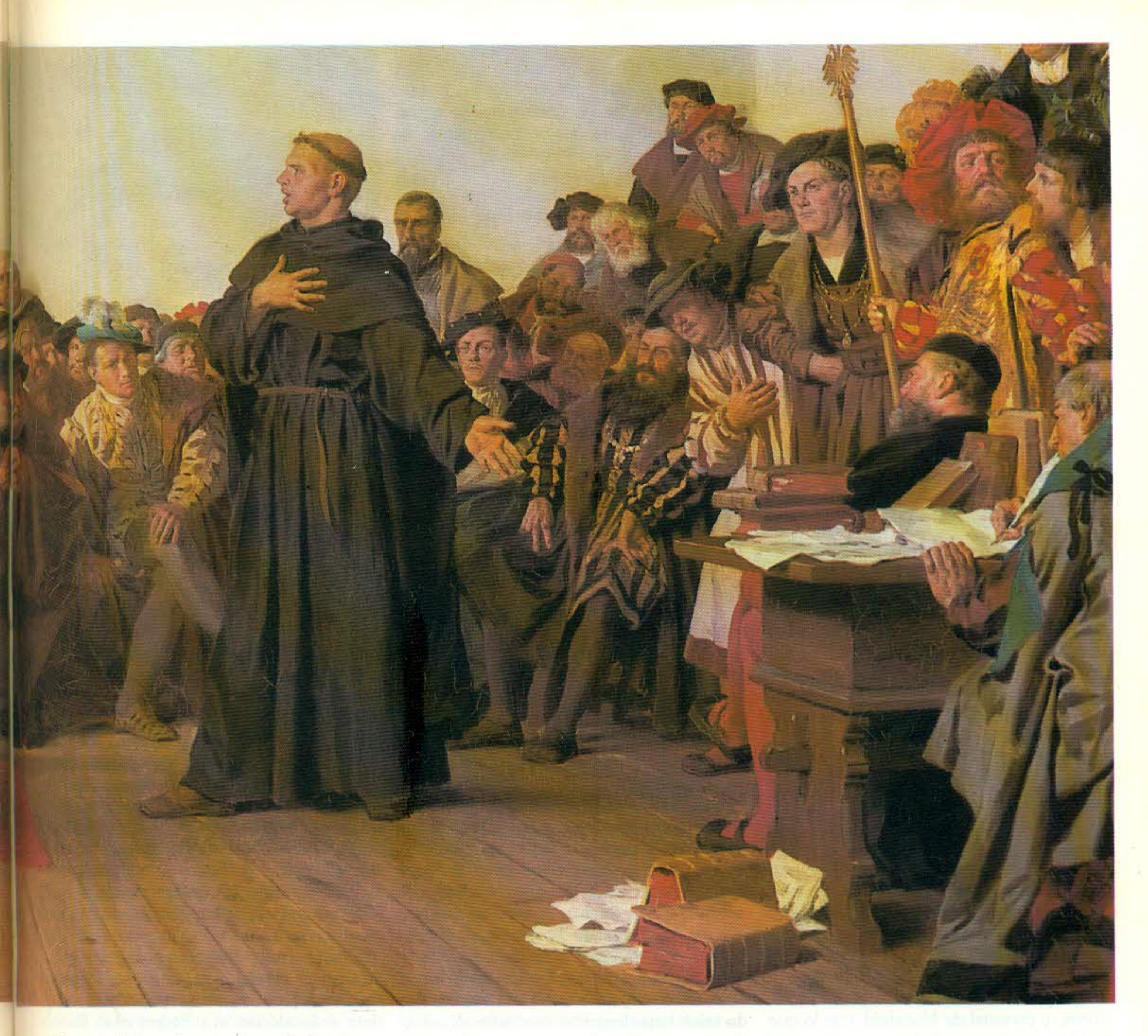
Los abusos existían en el período anterior a la Reforma, y uno de los más extendidos era la acumulación de riquezas en manos de un solo hombre. En épocas de inflación, a los clérigos no les era siempre posible vivir de los ingresos de un solo cargo y obtenían la dispensa papal para desempeñar otros. Este pluralismo era espiritualmente pernicioso, pues promovía el absentismo y el abandono de los deberes pastorales.

Otro fenómeno habitual era la escasa cultura de los clérigos. Existían muy pocas oportunidades de que éstos recibieran educación, y el acceso a las universidades era privilegio de pocos. El resultado fue que sólo una minoría desarrollaba una conducta coherente con la fe que predicaba. Entre el clero regular había una gran distensión en la observancia de las reglas monásticas. Por otra parte, el nepotismo era un grave problema en los niveles superiores de la Iglesia; con el papa Sixto IV el tema alcanzó dimensiones desmesuradas: convirtió a todos sus sobrinos en cardenales o en gobernantes. Los papas del Renacimiento estuvieron generalmente más ocupados en sus intereses temporales en Italia que en sus responsabilidades espirituales.

Los abusos eclesiásticos fueron la causa del anticlericalismo de finales de la Edad Media, pero también existieron hombres de la Iglesia que se apercibieron de la necesidad de combatirlos.

En sus orígenes, la Reforma no fue un movimiento de laicos contra clérigos, sino un movimiento religioso contra la creciente centralización de la Iglesia.

La crisis de la Iglesia era constitucional y moral. El Papado se había convertido en una monarquía absoluta, controlaba los nombramientos eclesiásticos mediante el sistema de «reservas» y «nominaciones» e imponía fuertes tasas a los clérigos, quienes en su primer año en el cargo debían



Lutero ante la dieta imperial de Worms en la significativa sesión del 18 de abril de 1521, en la que se negó a retractarse de sus doctrinas. Pintura de Anton von Werner.

abonar al Papado casi la totalidad de los ingresos obtenidos en su nueva función, y luego fuertes porcentajes sobre los mismos. Esta situación producía indignación en el clero, y la exigencia de reformar la administración de la Iglesia se generalizó entre la mayoría de sus miembros. Pero, ¿quién podía iniciar la reforma? ¿Acaso el propio papa?

En el siglo XIV se aventuró la idea de que la responsabilidad de la reforma de la Iglesia era una cuestión del Concilio y no del papa, y la conflictiva elección papal de 1378 posibilitó que los conciliares afrontaran el proceso reformador. El Concilio de Constanza (1414-1418) sirvió para terminar con el Gran Cisma, pero fracasó al no reducir la autoridad papal, y lo mismo sucedió en el Concilio de Basilea (1431-1449). Con su radicalismo, los partidarios del Concilio perjudicaron inconscientemente la propia causa de la reforma, ya que los papas no quisieron convocar nuevos concilios ante el temor de que su autoridad fuese desafiada. La reforma quedó, pues, a la iniciativa de clérigos cuyas funciones estaban limitadas al área de sus diócesis o monasterios.

La Iglesia contra el Estado

El conflicto constitucional de la Iglesia fue paralelo con una nueva crisis del poder civil. Los reyes y príncipes de Europa pretendían el completo dominio de sus Estados, y el control de las vidas, las ideas y

las fortunas de sus súbditos. La Iglesia, a través de su organización legal y fiscal, estrechamente ligada a aquellos Estados, era un obstáculo que las monarquías encontraban para centralizar su administración, y aunque las fricciones entre la Iglesia y el Estado venían de muy lejos, en aquellos momentos alcanzaron una intensidad excepcional.

La Reforma tomó a veces el cariz de un movimiento nacionalista de los gobernantes civiles por conseguir la independencia respecto de la Iglesia. La Reforma fue también una reacción contra la doctrina de una Iglesia que no satisfacía a amplios sectores del clero y del mundo laico. La Europa de finales del siglo XV estuvo marcada por una profunda inquietud espiritual, pues era creciente el número de personas que no se conformaban ya con aceptar la verdad: deseaban comprenderla. A medida que el Renacimiento ensanchó las mentes, comenzaron a reexaminarse las fuentes del cristianismo, y en especial los escritos de San Pablo.

No puede negarse la conexión entre el Renacimiento y la Reforma, pero como demostró la controversia entre Erasmo y Lutero acerca del «libre albedrío», ambos movimientos estuvieron divididos por una profunda diferencia. Mientras los hombres del Renacimiento creían en la capacidad humana para mejorar según su propio esfuerzo, los líderes de la Reforma consideraban al hombre incapaz de conseguir la salvación sin la gracia de Dios.

Lutero

Martín Lutero nació el 10 de noviembre de 1483 en Eisleben, en Turingia. Su padre, Hans, era un minero que llegó a ser propietario de seis pozos y dos fundiciones, y concejal de Mansfeld, con lo que pudo proporcionar una buena educación a su hijo.

La infancia de Lutero fue la de un muchacho de su condición. Sus padres eran trabajadores y devotos, y no excesivamente estrictos con él. Estudió latín y fue un buen músico. En 1501 marchó a la Universidad de Erfurt, donde consiguió una gran reputación como trabajador, devoto y buen compañero.

La religión era algo tan importante para Lutero que en lugar de ser abogado, tal como su padre deseaba, entró en la orden de los agustinos eremitas de Erfurt. Desde temprana edad, Lutero se sintió profundamente preocupado por su propia salvación espiritual. Como monje y sacerdote practicaba todo tipo de actos penitenciales, azotando su cuerpo y confesando durante largo tiempo sus pecados, sin lograr encontrar la ansiada paz espiritual. En 1510 fue enviado a Roma, de donde regresó indignado. En 1511, Lutero fue trasladado a Wittenberg, donde le convencieron para que se doctorara y se convirtiera en predicador, aunque él continuó buscando «la verdad». Dios era para él un juez severo y no un padre bondadoso, visión que le atormentaba.

En 1513, mientras estaba preparando la lectura de los Salmos, comenzó a cuestionar el sentido tradicional del concepto bíblico de «justicia», analizando de nuevo el primer capítulo de la *Epístola de San Pablo a los romanos:* «La justicia de Dios es revelada por la fe, tal como está escrito. Los justos tendrán fe». Paulatinamente, Lutero contempló la justicia con una nueva óptica, la del perdón y no la del castigo, único medio para la reconciliación de los humanos con Dios. «Cuando me di cuenta de ello —escribió— sentí como si naciera de nuevo. Las puertas del Paraíso se abrieron y yo entré. Y allí las Sagradas Escrituras adquirieron para mí un nuevo significado.»

Desde aquel momento, Lutero se dedicó a revelar «la verdad», tras liberar las Escrituras de las falsas interpretaciones de los escolásticos. Pero no alcanzó renombre hasta noviembre de 1517, cuando protestó contra la venta de indulgencias, colocando sus famosas noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg.

Las indulgencias eran unos certificados papales que liberaban a los humanos de sus culpas y permitían los desmanes más aberrantes. Un caso extremo se produjo cuando Alberto de Hohenzollern pidió el arzobispado de Mainz, a pesar de que poseía ya las sedes de Magdeburgo y Halberstadt, sin que por otra parte tuviera la edad requerida para ser obispo. El papa se mostró dispuesto a hacer caso omiso de tales impedimentos mediante el cobro de diez mil ducados. Alberto pidió prestado el dinero a los banqueros Fugger, pues carecía de una suma tan elevada, y el papa le ayudó, al autorizarle a vender indulgencias para devolver el dinero, con la condición de que la mitad de sus ganancias fuesen para los Fugger y la otra mitad para la reconstrucción de la basílica de San Pedro de Roma.

Aunque los certificados de las indulgencias estaban cuidadosamente redactados, para evitar que se entendiera que el perdón divino podía comprarse y venderse, Juan Tetzel los vendía por las calles de Sajonia, constituyendo un espectáculo bochornoso. Anunciaba la muerte lenta del alma sometida a los tormentos del purgatorio, añadiendo: «Pero tan pronto como una moneda caiga en el cofre, un alma saldrá del purgatorio».



Cuando Lutero conoció las actividades de Tetzel, afirmó lacónico: «Voy a agujerearle la bolsa». Su indignación estaba provocada no tanto por la venta de indulgencias como por la doctrina que la sustentaba, incompatible con su creencia de la autonomía de la fe.

Las noventa y cinco tesis que elaboró no eran extremistas. Su objetivo era establecer un debate académico, pero a las pocas semanas numerosos ejemplares de las mismas circulaban en Suiza y Alemania. Los dominicos de Sajonia se adhirieron a la causa de Tetzel y presentaron en Roma cargos contra Lutero. Sin embargo, la situación política impidió que el Papado actuase con celeridad.

El emperador Maximiliano agonizaba y su sucesor estaba a punto de ser elegido. Desde el punto de vista papal, el candidato más idóneo era Federico el Sabio, elector de Sajonia, que era además el señor de Lutero. Federico no simpatizaba con este último, pero era partidario de no interrumpir su actividad.

En 1518, Lutero fue obligado a comparecer ante el cardenal Cayetano de Augsburgo. El cardenal le instó a que revocara sus doctrinas sin aceptar la previa discusión, y Lutero se negó. En junio de 1519 se vio implicado en un debate con el dominico Juan Eck, en Leipzig, que si bien comenzó como una laberíntica controversia metafísica, pronto derivó hacia el cuestionamiento de la autoridad papal. Eck acusó a Lutero de husitismo por su afirmación de que la última autoridad en materia religiosa eran las Sagradas Escrituras y no el papa.

Tras el debate de Leipzig, Lutero publicó varios trabajos en los que reflejaba

su opinión sobre los sacramentos, cuestionando sus relaciones con la fe. Dudaba de que debiesen de ser más de tres: bautismo, comunión y penitencia. En 1520 rechazó la doctrina católica de la «transustanciación», según la cual, cuando el sacerdote afirma «este es mi cuerpo», el pan y el vino se convierten en la carne y la sangre de Cristo, aunque conservan el mismo sabor y forma que antes. Lutero aceptaba que el pan y el vino eran el cuerpo de Cristo, pero negaba que su propia sustancia variase. Dios, afirmaba, está en todas partes, y al administrar los sacramentos, el sacerdote actúa como un agente de la propia revelación de Dios. Así, Lutero continuó creyendo que Dios estaba realmente presente en el sacramento, por lo que católicos y luteranos compartían la doctrina de la presencia divina.

Mientras tanto, amplios sectores de la población apoyaban a Lutero aun sin entender las razones fundamentales de su protesta. Ulrich von Hutten deseaba ganarle para la causa de una rebelión nacional contra Roma. Otro humanista, Philip Melanchton (1497-1560), se convirtió en su colaborador y sistematizó su teología. El gran pintor Alberto Durero pertenecía al círculo de intelectuales luteranos de Nuremberg, y los caballeros imperiales, que veían su posición amenazada por los príncipes territoriales, prestaron también su apoyo a Lutero.

Finalmente, en junio de 1520 el papa condenó a Lutero, mediante la bula *Exsurge domine*, concediéndole sesenta días para que se retractara. La respuesta de Lutero fue quemar en la hoguera la bula y todo el canon de leyes en una reunión de profesores y estudiantes universitarios. Lutero fue excomulgado en enero de 1521.

En esa misma época publicó tres tratados de gran impacto: *Manifiesto a la nobleza cristiana de Alemania*, obra dirigida a los gobernantes alemanes para que reformaran el Papado y la jerarquía eclesiástica; *La cautividad de Babilonia*, en donde resumió su teología y condenó al Papado por no permitir que los cristianos tuvieran acceso directo a Dios a través de la fe, y *De la libertad del cristiano*, un ideal de vida evangélica destinado a llamar la atención del papa.

El nuevo emperador, el rey español Carlos V, aunque no se oponía a la reforma de la Iglesia y a la limitación de la autoridad papal, trató de defender la tradición. Temía que la rebelión contra la Iglesia desembocase en una rebelión contra el Estado. Y como no podía ignorar los deseos del pueblo alemán y los de sus electores, consintió que Lutero se explicara en la Dieta de Worms. Muchos de los amigos del reformador le advirtieron de los peligros que encerraba la invitación, pero Lutero, confiando en el poder del Evangelio, anunció que iría a Worms, aunque allí hubieran «tantos diablos como tejas en las casas».

Cuando se presentó ante el emperador y la nobleza, fue requerido para que abdicara de sus puntos de vista, pero volvió a negarse, declarando: «No puedo ni quiero retractarme, pues no es sensato ni honesto actuar contra la propia conciencia. Que Dios me ayude. Amén».

Sin posibilidad de ningún compromiso, Lutero regresó a Wittenberg, aunque de regreso sus amigos le trasladaron al castillo de Wartburg, donde permaneció cerca de un año. En mayo de 1521 el emperador le declaró fuera de la ley, pero Lutero continuó sus actividades sin que nadie le molestara.

Además de los escritos condenando la confesión y la absolución, los votos monásticos y el celibato sacerdotal, Lutero realizó en el breve plazo de once semanas la traducción al alemán del Nuevo Testamento, del que se vendieron cinco mil ejemplares en dos meses. Al mismo tiempo, sus seguidores, entre los que había muchos miembros del clero regular, predicaban su doctrina en las ciudades, mezclados con agitadores políticos y sociales mucho más radicales que Lutero. En Wittenberg, Carlstadt y Zwilling, el tradicional orden religioso se alteró. La llegada de los «profetas» de Zwickau coincidió con grandes disturbios y fueron que-



Pintura de Girolamo da Treviso en la que se representa a los cuatro evangelistas lapidando al papa por su poca espiritualidad y su corrupción. Constituye una prueba de que la oposición a los abusos de la Iglesia no estaba limitada a los descontentos del norte de Europa.

Página anterior, Martín Lutero (1483-1546) según un cuadro de Lucas Cranach el Viejo. Aunque partidario de una moral cristiana severa, sus planteamientos en cuanto a la relación de los creyentes con Cristo fueron absolutamente revolucionarios, puesto que no aceptaba ningún mediador más que la Biblia, en contra de los preceptos católicos romanos.

madas multitud de imágenes religiosas. Lutero, contrario a la violencia, tuvo que salir de su retiro para restablecer el orden. A partir de ese momento, él y sus seguidores empezaron a construir una nueva Iglesia de acuerdo con las enseñanzas del Evangelio.

Con la ayuda de la imprenta, la Reforma se extendió rápidamente por todo el Imperio. En 1528, Brandenburgo, Brunswick, Lüneburg, Schleswig-Holstein, Mansfeld y Silesia eran luteranas. La literatura de la Reforma tuvo su expresión más popular en los libros ilustrados con grabados, muchos de los cuales fueron obra de Lucas Cranach el Viejo (1472-1553), autor de los mejores retratos de Lutero. Los himnos y las representaciones religiosas ayudaron también a popularizar la Reforma. El propio Lutero compuso algunos himnos, siendo el más conocido *Ein' Feste Burg* («Dios es nuestro refugio»). El poeta Heine lo calificó de «Marsellesa de la Reforma».

Las guerras campesinas

El movimiento luterano, a pesar de su popularidad, no satisfacía las aspiraciones sociales de las clases inferiores de la sociedad alemana. De modo especial, los campesinos no estaban conformes con su situación, y deseaban ser liberados de las obligaciones feudales y de las cargas fiscales, considerando a Lutero como su líder. No obstante, aunque el reformador simpatizaba con ellos, era contrario a la violencia. Su *Consejo para la paz* llegó demasiado tarde. En junio de 1542 la guerra de los campesinos estalló en la Selva Negra y se extendió rápidamente por toda Alemania.

En Sajonia y Turingia, Thomas Münzer, un antiguo discípulo de Lutero, anunció un nuevo orden social más justo. Tras denunciar a los príncipes como «rufianes impíos», emitió unas sentencias condenatorias firmadas por la «espada de Gedeón». Lutero se vió superado por los acontecimientos, y en *Ante los crímenes de las hordas campesinas* alentó a los príncipes a «exterminar a aquellos que, secreta o abiertamente, impulsan la rebeldía».

Temía que la rebelión comprometiera su movimiento, pero su actitud era coherente con su teología: «el gobierno civil y la existencia del orden social están sustentados por la gracia divina, y rebelarse contra ellos es ofender a Dios».

La guerra de los campesinos terminó de manera sangrienta. Cuando los príncipes hicieron su oferta a los rebeldes reunidos en Franhenhausen, Münzer contestó que «Dios ha prometido la victoria» y que él detendría las balas de los cañones con su capa. Sin armas de fuego ni caballería, los campesinos estaban derrotados de antemano. Cuando los primeros cañonazos cayeron sobre ellos, huyeron despavoridos y fueron diezmados por la caballería real. Münzer fue capturado, torturado y decapitado. El papel que Lutero desempeñó en la guerra campesina determinó que su movimiento perdiera fuerza, y muchos campesinos y ciudadanos se sintieron traicionados, convirtiéndose al anabaptismo, una forma más radical de protestantismo.

A partir de 1525 la situación religiosa en Alemania se consolidó. Los príncipes católicos formaron la Liga de Dessau y los luteranos se reunían en Torgau. Con el apoyo de la mayoría luterana, la Dieta de Speyer, en 1526, promulgó una ley responsabilizando a los príncipes de su propia política religiosa, ley que fue revocada tres años después por la mayoría católica de la Dieta. Los luteranos protestaron ante la decisión –de ahí surgió el término «protestante»–, pero carecieron de la unidad suficiente para imponerse.

En 1529 se celebró una conferencia en Marburg para resolver las diferencias entre los luteranos y los zwinglianos de Suiza y del sur de Alemania, la cual fracasó porque Lutero y Zwinglio disentían respecto a la interpretación de la Eucaristía. Esta desunión se producía en un momento crítico, pues a partir de 1530, Carlos V centraba su atención en Alemania.

Zwinglio

Ulrico Zwinglio (1484-1531) abandonó la doctrina católica en 1519 y fue mucho más radical que Lutero. Consideraba que la comunión era un simple rito formal, y discrepaba también respecto al bautismo, a la justificación por la fe y otras numerosas cuestiones doctrinales.

Sin embargo, la diferencia fundamental residía en la consideración de la naturaleza humana. Zwinglio estaba próximo al humanismo en su creencia de que el hombre podía adquirir la fe mediante el estudio de la palabra de Dios. Asimismo, era también un fundamentalista al aceptar únicamente las prácticas ordenadas en las Sagradas Escrituras. En consecuencia, rechazaba al ayuno, el celibato sacerdotal, las imágenes religiosas y la música sacra. Su adhesión a la Biblia se demostró a través de sus actividades como predicador y como organizador de la Iglesia en Zurich. La Biblia fue traducida y publicada en esta ciudad en 1530, cuatro años antes de que lo hiciera Lutero en Alemania.



Quizá la contribución más importante de Zwinglio fueron sus ideas sobre la honestidad. Con su influencia, las cuestiones matrimoniales y de moral se sometieron a un tribunal especial compuesto por clérigos y magistrados civiles, lo que identificaba a la Iglesia con el Estado, contrariamente a la doctrina de Lutero. Zwinglio fue el más político de todos los reformadores. Tras participar en las guerras italianas, se opuso al sistema mercenario y convenció a las gentes de Zurich para que lo abandonaran. Sin embargo, los cantones católicos de la Confederación Suiza dependían del alquiler de sus soldados a las potencias vecinas para subsistir económicamente. Estalló la guerra entre éstos y Zurich, y Zwinglio resultó muerto en la batalla de Kappel, en octubre de 1531. Poco después, el protestantismo suizo perdió beligerancia, y con Heinrich Bullinger (1504-1575) se limitó a la esfera espiritual.

El anabaptismo

Desde el inicio de la Reforma, diversos reformadores mostraron tendencias más radicales que la de Lutero o Zwinglio. A los que se oponían al bautismo de los recién nacidos, se les conoció como «anabaptistas» (que en griego significa «volver a bautizar»). Sin embargo, el movimiento carecía de una coherencia interna: incluía desde la vida contemplativa (quietismo), hasta una actitud de activa promoción del reino de Cristo en la tierra (quilismo). Ambas se extendieron por diferentes lugares de manera más o menos simultánea e inconexa.

El primer caso conocido de bautismo de un adulto se produjo en Zurich, en



1525, con Conrad Grebel, que afirmaba que no se nacía en el seno de la Iglesia, sino que se la aceptaba al profesar la fe y practicar una vida santificada. En su rechazo de la corrupción, muchos anabaptistas se negaban a servir al Estado, lo que promovió su persecución por las autoridades civiles, católicas y protestantes. Expulsados de Zurich en 1525, los anabaptistas llevaron sus ideas al sur de Alemania, a la alta Austria, Moravia, Hungría, Países Bajos y otros lugares.

Uno de los líderes anabaptistas holandeses fue David Joris, considerado a sí mismo el profeta del nuevo milenio, pero el quietismo de su *Libro de los Prodigios* (1542) no fue asumido por Jan Matthys de Haarlem ni por Jan Beuckelsz de Leyden, quienes llamaron a la lucha contra los no creyentes y, en febrero de 1534, propiciaron una revolución en la ciudad episcopal de Münster, en Westfalia.

Cuando Matthys murió en abril, Beuckelsz asumió el título de «rey» bajo el nombre de Jan van Leyden. Su introducción de la poligamia y su desenfrenada brutalidad produjeron un gran resentimiento y facilitaron la reconquista de la ciudad por Felipe de Hesse y el obispo local en junio de 1535. Los responsables del movimiento anabaptista fueron torturados hasta morir y sus cuerpos colgados en unas jaulas de hierro en la torre de la iglesia de Lambert. Al mismo tiempo, en toda Europa se emprendieron importantes medidas contra ellos y el movimiento tuvo que expurgarse de sus elementos más radicales. De ese modo, Menno Simons (1496-1561) extendería la congregación, que alcanzó incluso tierras americanas.

Juan Calvino

En tanto que el luteranismo permanecía confinado en Alemania y Escandinavia, perdiendo parte de su fuerza, el calvinismo se expandió, desde Francia y Ginebra, a numerosas zonas de Europa, amenazando la supervivencia del catolicismo en la segunda mitad del siglo XVI.

Juan Calvino nació en Noyon, en la Picardía, en julio de 1509. Su padre, Gérard Cauvin (Calvino es la derivación latina del nombre) fue un hombre de leyes empleado en el capítulo catedralicio. Consiguió dos cargos para su hijo y en 1523 le envió a París para que se educara. En el Collège de la Marche recibió las enseñanzas del latinista Mathurin Cordier. Después se trasladó al Collège de Montaigu, donde estudiaron Erasmo y Rabelais, pero la humedad de sus muros, la calidad de la comida y la rígida disciplina afectaron su salud.

La conferencia de Marburg (1529), convocada por Felipe de Hesse para resolver las discrepancias entre Lutero y Zwinglio, no triunfó en su cometido a causa de las diferencias básicas del pensamiento de ambos reformadores sobre el tema de la Comunión.

Página anterior, Ulrico Zwinglio (1484-1531), reformador y humanista suizo; pintura de Hans Asper de 1531, año en que Zwinglio fue torturado por los ejércitos católicos suizos hasta morir al negarse a abjurar de sus creencias.

En 1528 su padre decidió orientar su educación de la teología a las leyes, enviándole a Orléans y Bourges, donde estudió griego, y quizá hebreo, con el erudito luterano Melchior Wolmar. En 1531, al morir su padre, Calvino regresó a París y se dedicó al humanismo. En abril de 1532 publicó su primera obra: un comentario al *De clementia* de Séneca.

Nadie sabe cuándo Calvino se convirtió al protestantismo, aunque es probable que fuera hacia 1533, al conocer a Gérard Roussel y otros evangelistas. Su conversión le proporcionó pronto serios problemas con las autoridades. En noviembre de 1533 su amigo Nicholas Cop, rector de la Universidad de París, pronunció una lección inaugural proclamando sus simpatías luteranas. Esto provocó una fuerte reacción, y Calvino, del que se sospechaba que era el autor del escrito, huyó a Saintonge, donde realizó sus primeros trabajos sobre sus *Instituciones*. Asimismo, visitó a Jacques Lefèvre d'Étaples, fundador del evangelismo francés, que vivía retirado en Nerac.



Tras renunciar a sus cargos eclesiásticos, Calvino visitó Poitiers y Orléans, donde predicó y administró la Santa Cena en la versión protestante. En octubre de 1534 se desencadenó una campaña contra los protestantes después de que éstos colocaran numerosos carteles atacando la Misa en diversas ciudades francesas. Calvino huyó a Estrasburgo y Basilea, publicando la primera edición de sus *Instituciones de la religión cristiana*, en marzo de 1536.

Aunque sus *Instituciones* han sido ampliadas y modificadas, la primera edición contenía los elementos básicos de la doctrina calvinista, en los que se acentúa la majestad y soberanía absolutas de Dios y la irremediable corrupción del hombre como consecuencia de su pecado original. A pesar de que la predestinación estaba ya implícita en su doctrina, fue mucho después cuando Calvino la potenció.

Otro aspecto importante de su doctrina fue la autoridad que concedía a las Sagradas Escrituras, aunque consideraba que la lectura de la Biblia no era suficiente, pues se requería la comprensión y la ayuda del Espíritu Santo.

Por último, Calvino creía que la verdadera Iglesia era invisible y estaba compuesta por los elegidos de Dios, pero pensaba que era necesaria una Iglesia visible, independiente y relacionada, a la vez, con el Estado.

En sus últimos años Calvino dedicó gran parte de su tiempo a la elaboración, clarificación y ampliación de sus *Instituciones*. La sexta y última edición de 1599 era cinco veces mayor que la primera y su composición distinta. La primera traducción francesa fue publicada en 1541, constituyendo un importante acontecimiento, no sólo religioso, sino también literario. En 1536, tras un viaje a Italia, Calvino regresó a Francia reclamado por asuntos familiares. Pretendía dirigirse a Estrasburgo, pero como la ruta estaba bloqueada por el ejército imperial, marchó a Ginebra, donde pensaba tan sólo pernoctar una noche. La ciudad estaba enfebrecida por las tensiones religiosas y el protestante francés Guillaume Farel, exiliado allí, persuadió a Calvino de que permaneciera para ayudarle. Calvino describió los hechos del modo siguiente:

«Farel utilizó todas sus energías para detenerme. Sabiendo que mi corazón se dedicaba sólo a mis estudios privados, me dijo que Dios maldeciría mi retiro y la tranquilidad de mi trabajo si rehusaba prestar mi ayuda cuando la necesidad era tan apremiante. Sentí como si Dios, desde el Cielo, hubiese puesto su poderosa mano sobre mí para detenerme... Tuve tanto miedo que desistí de emprender un nuevo viaje».

Debido a las extrañas circunstancias que se combinaron para conducirle a Ginebra, Calvino creyó que había sido elegido para construir allí una verdadera comunidad cristiana. La tarea no era fácil, pues los ciudadanos de Ginebra estaban más motivados por la política que por la religión. Tras expulsar al obispo, se dedicaron a «vivir según la ley del santo Evangelio y de la palabra de Dios» y abandonaron «las misas y las ceremonias papales, así como todos los abusos, imágenes e ídolos». No obstante, cuando Calvino y Farel trataron de reforzar la disciplina mediante la excomunión, algunos se resistieron, y tras una serie de incidentes pidieron a los reformadores que se marcharan.

Calvino se retiró entonces a Estrasburgo y se convirtió en pastor de una congregación de franceses exiliados, casándose con Idelette de Buren. Aunque sus ideas básicas no cambiaron, desarrolló nuevas tesis sobre la predestinación y la organización de la Iglesia.

Tras la ausencia de Calvino, la situación religiosa y política de Ginebra llegó a tal caos que pronto fue invitado a regresar, reapareciendo en la ciudad en junio de 1541. Las autoridades le cedieron un aposento cerca del lago y le facilitaron un salario. Auxiliado por seis miembros del consejo, elaboró una nueva Constitución para la Iglesia de Ginebra: las Ordenanzas Eclesiásticas.

La Iglesia de Ginebra gozaba de mayor independencia que la de Lutero o Zwinglio. La principal innovación de las ordenanzas era el reconocimiento de cuatro

cargos: pastor, maestro, mayor y diácono. Los pastores, que en un principio eran cinco, constituían la Asamblea Venerable, y eran los responsables de predicar el Evangelio, administrar los sacramentos y aconsejar a sus miembros. Los nuevos pastores eran elegidos por esta asamblea con la aprobación del Consejo de la ciudad. Los servicios eclesiásticos radicaban en las tres parroquias de Ginebra. Los maestros, que tenían el deber de instruir a los jóvenes en la «doctrina ortodoxa», eran examinados por un comité de dos miembros. Los doce mayores eran laicos responsables del reforzamiento de la disciplina. Cada uno de ellos supervisaba uno de los doce distritos de la ciudad y se esperaba que visitasen a todas las familias por lo menos una vez al año. Los diáconos ayudaban a los pastores en el alivio de los pobres, en sus visitas a los enfermos y necesitados, y en la administración del hospital de la ciudad.

La esencia institucional de la Iglesia ginebrina era el Consistorio, compuesto por los doce mayores y los cinco pastores. Se reunían una vez a la semana para aconsejar, reprender y corregir a los ciudadanos que se oponían a la doctrina oficial, a los que permanecían fuera de la Iglesia o a los que se comportaban de una manera no cristiana. El Consistorio, con facultad para excomulgar, emprendió su tarea con más entusiasmo que tacto. Los ciudadanos eran convocados por una nimia desviación del «camino verdadero» y las graves ofensas eran castigadas con extrema severidad. Entre 1542 y 1546 sesenta y seis personas fueron expulsadas de Ginebra, y cincuenta y ocho ejecutadas por herejía, adulterio, blasfemia y brujería.

Los cinco primeros años que siguieron a su regreso, Calvino mantuvo buenas relaciones con las autoridades civiles. Colaboró en la recodificación de las leyes y en la revisión de la Constitución, y su consejo fue requerido en múltiples asuntos, desde la defensa militar a la prevención del fuego; pero su liderazgo se vio amenazado cuando en 1545 un grupo de ciudadanos prominentes atacaron las actividades del Consistorio, aunque al final el reformador reafirmó su autoridad.

La preponderancia de Calvino en Ginebra se basó en el ejercicio de sus deberes como predicador y maestro, mostrándose muy celoso del mantenimiento de la «doctrina pura» y de la extirpación de la herejía. La obra de Sebastian Castellio fue prohibida por negar la inspiración del Canto de Salomón, y Jerômo Bolsec sufrió el mismo destino tras afirmar que la doctrina de la predestinación implicaba que «Dios era la causa del pecado.»

En agosto de 1553, Miguel Servet, que había publicado libros repudiando la doctrina de la Santísima Trinidad, fue requerido para que no visitara más la ciudad, siendo posteriormente arrestado, juzgado y quemado. Calvino justificó su ejecución en *Defensa de la fe ortodoxa*, pero Castellio protestó contra la utilización de la fuerza. En *Acerca de los herejes y cómo deben ser perseguidos*, Castellio afirmaba que quemar herejes era contrario a las enseñanzas de Cristo, aunque muchos protestantes apoyaron a Calvino. Tras el caso Servet el poder de Calvino no fue cuestionado, y en 1559 se le nombró ciudadano de Ginebra.

Un suceso de importancia capital para el desarrollo del calvinismo fue la fundación de la Academia ginebrina, en junio de 1559. Su primer rector fue el humanista francés Theodore Beza (1519-1605), sucesor de Calvino al frente del movimiento. La Academia se dividía en una escuela primaria, en la que los jóvenes aprendían francés, latín, griego y los elementos de la lógica, y en una escuela secundaria de carácter público, en la que se enseñaban griego, hebreo, teología y filosofía. La enseñanza era gratuita en ambos niveles y el estudiante recibía un certificado de asistencia —no una licenciatura— al final del curso. Cuando Calvino murió en 1564, la escuela primaria tenía 1.200 estudiantes y la secundaria 300. Estos últimos eran en su mayoría extranjeros que, tras haber finalizado sus estudios, llevaban las doctrinas de Calvino a sus países de origen.



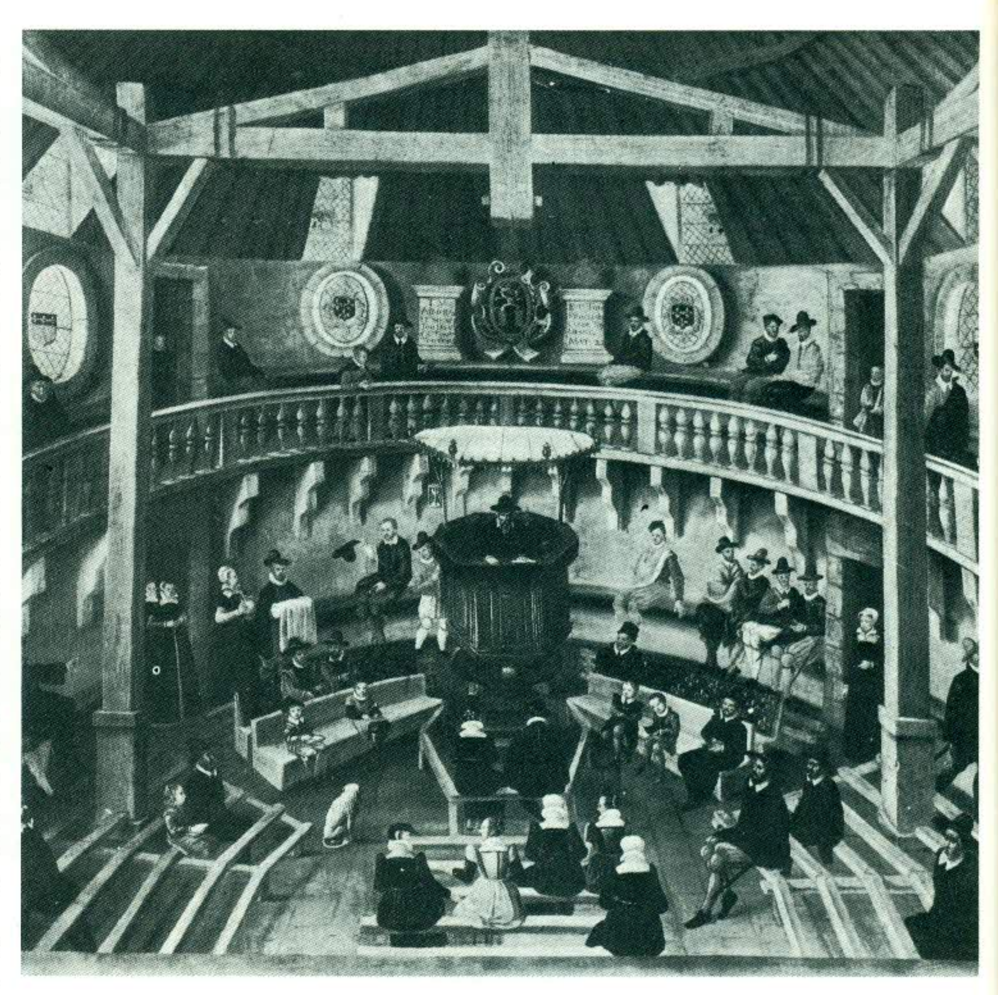
Retrato de François Rabelais (hacia 1494-1553) de la escuela francesa. La obra de este escritor, que fue además médico, humanista, aventurero y religioso, es una rara muestra de alegría renacentista por la vida, en esta época de fervor y proselitismo religioso.

Página anterior, sello de Catalina de Médicis del año 1569. (Archives Nationaux, París.)

Calvino fue más allá que Lutero en impulsar a los cristianos para que sirvieran a Dios mediante su «destino». Sus seguidores participaron activamente en la vida política, social y económica. El éxito en los negocios era contemplado como la evidencia de la abnegación y del trabajo dedicado a la mayor gloria de Dios. Y aunque el ejemplo de Calvino estimulaba las virtudes de la burguesía, es importante recordar también que él acentuaba continuamente las virtudes tradicionales del cristianismo, el autosacrificio, la humildad y el optimismo de la salvación divina. Contrariamente a lo que se ha creído, Calvino no creó la «ley del beneficio capitalista», y sí aprobó una legislación que protegía a los pobres frente a los egoístas. La idea de que Calvino es el «padre del capitalismo» no es correcta, aunque, al valorar la actividad social y económica, alentó al desarrollo de las empresas mercantiles.

Cuando en 1559 apareció la edición definitiva de sus *Instituciones*, la doctrina de Calvino estaba ya completada y la «predestinación» era su elemento central. Esta idea no era invención de Calvino: tenía sus raíces en los agustinos y en la teología escolástica, y fue compartida por otros reformadores. Calvino no hizo más que clarificar sus implicaciones.

La predestinación significa que antes del comienzo de la vida en este mundo, Dios «elige» a unos hombres para la salvación eterna, y abandona a otros a la eterna condenación. Esta doctrina no condujo a los seguidores de Calvino hacia el fatalismo, sino que por el contrario, todos confiaban en que Dios les «había elegido». Los elegidos eran, según Calvino, los que proclamaban públicamente su fe y, de acuerdo con Dios, seguían el camino que Él les indicaba, participando en los sacramentos. La claridad de este criterio sirve para explicar las actividades de los calvinistas. La certeza de la elección iba acompañada de la confianza en un futuro y de la esperanza acerca del establecimiento de una comunidad cristiana en la Tierra.



La difusión del calvinismo

Los calvinistas sólo pudieron difundir ampliamente su doctrina en Escocia y Nueva Inglaterra (Estados Unidos).

Calvino estuvo, desde el comienzo, profundamente ligado al progreso de la Reforma en su país natal. Los hugonotes, tal como fueron llamados los calvinistas franceses —el origen de tal denominación no se conoce con certeza—, se organizaron en pequeños grupos. Se reunían casi clandestinamente en lugares escondidos o alejados, en el campo, para leer la Biblia y orar. Ginebra les enviaba pastores para atender a sus necesidades espirituales. A pesar de la feroz persecución a que les sometió Enrique II (1547-1559), el calvinismo adquirió fortaleza y fue adoptado por numerosos nobles, e incluso por algunos miembros de la familia real.

En 1555 se constituyó en París la primera Iglesia calvinista francesa con servicios regulares, predicación, administración de sacramentos y consistorio de mayores, y en los cinco años siguientes fueron apareciendo congregaciones similares por toda Francia. Sus pastores y sus mayores acudieron al primer sínodo nacional, celebrado en París en 1559, en el que se adoptó la confesionalidad de esta fe, organizándose centralizadamente a través de unos consistorios locales, de las asambleas regionales, de los sínodos provinciales y del sínodo nacional. En 1561 el sínodo nacional representaba a más de 2.000 congregaciones.

La persecución obligó tempranamente a los hugonotes a defenderse contra el Estado. Muchos de ellos estuvieron implicados en la Conspiración de Amboise (marzo de 1560) —tentativa de secuestrar al joven rey Francisco II y eliminar a sus consejeros católicos, que fracasó—, aunque Calvino condenó la rebelión. «Sería mejor —escribió en 1561— que pereciéramos una y mil veces antes de que la causa del Evangelio y del cristianismo se vea expuesta a tales oprobios.» La reacción católica, muy dura, fue conducida por el duque de Guisa. En marzo de 1562 varios hugonotes fueron asesinados en un granero cerca de Vassy, hecho al que siguieron otras muertes sangrientas que precipitaron el estallido de las guerras de religión.

El calvinismo entró en los Países Bajos tras la paz de Cateau-Cambrésis (1559), convirtiéndose en el motivo latente de la resistencia a la dominación española, que culminó en la rebelión holandesa de 1566. Los ingleses realizaron sus primeros contactos con el calvinismo al exiliarse a causa de la presión del gobierno de María Tudor (1553-1558). Creyeron que su sucesora Isabel accedería a sus deseos, pero no fue así, y las tensiones prosiguieron. John Knox, que había estado en Ginebra, llevó el calvinismo a Escocia. Los lores de la Congregación que se opusieron a María Estuardo y a la alianza francesa, formaron la Liga escocesa en 1557. Siguiendo el Tratado de Edimburgo de 1560, el Parlamento escocés adoptó la fe que John Knox había introducido.

En el Imperio romano-germánico el calvinismo enraizó principalmente en el Palatinado, y también penetró en la Europa oriental a través de Polonia y Bohemia.

La rivalidad Habsburgo-Valois



La escena política europea de la primera mitad del siglo XVI estuvo dominada por tres jóvenes monarcas, Francisco I de Francia (1515-1547), Enrique VIII de Inglaterra (1509-1547) y el emperador del Sacro Imperio romano-germánico, Carlos V (1519-1556), rey de España.

La subida al trono francés de Francisco I, el 1 de enero de 1515, fue fortuita, pues si bien descendía del rey Carlos V, era solamente primo de su predecesor y no hubiera sido rey si Luis XII hubiese tenido un hijo. A la edad de 21 años, Francisco encarnaba el ideal de la monarquía. Era inteligente, vitalista y bien educado, elocuente, afable, valiente, orgulloso y ambicioso. La política estuvo siempre dirigida hacia el fortalecimiento del poder real a expensas de la supervivencia de las libertades feudales. La unificación del territorio francés progresó por la anexión de Bretaña en 1532 y por la confiscación de las propiedades de los Borbones, tras la traición del duque en 1523. Asimismo, se estableció una Hacienda centralizada.

Francisco I fue un notable mecenas de las artes y de las letras. Leonardo da Vinci, Andrea del Sarto, Benvenuto Cellini y Francesco Primaticcio fueron, entre otros, los grandes artistas italianos que visitaron su corte. Construyó magníficos castillos en el valle del Loira y en los alrededores de París, incluyendo el Louvre, Chambord y Fontainebleau. Gracias al impulso del humanista Budé, fomentó la enseñanza pública de los clásicos, que finalmente desembocó en el *Collège* de Francia.

Desde el comienzo de su reinado, Francisco se dedicó a vengar todos los desastres sufridos por los ejércitos franceses en los últimos años. Al igual que todos los príncipes de su época, había sido educado para la guerra. Como descendiente de Valentina Visconti, podía reclamar el ducado de Milán, es decir, tenía un pretexto para la agresión. De esta forma su acceso al trono no significó una nueva orientación en la política extranjera de Francia, pues las guerras italianas no dejaron de sucederse.

El emperador Carlos V

El duque de Borgoña era el vecino francés más importante del futuro emperador Carlos V, un joven tímido y poco atractivo, hijo de Felipe el Hermoso y de Juana de Castilla, y nieto del emperador Maximiliano y de Fernando de Aragón. Al morir su padre en 1506, heredó todos los territorios borgoñones (el Franco-Condado, Luxemburgo, Brabante, Flandes, Holanda, Zelanda, Hainaut y Artois), a excepción del propio ducado de Borgoña, anexionado por Francia en 1477.

A pesar de su linaje cosmopolita, Carlos era borgoñón por nacimiento y por educación. El autor favorito de su infancia había sido Olivier de la Marche, apologista de Carlos el Temerario, bajo cuyo mandato Borgoña se había convertido en uno de los estados más poderosos de Europa. A medida que creció, su mente se orientó hacia el objetivo de reconstruir su fragmentada herencia. Sin embargo, en

Miniatura de la primera mitad del siglo XVI que representa a Francisco I, rodeado por sus hijos y altos dignatarios, escuchando la lectura que hace Antonio Macault de su traducción de Diodoro de Sicilia. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, iglesia calvinista en Lyon, en 1564. Su decoración era mínima y el foco de atención era el púlpito más que el altar. (Bibliothèque Publique et Universitaire, Ginebra.)



1515, la cabeza rectora de su gobierno era Guillaume de Croy, señor de Chièvres, que como valón deseaba la paz con Francia. Así, Francisco I pudo neutralizar a Carlos V sin ninguna dificultad.

Enrique VIII de Inglaterra

El joven príncipe de Inglaterra no era ni tímido ni poco atractivo. Alto y bien constituido, era pelirrojo y «llevaba el pelo lacio y corto a la moda francesa y tenía una cara redonda y tan agraciada que hubiese podido ser la de una bella mujer». Enrique era uno de los mejores deportistas de su época, un buen arquero, hábil en la lucha libre y en los torneos. Era también un buen conocedor de idiomas, músico notable y teólogo de cierta categoría. Los principales defectos de Enrique VIII fueron la vanidad, los celos y la crueldad. Se mostraba especialmente celoso de que sus atractivos físicos fuesen superados por los de sus jóvenes rivales al otro lado del Canal.

Francisco I no perdió el tiempo en completar los preparativos militares iniciados por su predecesor. En el verano de 1515 reunió a un ejército de más de 40.000 hombres en Lyon. Por otra parte, los suizos mantenían una estrecha vigilancia en los principales pasos alpinos. El rey, enfrentado ante la elección de luchar con ellos o cambiar su ruta, escogió la última opción. El ejército francés se abrió camino a través del difícil paso de Argentière y desembocó en el Piamonte, forzando a los suizos a que retrocediesen hacia Milán. Algunos cantones negociaron la paz y los restantes lanzaron un ataque sorpresa contra el campamento francés en Marignano el 13 de septiembre.

La batalla duró más de dos días y señaló el final de una etapa. Los suizos perdieron el mito de su invencibilidad y la Paz de Friburgo (1516) les situó al servicio de Francia. En lo sucesivo, su papel en las guerras europeas fue el de simples mercenarios.

Los efectos de Marignano en Italia tuvieron importancia. Francisco I se convirtió en duque de Milán, y Maximiliano Sforza se retiró a Francia. El papa León X cedió Parma y Florencia al rey, como pago por la garantía de que los Médicis permanecieran en Florencia. En diciembre de 1515 el papa y el rey se reunieron en Bolonia y firmaron un acuerdo con mutuas ventajas.

El 23 de enero de 1516 el equilibrio de poder en Europa se rompió con la muerte de Fernando de Aragón. Le sucedió su nieto Carlos. Su herencia comprendía Aragón, Castilla, Nápoles y Navarra. Como duque de Borgoña reconoció implícitamente la reivindicación de los Albret sobre Navarra, pero esperaba muy poco de ella. La búsqueda de Francisco en los archivos de Provenza para sustentar su reivindicación sobre Nápoles era igualmente vejatoria. Durante un tiempo el equilibrio se mantuvo por el Tratado de Noyon, pero aunque Carlos deseaba una nueva época de paz, los elementos de la discordia estaban ya presentes.

La elección imperial

En 1517 el emperador Maximiliano cayó gravemente enfermo. El Sacro Imperio romano-germánico era electivo y no hereditario. Su gobernante era escogido por siete electores: el arzobispo de Maguncia, el de Colonia y el de Tréveris, el rey de Bohemia, el conde del Palatinado, el duque de Sajonia y el margrave de Brandenburgo. Nada les obligaba a elegir a un miembro de la casa Habsburgo o a un alemán. En teoría, se suponía que debían primar los intereses imperiales, pero en la práctica prevalecían sus intereses personales. Y aunque habían prometido solemnemente votar «sin tener en cuenta intrigas, recompensas o promesas de ninguna clase», la mayoría no rehusaban el soborno.

En 1516 cuatro electores invitaron al rey francés Francisco I para que se presentara como candidato al Imperio. Éste aceptó sólo para evitar que el nieto de Maximiliano, Carlos de España, se convirtiera en el gobernante más importante de Europa, al anexionar los territorios alemanes a sus ya extensos dominios. Carlos fue avisado inmediatamente de tal maniobra. En la Dieta de Augsburgo de 1518, Maximiliano convenció a cinco electores para que votasen a Carlos. Pero cuando el emperador murió en enero de 1519, los electores se mostraron dispuestos a aceptar nuevas propuestas interesadas de los candidatos.

Alemania se convirtió en una inmensa sala de subastas. Repartiendo oro en todas direcciones los agentes franceses trataron de crear la impresión de que su señor poseía unos fondos ilimitados, pero en realidad su crédito era precario. Para conseguir el dinero necesario para sus electores, Francisco pidió préstamos a sus



El imperio de Carlos V en su punto culminante.

súbditos, vendió cargos e hipotecó su heredad. El papa León X prestó su ayuda al rey como mal menor, ya que el principio de la política papal era evitar que el Imperio y el reino de Nápoles cayesen en las mismas manos. Por su parte, Enrique VIII de Inglaterra se ofreció secretamente como tercer candidato.

La opinión pública tenía mucha importancia en la elección. Los agentes Habsburgo, mediante sermones y panfletos, fomentaron el odio a los franceses y los banqueros alemanes negaron crédito al rey de Francia. Así, mientras su rival pudo utilizar pagarés, Francisco tuvo que enviar dinero en metálico asumiendo el riesgo por sí mismo.

En junio de 1519 los electores se reunieron en Frankfurt y todos los extranjeros tuvieron que abandonar la ciudad. El calor era intenso, la peste hacía estragos en las afueras y el ejército de la Liga de Suabia amenazaba con intervenir. El 28 de junio, tras siete días de enfebrecidas deliberaciones, Carlos fue elegido por unanimidad. Al mismo tiempo que los alemanes celebraron la noticia con gran alegría, los agentes franceses huyeron hacia Francia para evitar mayores molestias.

La guerra con el emperador

La guerra entre Francisco I y Carlos V estalló en 1521. Fue provocada por el rey francés, que intentaba evitar que Carlos fuese a Italia para ser coronado emperador por el papa. No deseando implicarse directamente en la guerra, Francisco utilizó a Robert la Marck, señor de Sedán, y a Enrique d'Albret, rey de Navarra. Pero menospreció la capacidad del emperador para defenderse. Un ejército imperial bajo el mando del conde de Nassau, invadió los territorios de la Marck y avanzó hacia la frontera francesa. En junio, un ejército francés que había invadido la zona española de Navarra fue derrotado en Esquiros. Y en Italia, el papa León X, abandonando su alianza con Francia, otorgó la investidura de Nápoles a Carlos V.

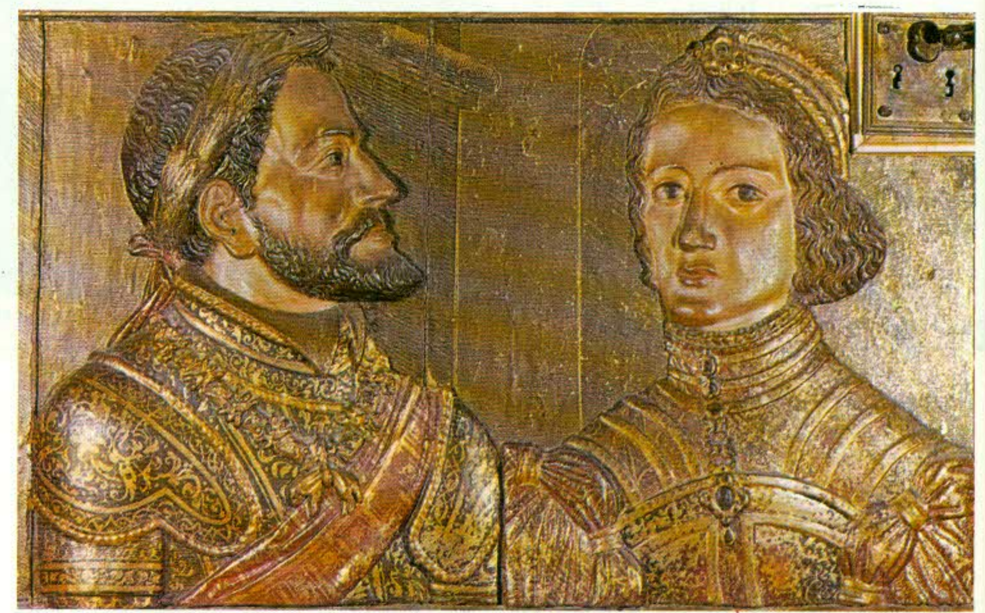
Página anterior, la familia del emperador Maximiliano I. Maximiliano, a la izquierda, pasa su mano por delante de su hijo, el que después sería emperador Fernando I; al lado de éste, en el centro, el futuro emperador Carlos V. (Detalle de una tabla de Bernhard Strigel.)

Aquel verano, Francisco, ansioso por terminar la guerra, aceptó una oferta de mediación de Enrique VIII. Se celebró una conferencia en Calais bajo la presidencia del cardenal Wolsey. En agosto el cardenal fue a Brujas y firmó un tratado secreto con el emperador, prometiéndole la ayuda inglesa si la guerra no terminaba antes de noviembre. La conferencia de Calais se convirtió en una farsa.

Mientras tanto, la guerra continuaba. Durante tres semanas Nassau asedió Mezières, que Bayard defendió heroicamente. Finalmente, los partidarios del emperador se retiraron dejando tras ellos una estela de destrucción. En el sur, los franceses capturaron Fuenterrabía, la puerta de entrada a España, y en Italia cedieron Parma. En noviembre, la conferencia de Calais terminó sin éxito. Wolsey regresó a Inglaterra afirmando que «estaba profundamente apenado por la frivolidad de los cancilleres y oradores de ambos bandos». La buena fortuna de Francisco tuvo una corta existencia, y la expulsión de los franceses de Milán fue seguida por la capitulación de Tournai en el norte.

Tras la muerte de León X en diciembre de 1521, Adriano de Utrecht, antiguo regente de Carlos V en España, fue elegido papa. Este hecho originó un fuerte resentimiento en Francia, pero Adriano VI se convirtió en un hombre humilde y devoto que acercó sus propios deberes al verdadero espíritu cristiano, que confiaba en pacificar la cristiandad y deseaba que sus príncipes se unieran contra los turcos.

En abril de 1522 los franceses sufrieron su mayor revés en Italia, cuando



Marshal Lautrec fue derrotado en La Bicocca, cerca de Milán. Inglaterra eligió este momento para declarar la guerra contra Francia y en septiembre una expedición mandada por el conde de Surrey invadió Picardía. En el interín, el sultán Solimán el Magnífico conquistó Rodas, que los caballeros de San Juan de Jerusalén habían dominado desde 1309.

La traición de Carlos de Borbón

En 1515, Carlos de Borbón era un apuesto joven con un excelente historial de guerra. Como condestable de Francia era el responsable de la administración militar en tiempos de paz y el encargado, por costumbre, de comandar las fuerzas de vanguardia en tiempo de guerra. El primer signo de discordia entre él y su rey apareció en octubre de 1521, cuando le fue retirado el mando de las citadas tropas en la campaña del norte de Francia.

Molesto por los esfuerzos del rey por apartarle de su herencia, entró en negociaciones secretas con el emperador. En julio firmó un pacto prometiendo dirigir una rebelión a cambio de la mano de una de las hermanas de Carlos V. Su plan era esperar a que Francisco partiera hacia Italia con su ejército, pero la conspiración fue descubierta antes.

La paciencia de Francisco se había agotado. Ordenó arrestar a los principales cómplices del duque y retrasó su viaje a Italia. Sintiéndose atrapado, el Borbón huyó a las montañas de Auvergne y finalmente se dirigió a territorios del emperador, mientras sus aliados trataron de invadir Francia. A pesar de que la rebelión había fracasado, el rey de Francia tuvo que modificar sus planes.

En julio de 1524 el ejército imperial, ahora bajo el mando de Carlos de Borbón, continuó su victoriosa campaña en Italia después de invadir Provenza. El duque esperaba que sus antiguos vasallos en la zona central de Francia seguirían sus indicaciones y le ayudarían en su camino hacia Lyon y París, pero no fue así. El duque también fue abandonado por sus aliados y Marsella se convirtió en un obstáculo insuperable. Mientras las guarniciones soportaban pesados bombardeos, Francisco I reconstruyó su ejército y marchó sobre Avignon, recuperando la Provenza casi sin resistencia.

La retirada imperial facilitó a Francisco I la puesta en práctica de su antiguo plan de invadir Italia y cercar Pavía, la segunda ciudad del ducado de Milán.

En enero de 1525 un ejército imperial marchó desde Lodi para liberar Pavía. Ambos ejércitos se enfrentaron durante tres semanas sin realizar ningún avance, hasta que finalmente el ejército imperial pasó a la ofensiva.

El 23 de febrero un regimiento de zapadores, utilizando solamente arietes y picos, abrió brecha en tres zonas distintas de las murallas, entrando en la ciudad por sorpresa. Francisco dispuso que su caballería atacara al enemigo, pero la infantería se retrasó y sufrieron grandes pérdidas. Al mismo tiempo, la guarnición de Pavía entró en acción y obligó a los franceses a combatir en dos frentes. Francisco trató de reunir a sus hombres pero no pudo, siendo finalmente capturado.

Cuando la batalla terminó yacían muertos en el campo de batalla más de ocho mil franceses, incluyendo al almirante Bonnivet y a otros amigos del rey. Pavía fue la masacre de nobles franceses más importante después de Azincourt. El ejército imperial perdió sólo a setecientos hombres, y Carlos V recibió la noticia de su victoria en Madrid, el 10 de marzo. Siguiendo su costumbre, prohibió las celebraciones, ordenó los servicios de acción de gracias y se retiró a su capilla privada. El rey de Francia, que permaneció los tres primeros meses de su cautiverio en Pizzighertone, en Lombardía, fue tratado con la consideración debida a su rango.

Durante mucho tiempo el rey de Francia esperó ser liberado generosamente, pero el emperador no estaba dispuesto a ser magnánimo a costa de sus propios intereses políticos. En marzo recibió una invitación de su aliado inglés Enrique VIII para que le acompañara en su operación de conquista y desmembración de Francia. El rey de Inglaterra consideró que era una coyuntura ideal para «acabar con el régimen del rey francés y su dinastía». Sin esperar la respuesta de Carlos, Enrique se preparó para invadir Francia.

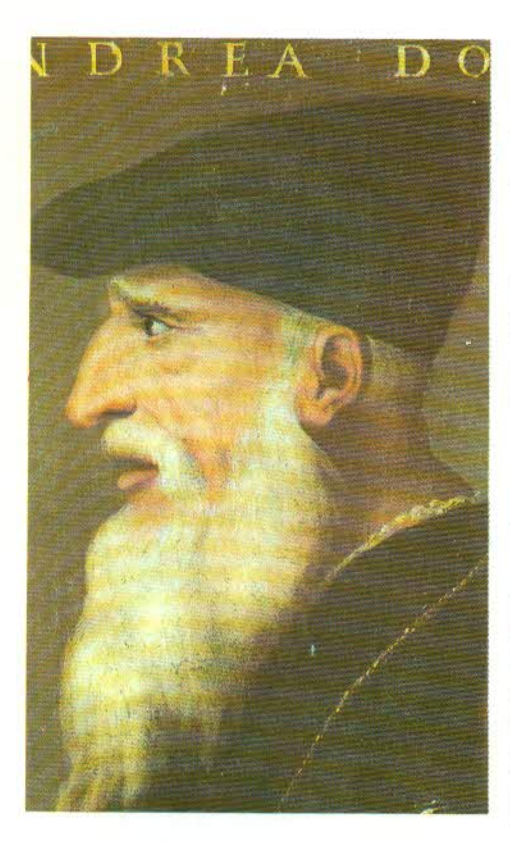
Por el contrario, el emperador ponderó cuidadosamente la continuación de la guerra. A pesar de su indiscutible victoria, se veía enfrentado a numerosos problemas: en Italia, el ejército estaba amotinado; en Alemania había estallado la Guerra de los Campesinos, y en el este había la amenaza turca. Su canciller, convencido de que la continuación de la guerra sólo beneficiaría a Inglaterra, le aconsejó mostrarse con «la magnanimidad del león y la clemencia de Dios Padre». En consecuencia, Carlos entabló negociaciones con Francisco.



Arriba, fresco del interior de villa Farnese, que representa a Francisco I (sobre caballo blanco) y a Carlos V (caballo gris), obra de Taddeo Zuccari del siglo XVI. (Villa Farnese, Caprarola.)

Página anterior, arriba, tapiz del siglo XVI, de manufactura flamenca, que muestra un episodio de la batalla de Pavía. (Museo di Capodimonti, Nápoles.)

Página anterior, abajo, Carlos I de España y V de Alemania con Isabel de Portugal. Talla de Alonso de Mena. (Capilla Real de la Catedral de Granada.)



Aunque los sentimientos del emperador eran de generosidad, los términos de su paz fueron muy severos. Francisco tenía que ceder la Borgoña y los restantes territorios que Carlos el Temerario dominó hasta su muerte; el ducado de Borbón también debía reintegrarse, y Provenza organizada como reino independiente. Asimismo, avaló las reivindicaciones de Enrique VIII. El rey de Francia rechazó la propuesta a finales de abril, pues estaba dispuesto a hacer grandes concesiones pero no a ceder ni un palmo de territorio francés. En mayo, las autoridades imperiales decidieron trasladarle a Nápoles, pero finalmente se le llevó a España. Mientras tanto, su madre Luisa de Saboya, que gobernaba Francia en su ausencia, pidió ayuda al sultán turco Solimán el Magnífico, y en agosto de 1525 firmó la Paz de Moore con Inglaterra.

Cuando Margarita de Angulema visitó España con el fin de ofrecer una recompensa por su hermano, Carlos V insistió en la rendición de Borgoña. Finalmente, Francisco se dio cuenta de que nunca conseguiría la libertad si continuaba aquella vía, y mediante el Tratado de Madrid abandonó el ducado y sus reivindicaciones en Italia y accedió a entregar a sus dos hijos como rehenes.

Viéndose libre, Francisco declaró que no se sentía obligado a mantener las promesas que había hecho a la fuerza. Su repudio del Tratado de Madrid fue seguido por la formación de una nueva coalición contra el emperador, la Liga de Cognac, que comprendía Francia, el Papado, Venecia, Florencia y el Milán de Francesco Sforza. Los partidarios del Imperio en Italia eran muy vulnerables, pues carecían de dinero, estaban numéricamente debilitados y eran odiados por la población; sin embargo, lograron conservar sus posiciones, pues el duque de Urbino, que mandaba el ejército de la Liga, fue excesivamente cauteloso y Francisco no pudo enviarle la ayuda militar necesaria. Finalmente Sforza, que había sido cercado en su castillo de Milán, capituló y el ejército imperial abandonó la Lombardía.

El saqueo de Roma

Cuando el ejército imperial, reforzado por un poderoso contingente de mercenarios alemanes, marchó sobre Roma, el papa Clemente VII trató de evitar el desastre. Firmó una tregua con el emperador, pero Carlos de Borbón se negó a obedecer, ya que sus tropas estaban hambrientas y carecían de dinero, y sólo la esperanza del botín las mantenía unidas. El papa se ofreció a comprarlas, pero no pudo afrontar sus excesivas demandas, y el 6 de mayo de 1527 se lanzaron al asalto de una ciudad prácticamente indefensa.

El duque de Borbón fue de los primeros en caer, derribado por una bala de cañón cuando escalaba las murallas de la ciudad. Su muerte inflamó a sus hombres que irrumpieron en la ciudad matando, quemando y saqueando. El papa, algunos cardenales y más de trescientas personas se refugiaron en el castillo de Sant'Angelo. El saqueo continuó durante más de una semana y se cometieron atrocidades indescriptibles. La gente fue torturada sin respetar edad, sexo o condición.

No es posible calcular con precisión el número de personas que murieron en el saqueo de Roma.

Tan sólo en dos distritos fueron lanzados al Tíber más de 2.000 cuerpos y quemados 9.800. El botín de los soldados fue incalculable; Clemente VII estimó que los daños estaban valorados en diez millones de ducados de oro. La Capilla Sixtina fue usada como establo y la Biblioteca del Vaticano se salvó porque Filiberto, príncipe de Orléans, jefe de las tropas, estableció allí su cuartel general.

El saqueo de Roma despertó a Francisco I de su letargo y motivó una nueva invasión francesa de Italia, esta vez bajo el mando de Marshal Lautrec. Reconquistó Lombardía, excepto Milán, y en 1528 llegó a sitiar Nápoles. La ciudad se salvó por la deserción del almirante genovés Andrea Doria que se pasó a las tropas imperiales, y por una epidemia de cólera que mató a Lautrec y a miles de sus hombres. En 1529 otro ejército francés,





guiado por el conde de Saint Pol, fue derrotado en Landriano, al norte de Italia.

Estos sucesos convencieron al papa de que no obtendría beneficio alguno permaneciendo neutral. Clemente VII deseaba que Carlos V ayudase a restablecer el poder de los Médicis en Florencia. El 29 de junio su nuncio firmó el Tratado de Barcelona con el emperador, y en pago por la ayuda militar de Carlos, el papa prometió coronarle como emperador y absolver a todos los que habían tomado parte en el saqueo de Roma. Más tarde, el sobrino del papa Alessandro de Médicis se casó con la hija ilegítima del emperador, Margarita.

Para entonces, Francisco I también deseaba una tregua, y se celebró un encuentro en Cambrai entre su madre, Luisa de Saboya, y la tía del emperador, Margarita de Austria, que gobernaba los Países Bajos.

A pesar de las numerosas diferencias que existían entre ambas partes, se llegó a un compromiso conocido como la Paz de Cambrai o Paz de las Damas, el día 3 de agosto.

La amenaza turca contra el cristianismo

En julio de 1529 Carlos V partió de Barcelona rumbo a Génova. Su intención era pacificar Italia para poder atender otros problemas. En Alemania, la herejía luterana progresaba rápidamente y en Europa central los turcos otomanos atacaban de nuevo.

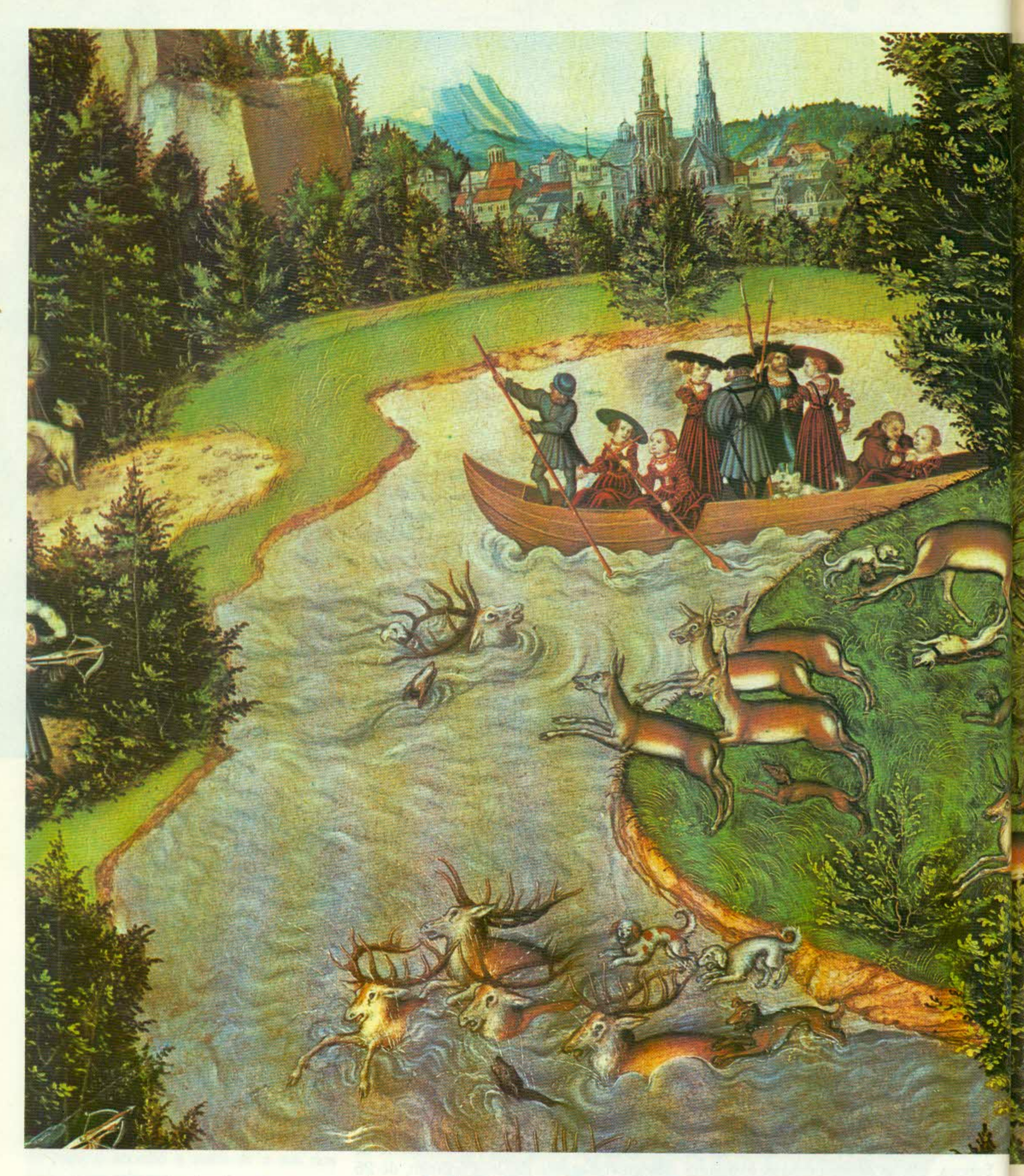
Desde el siglo XIV los otomanos se habían extendido hacia el oeste. En tiempos de Mohamed II capturaron Constantinopla, penetraron en los Balcanes y expulsaron a los venecianos de Eubea, y bajo Selim el Terrible (1512-1520) conquistaron Siria, Palestina y Egipto.

Occidente se alegró con la muerte de Selim el Terrible. Su hijo Solimán, de 26 años de edad, estaba considerado un hombre pacífico, pero pronto demostró ser tan belicoso como sus predecesores. En 1521 capturó Belgrado y en 1522 atacó Rodas. Los caballeros de San Juan, que dominaban la isla, acosaban el comercio musulmán y saqueaban los barcos de

Mapa de Génova trazado para Barbarroja (1465-1546), el pirata turco elevado al rango de almirante por el sultán Selim I. Realizó expediciones sistemáticas contra las costas mediterráneas, táctica muy utilizada por la flota turca hasta su derrota en la batalla de Lepanto, en 1571.

Página anterior, arriba, retrato de Andrea Doria (1466-1560), el almirante genovés que prefirió la bandera imperial de Carlos V a la francesa de Francisco I.

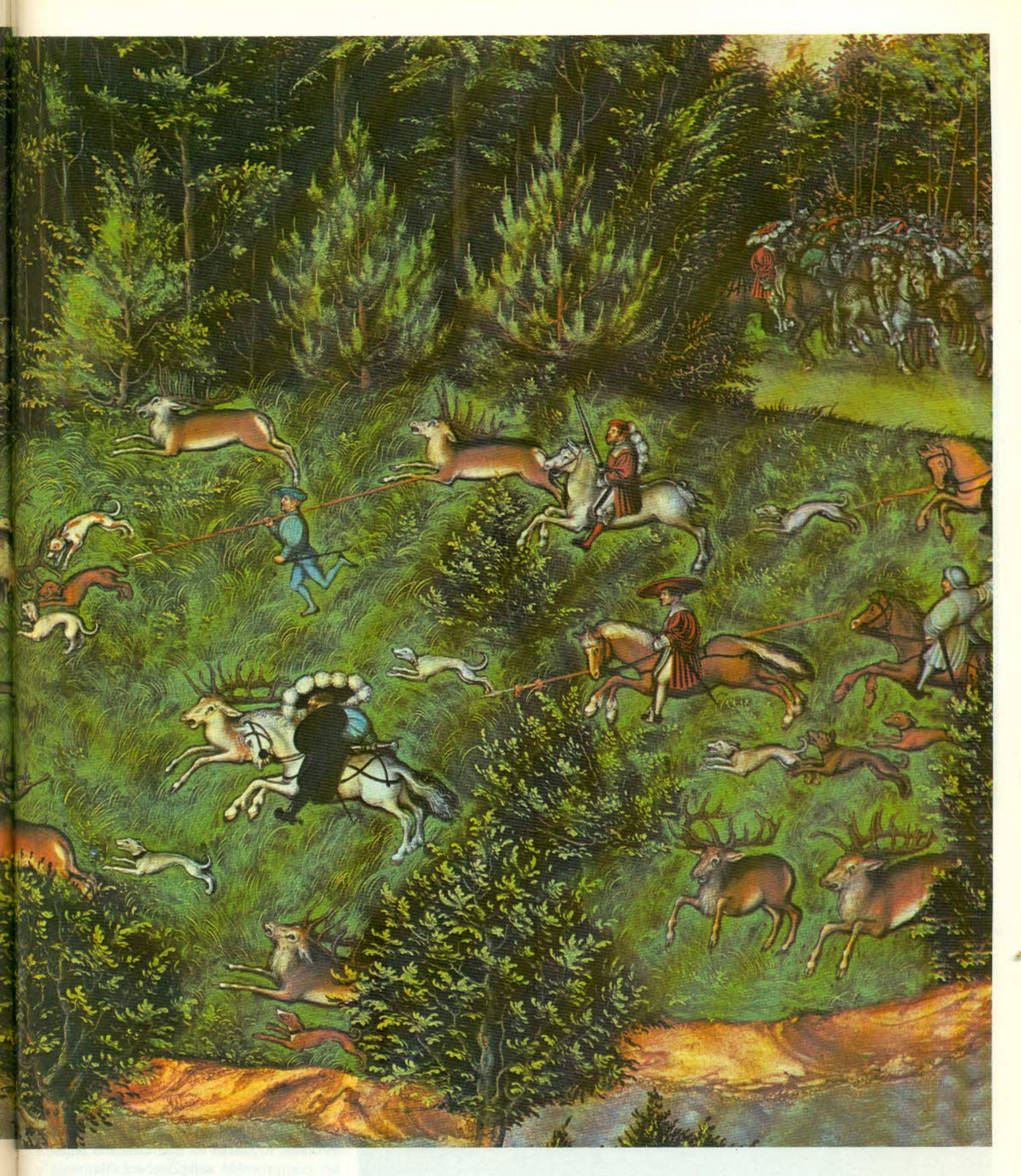
Página anterior, abajo, sello de oro del rey Enrique VIII de Inglaterra. (Archives Nationaux, París.)



peregrinos que se dirigían hacia La Meca. El asedio duró 145 días y los turcos tuvieron grandes pérdidas en hombres y materiales, pero finalmente la guarnición capituló.

En 1526, Solimán marchó de nuevo sobre Hungría al frente de un numeroso ejército. Los húngaros estaban divididos entre un partido de la «corte», guiado por el joven rey Luis II, y el partido «nacional», conducido por Juan Zapolya, príncipe de Transilvania. El 29 de agosto se enfrentaron a los turcos en la llanura de Mohacs. La caballería atacó, menospreciando el poder de las armas del sultán, y fue destrozada. El rey Luis y la mayor parte de sus nobles quedaron sobre el campo. Diez días después, los triunfadores entraron en Buda.

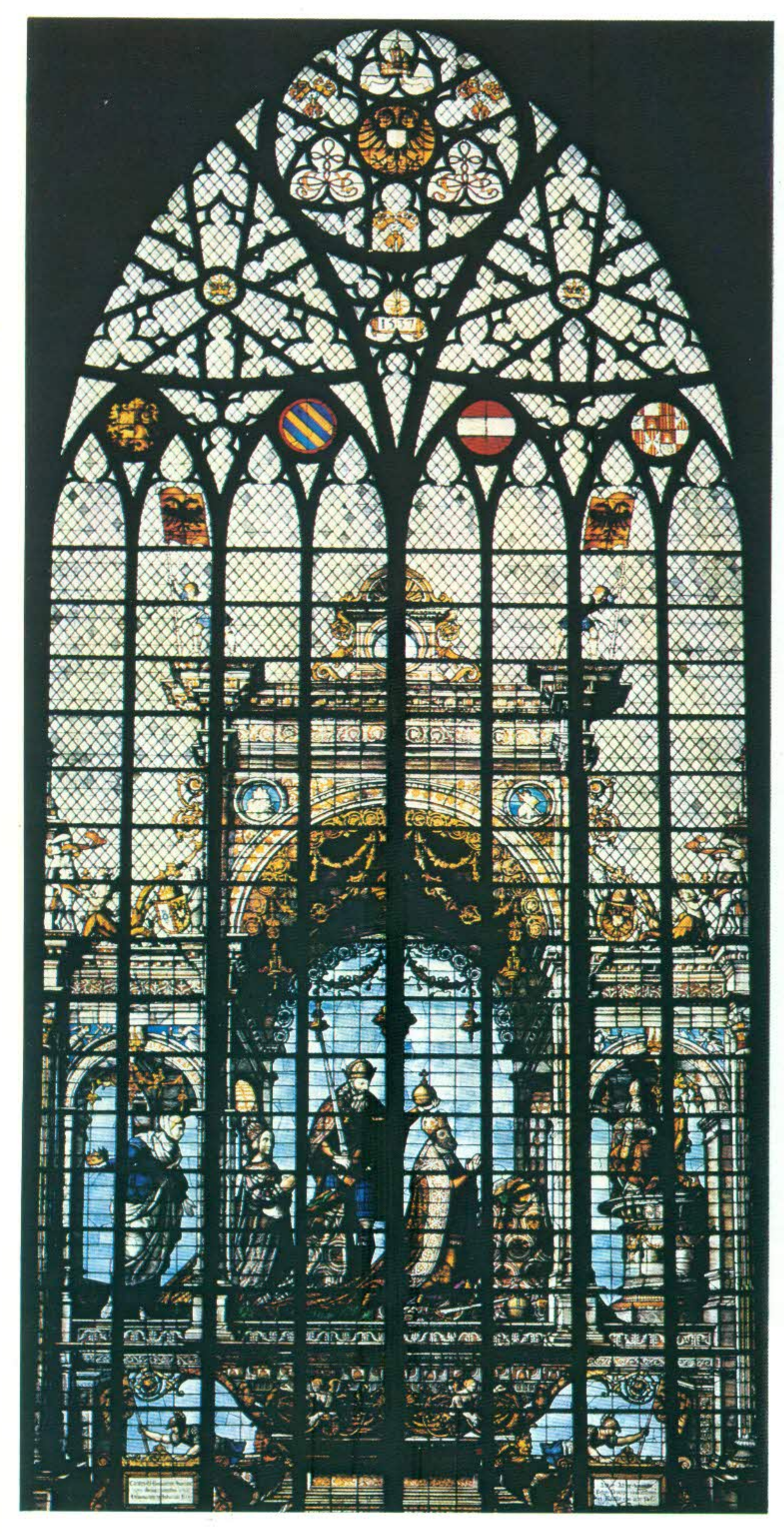
Tras el desastre de Mohacs la defensa del cristianismo fue asumida de nuevo por



Detalle de La caza, *cuadro de Lucas Cranach que reproduce una cacería a la que asistieron Carlos V, defensor de la fe, y el duque de Sajonia, jefe de los luteranos. Este último sería derrotado en Mühlberg, en 1547. (Kunsthistorisches Museum, Viena.)*

los Habsburgo, y muy especialmente por el hermano de Carlos V, Fernando, ahora rey de Bohemia y Hungría. Su rival Zapolya se pasó al bando del sultán, que le reconoció como vasallo y como rey húngaro. Cuando Fernando pidió a Solimán que abandonase alguna de las fortalezas conquistadas, el sultán declaró que, para satisfacerle, ocuparía personalmente Viena.

La fuerte ofensiva del Danubio fue una prueba de la recuperación de los ejércitos otomanos. Aunque la campaña duró desde mediados de abril a finales de octu-



bre, las fuerzas del sultán no cruzaron el Sava hasta julio. Los ríos no tenían suficientes puentes, las rutas atravesaban terrenos difíciles y el mal tiempo no favorecía el avance. Las armas y municiones fueron transportadas en barcos por el Danubio, pero muchas de ellas tuvieron que ser cargadas por bestias de carga, y se necesitaron grandes cantidades de alimento, pues la retirada podía tenerse que realizar en zonas asoladas.

Estas dificultades y la llegada prematura del invierno fueron la causa de que Solimán no capturase Viena en 1529. La lluvia incesante y el desbordamiento de los ríos le impidieron llegar a la ciudad antes de septiembre, con lo que Fernando tuvo tiempo suficiente para instalar una fuerte guarnición. Los turcos debían de vencer antes de que se les agotaran los alimentos, pero sus ataques fueron rechazados y el 14 de octubre el sultán dio la orden de retirada. En 1532 marchó de nuevo contra los Habsburgo, pero fue detenido por la heroica resistencia de la pequeña ciudad de Güns. Tras perder más de tres semanas, cambió finalmente sus planes: firmó una tregua con Fernando y decidió orientarse a la conquista de Persia.

A causa del peligro turco, Carlos V no pudo visitar Roma hasta 1529, pidiendo a Clemente VII que se reuniera con él en Bolonia. En el transcurso de los cuatro meses que permanecieron juntos, establecieron un compromiso mutuo sobre la situación italiana. Francesco Sforza recuperó el poder de Milán; Venecia prometió devolver al papa Rávena y Cervia, y el ejército imperial, conducido por el príncipe de Orange, fue enviado a sitiar Florencia en ayuda de los Médicis. En febrero de 1530, Carlos V recibió las coronas de Lombardía y del Sacro Imperio romano-germánico con el ceremonial y la pompa tradicionales. Posteriormente se trasladó a Alemania, donde presidió las controversias doctrinales en la Dieta de Augsburgo.

Carlos V y los luteranos alemanes

Aunque el emperador estaba apoyado por el papa y respaldado por el Edicto de Worms, lo cierto es que deseaba llegar a un compromiso religioso en Alemania y tratar a los luteranos con cortesía; éstos respondieron a su invitación con una profesión de fe que fue leída en la Dieta el 25 de junio. Fue redactada por Melanchthon y su tono era tan conciliador que el obispo de Augsburgo la describió como la «pura verdad». Los teólogos católicos no tuvie-

ron nada que objetar, y un comité de teólogos de ambos bandos trató de salir del punto muerto. En septiembre, Carlos V decretó un receso, tras prometer la celebración de un Concilio General para dentro de un año y prohibir las innovaciones luteranas en el interín. Los luteranos rechazaron la pausa y en diciembre formaron una alianza defensiva que fue llamada la Liga Esmalcalda.

Sin embargo, en 1532 se estableció una unión política momentánea cuando los turcos amenazaron la cristiandad. Se firmó una tregua en Nuremberg, que permitió a Carlos V organizar un gran ejército, pero los turcos se retiraron y el emperador regresó a Bolonia, donde permaneció todo el invierno tratando de convencer a Clemente VII para que convocara un Concilio General. En abril regresó a España.

En la ausencia del emperador, los príncipes luteranos pidieron ayuda a Francia. En 1534 Felipe de Hesse se reunió secretamente con Franciso I en Bar-le-Duc y obtuvo un subsidio que utilizó para restablecer al duque de Ulrich en Württemberg, de donde había sido desposeído por los Habsburgo en 1520. Carlos V fue avisado entonces de que Alemania «rebosaba de agentes franceses». En 1535 la Liga Esmalcalda fue renovada por otros diez años. Sin embargo, los príncipes alemanes no estaban ya preparados para aliarse con Francia y atacar a Carlos, pues estaban amenazados por los turcos, y desconfiaban del rey francés, ocupado ahora en la persecución de los protestantes en su propio país.



Retrato del emperador Carlos V realizado por Tiziano Vecellio en 1533.

Página anterior, ventanal de la catedral de Bruselas realizado en 1537, en el que se representa al emperador Carlos V junto a su esposa. La popularidad de Carlos en los Países Bajos descendió considerablemente con su decisión de anexionarlos a la corona española en 1555.

La conquista de Túnez

La lucha entre la cristiandad y el Islam se desarrolló tanto en el valle del Danubio como en el Mediterráneo. Incluso antes de la caída de Rodas, los piratas operaban ya desde los puertos del norte de África, atacando barcos y aterrorizando los pueblos costeros de España e Italia. El más temido, fue Khayr ad-Din, Barbarroja, que controlaba Argelia como vasallo del sultán turco.

En 1532 fue nombrado gran almirante de la flota otomana y en 1534 atacó las costas del sur de Italia con más de cien barcos, expulsando a Mulley Hasan de Túnez, aliado de Carlos V.

El emperador no podía permitir que los turcos dominasen el Mediterráneo central y amenazaran sus reinos de Sicilia y Nápoles. En 1535 reunió una gran flota en Barcelona y un ejército en Cagliari, Cerdeña. El 10 de junio la expedición partió rumbo a África.

Su primer objetivo era la fortaleza de La Goletta, que defendía la difícil entrada de la bahía de Túnez, y a pesar de que Carlos V tuvo un fuerte ataque de gota, nadie pudo mantenerle alejado de la línea de fuego. El asedio duró casi tres semanas y las tropas del emperador padecieron el intenso calor y la escasez de agua, pero el 14 de julio se lanzaron a un asalto masivo y los defensores se desmoronaron. El botín lo componían muchas armas francesas, con la flor de lís en su cañón, y una flota de ochenta y cinco galeras que fue capturada en el puerto. Carlos ocupó Túnez y Khayr ad-Din, Barbarroja, pudo huir a Argel.

La conquista de Túnez fue el mayor triunfo personal de Carlos V, y el mundo cristiano se maravilló ante su poderío. Cuando Carlos visitó Sicilia en otoño de 1535, su triunfo parecía absoluto. La multitud le recibió al grito de «¡Larga vida a nuestro victorioso emperador; padre de nuestra patria; conquistador de África; hacedor de la paz en Italia!».





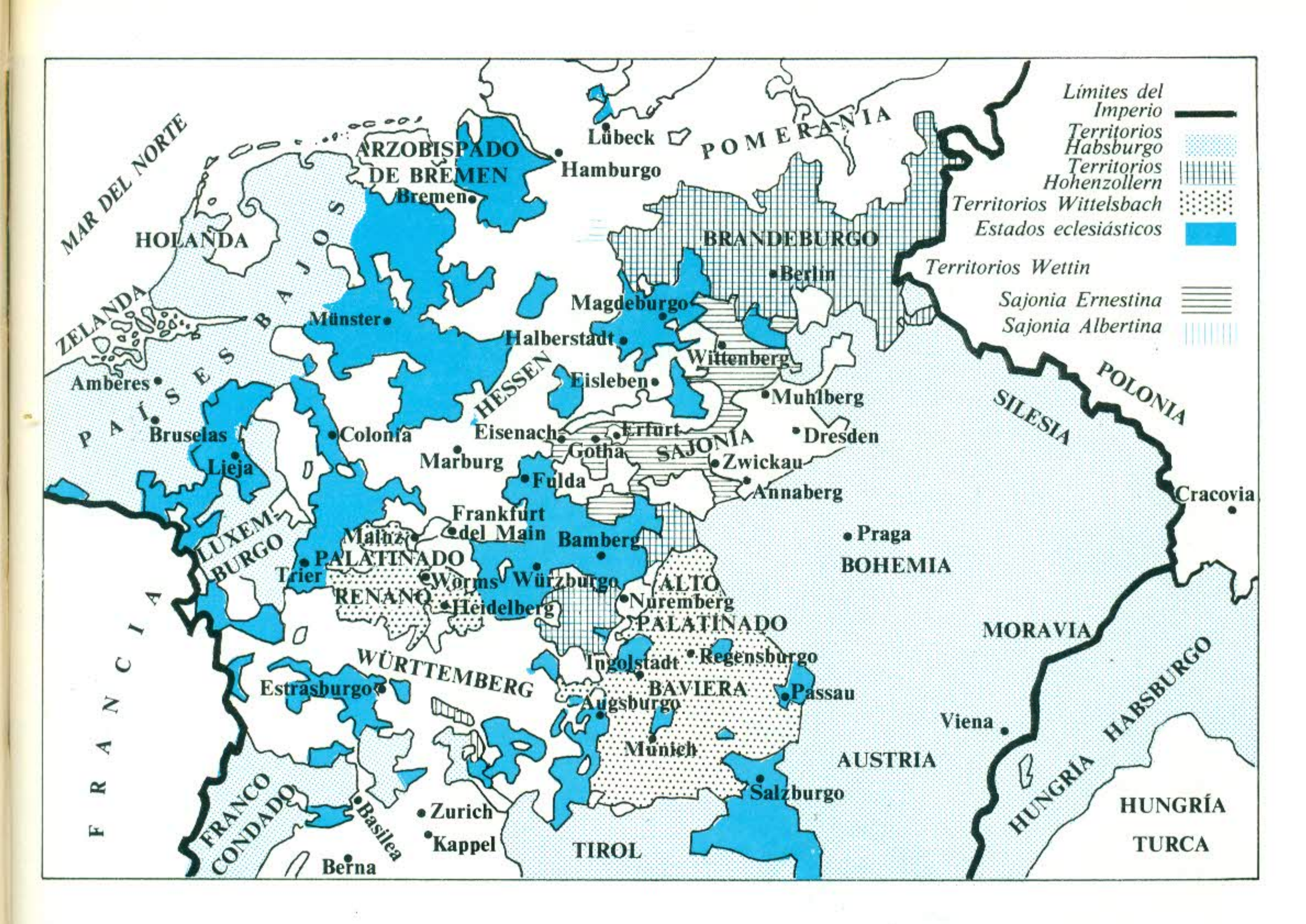
El Imperio castellano en el Nuevo Mundo

En 1535, Carlos V era también el dueño del Nuevo Mundo. Muchos conquistadores llegaron a América utilizando sus propios medios y trataron de vivir a costa del trabajo de los indios. Sin embargo, el gobierno español no trató de establecer allí un nuevo feudalismo y la Iglesia procuró que los nativos fueran tratados correctamente. Un gran abogado de sus derechos fue el padre dominico Bartolomé de Las Casas. Hacia 1550 la política oficial hizo su aparición, y las «Indias» fueron consideradas como dependientes de la corona de Castilla y administradas a través de un Consejo Real. Los indios eran considerados hombres de condición libre y súbditos directos de la corona, con todos los derechos y deberes que eso comportaba.

Los castellanos —los aragoneses fueron excluidos deliberadamente— en el Nuevo Mundo fueron principalmente soldados, misioneros y administradores. La buena conducta de los soldados se obtuvo a cambio de garantizarles derechos sobre la tierra (encomiendas) y cargos políticos. No obstante, los consejos que ejercían el poder administrativo eran en realidad oligarquías.

Junto a los soldados había frailes de las órdenes misioneras, especialmente franciscanos, que emprendieron la tarea de educar y convertir a los nativos. Por último, los abogados fiscalizaban las actividades de los gobernadores provinciales y de los virreyes a través de las audiencias o cortes de apelación. No obstante, todas las decisiones importantes se tomaban en España, lo que impedía una verdadera eficiencia. De allí se importaron grandes cantidades de caballos, vacas y ovejas, y se establecieron grandes propiedades. La extracción de oro y plata fue asimismo considerable. En los primeros años, la explotación de las minas era una cuestión de simple prospección y lavado de los arroyos, pero posteriormente se descubrieron minas muy productivas de plata en Potosí, en 1545, y en Zacatecas, en 1548, estableciéndose planes intensivos para extraer la plata a partir del mineral, mediante un proceso de amalgamación con el mercurio.

La corona reclamaba una quinta parte de todo el metal que se producía y empleaba a un gran número de agentes para el pesaje, prueba y sellado de la plata tal como salía de la mina para evitar el contrabando. A mediados del siglo, quedó establecido un sistema de transporte para proteger los cargamentos de lingotes que cruzaban el Atlántico.



El Imperio de Carlos V

El gobierno personal fue la característica esencial en el vasto Imperio de Carlos V. El gran canciller ayudante del emperador, Mercurino de Gattinara (1518-1530) señaló que el título imperial concedía a Carlos autoridad sobre el mundo entero, pues así había sido «ordenado por Dios... y corroborado por el nacimiento, vida y muerte de nuestro Cristo Redentor». Al igual que su compatriota Dante, veía el Imperio como un núcleo centrado en Italia y al emperador como legislador único «siguiendo los pasos del gran emperador Justiniano».

Pero aquella visión murió con Gattinara. En la práctica, el Imperio se mantenía unido por la persona del emperador, sin que existieran instituciones que reforzaran su autoridad. Para superar su trabajo, Carlos era ayudado por dos secretarios, uno para España, Italia y el Mediterráneo, y otro para «los territorios del norte de los Alpes». Los dos secretarios, Francisco de los Cobos y Nicholas Perrenot, señor de Granvelle, fueron hombres de notable capacidad, pero sin la significación de Gattinara.

Carlos V empleó también a diversos miembros de su familia como gobernadores generales, regentes o incluso reyes de sus dominios. Los Países Bajos, el propio Imperio y España estuvieron en manos de los Habsburgo o de su esposa a partir de 1529. En los territorios italianos no hubo virreyes. El emperador fue servido por sus parientes, principalmente por dos regentes de los Países Bajos, Margarita de Austria (1518-1530) y su hermana María de Hungría (1531-1535).

De todos modos, Carlos V se reservaba la última decisión sobre todos los asuntos. A pesar de las enormes distancias que los mensajeros debían cubrir, insistió siempre en decidir, aunque a menudo consultaba con sus consejeros. Esto promovió que la administración no fuese muy eficaz, pues el emperador no siempre podía tomar decisiones con rapidez. Mantuvo asimismo un rígido control sobre todos los nombramientos públicos y los gastos estatales.

El fracaso del emperador en desarrollar para el Imperio una organización centralizada pero que no dependiera de su propia persona, no se debió únicamente a sus propios puntos de vista, sino que fue también el resultado del intenso particularismo existente en los diferentes países del Imperio. Los sicilianos, los españoles, los alemanes y, sobre todo, los holandeses,

El Sacro Imperio Romano Germánico hacia el siglo XVI. Estaba compuesto de una miríada de estados semiindependientes regidos por un emperador, elegido por los siete príncipes más importantes, que en esta época pertenecía por tradición a la dinastía de los Habsburgo de Austria.

Página anterior, arriba, patio de armas del castillo de Jarandilla, alojamiento provisional de Carlos V mientras le preparaban las estancias del monasterio de Yuste, donde se retiraría hasta su muerte.

Página anterior, abajo, alcoba de Carlos V en el monasterio de Yuste, construida por Antonio de Villacastín según los planos del palacio de Gante en 1556.



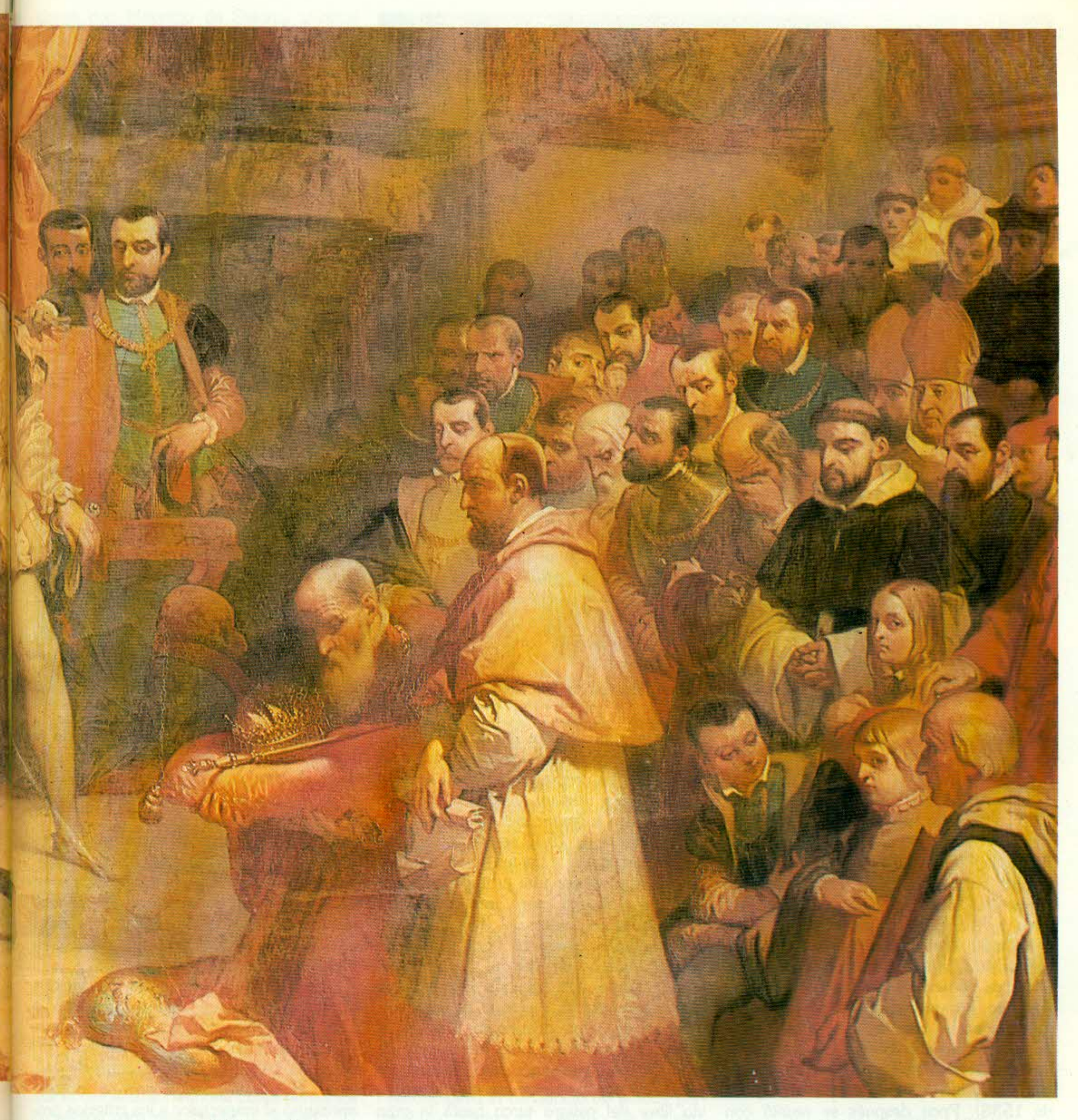
eran muy celosos de sus propias leyes, costumbres, privilegios e instituciones, y no hubiesen tolerado ceder ninguna libertad en favor de un Imperio más unificado. Por ejemplo, en 1534, los Estados Generales rechazaron una propuesta para la defensa unida de los Países Bajos porque temían que socavara las libertades provinciales.

Carlos V prefirió cumplir con los deberes ya instituidos, las tradiciones locales y sus propias necesidades financieras, más que intentar imponer algún tipo de unidad económica en el Imperio. Fue por esta razón que los aragoneses no pudieron participar en el comercio colonial español, a pesar de la poca capacidad de Castilla para suministrar a las colonias las mercancías y manufacturas que necesitaban.

En ningún otro lugar fue evidente este particularismo como en los Países Bajos. Carlos V quiso que los holandeses también contribuyeran a los gastos imperiales y en parte lo logró. Los Estados Generales insistieron en que antes era necesario realizar ciertas reformas, y que ellos debían controlar la recogida y contabilización de los ingresos.

A medida que se incrementó el volumen de impuestos, a partir de 1530, creció el descontento, culminando en la negativa de Gante a pagar, en 1539, su cuota de impuestos votada por los Estados Generales. La revuelta fue reprimida, Gante perdió sus derechos y privilegios, y su hacienda pública fue confiscada, retirándosele todas las armas.

La religión fue otra fuente de problemas en los Países Bajos. El luteranismo



La abdicación de Carlos V en 1555, según una representación idealizada del pintor belga Louis Gallait, siglo XIX.

llegó a Amberes en 1519, consiguiendo muchas adhesiones. Tras él se difundió el anabaptismo, con su visión apocalíptica del reino de Dios en la tierra y su revolucionaria apelación a los oprimidos. Carlos V trató a la herejía más duramente en Holanda que en Alemania, donde era menos poderosa, y durante su reinado murieron allí más de 1.600 herejes.

Sin embargo, Carlos V nunca tuvo que enfrentarse en los Países Bajos a una revuelta general, debido a que las provincias no siempre se pusieron de acuerdo y porque el emperador accedió a veces a negociar. Así, impidió que en algunas provincias actuara la Inquisición. Pero la tranquilidad no fue nunca absoluta. La revuelta general que estalló en tiempos de Felipe II, en 1564, fue el resultado de una crisis financiera, religiosa y política incubada durante mucho tiempo.

Durante la última década de su reinado Carlos V se vio implicado en tres graves cuestiones: la rivalidad con Francia, la amenaza turca y la herejía alemana. Las tres encontraban un nexo común debido a



que Francisco I de Francia intrigaba con unos y otros.

En noviembre de 1535 el problema milanés reapareció tras la muerte de Francesco Sforza sin heredero. Francisco I reclamó el ducado para el duque de Orléans y en febrero de 1536 un ejército francés invadió Saboya y ocupó Turín. Carlos V denunció estos actos en su discurso ante el papa Pablo III, e incluso llegó a desafiar a Francisco en un duelo. Para aliviar el cerco de Milán invadió la Provenza, pero la táctica de tierra quemada que implantó Ana de Montmorency, condestable de Francia, acabó con la resistencia de sus hombres. Tras enfrentarse a una Marsella inexpugnable, el emperador retrocedió hacia Italia y firmó la Tregua de Niza (junio de 1538). Poco después se reunió con Francisco en Aigües-Mortes y en 1539 atravesó Francia para reprimir la rebelión de Gante. Pero no se firmó ningún tratado de paz y en 1542 la guerra volvió a comenzar. Carlos V se alió con Enrique VIII de Inglaterra y fue a Alemania a buscar ayuda. A continuación, en julio de 1544, invadió Francia, pero necesitando tiempo para tratar la problemática alemana, firmó la Paz de Crépy en septiembre de aquel mismo año.

Mientras tanto, los turcos continuaban su política de agresión en el Mediterráneo. La derrota de Andrea Doria en Prevesa, en 1538, acabó con las esperanzas del emperador de desplazar la guerra hacia el Mediterráneo oriental, y poco después se vio obligado a limitar sus objetivos.

En octubre de 1541 se dispuso a asestar un duro golpe a las ambiciones argelinas. Una impresionante armada partió de las islas Baleares, pero una fuerte tormenta obligó a desistir del viaje. En 1543 Khayr ad-Din conquistó Niza y su flota pasó el invierno en Toulon, ciudad considerada como una segunda Constantinopla, con un activo mercado de esclavos, muchos de ellos cristianos. Cuando el viejo pirata murió, su labor fue continuada por Dragut, que conquistó Trípoli en 1551. El Mediterráneo occidental no se vio libre del peligro turco hasta la gran victoria que obtuvo Juan de Austria en la batalla de Lepanto, en 1571.

La Paz de Crépy posibilitó que Carlos V se dedicara a los problemas alemanes. Mediante la estratagema de unas discusiones doctrinales se dedicó a separar a Mauricio de Sajonia de la Liga Esmalcalda. Asimismo, se reconcilió con el duque católico de Baviera. Pero la Dieta de Regensburg (junio de 1546) demostró que el conflicto era inevitable, pues mientras los católicos invitaban a los reformadores a asistir al Concilio de Trento, los protestantes exigieron la reforma de la Iglesia mediante la celebración de una dieta. Al mismo tiempo, Carlos se alió con el papa para luchar contra los protestantes.

La guerra entre el emperador y los príncipes protestantes empezó con una serie de escaramuzas, y su declaración no se hizo efectiva hasta que el 24 de abril de 1547 Carlos atacó repentinamente al ejército de Juan Federico, derrotándolo en Mühlberg.

Carlos V trató de utilizar su victoria para establecer una alianza similar a la Liga de Suabia, que era una confederación de ciudades del sur de Alemania formada en 1487. La decisión papal de trasladar el Concilio de Trento a Bolonia aproximó al emperador a los criterios protestantes alemanes, y en la Dieta de Augsburgo (septiembre de 1547) Carlos V afirmó su determinación de que el Concilio se realizara en Trento, esperando en última instancia ganar tiempo.

El 30 de junio de 1548 públicó el *Interim* de Augsburgo, llamada a la reconciliación. El objetivo imperial era que el Concilio facilitara un compromiso entre ambas partes.

El rey Enrique II de Francia declaró la guerra al emperador en septiembre de 1551, y poco después entabló conversa-

ciones con Mauricio de Sajonia y otros protestantes alemanes, que a cambio del pago de un subsidio reconocieron a Enrique «vicario del Imperio» y le permitieron ocupar «tres obispados», en Metz, Toul y Verdún, así como Cambrai y otras ciudades imperiales de lengua no alemana. Carlos V se sintió impotente en Alemania, al no disponer de dinero para organizar un ejército. Trató de pedirlo prestado a los Países Bajos, pero su hermana, María de Hungría, le persuadió de no hacerlo, argumentando que ella tampoco tenía ni dinero ni medios para poder ayudarle.

En mayo de 1522, Mauricio de Sajonia trató de coger prisionero al emperador en Innsbruck, pero Carlos escapó a través del paso de Brenner, dirigiéndose por el valle del Drave hacia Villach, en Carintia. Años más tarde contó cómo dos emisarios luteranos fueron a su encuentro en las montañas y le hicieron una oferta: le proponían que dejara de perseguir a los príncipes protestantes y se aliara con ellos contra los turcos, lo cual le proporcionaría el trono de Constantinopla. Pero Carlos V les contestó que no deseaba «más reinos que el de Cristo».

Mauricio de Sajonia, tras fracasar en su intento de capturar al emperador, entró en tratos con su hermano Fernando en Passau, en agosto de 1552, uniéndose a él en una campaña contra los turcos en la que encontró la muerte. Por aquella época, Carlos V se decidió a expulsar a los franceses de Metz, a pesar de los consejos de su hermana. Él no podía consentir el peligro que representaba Enrique II para los Países Bajos, ya que controlaba la ruta que conectaba al país con el Franco-Condado. El asedio a Metz comenzó en noviembre de 1552, pero la ciudad estaba bien fortificada y se defendió. Los bombardeos y las operaciones de asalto fracasaron, y en enero Carlos V tuvo que abandonar.

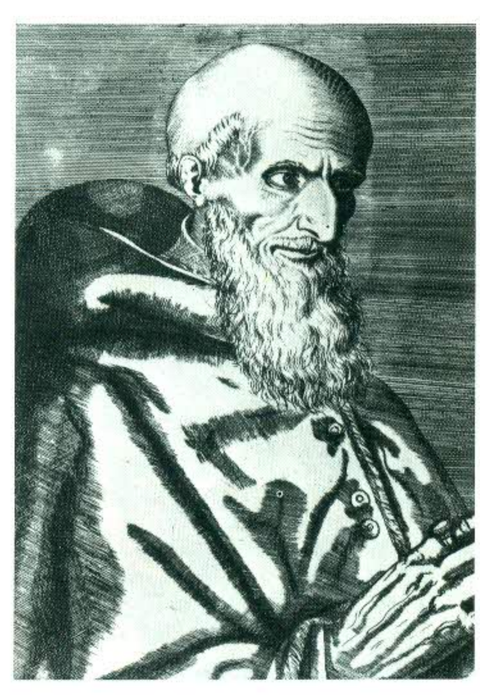
Fernando quedó al frente de los asuntos alemanes y en la Dieta de Augsburgo de 1555 se configuraron constitucionalmente las concesiones hechas tres años antes a Mauricio de Sajonia. El luteranismo consiguió el mismo reconocimiento que el catolicismo, aunque continuaron los proyectos para restablecer la unidad.

La tentativa de Carlos V para restablecer el concepto medieval de una cristiandad unida bajo el liderazgo del papa y del emperador había fracasado. Y tras renunciar al gobierno de sus territorios alemanes, se dedicó a ordenar otros asuntos, aunque sin ceder el título imperial a su hijo Felipe. En octubre de 1555 abandonó la soberanía de los Países Bajos y en enero de 1556 abdicó de la corona española y de todas sus responsabilidades. Después se retiró a una mansión palaciega cercana al monasterio de Yuste, en España, donde mantuvo una corte propia y podía dedicarse a los asuntos religiosos, interesándose poco por los intereses y los destinos de su Imperio. Murió en 1558.

A partir de entones, la naturaleza del Imperio de Carlos V cambió radicalmente: dejó de ser un imperio cristiano y universal, con un espíritu borgoñés, y pasó a ser un imperio católico y español, con una impronta castellana. A medida que la plata americana fluía crecientemente hacia España, en la segunda mitad del siglo XVI, los Países Bajos perdían su hegemonía económica. Las guerras italianas y alemanas demostraron la superioridad de las tropas españolas. El consejo imperial perdió su carácter internacional y fue dominado por españoles e hispano-italianos. En España triunfó la ortodoxia, reflejada en las actividades omnipresentes de la Inquisición, y bajo su nuevo rey Felipe II, el país se convirtió en la vanguardia de la Contrarreforma.

Una parte de la herencia percibida por Felipe II fue el antiguo conflicto con los reyes Valois. Su subida al trono fue seguida por la renovación de la guerra con Francia, pero el cansancio de ambas partes hizo posible el Tratado de Cateau-Cambrésis, el 3 de abril de 1559. Francia mantuvo Metz, Toul y Verdún, lo mismo que Calais, reconquistada recientemente a Inglaterra, pero abandonó sus reivindicaciones en Italia, devolviendo Saboya y Piamonte al duque Emmanuel-Filiberto. Pero a pesar de sus ganancias, Francia salió debilitada de las guerras italianas. Sus recursos financieros estaban agotados y la paz liberó a un gran número de soldados, dirigiéndolos hacia las guerras civiles que asolaban el país.





Arriba, el tratado de Niza (1538), que debía garantizar la paz por diez años entre Carlos V y Francisco I. Sólo cuatro años más tarde, Francisco se aliaba con Solimán contra el emperador español.

Abajo, el papa Pío V (1504-1572), impulsor de la Contrarreforma, que excomulgó a Isabel I de Inglaterra y promovió la alianza que derrotó a la flota turca en Lepanto, en 1571.

Página anterior, campamento de Carlos V en Lauingen, junto al Danubio, en la campaña contra la liga protestante de Esmalcalda (1546). El cuadro data de 1551.



Los Tudor



La subida al trono de Enrique VII en 1485 ha sido considerada durante mucho tiempo como una línea divisoria en la historia de Inglaterra. Así, se ha visto como el comienzo de una «nueva monarquía» capaz de imponer su voluntad sobre la turbulenta nobleza que desgarró el país durante la Guerra de las Dos Rosas. El primer Tudor, según se ha creído, infundió nueva vida a la aletargada maquinaria gubernamental, recuperando los ingresos reales de tal modo que pudo legar a su hijo más de un millón de libras de oro y plata. Sin embargo, recientemente se ha demostrado que algunas de las reformas administrativas atribuidas a Enrique, especialmente su utilización de la Cámara como departamento de las finanzas nacionales, fueron iniciadas por sus predecesores. Sus éxitos financieros fueron menos espectaculares de lo que en principio se supuso, y por otra parte su subida al trono en 1485 no supuso el final de los conflictos con la nobleza.

Legalmente, Enrique VII tenía pocas razones para reclamar el trono. Por parte de su padre no le correspondía, y su madre pertenecía a la familia de los Beaufort, que descendía por línea ilegítima de Juan de Gante. Ricardo II la legitimó, pero Enrique IV la apartó del trono. Había pretendientes con mejores títulos que Enrique Tudor, y en especial el joven conde de Warwick, hijo del hermano de Eduardo IV, Clarence.

El método de Enrique para superar sus desventajas fue enérgico y estuvo bien dirigido, proclamándose rey por «la gracia de Dios», considerando que el Todopoderoso le había concedido la victoria de Bosworth, y obligando al Parlamento a que reconociera su realeza y el derecho de sus herederos a sucederle en el trono. El otro pretendiente, Warwick, fue decapitado, y gracias al casamiento de sus hijos con las familias reales de Europa, Enrique VII consiguió que su dinastía se asentara internacionalmente.

La reforma de Enrique VIII

Un obstáculo al que tuvo que enfrentarse la dinastía Tudor fue la supervivencia de jurisdicciones independientes en el interior del reino. La más importante era la de la Iglesia, que tenía sus propios tribunales y sólo debía obediencia al papa. Enrique VIII resolvió el problema cortando los tradicionales lazos de unión con Roma y constituyéndose como cabeza suprema de la Iglesia inglesa. Con ello incrementó el prestigio de la monarquía.

La reforma de Enrique VIII no fue tan sólo un «acto de Estado», sino además un movimiento popular. Los lolardos (movimiento herético fundado por John Wyclif en el siglo XIV) todavía existían a finales del siglo XV. Los libros de actas de los tribunales eclesiásticos y los registros parroquiales mostraban un fuerte aumento de las persecuciones, abjuraciones y castigos de herejes a partir de 1480.

Los disidentes se concentraban en Buckinghamshire, Londres, Essex y Kent, pero había también lolardos en Coventry y en la gran diócesis de York. Y aunque los lolardos carecían de administración central, sus misioneros mantenían el contacto con todas sus congregaciones. La gran mayoría de lolardos pertenecían al pueblo llano, siendo principalmente campesinos y artesanos, pero también incluían miembros del bajo clero, mercaderes de Londres y muchas mujeres.

Se ha dicho que los lolardos criticaron la Reforma protestante, pero lo cierto es que ayudaron a difundir sus tesis, especialmente el *Nuevo Testamento* de Tyndale. Por otra parte, no hay duda de que los lolardos fueron un obstáculo para la expansión del luteranismo, pues representaban una alternativa más popular, lo que provocó una rigurosa campaña de

Arriba, en 1559, un protestante inglés, John Foxe, publicó el Libro de Mártires, *con varias relaciones de los sufrimientos de los protestantes ingleses en manos de los católicos. En la ilustración, la exhumación de los huesos de Wycliffe, en 1425.*

Página anterior, escudo de armas real adoptado por los Tudor, que incorporaba la rosa blanca y la rosa roja, símbolos de las facciones que se enfrentaron en la Guerra de las Dos Rosas. En aquella época la simbología heráldica tenía verdadera trascendencia política. (Victoria and Albert Museum, Londres.)



persecución en su contra, justo en la época en que se introducía el primer luteranismo en Inglaterra.

El nombre de Lutero fue conocido en Londres inmediatamente después de la exposición de sus noventa y cinco tesis. Las copias de sus trabajos fueron enviadas a Inglaterra por Juan Froben, impresor de Basilea, a comienzos de 1519, y continuaron circulando pese a las medidas represivas decretadas por el gobierno. De hecho, fueron difundidas por los mercaderes que comerciaban con Amberes y Alemania. A pesar de que el luteranismo hizo pocos conversos en Inglaterra, impregnó rápidamente a los jóvenes intelectuales de Cambridge, que solían reunirse en la «Taberna del Caballo Blanco». Pero en general su impacto sobre el público inglés fue más bien escaso.

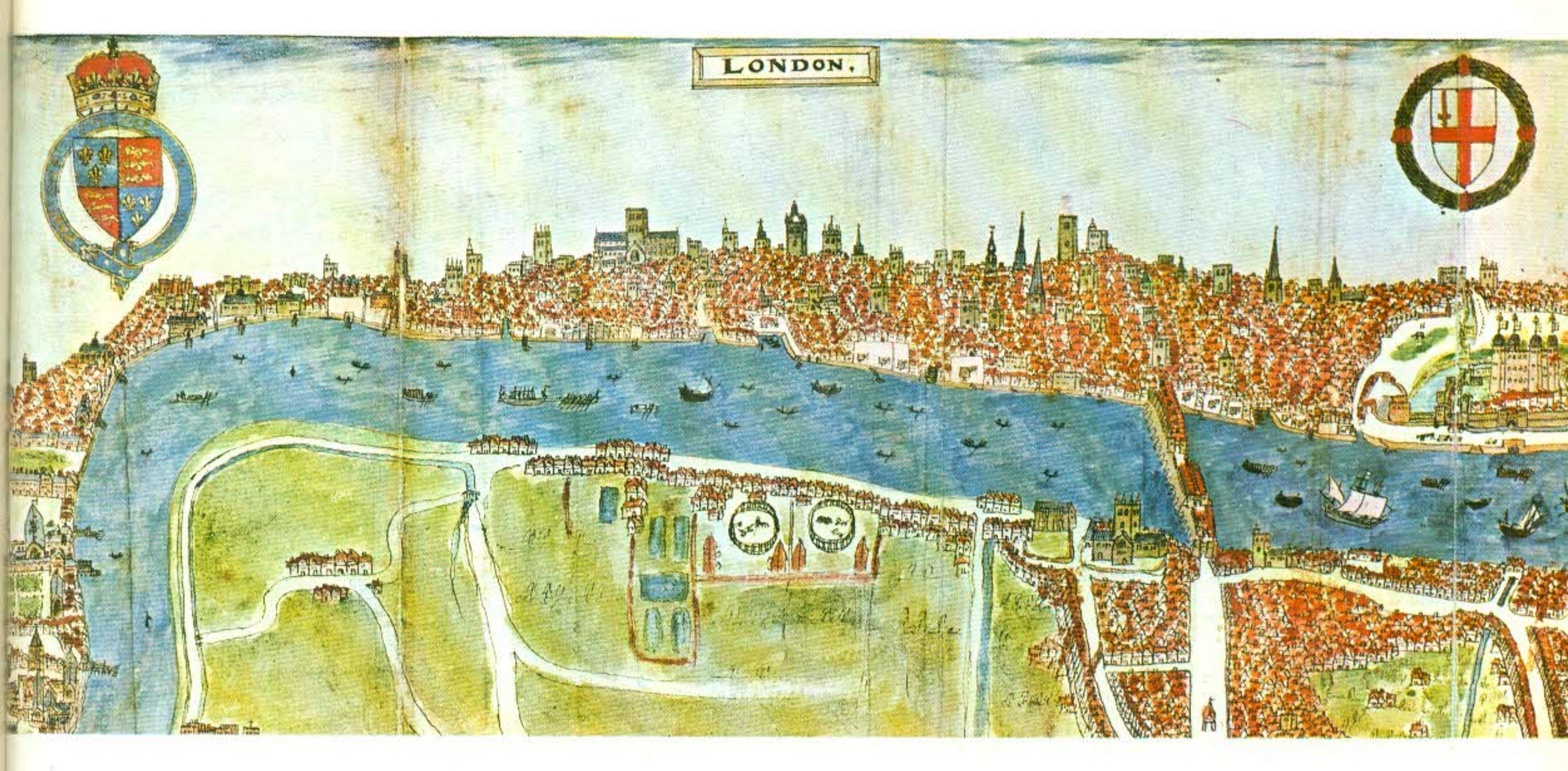
El gobierno de Enrique VIII se opuso a Lutero desde el principio. En mayo de 1521, Wolsey presidió una solemne quema del libro en St. Paul Cross, en la que el obispo de Rochester, John Fisher, predicó un feroz sermón contra las nuevas doctrinas. Tomás Moro, que también se oponía, visitó Londres y fue urgido por el obispo de la ciudad para que leyera los textos de Lutero e hiciera una réplica en inglés. El propio Enrique VIII atacó a Lutero en un libro titulado *Assertio Septem Sacramentorum*, siendo calificado por el papa como «defensor de la fe», lo que no evitó que años después Enrique rompiera con Roma.

El tema del divorcio y la crisis con Roma

La reforma de Enrique VIII fue un acto de Estado, y por tanto no puede ser considerado como doctrinal, pues tuvo su origen en la determinación del rey por obtener la anulación de su primer matrimonio con Catalina de Aragón para casarse con Ana Bolena. El «principal problema del rey» estuvo estrechamente relacionado con su sucesión. Todos los hijos de Catalina habían muerto, a excepción de María, y la falta de un heredero varón amenazaba la supervivencia de la dinastía Tudor.

La perspectiva de tener reina —hecho sin precedentes en la historia de Inglaterra— no era satisfactoria, y si ésta se casaba con un forastero, Inglaterra se vería ligada a los destinos de otro país. Por ello, Enrique VIII estaba seguro de que el papa le permitiría volver a casarse.

Si Clemente VII hubiese sido otra persona, Enrique VIII habría obtenido probablemente lo que deseaba, pero el papa era hombre de débil carácter y estaba interesado exclusivamente por la situación política de Italia. Los argumentos morales



presentados por Enrique para conseguir su anulación no le preocupaban, e incluso llegó a sugerir que el rey podía tal vez tener dos esposas a la vez. Lo que realmente le importaba era que Catalina era la tía del emperador Carlos V y si cedía a la petición de Enrique VIII podía perder la ayuda militar de Carlos V, de la que dependía el restablecimiento del poder de los Médicis en Florencia. Autorizó a Wolsey y a Campeggio, delegado pontificio italiano, para que trataran del divorcio con el rey en Inglaterra, pero en 1529 dio instrucciones secretas para que su delegado le excomulgase.

La consecuencia inmediata de las intrigas papales fue la destitución del cardenal Wolsey en 1529. Durante los tres años siguientes Enrique VIII gobernó sin primer ministro, y se ha considerado que durante esos años la política real fue «poco imaginativa, jactanciosa y estéril», y que sólo se convirtió en «directa, sencilla y efectiva» tras el nombramiento de Thomas Cromwell en 1532. No obstante, Enrique VIII no quería romper con Roma.

El objetivo de la política del rey fue presionar al papa mediante una campaña de instigación contra la Iglesia de Inglaterra. En 1531 obtuvo, por la fuerza, un subsidio eclesiástico tras acusar al clero de ofender las leyes del reino al ejercer una jurisdicción independiente, y como el papa no reaccionó, Enrique intensificó la campaña. En 1532 la Iglesia inglesa fijó su independencia legislativa en un documento llamado *Las capitulaciones del clero*, y la muerte del arzobispo Warham en el mismo año facilitó que Enrique nombrara a su favorito Thomas Cranmer como primado. En mayo de 1533 éste declaró nulo el matrimonio del rey y estableció un tribunal especial en Dunstable. Por su parte Enrique VIII se había casado secretamente con Ana Bolena, que fue coronada en junio y en septiembre dio a luz a Isabel.

Al mismo tiempo, Thomas Cromwell atacó frontalmente a la autoridad papal en Inglaterra. Nunca como entonces el Parlamento había participado tan activamente en política. La reforma parlamentaria duró desde 1529 a 1536, y los parlamentarios gozaron de una autonomía considerable. Enrique no necesitó forzar a sus miembros, pues había una profunda armonía de intereses entre ambas partes.

El acontecimiento más importante tuvo lugar en 1533 con el Acta de las Apelaciones. Su preámbulo se orientaba hacia la idea de «que el reino de Inglaterra es un imperio», lo que implicaba que Inglaterra era un país independiente de cualquier autoridad externa, tanto temporal como espiritual. Con el Acta de la Supremacía, Enrique VIII se convirtió en la cabeza suprema de la Iglesia inglesa.

Durante el siglo XVI existió en Inglaterra un fuerte anticlericalismo, pero se desconoce si la política religiosa de Enrique VIII encontró resistencia popular. La campaña de propaganda contra el papa fue organizada por el gobierno con el rechazo de Tomás Moro y de John Fisher, obispo de Rochester, que rehusaron acatar el Juramento de la Sucesión impuesto a todos los súbditos del rey, y que suponía que la sucesión al trono residía en los hijos del segundo matrimonio de Enrique. Fisher, que había prestado su ayuda a la reina

Arriba, vista de Londres, copia de William Smith de un dibujo trazado en 1560 por Antony von Finden. (British Museum, Londres.)

Página anterior, Tomás Moro y su familia en una pintura de autor anónimo realizada hacia 1593. Moro, amigo de Erasmo, fue nombrado Lord Canciller en 1529, pero el rey le hizo ejecutar en 1535, cuando se negó a aceptar la reforma religiosa impulsada por Enrique VIII. (National Portrait Gallery, Londres.)

inclinó hacia una posición menos ortodoxa, Inglaterra no fue realmente protestante hasta el mandato de Eduardo VI.



Catalina, al igual que Moro, desaprobaron la política real y este último renunció a la cancillería en 1532. Ambos fueron declarados culpables de alta traición y decapitados en 1535.

En 1536 se decretó la disolución de los pequeños monasterios, considerados ahora como «centros de pecado, vicio y abominable vida carnal». Pero estos cargos eran sólo un pretexto; el verdadero motivo del gobierno fue la confiscación de los bienes monásticos. Aunque en 1536 los grandes monasterios eran descritos todavía como «grandes, honorables y solemnes», sufrieron la misma suerte tres años más tarde.

La disolución de los monasterios fue una de las revoluciones más espectaculares de la historia de Inglaterra. Durante cuatro años las grandes propiedades, valoradas en cerca de veinte millones de libras, pasaron de unas manos a otras. Estas tierras fueron puestas en venta cuando había una mayor demanda de ellas en el mercado, lográndose además acrecentar el interés sobre la Reforma.

Desde una perspectiva doctrinal, no puede considerarse que la reforma de Enrique VIII tuviera consecuencias radicales. Los Diez Artículos que la Asamblea adoptó en 1536 no hicieron ninguna concesión a los luteranos pese a su fraseología de conciliación. *El libro de los obispos* de 1537 certificaba una fe conservadora. Dos años más tarde el Edicto de los Seis Artículos establecía fuertes castigos para los que negaran la doctrina de la transubstanciación y otras creencias fundamentales de la fe católica. Y a pesar de que Enrique VIII, al final de su reinado, se

Eduardo VI

La primera gran crisis que tuvo que afrontar la monarquía Tudor fue la minoría de edad de Eduardo VI, que sólo tenía 9 años de edad cuando subió al trono en 1547. Su padre, Enrique VIII, había dispuesto un Consejo de Regencia homogéneo, pero su primera actuación fue nombrar a uno de sus miembros, Eduardo Seymour, conde de Hertford, como lord protector y duque de Somerset.

Somerset, que era un hombre muy liberal, empezó por eliminar las severas leyes contra la traición y contra la herejía de Enrique VIII. El pueblo fue libre para debatir abiertamente sobre religión y la situación se hizo incontrolable. Los predicadores atronaban desde sus púlpitos y los impresores producían gran cantidad de libelos y sátiras.

Aunque simpatizaba con la causa protestante, Somerset no deseaba provocar a la gente sencilla que continuaba practicando sus cultos tradicionales, como siempre lo había hecho. Emprendió una política de paulatinos cambios religiosos destinados a provocar las menores ofensas posibles. La Orden de Comunión de Cranmer, de 1548, no contenía hostilidad alguna contra las creencias católicas, y el primer *Libro de oraciones* de 1549 era «un ensayo ingenioso sobre la ambigüedad». Dejó que el orden antiguo continuase como tal, haciendo que los servicios religiosos se realizaran en inglés en lugar del latín tradicional.

El *Libro de oraciones* fue aceptado, en general, sin resistencia, pero en Devon y en Cornualles provocó levantamientos populares conocidos como la «Revuelta del Oeste», que fueron cruelmente aplastados por John Russell, conde de Bedford.

La política social de Somerset finalizó también con derramamientos de sangre. En 1547 la situación económica era crítica: los precios eran muy altos y los grandes propietarios trataban de defenderse ante la inflación mediante la implantación de nuevas cargas que originaron gran malestar. Se cercaron las tierras cultivables para convertirlas en pastos, con el fin de aprovechar la gran demanda de tejidos. En un primer momento, el gobierno agravó la situación al comprar las tierras de estos especuladores y mantener la devaluación de la moneda iniciada por Enrique VIII.

Pero en 1548, Somerset trató de llevar a la práctica algunas de las reformas pro-





piciadas por un grupo de sabios llamado los «Hombres de la Commonwealth». Introdujo un Decreto de Subsidio para limitar los cercados y gravar las ovejas y los tejidos y estableció una comisión especial para reforzar la existencia de estos estatutos. Pero el final de esta política bien intencionada fue una nueva revuelta.

Durante el verano de 1549 el pueblo de Norfolk se levantó soliviantado por Robert Ket. Contrariamente a los rebeldes del oeste, éstos no manifestaron implicaciones religiosas. Sus enemigos eran la baja nobleza, que se negaba a cumplir las medidas económicas del gobierno. Por considerar al lord protector como a un amigo, no marcharon sobre Londres. A pesar de todo, su movimiento constituía una grave amenaza para la seguridad del Estado y fue aniquilado por el rival de Somerset en el consejo, John Dudley, conde de Warwick.

El gobierno de Somerset no pudo sobrevivir a dos rebeliones en un mismo año, siendo derribado en octubre de 1549. Somerset fue decapitado y su lugar ocupado por Dudley, quien asumió el título de duque de Northumberland. Antiguo católico convertido al protestantismo radical, despojó a la Iglesia de sus bienes. Ordenó la destrucción de los libros e imágenes religiosas, así como las pinturas, y privó a los obispos de su poder secular y de sus propiedades. El segundo *Libro de oraciones* de 1552 cambió el sacramento de la comunión y simplificó el ceremonial rompiendo con la idea católica de la «misa como sacrificio». A partir de entonces la comunión se celebraba en una mesa en lugar de un altar, se utilizaba pan normal y el celebrante no llevaba vestiduras especiales ni realizaba gestos de devoción. La doctrina de la Presencia Divina fue repudiada por los Cuarenta y dos Artículos de Cranmer en 1553.

La política religiosa de Northumberland fue radical pero su política económica reaccionaria. El Decreto de Subsidio del año 1548 se rechazó y la comisión especial para los cercados fue disuelta. Para prevenir los disturbios sociales se rehabilitó la «ley de la traición», algunos caballeros ob-

Arriba, Thomas Wolsey (hacia 1473-1530), que tuvo a su cargo la administración de Inglaterra durante los primeros veinte años del reinado de Enrique VIII. Además de ser un gran organizador y un protector de los humanistas, el cardenal Wolsey intentó utilizar su influencia para pacificar Europa.

Izquierda, grabado representando la isla de Utopía. Es el frontispicio del libro de Tomás Moro del mismo título, publicado en 1516.

Página anterior, retrato de Enrique VIII de Inglaterra por Hans Holbein el Joven. En sus últimos años el rey se hizo cada vez más despótico y su costosa política exterior no dio resultados tangibles. (National Portrait Gallery, Londres.)





tuvieron permiso para equipar unidades de caballería a expensas públicas, y los poderes de los alguaciles militares fueron transferidos a un nuevo cargo, los lores-tenientes. Al mismo tiempo, Northumberland trató de combatir la devaluación de la moneda y fomentar las empresas inglesas allende los mares.

El poder de lord Northumberland dependía de la vida del joven rey, que tenía una salud muy precaria. Si María Tudor, enemiga del duque y católica, subía al trono, él y su política desaparecerían, por lo que el lord instigó al rey y a su Consejo para que cambiaran la sucesión en favor de su propia nuera, lady Jane Grey. Sin embargo cuando Eduardo murió el 6 de julio de 1553, María trató de que Northumberland y toda la nación, incluido el Consejo Real, la apoyaran. En un intento desesperado por salvarse, el duque reconoció a María, pero su actitud no engañó a nadie. Fue arrestado y ejecutado, y lady Jane Grey, su marido y Cranmer fueron encerrados en la Torre de Londres.

María Tudor

En 1553 la Inglaterra de los Tudor sufrió una segunda crisis. Tras haber superado la minoría de edad de Eduardo VI, tenía que afrontar la situación de ser gobernada por una solterona católica de 37 años de edad. La subida al trono de María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, amenazaba tanto a la dinastía Tudor como a la reforma religiosa inglesa.

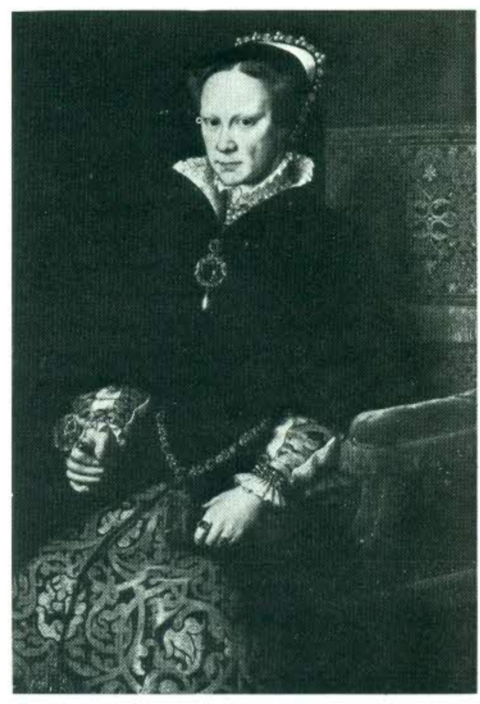
María era sincera, devota, amable y culta, pero carecía de habilidad política y administrativa. «Sé que la reina –escribió el embajador imperial– es buena, fácilmente influenciable, inexperta en los asuntos mundanos y novata en términos generales... Hablando entre nosotros, creo que si Dios no la ayuda, fracasará.» Y en efecto, María fracasó.

La reina se propuso restablecer la antigua religión, pero primero tuvo que asegurar su sucesión, pues si permanecía soltera el trono pasaría finalmente a su hermana Isabel, que era protestante y estaba más capacitada. Sin embargo, encontrar marido no era fácil. El canciller Stephen Gardiner, que deseaba que María se casara con un noble inglés, aceptó al futuro Felipe II de España, pues esto suponía situarse en la órbita de los Habsburgo.

La decisión de María motivó la rebelión en la zona de Kent, de Sir Thomas Wyatt, en 1554, que si bien se alzó como defensor del *Libro de oraciones*, en realidad se oponía al matrimonio con el monarca español. Su revuelta fracasó porque los londinenses no le ayudaron y su resultado fue la injusta ejecución de lady Grey y de su esposo.







El matrimonio real se celebró en Winchester el 25 de julio de 1554. Felipe II de España se avino a ceder su puesto si María moría antes que él sin dejar heredero, y prometió no nombrar españoles para cargos ingleses. El matrimonio fue impopular ya que los ingleses no dependían económicamente del comercio con los Países Bajos españoles y temían que la Inquisición española se introdujera en Inglaterra.

En un primer momento María no buscó más que una situación de tolerancia para los católicos, pero pronto trató de restaurar la situación religiosa existente antes del cisma. Los extremistas protestantes tuvieron que exiliarse temporalmente en Europa, y la legislación religiosa de Eduardo VI fue anulada por el Parlamento.

En noviembre de 1554 el cardenal Reginald Pole regresó a Inglaterra como legado pontificio. Absolvió a la nación de los pecados en que había incurrido a causa del cisma y de la herejía, y muy sabiamente se abstuvo ante las peticiones que recibió de quienes querían recuperar las tierras de la Iglesia que habían sido secularizadas. La restauración del catolicismo promovió una campaña de persecución sin precedentes en la historia de Inglaterra. Más de 300 personas fueron quemadas por sus creencias, principalmente en el sur del país, siendo en su mayoría humildes campesinos.

En 1557 María se dejó arrastrar a una guerra con Francia en la que se perdió Calais, el último reducto inglés en Europa continental. Este fue el precio del matrimonio español, que además demostró ser estéril. La esterilidad fue la nota dominante en el reinado de María, que murió, odiada por sus súbditos, el 17 de noviembre de 1558.

Isabel I

Se sabe muy poco acerca de las convicciones religiosas de la reina Isabel. Desaprobaba la pedantería teológica y el matrimonio del clero, pero mantenía sus opiniones y creencias en la esfera privada. Como hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, no esperaba el apoyo del papa, aunque tampoco deseaba provocar a sus súbditos más conservadores adoptando un protestantismo extremo. Su primera intención fue ganarse a los obispos de María antes de proceder a ningún cambio doctrinal, pero esto fue rechazado por los exaltados protestantes del Parlamento, quienes forzaron un programa protestante tal, que la reina aceptó un compromiso más cauto de lo que hubiera deseado en principio.

El Decreto de Supremacía de abril de 1559 restableció la hegemonía real, y el Edicto de Uniformidad promulgado aquel mismo mes impuso un nuevo *Libro de oraciones*. La reina, a causa de su sexo, fue descrita como «gobernador supremo» de la Iglesia inglesa, y no como «cabeza suprema». La nueva doctrina quedaba a medio camino entre el *Libro de oraciones* de 1549 y el de 1552. Todos los obispos de María menos uno rechazaron el Juramento de Supremacía y fueron consecuentemente despojados de sus cargos, pero el bajo clero se sometió. El compromiso fue completado con la adopción de los Treinta y nueve Artículos de la

Arriba, María I de Inglaterra, que reinó de 1553 a 1558, retratada por Antonio Moro. A pesar de que se ganó el sobrenombre de Bloody Mary *(María la Sanguinaria), no persiguió a los protestantes con excesiva severidad, teniendo en cuenta la época. (Prado, Madrid.)*

Izquierda, Thomas Cranmer (1489-1556), arzobispo de Canterbury durante los reinados de Enrique VII y Eduardo VI, fue condenado a morir en la hoguera por María Tudor, a causa del papel principal que había representado en la introducción del protestantismo en Inglaterra (xilografía de la época).

Página anterior, arriba, izquierda, Ana Bolena (1507-1536). El amor que le profesaba Enrique VIII y el hecho de que la reina Catalina de Aragón no le pudiera dar un hijo varón fueron causa suficiente para que el rey provocara la ruptura de Inglaterra con Roma. (National Gallery of Art, Washington.)

Página anterior, arriba, derecha, Thomas Cromwell (hacia 1485-1540), primer ministro de Inglaterra desde 1531, fue el cerebro de la reforma emprendida por Enrique VIII, reorganizó la administración del país y supervisó la disolución de los monasterios. Murió ejecutado en 1540. (Frick Collection, Nueva York.)

Página anterior, abajo, el futuro rey Eduardo VI, que reinó entre 1547 y 1553, pintado por Hans Holbein. Eduardo falleció demasiado prematuramente para que pudiera imponer su voluntad sobre la política seguida por sus consejeros. (National Maritime Museum, Londres.)



Asamblea de 1563, que como todos los compromisos, no satisfizo a los más extremistas. El puritano John Field lo describió como «una especie de religión construida por el cerebro y la fantasía humana, peor que la del Papado».

Isabel fue muy inteligente al no mezclarse ni con los católicos ni con los protestantes, manteniéndose neutral y apoyándose en los ingleses más moderados; también evitó su vinculación con los grandes bloques religiosos del resto de Europa.

En la primera década del reinado de Isabel, los católicos no tuvieron grandes problemas. La mayoría se conformó con el nuevo compromiso y continuó el culto a su manera. Felipe II de España convenció al papa para que no excomulgara a la reina, ya que necesitaba la amistad inglesa para enfrentarse a Francia, enemigo tradicional de España. Pero la rebelión de los condados del norte, de 1569, creó la falsa impresión en el extranjero de que tan sólo una señal de Roma bastaría para derrocar a Isabel. Pío V excomulgó a la reina y a todos los que la obedecieran. Los católicos se vieron en la necesidad de elegir entre la lealtad al Estado y su religión.

Un grupo de jóvenes católicos ingleses fueron al extranjero para aprender en los colegios especializados de Douai, Valladolid, Roma y otros lugares, como misioneros que deseaban rescatar a su patria de la herejía. Regresaron hacia 1574 y actuaron secretamente a lo largo de todo el país. La primera misión jesuita guiada por Edmund Campion y Robert Persons llegó en 1580. El pago por su captura fue subido veinte libras al mes y una campaña intensiva fue lanzada contra los misioneros. No obstante, los católicos realizaron algunos progresos debido a que los funcionarios locales no siempre cumplían las leyes penales. Después de 1588 los católicos fueron mucho menos perseguidos, debido a su pacífica actitud durante la época de la Armada Invencible.

Los protestantes extremistas o puritanos fueron un grave problema para Isabel. Los presbiterianos esperaban reconstruir la Iglesia según el modelo de Ginebra, tras deshacerse de los obispos y de la hegemonía real, mientras que los separatistas deseaban la libertad para poder seguir sus prácticas fuera de la organización de la Iglesia nacional.

Los problemas empezaron en 1559, cuando los puritanos se enfrentaron con la supervivencia de ciertas prácticas «papistas», en especial con el uso de determinadas vestimentas. El arzobispo Parker realizó una dura campaña contra el no conformismo del clero y salió victorioso de la Controversia de las Vestiduras. Al mismo tiempo, los miembros puritanos del Parlamento impusieron nuevos proyectos para la reforma de la Iglesia, pero la reina los vetaba una y otra vez.

Hacia 1569 el puritanismo asumió un aspecto más revolucionario. Al atacar a los obispos Thomas Cartwright y John Field, por mencionar solamente a dos de sus máximos responsables, atacaban indirectamente a la autoridad casi episcopal de la reina. En 1583 el arzobispo Whitgift exigió a todo el clero que acatara la hegemonía real, el *Libro de oraciones*, y los

THE
booke of the common prayer and administracion of the Sacramentes, and other rites and ceremonies of the Churche: after the vse of the Churche of England.

LONDINI IN OFFICINA Edouardi Whitchurche.

Cum priuilegio ad imprimendum solum.

ANNO. DO. 1549. Mense Junii.

Arriba, portada del Book of Common Prayer (Libro de Oraciones) *de 1549, escrito por el arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer.*

Página anterior, Retrato del armiño, *de Isabel I de Inglaterra (reina de 1558 a 1603). Este es uno de los muchos retratos oficiales de la soberana destinados a relacionar su imagen con determinados conceptos míticos o literarios que se consideraban convenientes. En este caso, el armiño simboliza la pureza y la castidad.*

Treinta y nueve Artículos, bajo pena de privación de sus cargos.

Un rasgo característico del reinado de Isabel fue el aumento de importancia de la Cámara de los Comunes, donde estaba representada principalmente la pequeña aristocracia rural. Los municipios también estaban representados por caballeros, que normalmente debían su situación al mecenazgo de algún gran noble. El Parlamento permitía que estas gentes acudieran a Londres, que se convirtió rápidamente en el centro social del reino.

La época Tudor significó un gran incremento de los privilegios parlamentarios, pero la libertad de ideas y de expresión en él no fue una realidad hasta 1558. Algunos miembros reclamaron el derecho a discutir sobre religión, sobre la sucesión real y sobre asuntos extranjeros, pero la reina creía que tales cuestiones sólo podían ser tratadas con su consentimiento previo.

Sin embargo, la oposición parlamentaria a la corona no comenzó hasta la llegada de los Estuardo, y bajo Isabel la institución fue absolutamente leal, pues lo que más temían sus miembros era su disolución.

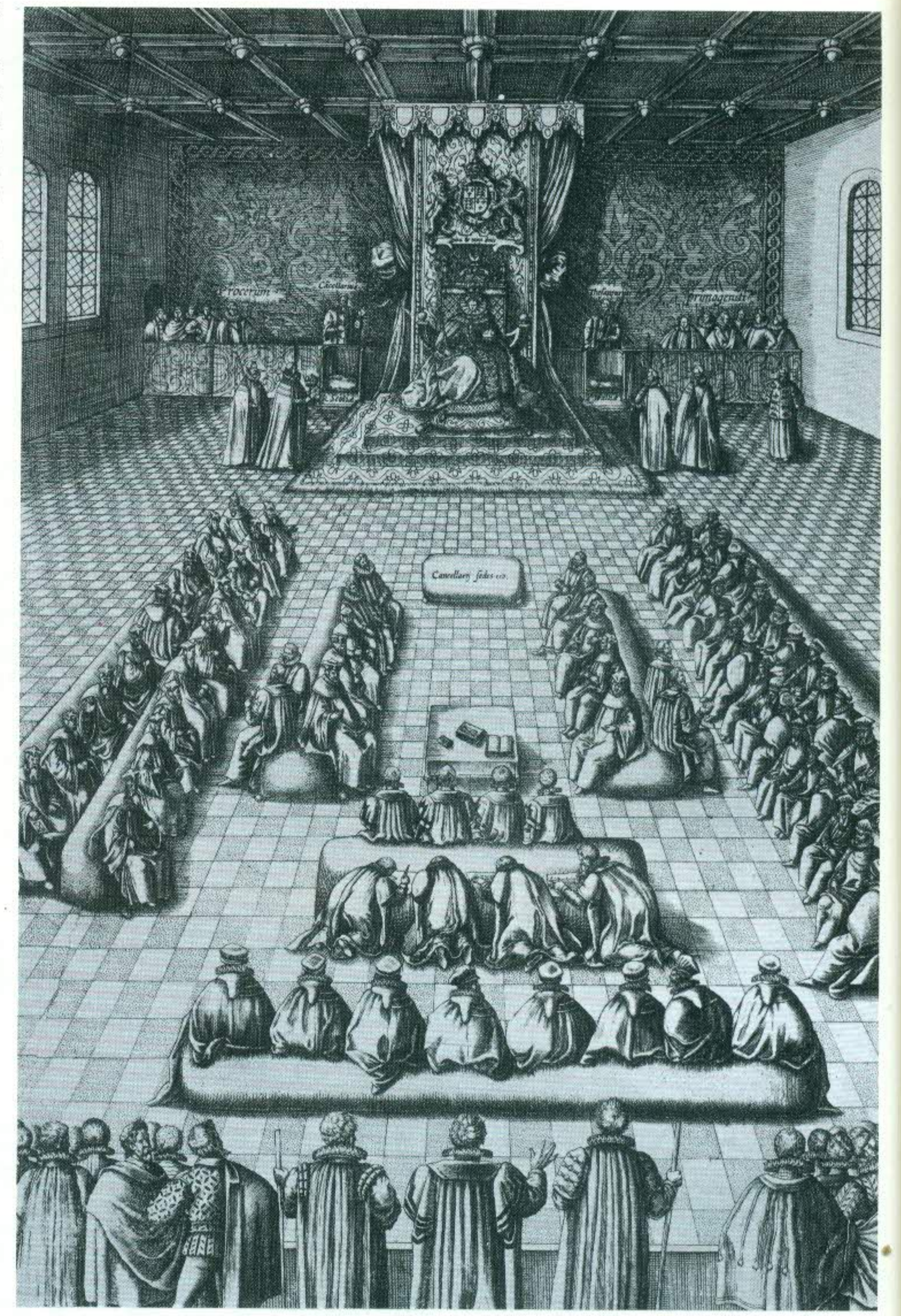
El asalto al comercio español

Para muchos historiadores, el reinado de Isabel I fue por encima de todo la «época de Drake».

Antes de 1550 Inglaterra no mostró gran interés por los viajes. Las razones de esta apatía eran económicas y políticas. Exportaba sus tejidos a Amberes y no necesitaba buscar nuevos mercados. España dominaba Amberes e Inglaterra era su aliada contra Francia. En la segunda mitad del siglo, esta situación cambió por completo. El mercado de Amberes se hundió y los ingleses tuvieron que buscar nuevas salidas para sus productos; Francia estaba paralizada por la guerra civil, y en consecuencia los ingleses tuvieron que dirigirse hacia el ámbito de las colonias españolas, que hasta entonces habían respetado.

El motivo original de las empresas inglesas allende los mares fue comercial. Los ingleses querían iniciar el comercio con China, país considerado rico en oro y en especias, pero todas las rutas conocidas hacia el Extremo Oriente les estaban vedadas.

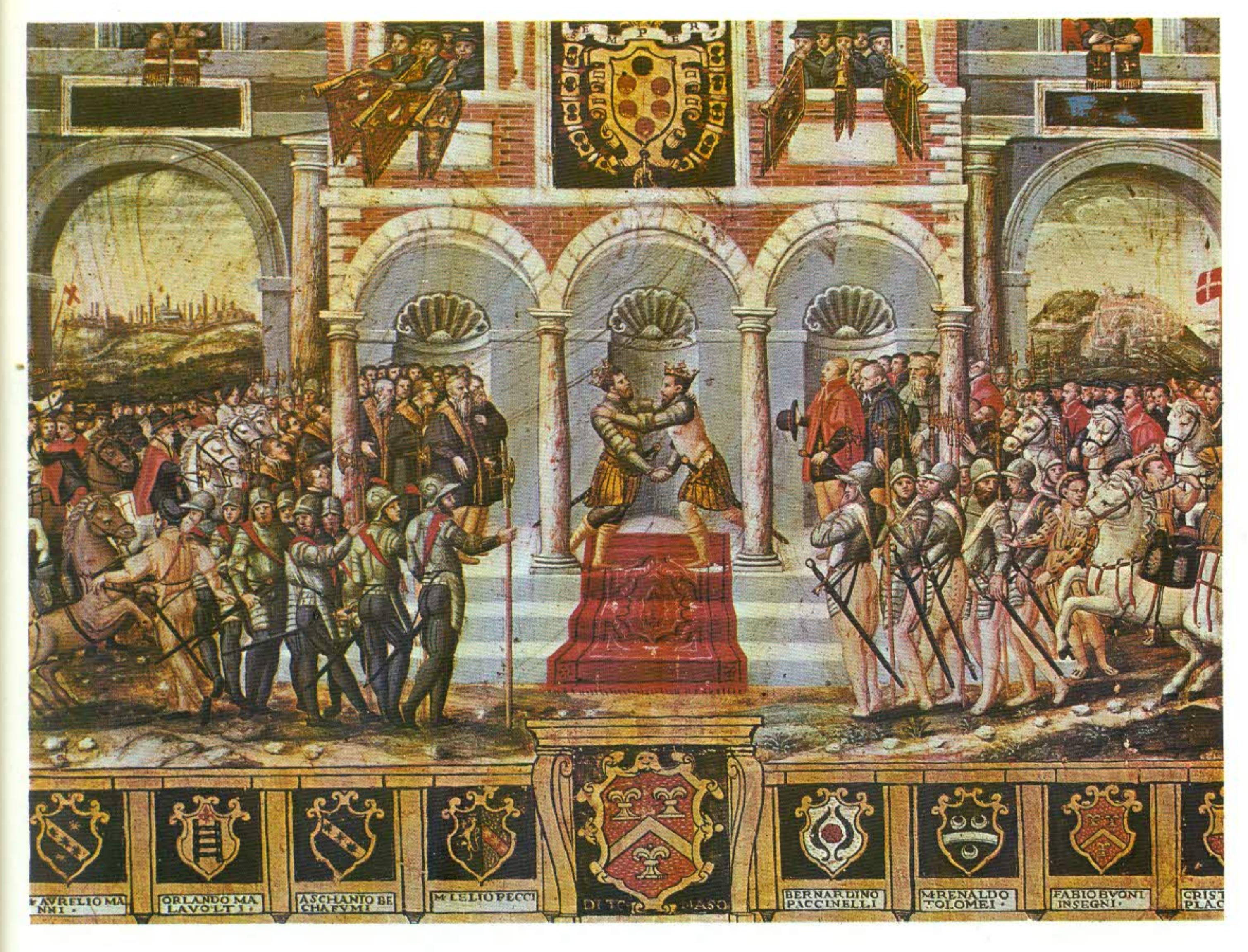
Su único recurso era encontrar una nueva ruta hacia aquellas tierras a través del hemisferio norte. La tentativa realizada por Hugh Willoughby y Richard



Cancellor para encontrar un camino por el nordeste fracasó en 1553, pero sirvió para establecer relaciones comerciales con Rusia. En 1576 Martin Frobisher anunció haber encontrado una ruta en el noroeste, regresando con un esquimal y unas piezas de metal negro que se suponía contenían oro. En realidad, sólo descubrió una pequeña parte septentrional del territorio canadiense y el metal era una clase de hierro.

Hacia 1560 la piratería cobró gran importancia. Tras el deterioro de las relaciones anglo-españolas, los ingleses comenzaron a considerar las posibilidades de lucrarse en la zona del Caribe. Así, Francis Drake se dedicó a infligir el mayor daño posible a los españoles y en cualquier lugar de los mares (1577-1580), consiguiendo numerosos botines.

Los ingleses no pensaron, pues, en la colonización del continente americano hasta finales del año 1560. En 1585 se fundó la primera colonia inglesa, en Roanoke, una pequeña isla cercana a la costa de la actual Carolina del Norte. A decir verdad este primer intento no tuvo éxito; no obstante, esta experiencia sirvió para abrir el camino hacia la fundación de Jamestown en el siglo siguiente.



La paz de Cateau Cambrésis y el abrazo de Enrique II de Francia y Felipe II de España, *tablilla de «biccherna» (tablas usadas en la República de Siena para encuadernar los volúmenes de la contabilidad, que llevaban retratos de camarlengos, blasones o escenas históricas, ejecutados por los mejores artistas de la época) del siglo XVI. (Archivio di Stato, Siena.)*

Página anterior, Isabel I de Inglaterra presidiendo una reunión del Parlamento. Isabel no pudo impedir que la Cámara de los Comunes discutiera temas que ella consideraba de prerrogativa real, y que incluían religión, asuntos extranjeros y monopolios.

El siglo XVI español

Las crónicas señalan que Felipe II gobernó autocráticamente. Durante su reinado, España se convirtió en el primer estado de Europa con objetivos y funciones que implicaban intereses mundiales. España era la nación más poderosa del planeta.

Después de 1580, el rey de España era, en Europa, además de Portugal, rey de Nápoles y Sicilia, duque de Milán y señor de los Países Bajos. Fuera de Europa, era gobernador de territorios asiáticos y de gran parte de América. Como es natural, esta impresionante estructura presentaba ingentes problemas y a finales de siglo apuntaban ya grandes grietas. Si bien es cierto que ningún estado europeo del siglo XVI disponía de los recursos financieros y administrativos suficientes para afrontar la complejidad de tan vasto imperio, los españoles hicieron todo lo posible para organizarlo y administrarlo.

La base de esa capacidad fue la fortaleza del ejército, que disponía de una excelente infantería y una poderosa flota.

Por otra parte, el rey poseía una inquebrantable creencia, rayana en el fanatismo, sobre su «divina misión» como máximo representante de la Iglesia católica en la lucha contra las fuerzas de los nuevos estados protestantes, a la vez que había que añadir su convicción de que el destino de España era conducir la humanidad según los designios de la Providencia.

Felipe II

Durante más de ochenta años del siglo XVI, España fue gobernada por dos hombre, padre e hijo. El padre, Carlos V, fue



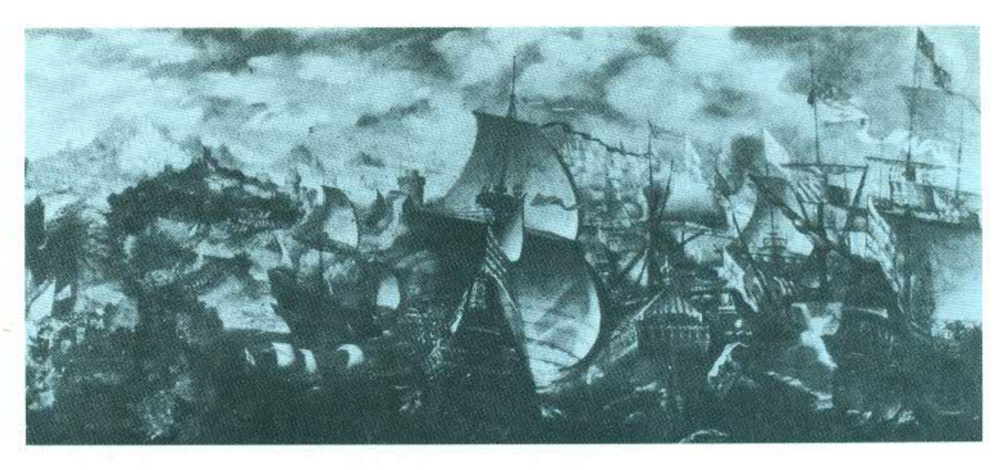
educado en la cosmopolita corte de Borgoña y se ocupó constantemente de los asuntos europeos. En cambio su solitario e introvertido hijo, Felipe II, salvo breves visitas a Francia e Inglaterra, donde se casó con María Tudor y fue durante un tiempo gobernador de Inglaterra, a partir de los 32 años de edad no abandonó ya nunca la península Ibérica.

Antes de cumplir los 40 años Felipe II encargó a su arquitecto la construcción de su nuevo y gran palacio, El Escorial, situado a unos cincuenta kilómetros de Madrid. En el centro del austero edificio se hallaba la capilla real, y el resto del palacio estaba ocupado por las dependencias administrativas del Estado y la corte, el mausoleo de la familia real y una comunidad de monjes. Este era pues el entorno que Felipe II eligió para conducir los asuntos del imperio más poderoso del mundo.

La serenidad y reserva de Felipe II eran legendarias, pero sería una exageración considerarle un recluso neurótico. Aunque lento en la toma de decisiones, su prudencia estaba normalmente justificada. Era el único coordinador de su vasta administración y tuvo que resolver infinidad de problemas, lo que demoraba muchos asuntos, acumulados en el gabinete de trabajo. Por otra parte, el monarca español no era un profesional y carecía de la habilidad suficiente para distinguir entre las cuestiones esenciales y las triviales.

Cuando Carlos V dejó la monarquía en manos de su hijo Felipe, en 1556, éste heredó como problema más inmediato el conflicto con Francia, mediatizado a través de las dinastías rivales en Italia, conflicto que duraba ya sesenta años. Había también una disputa sobre las fronteras de la Borgoña holandesa y sus límites. Felipe, tras implicar a su esposa María de Inglaterra en la contienda, e incluso peleando contra el papa por su ayuda a los franceses, consiguió un final feliz para la guerra. Arregló sus diferencias con el rey francés mediante el Tratado de Cateau-Cambrésis, devolviendo numerosas ciudades y pueblos en las fronteras del norte y del este de Francia como recompensa por el reconocimiento por el rey francés de su posición en Milán. Los franceses entregaron además Córcega, que era una plaza vital en la ruta española hacia Nápoles, pero recuperaron Calais de los ingleses. El Tratado se firmó en 1559 y ese mismo año Felipe regresó a España.

Cuando regresó, estableció la nueva capital en Madrid, ciudad sin historia, pero situada en el centro geográfico de la península. Desde Madrid, y más tarde desde El Escorial, Felipe se ocupó de los asuntos cotidianos utilizando consejeros en la capital y virreyes en las zonas no castellanas del Imperio. La dependencia respecto de sus funcionarios castellanos y su residencia permanente en Castilla, le crearon a Felipe II notables problemas. El hecho de que entre todas las lenguas habladas en sus dominios, el castellano fuera la adoptada como oficial, contribuyó a promover los disturbios de Flandes y Aragón, que en ambos casos fructificaron en sendas revueltas.



La «Armada Invencible» española (1588) en la primera gran batalla naval donde se empleó la nueva táctica de enfrentarse a cañonazos, en vez de abordarse y luchar cuerpo a cuerpo.

Página anterior, la batalla del mar de Haarlem, el 26 de mayo de 1573, uno de los combates navales entre los «watergeuzen» (mendigos del mar) y los españoles. (Detalle de un cuadro del pintor holandés historicista C.H. Vroom.)

La revuelta de Flandes

La zona altamente urbanizada de los Países Bajos, cuyo medio de vida era el comercio —con la vecindad geográfica de la Alemania protestante—, era un ambiente propicio para las doctrinas de los reformadores. En las primeras décadas del siglo, las corrosivas ideas del clérigo liberal holandés Erasmo de Rotterdam, consiguieron numerosos adeptos, incluso en España, pero su extensión fue entorpecida por los responsables de la Contrarreforma española y el rigor de la Inquisición.

Felipe II reforzó las leyes existentes y nombró a sus propios obispos. Esto molestó a la opinión católica, por considerar que era una intervención en los asuntos de la Iglesia. La causa protestante creció en los Países Bajos como una oposición natural a la opresión de una administración ajena, incrementándose por las inmigraciones de calvinistas de 1560, representantes de un movimiento internacional organizado y antiautoritario. La situación se deterioró progresivamente y en 1566 estallaron grandes disturbios. La agitación calvinista constituía una amenaza para el régimen y éste radicalizó sus medidas represivas.

Al año siguiente Felipe II envió allí al duque de Alba, uno de sus mejores generales, con la orden de restablecer «la ley y el orden» y eliminar la herejía. El fervor religioso del duque era igual al de su señor, desarrollando una política de drásticas persecuciones que llevaron el conflicto a un punto límite.

Waß gestaltt die Pri[...]nsigsche die Statt AMSTELREDAM erwisc[...]hen vnd innemen am 23. Nouemb: 1577.

Capitein Hillich.

Hie ist zu sehen wie in Hollandt. Amsterdam ein Statt woll bekantt.
Durch des Hern Princen drej venlein. Pracktickigs wirtt genummen ein.
Dern seie gar wenich vor gesandt, Die vber die wacht vberhandt
Nemen, vnd seie schlagen zu todt. Da durch die Statt kompt balt in nott,
Den Burger auch bald felt der mutt, Geben verloren leib vnd gutt.

Anno Dñi. M. D. LXXVII. am XIII Nouemb:

Los holandeses habían estado sometidos a fuertes impuestos desde que los Habsburgo ocuparon el trono de España, debido a que eran las provincias europeas más ricas del Imperio español. La situación empeoró cuando el duque de Alba impuso nuevas cargas en 1572, las cuales no sólo elevaban los topes ya existentes, sino que además negaban a los Estados Generales el derecho a controlarlas, y por consiguiente infringían los privilegios de sus poderosos miembros. Los hechos de 1572 fueron muy graves. El territorio holandés era inexpugnable por tierra, pero resultaba muy vulnerable a los ataques por mar. Durante mucho tiempo esos ataques se llevaron a cabo por los piratas de las provincias del norte, cuyas bases estaban en Inglaterra. En 1572 fueron expulsados de Inglaterra y se lanzaron con fuerza hacia las costas de los Países Bajos, conquistando los puertos de Brill y Flushing, y gran parte de la provincia de Zelanda.

Felipe sustituyó al duque de Alba por Luis de Requesens, que tras fracasar con su política más moderada, tuvo que reanudar el empleo de la fuerza.

El ejército español era una amalgama de soldados de diversas nacionalidades y la inquietud se incrementó a medida que se atrasaban las pagas. En 1576, año en que murió Requesens, el ejército quedó sin control y en noviembre, tras unas escaramuzas con las tropas rebeldes, se desbocó por las calles de Amberes sometiendo la gran ciudad al saqueo. Resultado de ello, los rebeldes, entre los que predominaban los del movimiento católico en el sur y los piratas en el norte, formaron una alianza con los calvinistas contra el invasor extranjero: la «Pacificación de Gante». La unión fue más aparente que real, pues las diferencias entre los municipios calvinistas y los nobles católicos del sur eran demasiado profundas.

Felipe nombró nuevo gobernador a su hermanastro Juan de Austria, héroe de la batalla de Lepanto, que pretendía convertir a los Países Bajos en una base para atacar a Inglaterra. No fue el último general español en pensar así, pero nunca pudo llevar su proyecto a la práctica. Antes de ser admitido como gobernador por los Estados Generales tuvo que prometer respeto a las libertades tradiciona-





Arriba, Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba (1507-1582). Merced a sus victorias para Carlos V, era un hombre famoso en Europa antes de convertirse en el cruel gobernador de los Países Bajos. (Detalle de un cuadro de Antonio Moro.)

Izquierda, Felipe II, que reinó en España de 1556 a 1598, retratado por Tiziano. Este monarca se consideró como el gran protector de la Iglesia Católica. (Prado, Madrid.)

Página anterior, arriba, toma de Amsterdam, el 23 de noviembre de 1577, por las tropas del príncipe de Orange. Dibujo de W.L. van Kittensteyn (1613) publicado en el Espejo de acontecimientos neerlandeses. *(Atlas van Stolk, Rotterdam.)*

Página anterior, abajo, Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), el mejor escritor de la España renacentista, autor del Quijote. *Capturado por los piratas berberiscos, sufrió cautiverio en Argel más de cinco años.*

les de los territorios y retirar las tropas españolas. Juan de Austria murió en 1578 sin haber podido imponer su autoridad.

En aquel mismo año, las desavenencias entre católicos y calvinistas se exacerbaron, cuando Felipe nombró gobernador al general Alejandro Farnesio, duque de Parma, uno de los mejores soldados de la época y hombre de Estado muy capaz. Farnesio pactó rápidamente con los católicos del sur. Prometió eliminar las tropas españolas y garantizar los privilegios de la aristocracia ante el creciente poder de la burguesía, si aquélla lograba expulsar a los rebeldes protestantes de sus provincias. Pero la última palabra la tuvieron las armas.



ESPAÑA EN EL SIGLO XVI

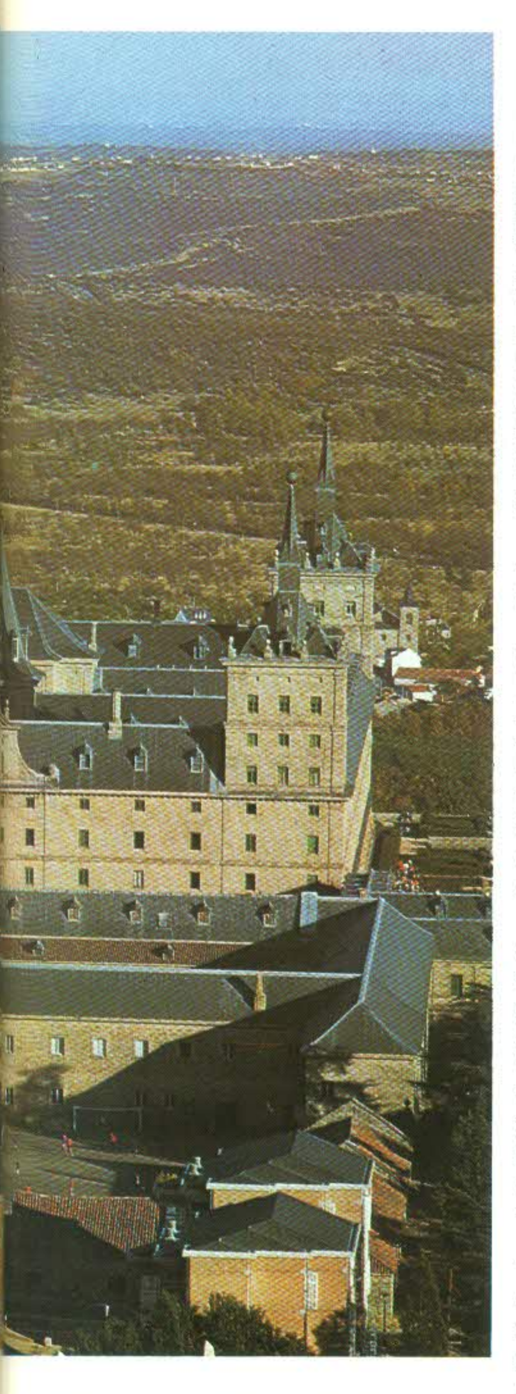
1500	Carlos V proclamado emperador (1519)
1525	Nacimiento de Felipe II (1527)
1550	Abdicación de Carlos V y subida al trono de Felipe II (1556) Construcción de El Escorial (1563-1584) El duque de Alba en los Países Bajos (1567) Muerte de Don Carlos, padre de Felipe II (1568) Batalla de Lepanto (1571) Los «mendigos del mar» toman Brill, Flesinga y gran parte de Zelanda y Holanda (1572)
1575	Saqueo de Amberes (1576) Alejandro Farnesio nuevo gobernador de los Países Bajos (1578) Felipe II elegido rey de Portugal (1580) Guillermo de Orange es asesinado (1584) Derrota de la Armada Invencible (1588) Sublevación en Aragón (1590) Muerte de Felipe II (1598)

Alejandro Farnesio poseía las cualidades ideales de un gran comandante, coraje y valor, y la capacidad de aguantar el rigor de la guerra junto a sus hombres. Además, demostraba un gran sentido de comprensión e identidad con los sentimientos de los holandeses. Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange y líder protestante, encontró un gran rival, de modo que Felipe II pudo salvar las provincias del sur de los Países Bajos para el catolicismo gracias a la inteligencia y saber hacer políticos de Farnesio.

Indirectamente, Alejandro Farnesio fue el fundador del moderno estado de Bélgica. Y en un sentido más directo fue el promotor de la reputación que gozaron los ejércitos españoles en los últimos años del siglo XVI.

La rebelión de los Países Bajos, que comenzó en 1560, continuó veinte años más después de la declaración de independencia de las provincias del norte, en 1581, por Guillermo de Orange, asesinado tres años después. Pero, España no reconoció la independencia del nuevo estado hasta el Tratado de Westfalia en 1648.

Una lucha de tal intensidad y duración debió tener sus orígenes en algo más profundo que en el mero personalismo de Felipe II. Algunos de los factores que condujeron a la crisis son claros. En los últimos años del siglo XVI y primeros del XVII, los holandeses se habían convertido en una potencia marítima. Esto les permitió sentar las bases de un imperio marítimo y asumir un fortísimo sentido de identidad nacional.





Como se ha dicho, una de las rutas comerciales más activas de Europa era la existente entre la península Ibérica y los Países Bajos, por donde se transportaba la lana desde los puertos del norte de España hacia Flandes, ciudad en la que se transformaba en tejido. Cuando Felipe II cortó las comunicaciones holandesas con Lisboa, centro de las especias y la seda, aquéllos decidieron comerciar con Oriente, y en 1602 fundaron la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

La anexión de Portugal

Entre 1580 y 1640 el sueño de toda una generación de reyes españoles pareció cumplirse, pues con la subida al trono portugués de Felipe II de España, en 1580, la península Ibérica se convertía en una unidad política y geográfica. El nombre de «España» se utilizaba desde la Edad Media para describir al conjunto de toda la península, pero en realidad, cuando el papa Alejandro VI garantizó a Fernando de Aragón el título de «rey de España», Manuel de Portugal presentó sus quejas contra la utilización equívoca de este concepto.

Durante todo el siglo los dos estados, que juntos controlaban el imperio colonial de la época, fueron creciendo al unísono gracias a una serie de matrimonios de ambas dinastías. Y cuando en 1578 Sebastián de Portugal desapareció en la batalla de Alcazarquivir, en la fracasada expedición a Marruecos, España tenía una incontestable superioridad militar, y reivindicó el trono en base a las leyes de sucesión. El cardenal infante Enrique ocupó el

El cardenal infante Enrique ocupó el trono portugués transitoriamente, y anunció su voluntad de casarse con la esperanza de obtener un heredero legítimo, pero no consiguió la dispensa papal, muriendo pocos meses más tarde.

Su muerte dejó vía libre a Felipe II, que como sobrino y cuñado del padre del último rey, Juan, estaba convencido de la superioridad de su pretensión frente a la de su rival, Antonio Prior de Crato, sobrino ilegítimo del rey Juan. A pesar de su diplomacia y de utilizar el soborno con la aristocracia portuguesa, Felipe II se vio obligado a combatir para contrarrestar el apoyo popular que recibió Antonio de los portugueses, celosos de su independencia. La guerra la ganó España y en 1580 las Cortes portuguesas fueron obligadas a elegir a Felipe II rey de Portugal.

En los ochenta años que precedieron a la toma de posesión de Felipe, Portugal se había convertido en uno de los mayores imperios marítimos del mundo. En el interior del país, la conquista del imperio

Arriba, campamento de los Tercios españoles. Estos regimientos, armados de lanzas y mosquetes, estaban formados por los soldados más distinguidos de la Europa del siglo XVI. El grabado corresponde a un descanso después de la toma de Valenciennes, en 1567.

Izquierda, Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que mandó edificar Felipe II (1563) para conmemorar la victoria de San Quintín sobre los franceses. Fue acabado por el arquitecto Juan de Herrera. Contiene el panteón de los reyes españoles y está decorado con obras maestras de la pintura.

Engrav'd for England's Bloody Tribunal.

The Place & manner of Execution of Persons condemn'd by the Inquisition.



causó graves daños a su economía, crisis agravada por las cuantiosas dotes que Juan III (1521-1557) proporcionó a sus hijas y por los gastos de la absurda empresa de Sebastián contra el sultán de Marruecos.

El siglo XVI se había iniciado con el reinado de Manuel I el Afortunado (1495-1521), que conservó la hegemonía de su antecesor Juan II sobre la nobleza. Manuel, siguiendo el ejemplo de Fernando de Aragón, preparó el camino para que la corona ocupase además el magisterio de la Orden militar de Cristo, y en otros aspectos de la vida política los reyes de Portugal también siguieron el ejemplo de su vecino. En algunos casos no tenían opción.

Debido a su matrimonio con una princesa española, Manuel accedió, con desagrado, a expulsar a los judíos no conversos en 1496. Los portugueses hicieron cuanto pudieron por solventar la conversión de aquellos ciudadanos tan valiosos, y los que se convirtieron al cristianismo gozaron de absoluta libertad durante veinte años, sin que nadie controlara sus verdaderas creencias.





Arriba, Don Juan de Austria asume el mando de la Liga Santa contra los turcos, *bajorrelieve del monumento de Pío V. (Basilica di Santa Maria Maggiore, Roma.)*

Izquierda, Alejandro Farnesio, duque de Parma (1545-1592). Fue uno de los mejores generales de Felipe II. Por su gran labor en la batalla de Lepanto, fue nombrado gobernador de los Países Bajos españoles. (Musées Royaux des Beaux Arts de Belgique, Bruselas.)

Página anterior, arriba, grabado inglés imaginativo que muestra un auto de fe o quema de herejes por la Inquisición española. Los métodos empleados y la intransigencia de este tribunal, lo hicieron temible en Europa.

Página anterior, abajo, Alejandro Farnesio, detalle del monumento ecuestre erigido en honor del condotiero (siglo XVII) en Piacenza.

La Inquisición española

La institución más tenebrosa que Felipe II introdujo en Portugal fue la Inquisición, establecida en España en tiempos de los Reyes Católicos. Desde su origen, este organismo se vio libre del control papal, e incluso en 1559 fue independiente de la jurisdicción de los obispos. Durante el reinado de Carlos V se convirtió en una instancia de Estado, desembocando en un aparato opresivo que controlaba incluso las opiniones más superficiales.

El hereje que era condenado perdía su vida y su honor, pero además corría el riesgo de perder sus tierras. Su juicio era el resultado de la denuncia de un informador anónimo, y a causa de ello podía permanecer en prisión durante años antes de que su caso fuese visto por el tribunal, y después esperar todavía más tiempo el veredicto final. En las trágicas ceremonias que rodeaban a la ejecución, la multitud se reunía en unas gradas especialmente construidas para ello en la plaza principal de la localidad, para poder ver la cremación de los herejes condenados, mientras que los que se habían arrepentido desfilaban en procesión por las calles. El primer acto público del rey Felipe II fue su asistencia a un «auto de fe» en Valladolid.

En el pensamiento de Felipe II, la obligación de restablecer la ortodoxia católica en toda Europa hacía de la Inquisición un instrumento fundamental. Por otra parte, su masiva utilización fue un factor importante para la destrucción del protestantismo en la península. Durante el reinado de su padre, la acción contra los judíos conversos había degenerado en una severa aplicación de las leyes con el fin de reforzar la expurgación de los cargos públicos de quienes no fueran cristianos viejos. Ningún candidato podía ser admitido en un cargo público si no podía demostrar la pureza de sangre de su linaje. En tiem-



pos de Felipe II las actividades de la Inquisición se extendieron al campo de la censura intelectual y literaria, y a partir de 1559 los estudiantes no pudieron viajar al extranjero.

La guerra contra el infiel

En 1560, Felipe II pensó que las leyes contra los moriscos de Granada debían extremarse, del mismo modo que se había establecido la rigurosa ortodoxia entre sus súbditos cristianos. Después de su forzada conversión al cristianismo en 1502, los árabes del antiguo reino musulmán pudieron continuar con sus propias tradiciones, usar sus vestidos, su lengua, e incluso en algunos casos seguir con su auténtica religión. Pero en el siglo XVI el inconformismo social y religioso estuvieron muy relacionados, y los árabes de Granada se hicieron sospechosos —en algunos casos con razón— de conspiración, con la ayuda prestada por sus compañeros musulmanes del norte de África.

En 1568, un año después de que Felipe hubiese implantado las nuevas medidas contra las prácticas islámicas, los moriscos de Granada se rebelaron, y los musulmanes africanos, como respuesta, atacaron Chipre y Argel, y reconquistaron Túnez.

Felipe II llamó a Juan de Austria, que reunió a sus tropas del sur de Italia. Los moriscos, que habían sufrido los rigores de los métodos policiales de la Inquisición y que durante la rebelión mataron a cientos de cristianos, fueron cruelmente exterminados. Cuando la rebelión terminó, los moriscos fueron deportados y su lugar ocupado por 12.000 campesinos cristianos del norte de la península.

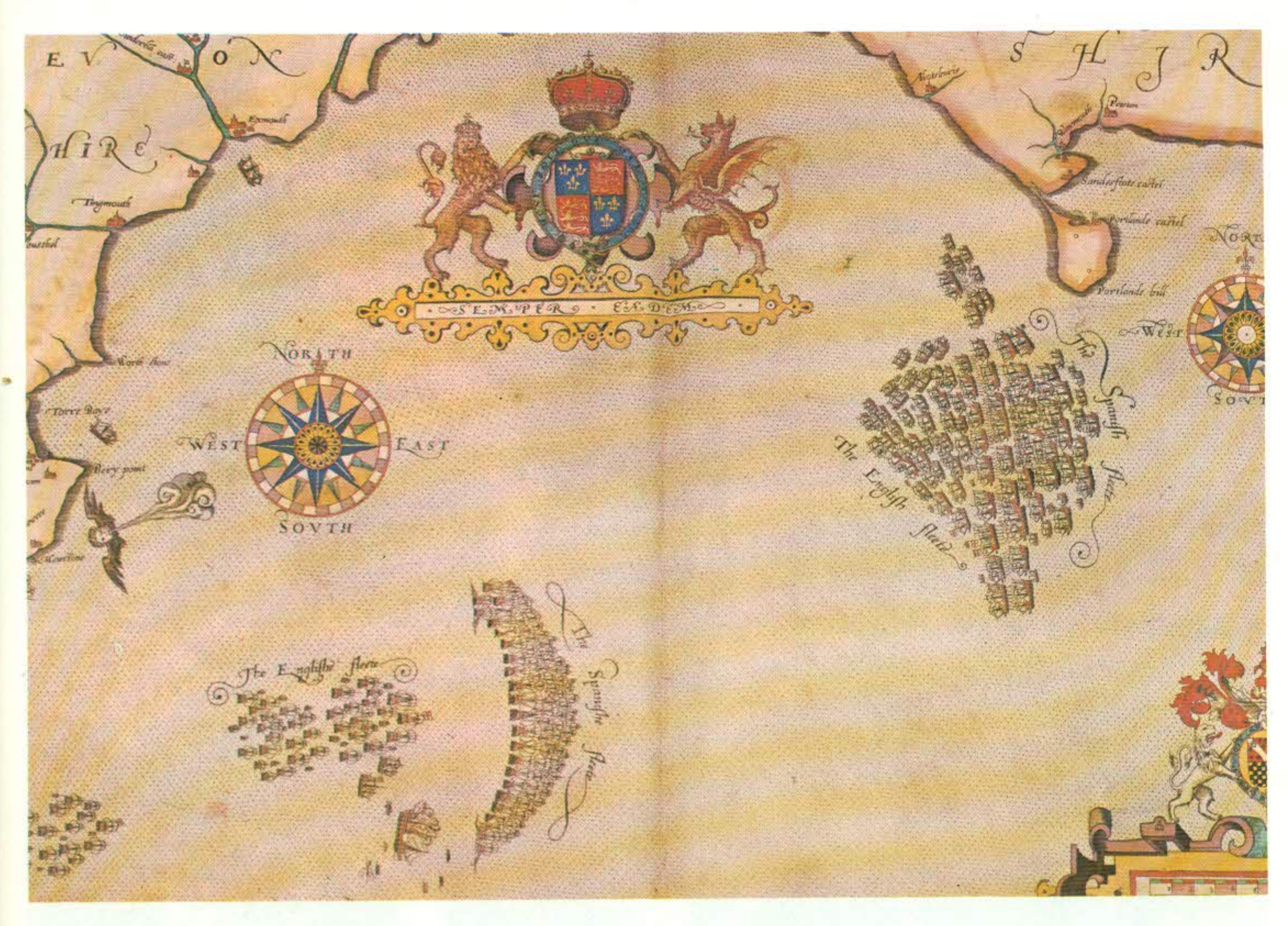
Así como se eliminó el peligro interno, Felipe II recibió una petición de ayuda de los príncipes cristianos del Mediterráneo oriental para detener a los turcos que atacaban Chipre. Consciente de su papel como defensor de la fe, Felipe II respondió a la llamada enviando una flota de 200 galeras en ayuda de Venecia y del Papado. Juan de Austria comandaba la flota, pero llegó tarde a Chipre y tuvo que perseguir a su enemigo en la bahía de Lepanto. En la épica batalla la flota cristiana destruyó a la infiel y el impacto de la victoria se expandió por toda Europa. No obstante, los resultados fueron escasos.

La revuelta en Aragón

En los territorios que controlaba, Felipe II de España superaba en absolutismo a todos los gobernantes del mundo —con la excepción del emperador de la China—, pero sus objetivos superaban a los recursos que anualmente fluían hacia la Hacienda española. En los primeros años de su reinado, reconoció que la corona debía siete veces sus ingresos de un año, y dos lustros después pagaba unos intereses que superaban el volumen de los ingresos estatales. Se ha calculado que la Armada Invencible costó más de diez millones de ducados y la revuelta de los Países Bajos tuvo costes similares. Pero a Felipe II tales gastos le parecían inevitables, dado su propósito de regir a toda la cristiandad y mantener una España unida.

En este segundo objetivo, su política tropezó con las ambiciones del principal oponente interno de la monarquía española, el reino de Aragón. Los monarcas católicos Fernando e Isabel habían definido y separado cuidadosamente los intereses y la autonomía de sus dos reinos teniendo en cuenta las voluntades de sus pueblos. En su época eran los castellanos quienes temían la dominación del rey de Aragón, pero a finales del siglo XVI los papeles se habían invertido. La administración del reino unido estaba dominada por los castellanos, los mercaderes de Barcelona habían sido excluidos del Nuevo Mundo, y las investigaciones del Santo Oficio recordaban permanentemente la autoridad del rey castellano.

La principal causa del descontento de los aragoneses estribaba en los fueros, o



antiguas libertades de reino, invocados por la nobleza para proteger sus antiguos privilegios feudales y su jurisdicción sobre el campesinado. La base del rencor de los nobles, y especialmente de la baja nobleza, era su exclusión de los altos cargos del Estado, ocupados estrictamente por castellanos. Durante un período Felipe II respetó la Constitución aragonesa, pero la segunda insubordinación del reino le incitó en 1588 a imponer un virrey no aragonés. La Corte de Justicia no reconoció la validez del título y surgió la oposición popular. El movimiento estalló como rebelión abierta dos años después, aglutinándose en torno a Antonio Pérez, otrora poderoso y ambicioso secretario del rey.

Pérez permaneció preso durante unos años acusado de intento de asesinato del secretario de Juan de Austria, pero consiguió huir a Aragón, y la Corte de Justicia, presionada por los miembros de la baja nobleza, se negó a entregarlo al rey. Felipe II envió a la Inquisición, único organismo con un poder superior al de los fueros.

La detención de Pérez bajo la falsa acusación de herejía promovió grandes disturbios en Zaragoza, pero la mayor parte de las demás ciudades del reino y los grandes señores declararon a favor de Felipe II y en contra de los «caballeros de la libertad» (baja nobleza), que habían liberado a Pérez. Dos años más tarde una fuerza invasora capitaneada por éste fue rápidamente derrotada, y en las Cortes de junio de 1592, la Constitución aragonesa fue modificada, sin llegar a ser suprimida.

La Armada Invencible

«Vais a tomar parte en la mayor empresa de la Iglesia de Dios que haya existido en muchos años.» Estas palabras provienen de uno de los muchos sermones predicados en los púlpitos de Lisboa durante la primavera de 1588 para estimular a los soldados de la Armada Invencible allí convocados.

Felipe II mantenía una pacífica aunque reticente política hacia Isabel de Inglaterra desde su ascensión al trono, e incluso había ofrecido casarse con ella tal como había hecho ya con su católica hermana María. Desde la óptica española había buenas razones para semejante política. La heredera de Isabel, María, reina de Escocia, era una buena católica, pero debido a sus

Croquis de la disposición de las flotas española e inglesa antes y en el momento de iniciarse la batalla del canal de la Mancha, en 1588, donde fue aniquilada la Armada Invencible enviada por Felipe II.

Página anterior, tras la cruenta represión del levantamiento de los moriscos en la década de 1570, éstos se dispersaron por toda la península. Las consecuencias inmediatas se tradujeron en un mayor estancamiento económico del país, debido a la ausencia en España de una clase media urbana fuerte, papel que hasta entonces habían desempeñado los descendientes de musulmanes y los judíos.



relaciones con la familia francesa de los Guisa, Felipe II no la consideraba una reina apropiada para Inglaterra. Sin embargo, no sólo no estaba dispuesto a favorecer a María, sino que además no pretendía en lo más mínimo socavar la autoridad de Isabel, aun a pesar de las actividades de los piratas Hawkins y Drake en aguas españolas.

La ascensión al solio pontificio del papa Sixto V, en 1585, introdujo un nuevo factor en las relaciones españolas con el Papado. Debido a que Felipe no deseaba una solución para el problema inglés que favoreciese el poder de Francia, el papa temía que el creciente poder de España se hiciera aún mayor en el norte. Según palabras de un historiador moderno: «La dominación de la Iglesia por la corona es probablemente mayor en España que en cualquier otra parte de Europa, incluidos los países protestantes». Tan grande era el temor del papa a la influencia española en el reino del norte, que Sixto trató de reconciliarse diplomáticamente con Isabel y atraerla de nuevo a Roma. Felipe II le señaló su error y la ejecución de María, en 1587, convenció finalmente al papa de que no tenía otro camino que la alianza con España.

Con la anexión de Portugal, las finanzas de Felipe II habían mejorado. Asimismo, la creciente ayuda inglesa a los Países Bajos reforzaba los argumentos de sus consejeros, que pensaban que sólo podría ponerse fin a la revuelta cuando Inglaterra fuese conquistada. En 1586, la reina inglesa envió dinero y tropas, capitaneadas por el conde de Leicester, y en febrero del año siguiente tuvo lugar la ejecución de María, reina de los escoceses. Felipe II se vio libre del peligro de una reina inglesa en buenas relaciones con Francia.

Los preparativos

En marzo de 1587 ordenó el comienzo de los preparativos de la batalla bajo la dirección del marqués de Santa Cruz, que en los años anteriores había realizado un proyecto. Ya fuera porque su entusiasmo se había desvanecido o por la gran complejidad de la expedición, el hecho es que Santa Cruz no pudo hacer frente a los preparativos con la rapidez que el impaciente rey solicitaba.

Las circunstancias no le ayudaron, pues en mayo la ciudad de Cádiz fue atacada por Drake, que destruyó no sólo los grandes barcos, sino también la madera nece-

saria para aprovisionar a la futura construcción de la flota. A pesar de las prisas del monarca, la flota no estuvo en condiciones de navegar hasta febrero de 1588, cuando murió Santa Cruz, sucediéndole el duque de Medina Sidonia.

Los españoles de la época, y a partir de entonces muchos historiadores, han considerado que el duque de Medina Sidonia fue la cabeza de turco del fracaso de la expedición. Su nombramiento no fue acertado, y el propio duque era consciente de ello. Confesó carecer de experiencia en el mando marítimo y pidió ser relevado de la responsabilidad, pero el rey Felipe II insistió y no tuvo opción. Medina Sidonia utilizó su autoridad de la mejor manera posible e intentó paliar las grandes deficiencias que su predecesor le había dejado. De este modo, cuando el 9 de mayo la gran flota partió del puerto de Lisboa, su equipo y sus provisiones eran lo mejor que cabía esperar. A pesar de todo, fue necesario recalar en La Coruña para conseguir alimentos frescos y agua, y debido a las difíciles condiciones climáticas, la gran flota no llegó al Canal de la Mancha hasta finales de julio.

La épica lucha que siguió a continuación y la dispersión final de la Armada Invencible perseguida por los barcos de guerra en la ruta de Calais, sitúan en primer plano los nombres de Drake, Hawkins, Frobisher y del almirante Howard.

A pesar de su inexperiencia, el duque de Medina Sidonia demostró una gran tenacidad al iniciar su lento movimiento a través de las líneas de fuego de los barcos del enemigo, más ágiles y mejor equipados. Tanto su gran presencia de espíritu como la gran experiencia marinera de su tripulación permitieron a los españoles mantener su formación. La flota transportaba a las tropas, pero la principal fuerza invasora debía ser el ejército que el duque de Parma había reunido en la costa holandesa y que había de ser transportado en barcazas.

La derrota de la Armada Invencible fue esencialmente causada por deficiencias técnicas. Los depósitos de municiones se agotaron pronto, poniendo de relieve la falta de previsión del rey y de Santa Cruz.

Carente de municiones y sin suministros adecuados, la orgullosa Armada Invencible se dirigió hacia las heladas aguas del norte de Escocia y hacia las peligrosas costas de Irlanda. Al final, sólo la mitad de sus 130 embarcaciones regresaron a España.

No obstante, Felipe II no dio la empresa inglesa por terminada. Aceptó las noticias del desastre con su calma habitual y se supone que llegó a comentar: «He enviado a mis barcos a luchar contra hombres, no contra los elementos».

VI

The Ld. Admirall Howard
Knighting Thomas Howard,
the Lord Sheffeild, Rogr. Townsen
Iohn Hawkins, and Martin
Forbisher for their good service

A pesar del poder alcanzado por la España de Felipe II, después de su muerte se inició un período de decadencia ininterrumpida que coincidió con el resurgir político, económico y militar de Francia. La historia se completó cuando, en 1702, la dinastía de los Borbón ocupó el trono de España.

Lord Charles Howard, duque de Effingham (1536-1624), el almirante inglés que derrotó a la Armada Invencible.

Página anterior, proyecto de un tapiz sobre el desastre de la Invencible, de autor desconocido. (National Maritime Museum, Greenwich.)


tenochtitlan

LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO

Introducción

En el espacio de cien años, aproximadamente desde la segunda mitad del siglo XV a la primera del XVI, los europeos aprendieron, a través de la experiencia y por los relatos de aventureros, a considerar el mundo como una entidad global. Descubrieron que el mundo era mayor de lo que creían y distinto de lo que ninguna autoridad antigua o medieval hubiese pensado nunca. Había un océano mayor que el Atlántico y un continente más grande que Europa y África juntos. Descubrieron también que todos los mares del mundo, con insignificantes excepciones, estaban comunicados, y que un hombre de mar con el valor y las provisiones adecuadas podía llegar a cualquier país costero del mundo. La ampliación de los conocimientos geográficos en aquellos cien años fue de extraordinaria importancia, tanto en extensión como en profundidad. A este respecto, ningún otro siglo de nuestra historia puede compararsele.

Sin embargo, la obtención de tales conocimientos no fue el objetivo original de las exploraciones de los siglos XV y XVI. Los grandes descubridores no eran los humanistas del Renacimiento, dotados de una gran curiosidad intelectual, sino hombres prácticos. Los continentes y las islas desconocidas y remotas, a pesar del oro y otros metales preciosos, tenían para ellos poco interés, pues trataban de descubrir nuevas rutas hacia viejas tierras. Su principal objetivo, y el de los gobernantes e inversionistas que les financiaron, era establecer contacto directo, primero con África occidental y luego con Asia. Su intención específica era unir Europa Occidental con la India, las islas indonésicas, China y Japón, tierras ya conocidas, con fama de poseer una elevada civilización y una gran importancia comercial.

En el siglo XV los europeos tenían muy poca información acerca de Asia. Durante cerca de un siglo, desde la mitad del siglo XIII a la mitad del XIV, la unificación militar y administrativa impuesta en gran parte de Asia por Gengis Kan y sus sucesores, posibilitaron los viajes terrestres a lo largo y ancho de todo el continente con una cierta seguridad. Existía un comercio considerable entre Oriente y Occidente. Una serie de mercaderes europeos, misioneros y embajadores, viajaban con sus caravanas a través de los dominios del Gran Kan. Algunos, Marco Polo entre ellos, escribieron sus experiencias que se difundieron por toda Europa.

El comercio se interrumpió a mediados del siglo XIV. La peste negra que invadió Asia y Europa paralizó temporalmente los viajes, y la incursión de los turcos otomanos levantó una barrera entre Oriente y Occidente. El Imperio tártaro desapareció; en 1368 los descendientes de Kublai Kan eran expulsados del trono de Pekín por una dinastía china, los Ming. «La segura ruta hacia Pekín», tal como la describieron los mercaderes del siglo XIV, se hizo muy peligrosa. El contacto europeo con Asia se vio limitado a los azarosos y costosos peregrinajes a Tierra Santa, al comercio con los árabes, como intermediarios en los puertos de Levante, y a la compra de la seda persa a precios exorbitantes en los puertos del mar Negro. Los europeos no sabían nada de la China de los Ming, de las sucesivas invasiones musulmanas en la India –de las que la invasión mongola fue la más extensa y de mayor duración–, ni de los persas. El Japón y las islas indonésicas no eran nada más que nombres. Las únicas informaciones de primera mano sobre el Lejano Oriente que tenían los europeos del siglo XV procedían de los relatos del siglo XIII. Cuando Cristóbal Colón fue en busca de Cathay (en el norte de China) llevaba credenciales para el Gran Kan.

Tanto los gobernantes como los hombres de negocios europeos tenían poderosos motivos para desear el restablecimiento del contacto con Oriente. El afán europeo por disponer de especias era un motivo evidente. Aparte de la sal común y de alguna especia menor como el azafrán, Europa no producía ninguna de las sustancias que conservaban o daban sabor a los alimentos. Los condimentos principales sólo crecían en el sudeste asiático: la canela en Sri Lanka, la pimienta en Java y Sumatra, la nuez moscada en Borneo y las islas Célebes, y el clavo –la más valiosa de todas– en las Molucas y en las islas situadas al este del archipiélago malayo. Estos detalles eran totalmente desconocidos en el siglo XV europeo. Los europeos tendían a agrupar grandes zonas de Asia bajo el nombre general de India, y habían oído hablar, o leído, sobre ciertos puertos –especialmente Calcuta– como mercados donde se vendían especias. Según su información, esos puertos y sus alrededores eran las fuentes originales de suministro. Las especias llegaban directamente a los árabes y a las zonas otomanas, y las destinadas para su venta a los europeos eran transportadas desde esos lugares por barcos árabes que navegaban por el océano Índico. Los árabes iban a Ormuz, por el golfo Pérsico, hacia Basora, hacia los ríos de Mesopotamia en



dirección a Bagdad, hacia Damasco y a los puertos de Siria. Otra ruta era la de Adén, en dirección al mar Rojo y por tierra vía El Cairo hacia Alejandría, donde los comerciantes venecianos compraban las mercancías para transportarlas a Italia y a Europa occidental. Si África podía ser circunnavegada –contrariamente a las antiguas teorías de Ptolomeo– y si los puertos malabares podían ser alcanzados por una vía marítima ininterrumpida, los comerciantes europeos podían comprar sus especias en sus puntos de origen. Así, cabía la posibilidad de suprimir a los intermediarios y conseguir inmensos beneficios.

Las consideraciones religiosas, políticas y estratégicas seguían el mismo criterio. La cristiandad europea del siglo XV estaba aislada; sus baluartes contra el Islam habían desaparecido y sus territorios se habían reducido. En 1453 los turcos se apoderaron de Constantinopla e iniciaron un avance hasta los Balcanes y el norte de África, llegando a amenazar momentáneamente a Italia y España. Ante estos peligros, la Iglesia –el principal símbolo de la unidad europea– estaba dividida. Los responsables de los Concilios, que planeaban y negociaban para acabar con el cisma, deseaban reunirse con la comunidad romana y con todas las comunidades cristianas del mundo. Sabían o habían oído hablar de que existían numerosas co-

munidades: los griegos ortodoxos, que continuaban su batalla perdida con los turcos; los armenios, los sirios y los coptos, que vivían en las fronteras del mundo musulmán; los caldeos, del flanco oriental del Islam, y los etíopes, indios e incluso los cristianos de Cathay. De todas esas tierras lejanas, la India era la más peligrosa. La India, en la que al parecer Santo Tomás había predicado y recibido martirio, y en la que sus descendientes y seguidores —según se creía— todavía vivían. Si el contacto podía establecerse, los reinos cristianos de Europa podrían obtener su simpatía, su reafirmación espiritual, y puede que incluso su ayuda militar.

En las circunstancias políticas de los últimos años del siglo XV de Asia, no había posibilidades de realizar contactos por tierra, a excepción de individuos temerarios que viajaran disfrazados. Sin embargo, los marinos de Europa occidental, en especial los de la costa atlántica de España y Portugal, estaban bien equipados para arriesgarse por vía marítima. La última época del siglo XV fue un período de rápido desarrollo en el diseño y construcción de barcos, en las técnicas de navegación y de los instrumentos de cartografía, en la adaptación de la artillería para uso marítimo. Los marinos ibéricos poseían una gran experiencia en el océano, que había sido acumulada no sólo comerciando, pescando, navegando y buscando esclavos en la ruta que iba desde Islandia a Cabo Verde, sino también ocupando y luchando en las islas del Atlántico, como Madeira, las Canarias y las Azores. Estas islas se convirtieron en puertos fundamentales para los grandes viajes por el océano.

Por otra parte, los marinos ibéricos —especialmente los portugueses— tenían la ventaja del respaldo real, que por primera vez hizo posible un tratamiento sistemático de las cuestiones geográficas. Una vez se establecieron estas condiciones, los éxitos se sucedieron inmediatamente. En 1492, Colón descubrió las falsas «Indias» en el Caribe. Seis años después, en 1498, Vasco de Gama llegó a Calicut y a mediados del siglo XVI la ruta marítima hacia la India disponía de un curso comercial regular. Una ruta alternativa, más larga y peligrosa, fue explorada por Magallanes en el sur del Atlántico y al oeste y sudeste de Asia; el comercio con Malasia y algunas islas de Indonesia quedó establecido y fueron visitados el sur de China y Japón.

Como es habitual, la realidad difería del sueño. Así, los cristianos del este eran poco importantes, las zonas ricas de Asia estaban agrupadas en poderosos y civilizados imperios, al lado de los cuales los reinos europeos eran pobres y dispersos estados, y los habitantes de esos imperios respetaban poco la religión, las costumbres y la industria europeas. Salvo en muy pocos puertos, en los que los portugueses se habían establecido, las relaciones diplomáticas y el proselitismo se limitaban a lo que los gobernantes asiáticos permitían.

Por otra parte, América fue una sorpresa que superó todas las expectativas. En algunas áreas existían reinos populosos y productivos cuyas limitaciones defensivas les convertían en fácil presa para los conquistadores. Allí, los españoles establecieron un imperio territorial cuyas grandes riquezas no hicieron más que aflorar a mitad del siglo XVI. Los metales del Nuevo Mundo hicieron que España, durante un tiempo, fuese la envidia y el temor de Europa. Sirvieron para financiar los grandes ejércitos con los que los españoles trataron de vencer a los turcos, mantener la Contrarreforma y doblegar a los holandeses, ingleses y franceses. Todas aquellas riquezas fluyeron a través de una España exhausta, y en manos de otros europeos se financió la hegemonía del comercio europeo en el Viejo Mundo. El factor clave no fue el descubrimiento en sí, sino la determinación con que fue explotado. El descubrimiento más importante que realizaron los europeos fue saber que habían vivido durante mucho tiempo en un desierto de ignorancia.



La pirámide de las Inscripciones, en Palenque, en el sur de México, uno de los monumentos mayas mejor conservados que se conocen.

Página anterior, cuchillo inca, quizá utilizado en los sacrificios al dios desconocido que representa. Los metales nobles fueron muy apreciados por los incas para la confección de objetos de culto y ornamentación.

Los conquistadores



Hasta mediados del siglo XV los viajes europeos estaban alentados principalmente por el comercio marítimo. Y aunque es cierto que los escandinavos mantuvieron relaciones permanentes con las poblaciones de Groenlandia, cesaron antes de que terminara el siglo XIII. A partir de entonces, los contactos fueron intermitentes y en el siglo XV casi desaparecieron. No obstante, parece que hubo algún viaje fortuito por el Atlántico.

El estímulo de nuevas aventuras llegó, en parte por el impulso comercial, y en parte por el deseo de eludir el control turco presente en todas las rutas comerciales con las ricas tierras que Marco Polo había descubierto dos siglos antes. El primer viaje por las costas de África que tuvo éxito fue el resultado de la enérgica política de un príncipe portugués, Enrique el Navegante, que proyectó nuevos buques, capaces para transportar grandes cargas y reforzados para soportar la agresión de las aguas oceánicas.

Los navegantes portugueses localizaron el cabo de Buena Esperanza antes de que los españoles comenzaran sus viajes trasatlánticos. Estos últimos se hallaban ocupados en la guerra contra los moriscos del reino de Granada. En el mismo año en que se alcanzó la victoria y Granada fue ocupada, un navegante genovés de mediana edad partió del puerto de Palos en un viaje financiado con dificultades por los reyes de España: Cristóbal Colón.

Cristóbal Colón

Se supone que Colón nació en Génova, aunque existen otras ciudades que reclaman su paternidad. El año exacto de su nacimiento tampoco es conocido, pero 1450 parece bastante aproximado. Era hijo de un tejedor que adquirió la suficiente importancia para enviar a su hijo a realizar viajes comerciales.

Los primeros viajes de Colón fueron por el Mediterráneo y los puertos del Atlántico, adquiriendo una buena reputación como navegante. Poseía un completo conocimiento de las costas de Europa occidental y es probable que hubiese navegado en barcos daneses hasta Islandia.

Después de un viaje a Inglaterra bordeando las costas del sur de Francia y Portugal, Colón llegó a Lisboa, donde se casó con una joven de ascendencia italiana llamada Felipa Moniz de Perestrello, cuyo padre había sido gobernador de Porto Santo. Colón permaneció algún tiempo en esa isla, cerca de Madeira, y durante su estancia tuvo noticia de numerosas plantas y objetos extraños encontrados en alta mar o en la arena de las playas. Oyó hablar también de una canoa que contenía los cuerpos de dos «indios» de piel morena, arrastrados desde las lejanas costas hacia el oeste a través del Atlántico. Estas informaciones hicieron que Colón especulara sobre las posibilidades de un futuro descubrimiento.

En Lisboa encontró nuevos indicios de lejanas tierras en una carta y un mapa del geógrafo florentino Toscanelli enviados al padre Martínez, confesor del rey Juan II de Portugal. Utilizando el mapa para ilustrar sus argumentos, Toscanelli sostenía que si se profundizaba en los estudios teóricos del geógrafo alejandrino Ptolomeo se comprobaría la posibilidad de llegar a Asia navegando hacia el oeste. Este argumento se basaba en la creencia de que el mundo era redondo y que el tamaño de la Tierra había sido subestimado. En consecuencia, era posible que el océano Atlán-



tico uniese al continente europeo con las costas de China que había visto Marco Polo.

Colón, tras trabar conocimiento con el padre Martínez pidió audiencia al rey Juan en Lisboa, en busca de apoyo para su viaje hacia el oeste. La recepción real fue correcta pero fría, y su petición rechazada tras saberse que era tan sólo un navegante. La demanda de ayuda persistió, con la ayuda de Bartolomé Colón, agente de su hermano ante los reyes de Francia e Inglaterra. Pero los resultados fueron nulos.

Cristóbal, que había perdido a su mujer, abandonó Portugal con su hijo en 1485 y se fue a España. Allí recibió refugio y consuelo del prior del monasterio de La Rábida, que le presentó al tesorero de la reina Isabel, Alonso de Quintanilla. Pidió ayuda para financiar su viaje a través del Atlántico y se estableció una comisión para investigar su viabilidad. Colón se mostró tan parco en proporcionar explicaciones que la decisión tardó cuatro años en ser tomada, y finalmente el informe de la comisión fue desfavorable.

Sin embargo, Colón insistió nuevamente, utilizando esta vez la ayuda del

Arriba, Colón y sus compañeros en el viaje del descubrimiento (1492), se despiden de familiares y amigos en la playa de Palos. En esta primera expedición, Colón tocó en las Bahamas, Cuba y La Española. (Mariners' Museum, Newport News, Virginia.)

Izquierda, retrato de Cristóbal Colón. El descubridor de América, marino experimentado, concibió el proyecto de llegar a Extremo Oriente navegando hacia occidente influido por las teorías de Toscanelli, de las que había tenido noticia durante su prolongada residencia en Lisboa. (Museo Civico Archeologico, Como.)

Página anterior, Martín Alonso Yáñez Pinzón (1440-1493), el navegante español que se asoció con Colón y mandó una de las naves del primer viaje, la Pinta. *(Museo Naval, Madrid.)*

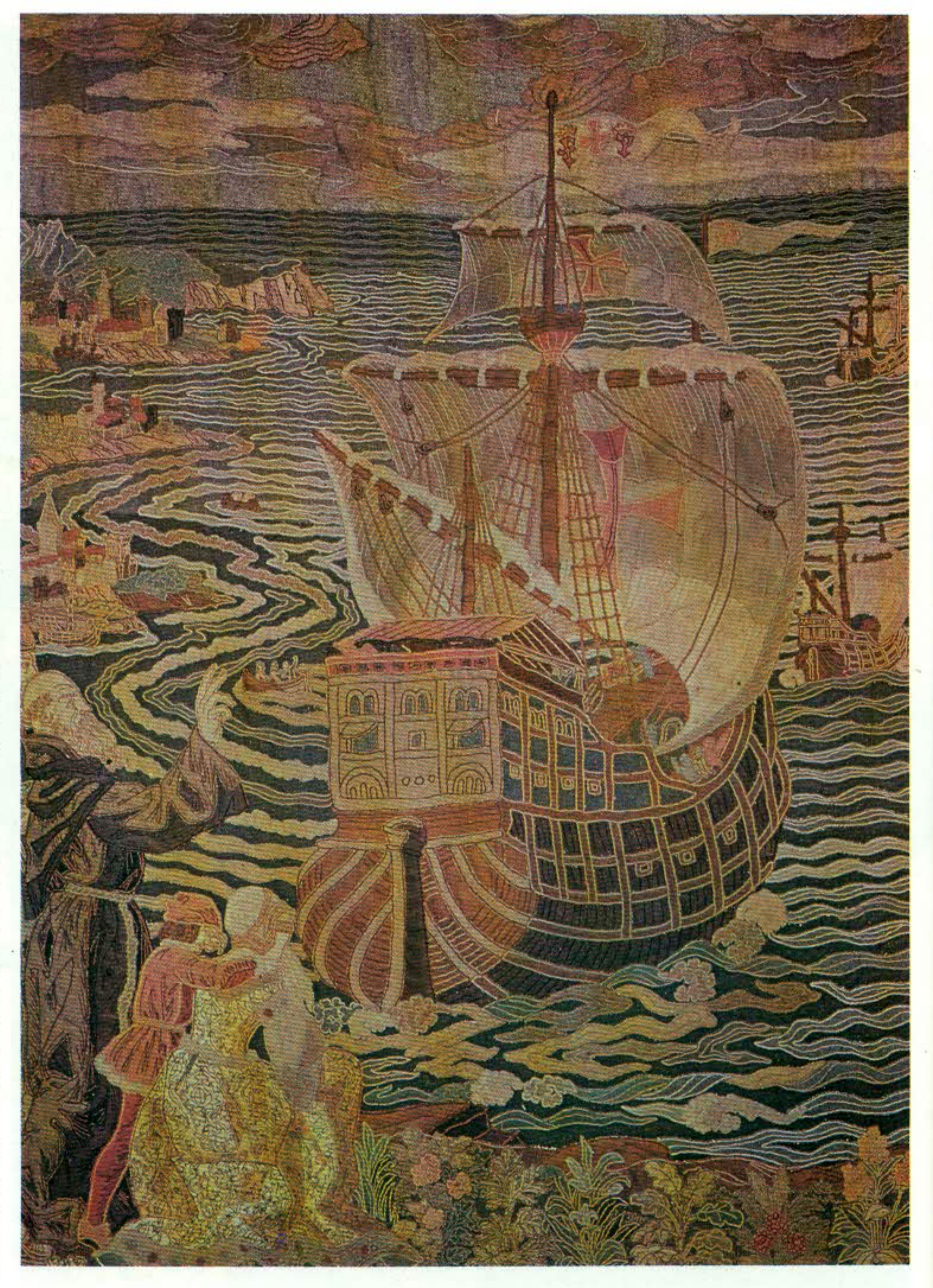
naviero Martín Pinzón, enrolado como socio en la difícil empresa. Trataron de obtener otra audiencia en la corte, que en aquel momento, finales de 1491, estaba en el cerco de Granada. La ciudad cayó en 1492 y los monarcas españoles pudieron prestar, entonces, su atención al navegante genovés.

Colón les sorprendió con sus atrevidas peticiones: ayuda para financiar el viaje, una garantía entre el 1 y el 10% sobre los beneficios que resultasen y el título de «Gran Almirante de la Mar Oceana». El rechazo fue total, pero el tesorero del rey, según cuentan, logró cambiar la opinión de los monarcas, haciéndoles comprender lo que el país perdería si la expedición triunfaba con el soporte de otro monarca. Isabel se rindió a la evidencia, y Colón consiguió el apoyo que necesitaba.

Entre la Hacienda real y Pinzón reunieron el dinero necesario. Se fletaron tres naves, la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, que era el buque insignia de Colón.

La partida de la expedición se hizo desde Palos, media hora antes de que saliera el sol, el viernes 3 de agosto de 1492. Las gentes presenciaron la marcha con total escepticismo.

En un primer momento Colón viajó hacia el sur, rumbo a las islas Canarias, desde donde calculaba poder atravesar más de 2.500 kilómetros de océano y llegar a las tierras del Gran Kan, en China. Viajaron por mares desconocidos hasta el 6 de septiembre, mientras se mantenían ligeramente hacia el sur de la ruta oeste con todos los barcos navegando por unas aguas en las que habitaban extrañas criaturas, parecidas a peces voladores. Poco a poco los alimentos escasearon y la tripulación empezó a temer por su seguridad. No tenían interés alguno en el viaje y no deseaban continuar hacia lo que veían como una muerte segura. El 10 de octubre se produjo un motín y Colón se vio forzado a prometer que regresarían si no divisaban tierra en tres días.

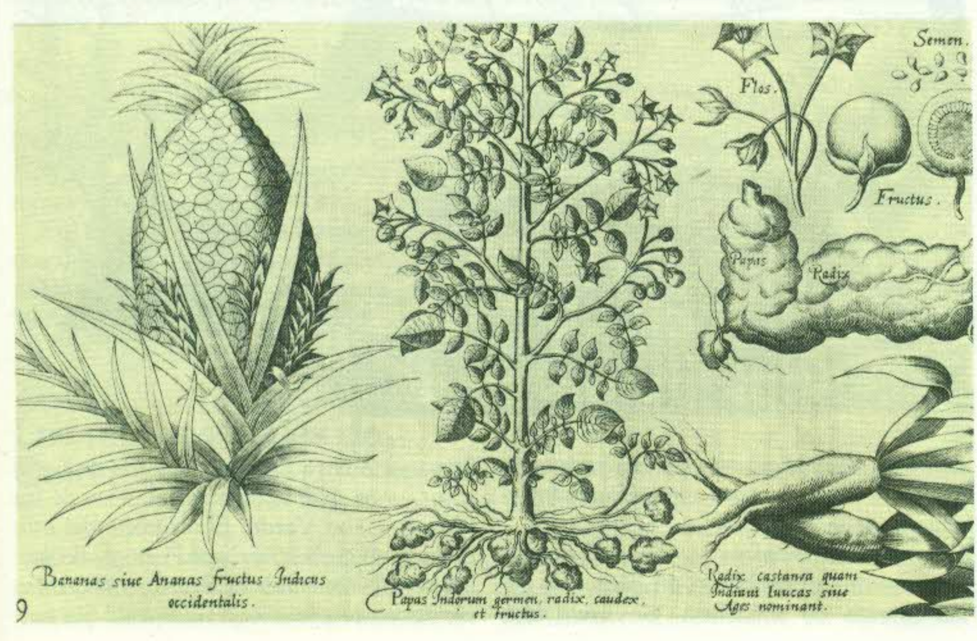


Afortunadamente, a la mañana del día siguiente observaron algunas ramas flotando en el agua, unas cuantas briznas de hierba y un pedazo de madera que parecía desprendido de alguna figura tallada. El vigía ocupó su puesto, y por la noche Colón soñó con un hombre caminando por la arena. Al amanecer, un muchacho de la *Niña*, Juan Rodrigo de Triana, divisó tierra. El rey y la reina habían prometido una recompensa para el primero que la divisara. Aquel litoral fue bautizado con el nombre de San Salvador.

Durante los tres meses siguientes, los exploradores navegaron de isla en isla. Colón tan sólo podía guiarse por los relatos de los viajes de Marco Polo en Asia, y aunque sus «indios» tenían la adecuada piel clara, los ojos oblicuos y el pelo lacio, no encontró una civilización muy adelantada. Cuando llegaron a Haití y más tarde a Cuba, supuso que había encontrado Japón, pero una vez más los habitantes no eran lo que él esperaba. Llevaban poca ropa, usaban herramientas de piedra y vivían en cabañas de paja formando grandes aldeas. Sin duda alguna no eran los súbditos del Gran Kan. No pudieron encontrar ni elefantes ni leones. Colón dedujo que había descubierto un archipiélago de la India desconocido hasta entonces.

No existía la menor posibilidad de entenderse con los nativos de las Indias, pero los marineros hicieron los intercambios habituales de baratijas y herramientas por alimentos y mujeres. En opinión de los nativos, los extranjeros, grandes y de piel blanca, con poderes que pertenecían al mundo de lo mágico, habían descendido posiblemente de los cielos en sus canoas con alas blancas. Para los visitantes, los nativos eran simplemente unos salvajes.

Colón reunió un cargamento de curiosidades locales, aves exóticas, alimentos, figuras talladas, ornamentos, dorados y algunos nativos. En enero planeó el viaje de regreso, pero su partida se adelantó cuando descubrió que Martín Pinzón había ya salido, presumiblemente con la intención de reivindicar el descubrimiento para sí. No obstante, Colón era mejor navegante y aunque tuvo que abandonar la



Arriba, fragmento del mapamundi llamado de Cantino (1502), el primero que reflejó los descubrimientos del Nuevo Mundo. En el mapa se señala la línea establecida por el tratado de Tordesillas (1494), que delimitó las respectivas esferas de influencia de España y Portugal.

Izquierda, en esta ilustración de la época se representan algunas de las numerosas plantas que los españoles encontraron en el Nuevo Mundo, entre ellas el maíz, el tabaco, las patatas, la piña y la mandioca. Los españoles, a su vez, llevaron a América el azúcar y el caballo. (British Museum, Londres.)

Página anterior, una de las pequeñas naves (llamadas carabelas) que utilizó Colón en sus viajes al Nuevo Mundo cruzando el Atlántico.

Santa María, al haber encallado, pudo escapar con sus hombres, los indios y una buena parte del exótico cargamento, llegando finalmente a Palos en la *Niña*, el 15 de marzo de 1493. Pocas horas después, Pinzón, que planeó llegar primero con las noticias del descubrimiento, entró en el puerto con la *Pinta*.

Tras hacer una parada en Sevilla, donde escribió una larga carta a Isabel y Fernando, Colón se dirigió por la costa hacia Barcelona, donde desembarcó y se presentó ante los reyes.

La ocasión significó el gran triunfo personal de Colón. Recibió un título de nobleza que le capacitaba para lucir un escudo de armas adornado con un león y un castillo, y se le otorgó el galardón de «Gran Almirante de la Mar Oceana», con una pensión del Estado. Sin embargo, para su pesar, no fue nombrado virrey de las nuevas tierras que había descubierto.

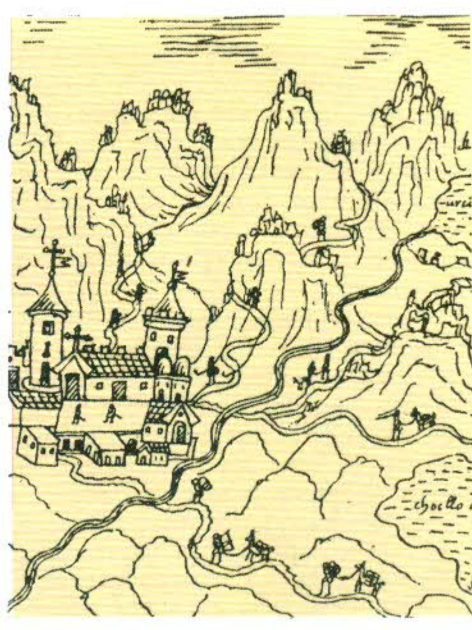


Problemas con Portugal

Los descubrimientos en el oeste comportaron dificultades políticas con Portugal. Los portugueses pensaban que sus descubrimientos en la costa africana y la «isla» del Atlántico, a la que llamaron «Brasil», les daban derecho de tutoría sobre los nuevos descubrimientos. Los españoles no aceptaron esas condiciones y pidieron al papa, que era español, que interviniera en la disputa.

La decisión final se acordó en Tordesillas, donde se estableció un plan que fijó las esferas de influencia. Se trazó una imaginaria línea divisoria que iba de norte a sur, unos 400 kilómetros al oeste de las islas de Cabo Verde. El territorio del este de la línea correspondía a Portugal (lo que les permitía reivindicar Brasil), y el territorio del oeste pertenecía a España. Sin em-





Arriba, dibujo de una ciudad minera en Perú realizado por el indio Poma de Ayala en 1613. La explotación de metales en América costó la vida a miles de nativos que trabajaban como esclavos, y el oro y la plata extraídos pasaron a engrosar las arcas de los reinos europeos del siglo XVI. (Biblioteca real, Copenhague.)

Izquierda, dibujo indígena del siglo XVI alusivo a la conquista de México por Hernán Cortés. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, arriba, códice Tro-Cortesiano, fabricado con corteza de ficus. Se trata probablemente de un calendario muy elaborado, testimonio del grado de civilización alcanzado por la cultura maya.

Página anterior, abajo, escena de la batalla entre Colón y Francisco Poraz, cabecilla de una facción rebelde a la autoridad del almirante en Jamaica. Colón tuvo que enfrentarse repetidamente a la oposición de los colonos que él mismo había llevado al Nuevo Mundo.

bargo, esta división causó innumerables problemas antes de que transcurriesen treinta años, cuando Magallanes hizo el primer viaje de circunnavegación al Globo.

La cuestión se resolvió finalmente mediante el Tratado de Zaragoza en 1529, cuando los dos países acordaron una nueva línea divisoria en el Pacífico. España renunció a sus reivindicaciones sobre África y Asia, y Portugal aceptó que las Américas eran una zona de influencia española. Este tratado tuvo posteriormente consecuencias históricas.

En 1493, Colón fue enviado de nuevo con una flota de diecisiete carabelas y España decidió explotar las tierras descubiertas más allá del Atlántico.

Los últimos viajes de Colón

El segundo viaje de Colón no fue un éxito político, aunque convirtió Cuba, Jamaica y Haití (La Española) en posesiones de España. La expedición, a pesar de su envergadura, no pudo encontrar un asentamiento seguro y permanente, a causa de la hostilidad constante de los «caciques» nativos, que atacaron a los españoles con armas de la Edad de Piedra. No obstante, a veces pudieron realizar intercambios pacíficos y obtener oro. Con todo, no pudieron descubrir minas. En ningún lugar encontró casas de piedra o ladrillo y tampoco halló otra cosa que nativos vistiendo taparrabos; los templos eran cabañas de paja. Para el viaje de retorno capturaron a unos cuantos indios que fueron lo más valioso de la expedición.

Cuando Cristóbal Colón regresó a España con tan pobres resultados, perdió la confianza de la corte castellana y tardó dos años en obtener un nuevo permiso para volver a navegar. En el año 1498, habiendo recobrado el favor del rey, se dirigió hacia el sur con la intención de encontrar el estrecho de Malasia y la ruta marítima hacia la India.

En realidad, desembarcó en la isla de Trinidad, continuando después hacia el sur y pasando frente a la desembocadura del Orinoco. La corriente del río era tan

poderosa, que el agua dulce llegaba a varias decenas de kilómetros mar adentro, por lo que Colón supuso que aquello debía de ser uno de los ríos del Paraíso. Pero pronto se dio cuenta de que no podía seguir adelante y se dirigió de nuevo hacia el oeste, siguiendo la costa de Venezuela, navegando a continuación hasta llegar a Santo Domingo.

El pequeño poblado que había fundado su hermano era ya una ciudad, y la colonia estaba gobernada por Francisco de Bobadilla, llegado recientemente de España con poderes para investigar las quejas sobre la mala administración. El encuentro no resultó agradable. Colón consideraba aún que debió haber sido nombrado virrey de las Indias. Finalmente, el gran descubridor fue arrestado y enviado a España. El cargo contra él era comercio ilícito de oro con los nativos.

En España fue tratado con mayor consideración y en 1502 se le permitió emprender un nuevo viaje. En el último viaje a Cuba y al golfo de Honduras encontró una gran canoa de indios dedicados al comercio, los cuales le describieron las doradas tierras del sur, alentándole a que emprendiera la ruta hacia la actual Costa Rica.

Colón bordeó Panamá y el istmo de Darién, pero sus barcos estaban deteriorados y su salud era precaria. Regresó a Jamaica como pudo y después siguió hacia España en busca de la ayuda del rey, dado que su protectora, la reina Isabel, había muerto. Colón recibió escasa ayuda y pasó sus últimos meses enfermo, rodeado tan sólo de unos pocos amigos. El 25 de mayo de 1506 murió en Valladolid.

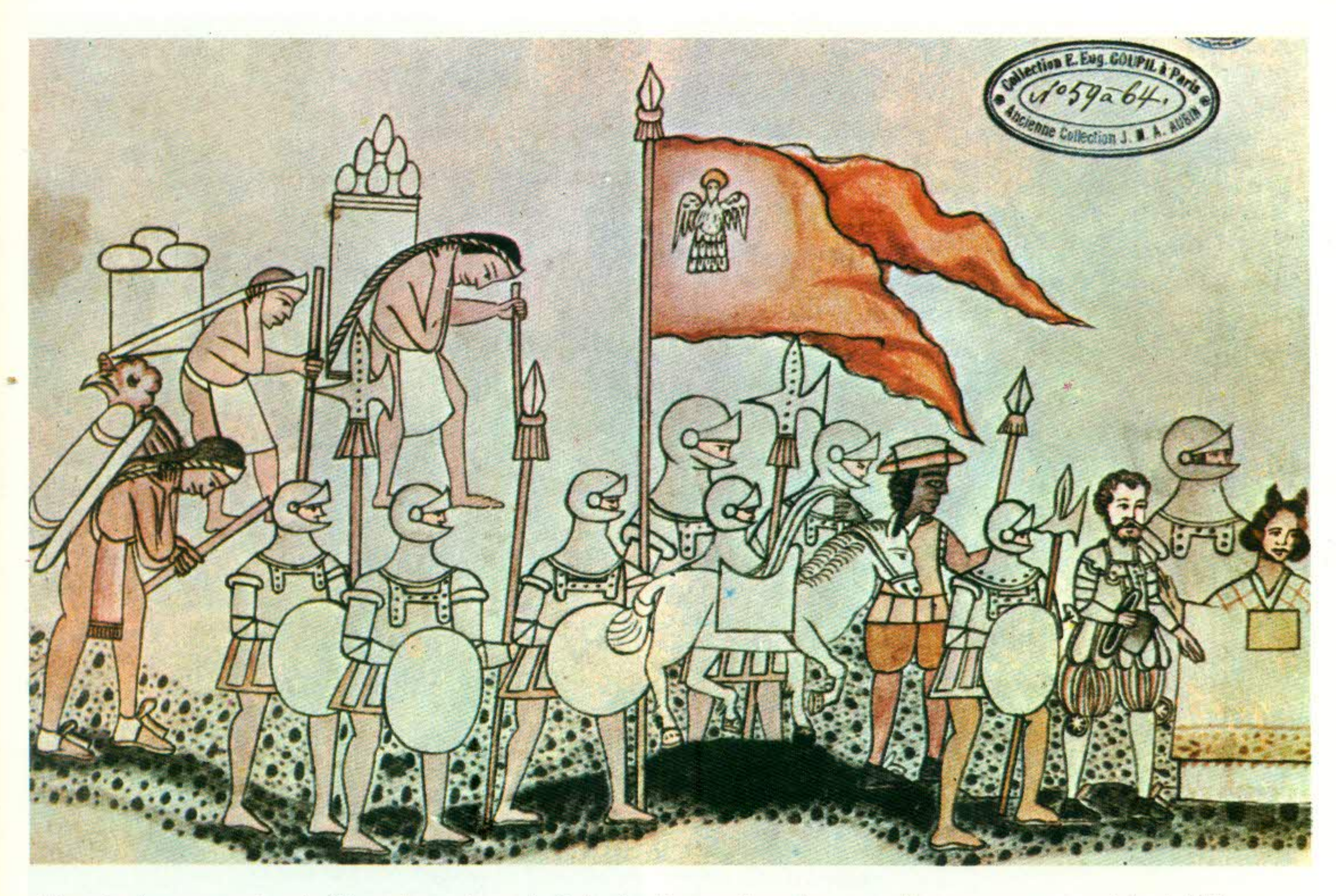
Puede que sea cierto que Colón no fuera el primer visitante del Caribe y de América del Sur, pero tiene el mérito de haber estudiado como nadie la dirección de los vientos del Atlántico, lo que hizo posible los viajes. Los primeros normandos que llegaron a Groenlandia navegaron por las costas del Atlántico hasta llegar posiblemente a la bahía de Delaware, pero no se establecieron de modo permanente.

El gobierno español cuidó escrupulosamente el monopolio de su poder real. Los gobernadores de las colonias no eran independientes y compartían su poder con contables, juristas e inspectores que regularmente enviaban informes a España. Hubo un gran espíritu de competición entre los conquistadores. Si hacían nuevos descubrimientos se veían recompensados con pequeñas aportaciones financieras y preciados títulos, pero también podían conseguir el prestigio proporcionado por un alto cargo. Este sistema propició la ambición y desembocó en numerosas tragedias personales, tales como el asesinato de Vasco Núñez de Balboa, aunque el gobierno central trató de mantener siempre un control tutelar sobre los asuntos de las tierras americanas.

Los colonizadores explotaron a los indios con gran crueldad alegando que los nativos eran animales con forma humana, pero sin «alma verdadera». La Iglesia replicó, reafirmando la dignidad humana de todas las razas. Por otra parte, el aislamiento de las colonias dificultaba cualquiera de las intenciones humanitarias de la corona.

El Nuevo Mundo y los orígenes de su nombre

Después de la muerte de Colón, los viajes de exploración continuaron. Pronto quedó claro que el Nuevo Mundo no formaba parte de Asia. Americo Vespuccio, un comerciante florentino, elaboró una descripción de las tierras que había visto. La incorrección de un dato que dio a su impresor en el momento de describirla, inspiró a Martin Waldseemüller, un cartógrafo de la época, a poner el nombre de «América» en un mapa que describía par-



cialmente al nuevo continente. El nombre fue aceptado y ha permanecido hasta nuestros días sin que nadie haya presentado la menor oposición.

En 1511 el interior de Cuba fue «pacificado» por fuerzas militares, entre las que se distinguió especialmente Hernán Cortés. Vasco Núñez de Balboa desembarcó en Darién como miembro de la expedición capitaneada por Martín de Enciso. Balboa era un líder nato y Enciso un incompetente. Muy pronto aquél tuvo el mando y el segundo fue hecho prisionero y enviado de regreso a España. Más tarde, Balboa conquistó y sometió el territorio en una serie de expediciones, oyó hablar de «el oro de Perú» y del gran océano que existía al otro lado de las montañas.

Inmediatamente después de su regreso a Darién, Balboa recibió noticias de que Enciso había llegado a España, presentando las quejas de su destitución al rey Fernando, el cual condenó la acción de Balboa. Éste trató entonces de aplacar a su soberano mediante la realización de una empresa espectacular: el 1 de septiembre de 1513 partió con 190 españoles y 1.000 nativos, y hacia finales de mes llegó al océano Pacífico. Pero su triunfo fue muy breve, pues el rey ordenó en 1513 que fuera sustituido por Pedro Arias de Ávila, hombre cruel con los nativos. Balboa se enemistó con el nuevo gobernador y en 1519 fue arrestado bajo la acusación de traición, siendo decapitado aquel mismo año.

El descubrimiento de México

El primer contacto entre europeos y la gran civilización maya del sur de México tuvo lugar probablemente entre 1512 y 1514. Solís y Pinzón (éste último compañero de Colón en el primer viaje de 1492) buscaban empresas comerciales, poseyendo un excelente mapa dibujado y publicado por Pedro Mártir de Anglería, historiador de las Indias. Navegaron bordeando las costas de la península del Yucatán y del golfo de México. Sus cuatro relatos sobre ciudades con grandes edificaciones de piedra, oro y jade, y de una raza nativa con hermosos vestidos de algodón, despertaron el interés del gobernador de Cuba, que envió a su sobrino Grijalva en otra expedición. Entre la flota había un joven castellano, Bernal Díaz del Castillo, que más tarde escribiría la historia de la conquista de México. La expedi-

Manuscrito mexicano del siglo XVI que representa a las fuerzas de Cortés en el Nuevo Mundo, compuestas de unos pocos soldados armados, algunos caballos y la colaboración de varias tribus locales, enroladas de mejor o peor grado.

Página anterior, mapa de las costas de Florida, Cuba y La Española realizado en 1563 por Lázaro Luis. La mayoría de las islas del Caribe no habían sido exploradas aún por los españoles, y eran eficaces refugios para los piratas que asolaban las ciudades costeras del golfo.





ción de Grijalva llegó al golfo de México y estableció un intercambio comercial que permitió obtener más información sobre la riqueza y el poderío de aquella civilización; ello animó al gobernador de Cuba para que planeara una expedición de conquista de aquella tierra, en apariencia exuberante de riquezas.

Hernán Cortés estaba entre los aventureros que Velázquez envió en la expedición. Cortés provenía de una familia de nobles arruinados de Extremadura, y anhelaba partir hacia el Nuevo Mundo para buscar fortuna, llegando a Santo Domingo en 1504, cuando sólo tenía 19 años de edad. Formó parte activa de la conquista de Cuba y se estableció en la isla, alternando la agricultura con la milicia. Se casó con una joven española y alcanzó un rango elevado en los asuntos de la colonia. Velázquez no tardó en lamentar la elección de Cortés como jefe y trató de anular el nombramiento, pero éste se le anticipó, partiendo de Cuba con sus fuerzas antes de que pudiera ser detenido.

La flota que partió con Hernán Cortés constaba de quinientos soldados, diez cañones pequeños, y cuarenta y ocho arcabuces. Llevaban, además, dieciséis caballos. Con este ejército intentaría conquistar una ciudad imperial de más de un millón de habitantes. Cortés, por aquel entonces, no tenía noticias acerca de la existencia de los aztecas, e inicialmente sólo trataba de alejarse de la persecución del gobernador Velázquez.

El piloto Alaminos, que había navegado con Colón, dirigió el desembarco en una pequeña isla, en un extremo de Yucatán. Allí encontraron el primer templo de piedra, repleto de extrañas imágenes de mujeres desnudas, y tendidos en el suelo a numerosos cuerpos humanos que habían sido sacrificados para extraerles el corazón.

Tras abandonar aquella isla con tan malos presagios, la flota bordeó la costa de Yucatán, pasando por diversas ciudades mayas. Uno de los caciques mayas más amistosos obsequió a Cortés con pavos y maíz, jade, oro y veinte jóvenes muchachas.

En otra ciudad Cortés rescató a un náufrago español que había sido esclavo de los mayas. Se llamaba Aguilar y había aprendido la lengua maya. De este modo, cuando Cortés llegó a México contaba con un intérprete.





En abril de 1519 los barcos se acercaron a las playas próximas a la ciudad de Cempoala. Los nativos totonecas se sintieron atemorizados por las «grandes embarcaciones con alas blancas que hablaban a través del trueno», según decían, cuando disparaban los cañones. Su temor aumentó al día siguiente, pues estos acontecimientos sólo ocurrían una vez cada cincuenta y dos años, creyendo que el dios Quetzalcoatl, «Señor de los Vientos y de la Vida», regresaba a México para combatir y destruir a los dioses rivales. Una nativa incorporada a la expedición, conocedora de la leyenda, aconsejó a Cortés que aguardara un día, y después le aconsejó que desembarcara vestido con sus guantes negros de terciopelo, sus calzas y un imponente sombrero, así como una reluciente joya sobre su pecho. Él era consciente de que con tal vestimenta parecía realmente el dios Quetzalcoatl, que llevaba el rostro pintado de rojo, un gran sombrero huaxteca y tenía sus extremidades pintadas de negro como un sacerdote. Asimismo, la joya era parecida a la joya sagrada de Quetzalcoatl.

Los totonecas dieron la bienvenida a Cortés con cortesía y no opusieron la menor objeción a que levantara su campamento cerca de la ciudad de Cempoala. Sin embargo, Cortés notó la presencia de un extranjero. Se trataba de un noble de la ciudad de Tenochtitlán, recaudador de impuestos para los aztecas. El extranjero llevaba escribas que ilustraron la presencia de los españoles y sus barcos, remitiendo inmediatamente los informes al gran gobernador Moctezuma. Los totonecas continuaron ayudando a los españoles, pues entrevieron la posibilidad de liberarse del yugo de sus conquistadores aztecas.

Cortés mejoró su campamento, dándole el nombre de «Villa Rica de Vera Cruz», y envió su primer mensaje al emperador Carlos I de España, legitimando el derecho español sobre el país, adjuntándole valiosos presentes. El ejército de Hernán Cortés permaneció en Veracruz hasta agosto de 1519, partiendo después hacia la capital de México. Llevó consigo

Izquierda, mosaico con turquesas que representa a Tlaloc, el dios nahua del agua. (Museo Nacional Etnológico, Copenhague.)

Abajo, monumento conmemorativo en Medellín, Badajoz, lugar de nacimiento de Hernán Cortés. El escudo con las armas de la familia fue labrado por orden del propio Cortés con la intención de colocarlo en el panteón de sus padres.

Página anterior, izquierda, página miniada del códice Telleriano Remensis con dibujos de origen azteca. Estos códices se fabricaban con la corteza de una especie de nopal y, a juzgar por los textos, debía tratarse en sus orígenes de libros de predicciones. (Museo Pigorini, Roma.)

Página anterior, derecha, dibujo español del siglo XVI en el que se representa el viaje de Cortés a través de México. Aunque previsto como un viaje de reconocimiento, la audacia del conquistador le llevó, más allá de sus atribuciones, a la victoria sobre el Imperio azteca, utilizando tanto la diplomacia como la estrategia militar.

Página anterior, abajo, retrato de Hernán Cortés (1485-1547), el conquistador español que supo explotar la rivalidad entre las ciudades-estado aztecas. (Ayuntamiento de Medellín, Badajoz.)

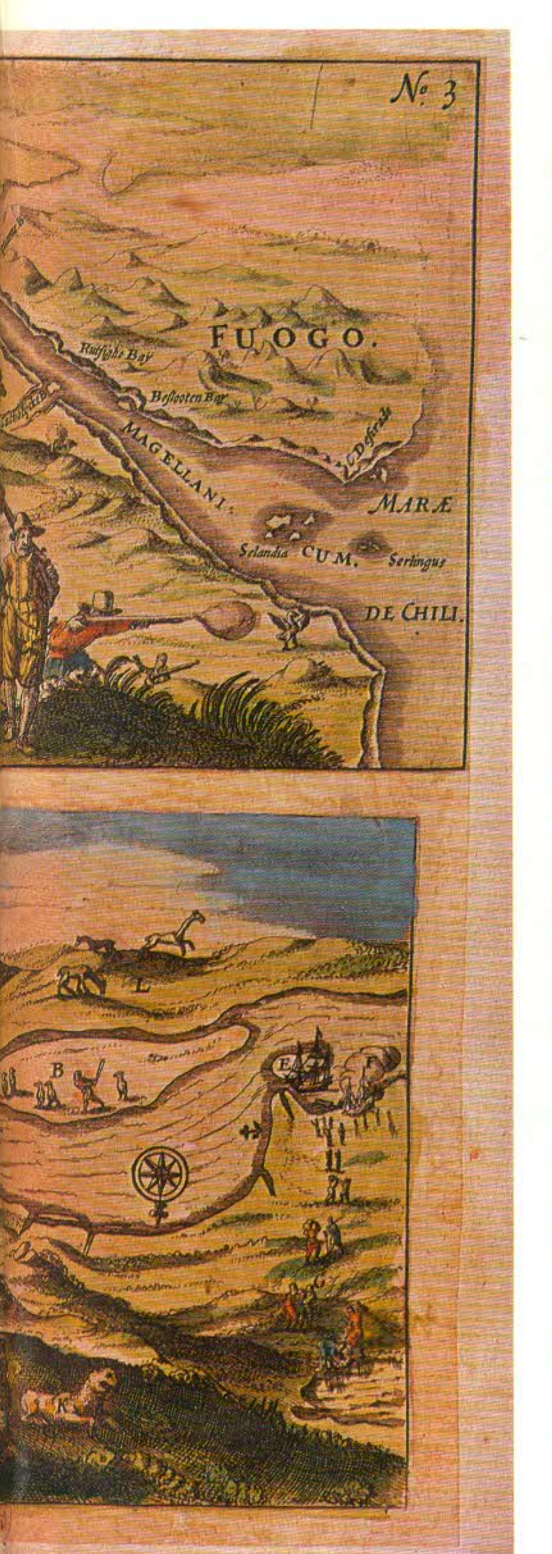


a 400 soldados de a pie, 15 montados a caballo y miles de porteadores totonecas que transportaban los cañones y el equipo militar. Durante el viaje, Cortés, inspirado probablemente por la nativa llamada «Doña Marina», visitó la ciudad de Cholula, conocida como el «lugar sagrado de Quetzalcoatl». Moctezuma envió allí a sus brujos para que destruyeran a Cortés, pero tras el previsible fracaso planeó instigar una insurrección. Como respuesta, los españoles masacraron a parte de la población y continuaron su marcha. Finalmente cruzaron las montañas hacia el valle de México, quedando estupefactos ante el espectáculo de la gran ciudad, mayor que cualquiera de Europa, situada en las islas de un lago rodeado por montañas y volcanes.

Moctezuma les dio la bienvenida y un palacio para que se alojaran. Todo parecía desenvolverse correctamente y los aztecas parecían dispuestos a aceptar el dominio español.

Mientras tanto, Velázquez, en Cuba, envidioso de los éxitos de Cortés, envió una expedición a Veracruz para capturarle y castigar su desobediencia. Cortés abandonó la capital azteca con un pequeño destacamento y marchó con sus tropas para hacer frente a este nuevo peligro. Tras una corta batalla, el comandante cubano fue capturado y la mayoría de sus hombres se unieron a Cortés.

A su regreso, los españoles encontraron la ciudad azteca sumida en un sinies-



Página anterior, el descubrimiento por Fernando de Magallanes, en 1520, del estrecho que lleva su nombre en el extremo meridional del continente americano, significó el establecimiento de una ruta marítima entre el Atlántico (y por consiguiente Europa) y las ricas islas de las Especias. Sin embargo, la latitud extrema en que se halla el estrecho, las dificultades que presentaba a la navegación y su alejamiento de los principales centros del Imperio español en América fueron las causas de que el comercio entre España y el Extremo Oriente se realizara generalmente a través de México. En la ilustración, el estrecho en una estampa del siglo XVII. (Bibliothèque Nationale, París.)

HISPANOAMÉRICA: DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

1475	Primer viaje de Colón (1492)
	Últimos tres viajes de Colón (1493, 1498, 1502)
1500	Cabral en Brasil (1500)
	Creación de la primera Audiencia
	Balboa descubre el Pacífico (1513)
	Hernán Cortés en México (1519)
	Magallanes: primera circunnavegación de la Tierra
	Hernán Cortés toma México (1521)
	Primera expedición de Pizarro por tierra de los incas (1524)
1525	Segunda expedición de Pizarro por tierras incas (1526)
	Conquista de Cuzco por Pizarro (1533)
	Guerra entre españoles en Perú, por el dominio de los territorios conquistados
	Inicio de la explotación de las minas de plata en Potosí (Perú) (1544)
1550	Segunda expedición de Pizarro por tierras incas (1526)
	Conquista de Cuzco por Pizarro (1533)
	Guerra entre españoles en Perú, por el dominio de los territorios conquistados
	Inicio de la explotación de las minas de plata en Potosí (Perú) (1544)

PORTUGAL: EXPLORACIÓN Y CONQUISTAS

1400	Conquista de Ceuta (1415)
	Cabral descubre las Azores (1432)
1450	Llegada a Cabo Verde (1456)
	Muerte de Enrique el Navegante (1460)
	Golfo de Guinea (1471)
	Diego Cam descubre la desembocadura del río Congo (1484)
	Bartolomé Díaz rodea el cabo de Buena Esperanza (1487)
	Tratado de Tordesillas (1494)
	Primer viaje de Vasco de Gama (1497-1499)
1500	Cabral en Brasil (1500)
	Segundo viaje de Vasco de Gama (1502-1503)
	Albuquerque en las Indias Orientales (1503)
	Captura de Malaca (1511)
	Tercer viaje de Vasco de Gama (1521)

tro silencio. La guarnición que se había quedado en la ciudad se sintió alarmada por una gran danza celebrada ante el dios de la guerra, en la que participó la mayoría de la nobleza azteca, y atacó a los aztecas. El emperador Moctezuma trató de evitar los disturbios, pero fue muerto por una piedra lanzada por su propia gente.

Tras una breve lapso de tiempo, en el que los españoles fueron cercados en su palacio por los aztecas, los seguidores de Cortés pudieron escapar aprovechando una noche sin luna. Pero cuando aún no habían cruzado los aledaños de la ciudad, los aztecas les atacaron desde sus canoas. Su plan no era enfrentarse abiertamente a los españoles, sino sorprenderlos y atraerlos a las ciénagas del lago. Bernal Díaz ha contado de qué forma las barcazas españolas se hundieron debido al peso del oro que transportaban.

Sorprendentemente, los aztecas no atacaron de nuevo, y el ejército se reagrupó marchando hacia Tlaxcala. En Otumba pudieron observar al ejército azteca compuesto por miles de guerreros cubiertos de plumas situados detrás de los estandartes de sus jefes. Cortés, con sus pocos efectivos montados a caballo, atacó con el objetivo de apoderarse del emblema del

jefe enemigo. Inesperadamente los aztecas se batieron en retirada.

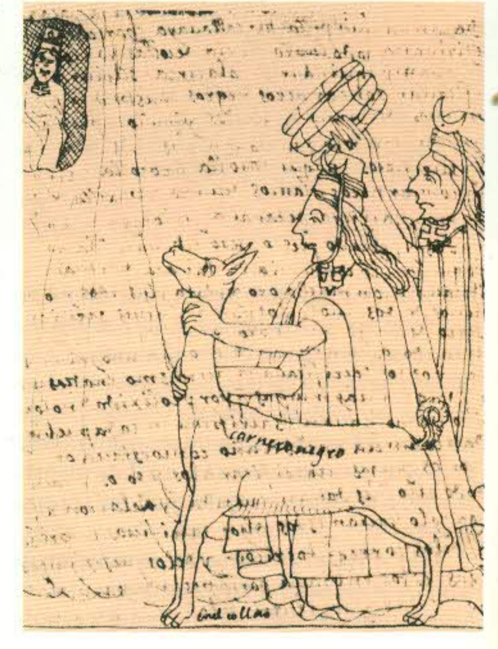
Después de una breve estancia en Tlaxcala, Cortés, acompañado por numerosos tlaxcaltecas enemigos de los aztecas, rodeó el lago, cortó los suministros de la capital y finalmente la invadió. Debió destruir casi todo lo construido por los últimos jefes guerreros aztecas, y el último de los jefes aztecas, Cuauhtemoc, fue capturado. Así pues, México pasó a ser un dominio español.

El mundo conquistado

Mientras proseguía la conquista española de América Central, un caballero portugués, Fernando de Magallanes, se convirtió en navegante al servicio de Carlos V, el emperador Habsburgo, que reinaba en España y Austria. Carlos V, hombre muy sagaz, deseaba que se localizara la ruta occidental que, a través del océano Pacífico, llegase a las islas de las Especias (Indonesia). Sus rivales portugueses estaban importando ya grandes cargamentos de especias, telas preciosas y joyas, y Magallanes recibió órdenes de bordear el continente americano para continuar después hacia los mares del Sur, tal como se les llamaba a los situados al sur del istmo de Panamá, después de ser avistados por Balboa por vez primera.

Magallanes partió de España en 1519 y tras un largo viaje más allá de las costas de Brasil y del estuario del río de la Plata, econtró la entrada de los peligrosos estrechos. Tras una difícil navegación, halló la «Puerta del océano Pacífico» en noviembre de 1520. Más tarde prosiguió un largo viaje a través del Pacífico, durante el cual dejó atrás el archipiélago polinesio.

El 16 de marzo de 1521 desembarcó en las islas Filipinas, bautizadas así en honor del príncipe Felipe, que pronto se convertiría en rey de España. El 27 de abril de 1521 Magallanes fue asesinado en una cruenta lucha con los nativos de la isla de Cebú, siendo reemplazado por Juan Sebastián Elcano. Cuando la expedición llegó a las Molucas, uno de sus barcos, el *Trinidad*, estaba en pésimas condiciones, pero el capitán decidió tratar de cruzar el





Pacífico en dirección a México. Sin embargo, el buque fue capturado por los portugueses y los soldados españoles fueron hechos prisioneros o murieron: eran las primeras víctimas de la rivalidad comercial entre las dos grandes potencias navales de la época.

Incidentes similares ocurrieron en los años siguientes, hasta pactarse el Tratado de Zaragoza, en 1529, que regularizó las relaciones comerciales de España y Portugal en los mares tropicales.

Mientras tanto, Juan Sebastián Elcano, con los supervivientes, dejó atrás las Molucas y partió hacia el océano Índico. Al llegar a la costa de Mozambique, giró hacia el sur, rumbo al cabo de Buena Esperanza, y prosiguió en dirección a España por la zona oeste de África. El 6 de septiembre de 1522 llegó al puerto de Sanlúcar de Barrameda, tras haber permanecido tres años menos veinte días en el primer viaje de circunnavegación al Globo, y solamente treinta años después del primer viaje de Colón.

«El Dorado» en Perú

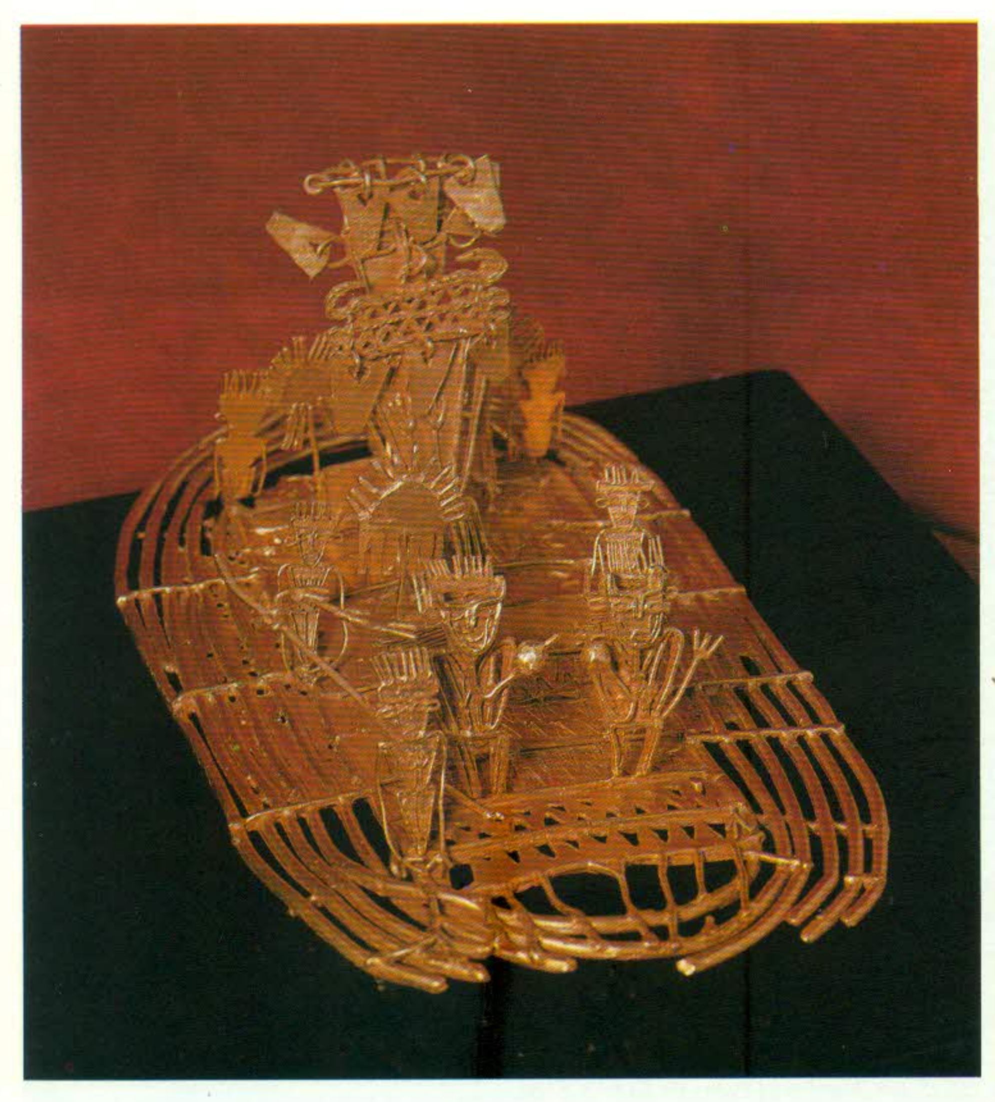
Pedro Arias de Ávila fue nombrado gobernador tras la conquista del istmo de Darién. Había oído hablar de los indios de un «lejano Imperio del Sur», donde un gran rey poseía grandes cantidades de oro. A partir de entonces animó a Francisco Pizarro, que sirvió junto a él en Panamá, para que considerara la posibilidad de un viaje hacia el misterioso «Imperio del Sur». Pizarro, al igual que Cortés, nació en el seno de una humilde familia extremeña, pero contrariamente a su gran contemporáneo era «hijo ilegítimo y analfabeto». Pizarro aceptó la idea y se unió a dos amigos, el sacerdote Hernando de Luque, que financió la expedición, y el vete-

Arriba, detalle de la llamada piedra de Tizoc, *en cuyos relieves se representa la ceremonia del sacrificio de los prisioneros en honor de este soberano azteca (muerto en 1486). La piedra se encontraba en el templo mayor de Tenochtitlán, la antigua ciudad de México. (Museo Nacional de Antropología, México.)*

Izquierda, Fernando de Magallanes (hacia 1480-1521), el navegante portugués que, al servicio del rey de España, mandó el primer viaje de circunnavegación del globo. Magallanes fue muerto en las Filipinas y sólo 18 miembros de la expedición, al mando de Juan Sebastián Elcano, lograron terminar el viaje. (National Maritime Museum, Londres.)

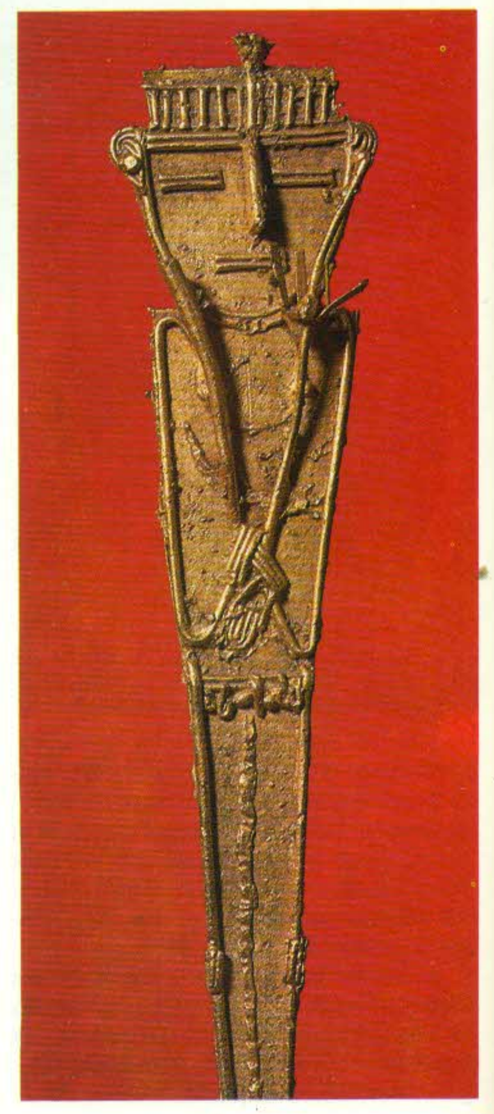
Página anterior, arriba, mapamundi trazado por Ortelius en 1570. Indicaba aún los pasos de Nordeste y del Noroeste, cuyo descubrimiento interesaba en gran manera; sin embargo, al irse conociendo la enorme extensión del continente norteamericano, los pasos perdieron interés.

Página anterior, abajo, una llama representada en un manuscrito peruano del siglo XVI.



cos sobre las murallas y alrededor de la plaza de la ciudad. En el preciso momento en que el gran rey se adelantó para reunirse con los extranjeros, Pizarro dio la señal, e inmediatamente los soldados dispararon sus arcabuces desde las murallas, matando a los nobles peruanos. Atahualpa fue hecho prisionero, ofreciendo un rescate por su vida, al apercibirse que los extranjeros no eran «dioses enviados por el Sol» para vengar el asesinato de su hermano, y sólo estaban ansiosos de obtener oro. Dio órdenes para que se le enviaran los tesoros reales, e incluso ordenó sacar la cornisa áurea del Templo del Sol de Cuzco. Sin embargo, toda una habitación repleta de oro no fue suficiente para los invasores, que decidieron que Atahualpa debía morir. Le fueron presentadas dos opciones: permanecer como inca y ser quemado vivo, o bautizarse conforme al cristianismo y ser ejecutado mediante el garrote. Atahualpa aceptó la muerte más sencilla.

A medida que los españoles avanzaban hacia el interior a través de las ciudades incas, fueron descubriendo la potencia cul-



rano y prestigioso soldado Diego de Almagro.

Su primera expedición proporcionó la información definitiva sobre la rica civilización de las montañas situadas al sur del continente. En el segundo viaje, Almagro y una compañía de soldados desembarcaron en una isla desde la que pudieron llegar al puerto peruano de Tumbez, pero los peruanos eran tan poderosos que los expedicionarios necesitaban refuerzos.

Pizarro regresó a España, donde fue encarcelado por deudas, que le fueron canceladas por orden de Carlos I, muy interesado en la historia de El Dorado. El emperador entregó a Pizarro el título de Gobernador y Capitán General de Nueva Castilla, y éste regresó a Panamá, reclutó a 180 hombres y 27 caballos, partiendo hacia Tumbez para reunirse con Almagro.

En esa época Perú estaba en guerra civil, en la que el verdadero Inca, Huáscar, había sido derrotado y encarcelado por su hermanastro Atahualpa. El país estaba perplejo por la novedad de que un verdadero Inca no fuera omnipotente, pues el Inca, que era el hijo del Sol, debía «ser divino, todopoderoso e invencible». Los españoles desembarcaron cerca de Tumbez, ocuparon la ciudad sin grandes dificultades y avanzaron progresivamente de ciudad en ciudad a lo largo de la costa de Perú, sin saber con certeza que sucedía entre los incas. Pizarro se unió a un pequeño ejército conducido por Hernando de Soto, que posteriormente descubrió el Mississippi, y ambos decidieron marchar hacia las montañas en un intento por encontrar al usurpador Inca Atahualpa, que en el interín había preservado la unidad del país asesinando a su hermanastro y convirtiéndose en el único gobernante.

El ejército español avanzó hacia las montañas, llegándoles finalmente la noticia de que Atahualpa venía a reunirse con ellos en Cajamarca. Al fin pudieron divisar el campamento inca y las colinas de los alrededores cubiertas por un millón de hombres. Pizarro, que tenía pocas esperanzas de sobrevivir, decidió entrar en la ciudad de piedra, siendo consciente de que sus grandes murallas le facilitarían la resistencia durante un tiempo, en caso de ser atacados. Era el año 1532.

El Inca avanzó con sus nobles y Pizarro situó a sus hombres en lugares estratégi-



Arriba, máscara de oro perteneciente a una antigua cultura colombiana. En su busca del mítico El Dorado, los conquistadores españoles exploraron enormes extensiones del continente sudamericano. (Museo del Oro, Bogotá.)

Izquierda, fragmento de tejido con elementos antropomorfos y zoomorfos, del antiguo Perú. (Etnografiscka Museet, Estocolmo.)

Página anterior, arriba, balsa de oro encontrada cerca de Bogotá en 1969. (Museo del Oro, Bogotá.)

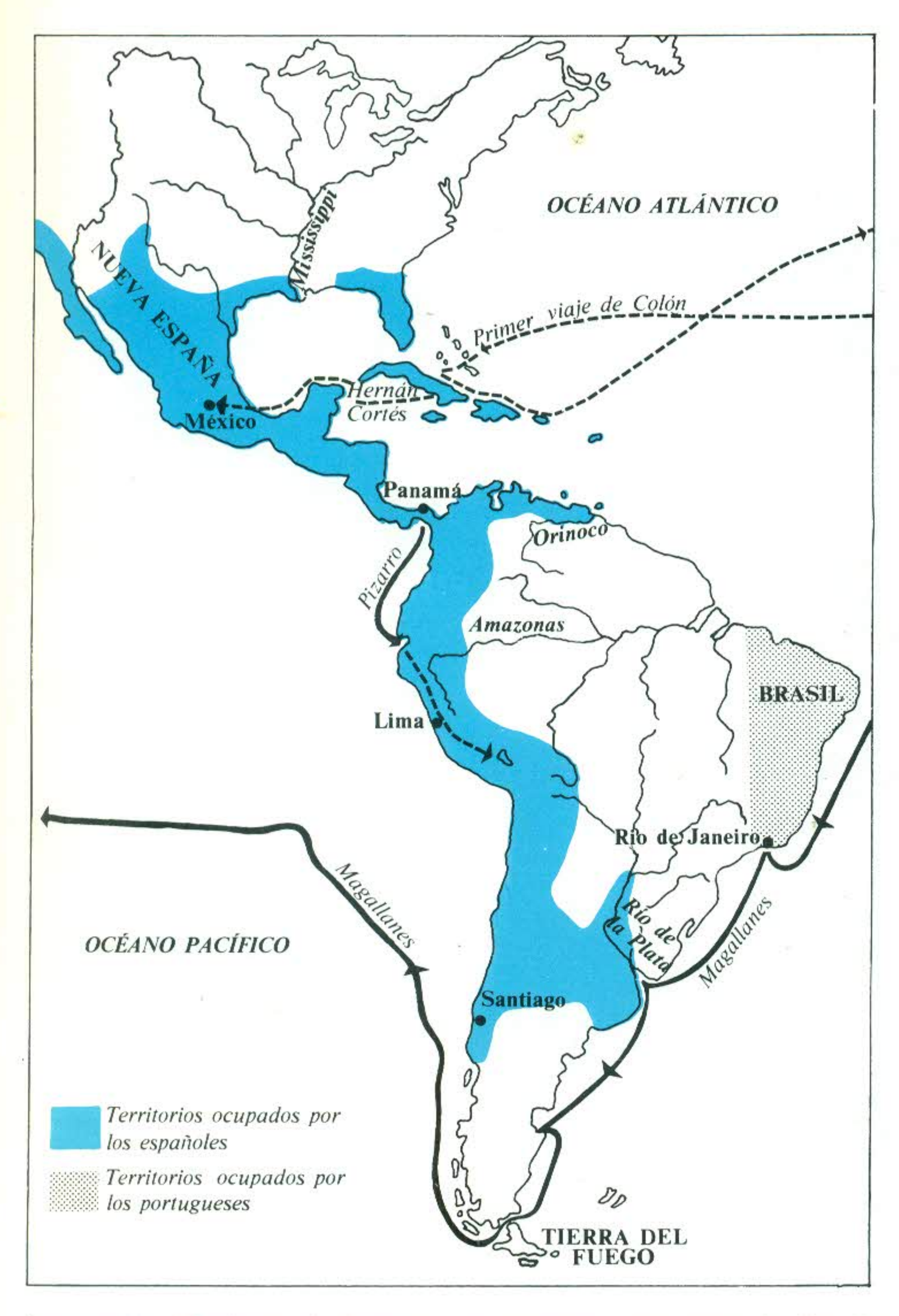
Página anterior, abajo, figurilla labrada en oro. (Museo del Oro, Bogotá.)

tural de una auténtica civilización, y apenas encontraron resistencia. Los indios, que se lamentaban por la pérdida del Hijo del Sol, pronto aceptaron el gobierno de sus dominadores. El gran Templo del Sol fue profanado y las momias de los antiguos Incas quemadas. No obstante, un año después estalló una rebelión inca que duró unos pocos meses debido a la deserción de los soldados.

La guerra continuó en Perú, pero básicamente entre los conquistadores, enfrentados por la ambición del poder. Almagro fue ejecutado en 1538 por orden de Hernando Pizarro, hermano mayor de Francisco, que fue asesinado a su vez por los seguidores de Almagro. Las guerras civiles prosiguieron desde la muerte de Atahualpa, en 1533, hasta que el gobierno español envió al licenciado Gasca para que restableciera el orden en Perú, en 1548, y Gonzalo Pizarro fue ejecutado. Para entonces todos los responsables de la conquista habían perecido de muerte violenta.

El Imperio español

Cuando el Imperio inca desapareció, los indios peruanos quedaron a merced de



los españoles. El gobierno de Madrid introdujo las costumbres sociales europeas. Los descendientes de los Incas se convirtieron en Grandes de España, según la tradición española, y la gran masa de la población pasó a formar un campesinado pobre, en muchos casos trabajando casi como esclavos.

En México, Cortés intentó integrar a las dos culturas, pero fracasó debido a que el país se despobló a causa de tres grandes epidemias. Los indios, que en un primer momento fueron considerados como miembros del Estado, y muchos de ellos recibieron la educación suficiente como para ser incluso sacerdotes, posteriormente fueron tratados con dureza, pues se les necesitaba como mano de obra. De este modo pasaron a ser un grupo socialmente inferior, posiblemente más libres que los indios del Perú, pero perdieron su identidad tribal y cultural.

En las Indias occidentales cabe hablar de genocidio, pues sobrevivieron tan pocos indios, que después de la mitad del siglo XVI, fue necesario importar esclavos desde el África occidental.

El proceso de conquista y descubrimiento continuó, y las expediciones a través de los valles de Colombia y de Ecuador unieron Perú con los puertos de la América Central. Los quimbaya, caníbales y artesanos del oro, cedieron sus tesoros de esmeraldas, platino y oro; los guerreros chibcha fueron derrotados en la alta meseta de Bogotá y el Gran Jefe Dorado fue derrocado. Los inmensos bosques fueron explorados hasta donde fue posible, siendo la aventura más notable el viaje de Orellana, que siguiendo el curso del Amazonas llegó desde Perú al Atlántico, en 1542. En el sur, la Pampa argentina fue visitada, pero no se colonizó. Sin embargo, el estuario del río de la Plata fue el lugar idóneo para carenar barcos y repostar, aunque no fue plenamente utilizado hasta un siglo más tarde, cuando llegaron las misiones de los jesuitas.

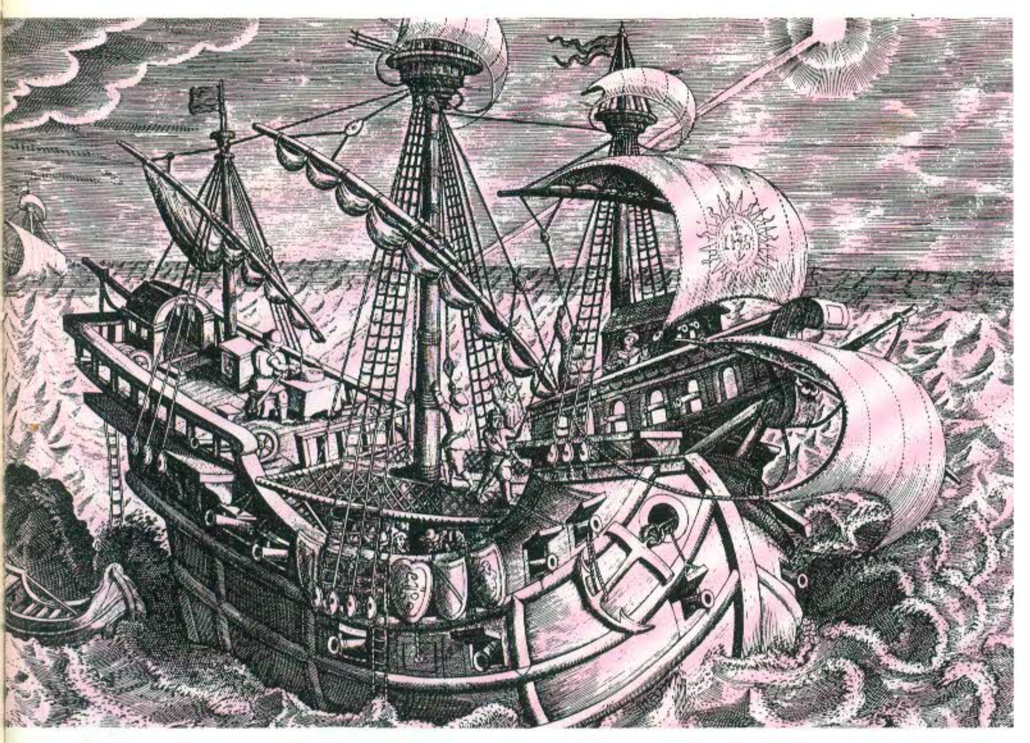
Otras exploraciones se realizaron en el norte de México. Los barcos de Cortés visitaron las costas de la baja California y poco después marineros españoles llegaron hasta el estrecho de San Juan de Fuca. La ciudad de San Agustín fue fundada en 1565, y otros capitanes españoles realizaron expediciones por tierra en busca de las «Siete Ciudades de Cibola», convertidas en las tierras de los indios puebla, que fueron sometidas gracias a la persistencia de los primeros misioneros. De Soto exploró el Mississippi y parte de Florida; el heroico Cabeza de Vaca padeció de hambre entre las tribus primitivas de Texas, y finalmente emprendió el camino a pie hacia México.

Sin embargo, los españoles no volvieron a encontrar otra gran civilización ni fueron descubiertos nuevos grandes tesoros. La conquista de América finalizó dos generaciones después de los descubrimientos de Colón.

El impacto de la conquista española de América sobre los asuntos europeos fue tremendo. El botín de los incas y los aztecas hizo de España la primera potencia. La posibilidad de beneficios originó un gran aumento de actividad naval comercial, y todas las naciones occidentales, especialmente Inglaterra y Francia, compitieron en los descubrimientos norteamericanos y en la piratería sobre las colonias españolas y portuguesas. Súbitamente, el curso de la historia se había alterado por completo.

Las conquistas portuguesas

Durante el siglo XV, dos grandes acontecimientos cambiaron la historia de Europa y Asia: el avance de los turcos otomanos en el Mediterráneo, colapsando las rutas comerciales hacia Oriente, y el comienzo de los grandes viajes portugueses, que abrieron la ruta marítima hacia Asia por el cabo de Buena Esperanza. Estos grandes cambios generaron un nuevo y



Izquierda, en los decenios que siguieron a los viajes de descubrimiento y exploración iniciados por Cristóbal Colón, las naves españolas empezaron a transportar a la península los tesoros capturados en México, Perú y la actual Colombia. A los peligros propios de la azarosa travesía del Atlántico se añadieron más tarde los de las naves corsarias, al servicio de las potencias rivales de España.

Página anterior, los europeos en el Nuevo Mundo a comienzos del siglo XVI. La bula papal de 1494 adjudicó las tierras del actual Brasil a los portugueses.

amplio mundo económico, y consecuentemente la sociedad europea entró en una etapa de transformación. Durante este período los portugueses hicieron su principal contribución a la historia del mundo. En 1385, tras la batalla de Aljubarrota, Portugal reafirmó su independencia respecto de Castilla. La victoria impulsó la expansión en el interior del país y desarrolló un fuerte comercio de trigo y vino, transportado en barcos portugueses hacia Inglaterra y los Países Bajos.

El rey Juan I de Portugal, fundador de la dinastía de los Avis, tuvo cinco hijos, de los cuales Enrique fue el tercero. Los príncipes, que buscaban el honor en la batalla contra los infieles, convencieron a su padre para que forzara un asalto contra los moriscos de la ciudad de Ceuta. La empresa triunfó y consiguieron tesoros y honores. El príncipe Enrique decidió que aquella victoria, basada en el conocimiento del mar, proporcionaba una coartada para explorar las tierras situadas al sur de la costa africana; creía posible evitar así el poder islámico y encontrar, quizás, una ruta hacia las lejanas tierras descritas por Marco Polo.

En sus comienzos, el príncipe Enrique tuvo que luchar contra la creencia popular de que las «tierras del sur» eran un «desierto ardiente» y que los mares ecuatoriales estaban «poblados por extraños monstruos» oceánicos. Los primeros pasos condujeron a la colonización de las islas de la costa africana del Atlántico: Porto Santo fue descubierta en 1420, y cuatro años más tarde, Perestrello, que posteriormente fue padre político de Colón, descubrió Madeira. Sin embargo, aunque los marinos conocían las Canarias, temían aventurarse más allá del cabo Bojador a causa de las leyendas.

En 1434 Gil Eannes de Lagos alcanzó el temido cabo Bojador y prosiguió su viaje hacia el sur, cruzando el Trópico de Cáncer, y descubriendo el golfo de río de Oro. Pero lo más importante es que demostró que los mares y aguas de aquella zona no eran más peligrosos que los del norte.

Pero no fue hasta el siglo XV que la construcción de barcos y los instrumentos de navegación adquirieron la eficacia suficiente. Los navegantes, para cerciorarse de la correcta posición del sol, utilizaban hasta entonces astrolabios desarrollados a partir de unos ingenios árabes; ahora, sus perfectos cuadrantes permitían determinar la latitud a través de la observación de la estrella Polar y la dirección era calculada por el compás marino. Asimismo, la velocidad en el mar era estimada por los marineros, que a través de su larga experiencia habían conseguido calcularla con gran aproximación.

Otras ayudas fueron las cartas de navegación. Las utilizadas por los capitanes de barco eran una especie de atlas portátil. Estos mapas contenían dibujos hechos a compás con una serie de líneas radiales, que trataban de indicar las orientaciones desde puntos ya conocidos. Estos mapas fueron elaborados por especialistas internacionales y, muy a menudo, un cartógrafo era empleado por varios gobiernos como agente secreto para que revelara las primeras novedades de los descubrimientos marítimos. El conocimiento básico sobre navegación y cartografía tenía rango


Alpha
et o.
Cheru
bin



Arriba, Enrique el Navegante (1394-1460), que sufragó muchas de las expediciones de los navegantes portugueses, utilizando su cargo de gran maestre de la Orden de Cristo, versión portuguesa de la Orden del Temple.

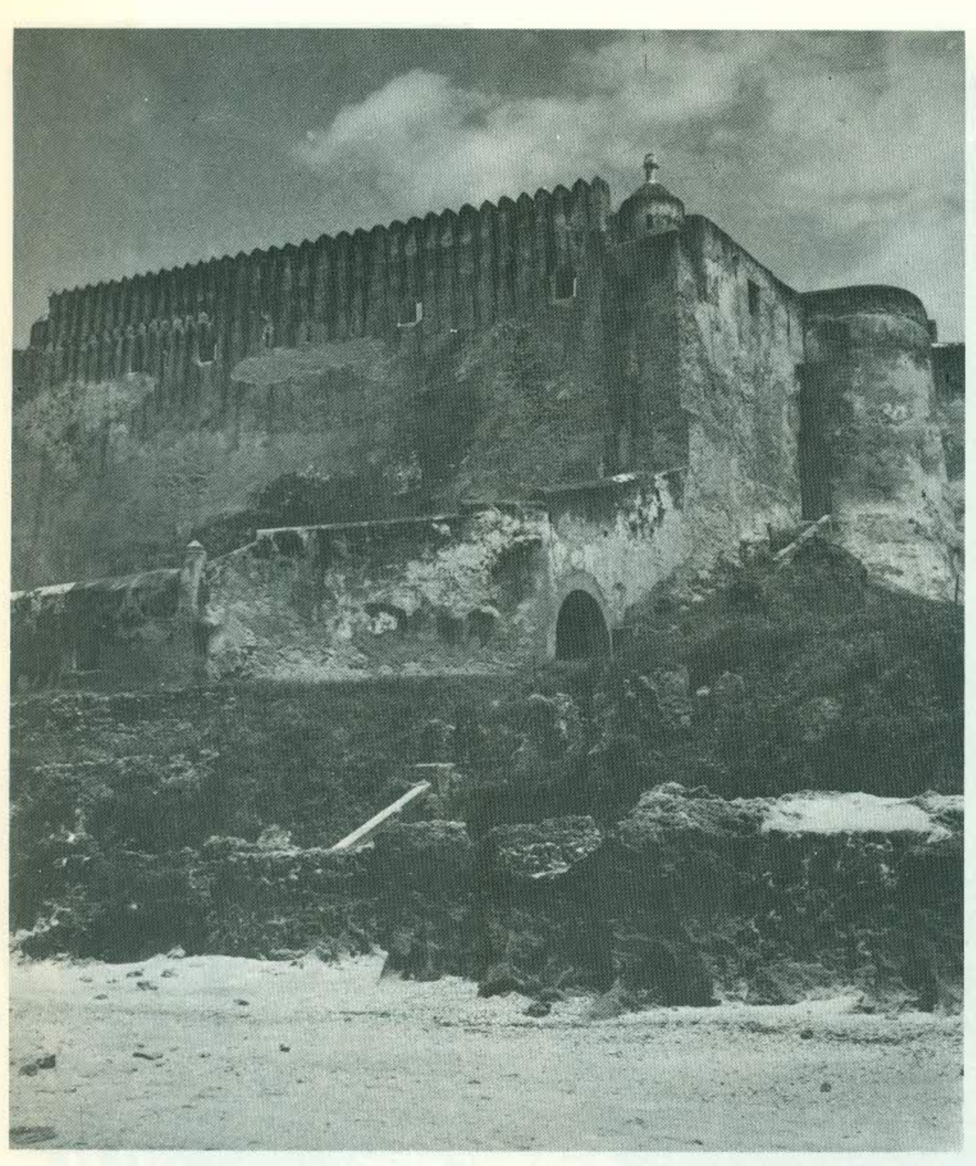
Izquierda, astrolabio de 1588 aproximadamente. Los astrolabios se utilizaban para medir la altura de los planetas y del Sol en el cielo, y con ellos se determinaba tanto la longitud como la latitud. Inventados por los griegos o los árabes, constituían instrumentos inapreciables para los navegantes que exploraban mares desconocidos. (National Maritime Museum, Londres.)

Página anterior, planisferio de Andrea Walsperger (1448), representación del mundo conocido antes de los descubrimientos que incorporaron el hemisferio occidental a la cultura europea. (Biblioteca Apostolica Vaticana, Roma.)

internacional en toda Europa occidental. De manera similar, el arte de la construcción de barcos progresó rápidamente. La principal característica de su diseño fue el ensanchamiento del casco, redondeándolo, y abandonándose la técnica del casco más alargado, propio de las galeras mediterráneas. El nuevo modelo construido permitía transportar entre doscientas y trescientas personas a finales del siglo XV.

Los navegantes portugueses enviados por el príncipe Enrique inauguraron la época de la competición internacional. El interés por el descubrimiento y la aventura fueron el motor impulsor de los capitanes de barco. Sus embarcaciones, que bordeaban las ardientes costas de Marruecos, no eran diferentes de las que navegaban en misiones comerciales más prosaicas hacia Inglaterra y Dinamarca, pero el interés del príncipe portugués determinó el desarrollo de conocimientos que facilitaron a Portugal el liderazgo en las nuevas rutas comerciales de la civilización Europea.

En 1433 el rey Juan de Portugal murió, y el nuevo rey, don Pedro, urgió a su hermano Enrique para que profundizara en los descubrimientos geográficos. En 1441 el capitán Nuño Tristán descubrió cabo Blanco y envió a Portugal los primeros esclavos negros; dos años después, descubrió la bahía de Arguin.



La esclavitud fue condenada por los portugueses, pues ya había sido una costumbre romana aceptada por la primera Iglesia cristiana. La idea inicial sobre la nueva esclavitud era utilizar el trabajo de los africanos a cambio de proporcionarles educación europea. Algunos de ellos fueron devueltos a su tierra para que extendieran el cristianismo y los nuevos conocimientos técnicos en África. Sin embargo, en 1446, Nuño Tristán y su tripulación fueron muertos por los nativos del sur de cabo Verde, sublevados a causa de las crueldades cometidas por los invasores.

Las exploraciones continuaron a lo largo de la costa occidental de África y llegaron a Senegal, Gambia y Guinea. En 1454 el papa Nicolás V confirmó el derecho de Portugal a gobernar todos los territorios descubiertos entre el cabo Bojador y las Indias orientales, autorizando asimismo un comercio justo y razonable de esclavos.

Sierra Leona fue descubierta en 1456 y bautizada con ese nombre por las grandes montañas que dominaban la zona de Freetown. Este fue el último descubrimiento del que tuvo noticia el príncipe Enrique, que murió en 1460, viendo confirmada su esperanza de que la costa podía bordearse hacia el este.

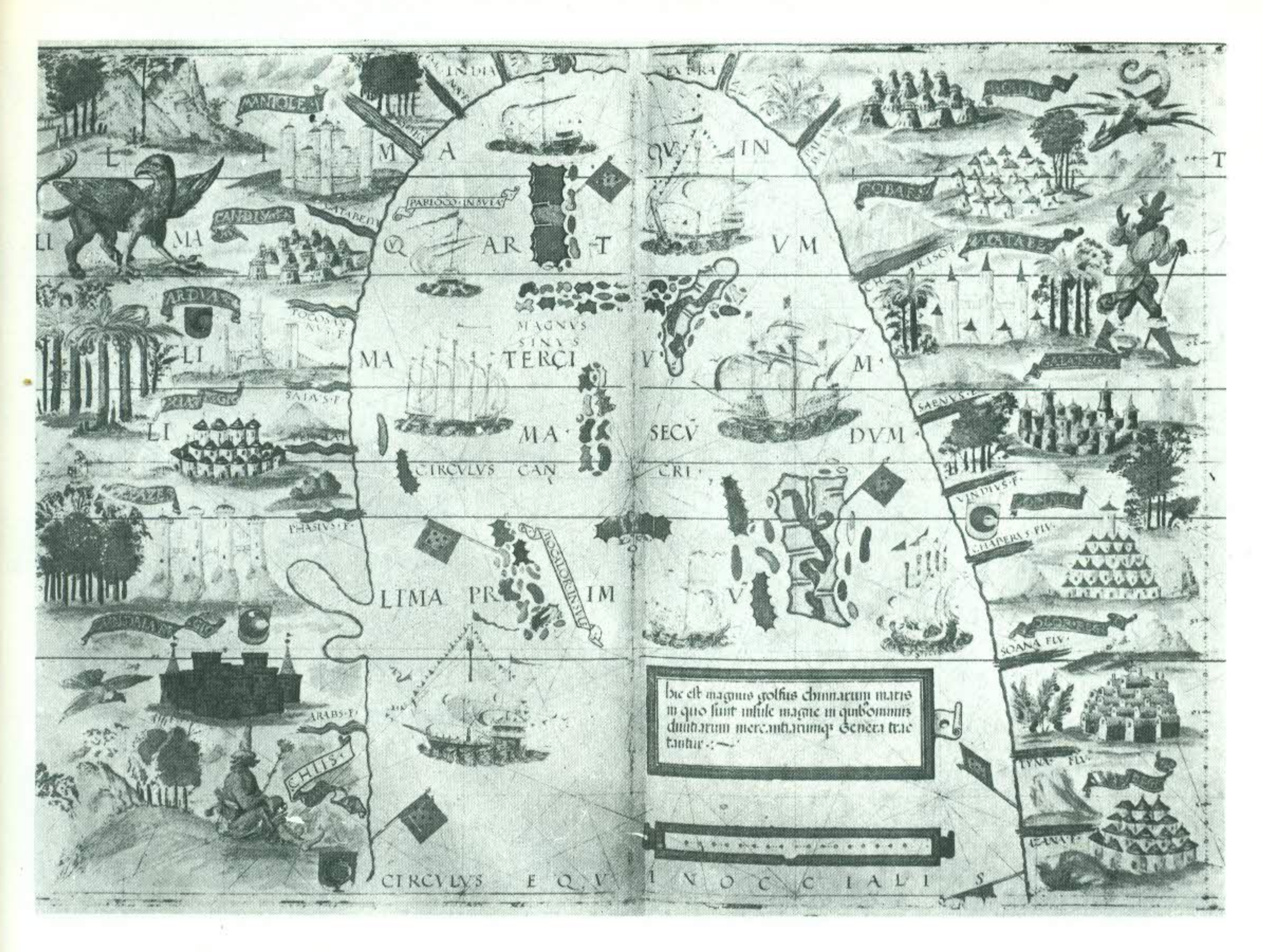
Después de su muerte, la exploración continuó aunque a menor escala, y no fue hasta que el rey Juan II subió al trono en 1481, que se reanudaron con renovado vigor. En 1482, Diego Cao descubrió la desembocadura del río Congo, fundándose allí los reinos de Ashanti y Benin, en África occidental, tras ser visitada la zona en 1485.

En 1487, Bartolomé Díaz fue sorprendido por una galerna que le empujó hacia el sur. Descubrió así que no sólo era posible penetrar hacia el sur, sino que también lo era virar hacia el este. La falta de provisiones le obligó a regresar, pero volvió y descubrió el cabo de las Tormentas, a partir del cual la costa africana se estructuraba hacia el este. Posteriormente, el cabo fue bautizado con el nombre de Buena Esperanza: era la ruta hacia Oriente.

En ese mismo año, 1487, dos viajeros portugueses que consiguieron permiso para seguir el curso del Nilo a través de Egipto, llegaron al reino cristiano de Abisinia, y allí oyeron hablar acerca de los barcos comerciales árabes que traficaban por la costa este de África. Una generación después de la muerte del príncipe Enrique, todo estaba a punto para que sus planes se realizaran.

El año 1494 fue muy importante para la historia portuguesa. Hacía sólo dos años que Colón había llegado a las Indias





occidentales y el Tratado de Tordesillas estableció la primera división de las regiones inexploradas del mundo entre España y Portugal. Aquel mismo año, Vasco de Gama fue llamado para asistir a una conferencia con el nuevo rey de Portugal, Manuel el Afortunado. El objeto de la misma era planificar con rapidez un viaje hacia la India, antes de que los aventureros españoles descubrieran la ruta por el oeste.

Vasco de Gama

En julio de 1497 todo estaba preparado y los barcos de Vasco de Gama, una carabela y tres naves menores, se alejaron del estuario del Tajo. Nada debía faltar para que el viaje fuese un éxito, y los barcos fueron cargados con toda clase de provisiones y mercancías; asimismo, fueron armados con cañones a proa y a popa, y con toda clase de munición. La tripulación estaba compuesta por 160 hombres, que incluían a unos cuantos voluntarios, liberados de la prisión con la condición de tomar parte en la peligrosa aventura. La expedición abandonó Lisboa en abril y llegó al cabo de Buena Esperanza en diciembre. Prosiguieron la navegación hacia el este y el norte, y el día de Navidad avistaron una hermosa costa coronada de colinas, a la que dieron el nombre de Natal en honor del día. El 11 de enero de 1498 llegaron a la desembocadura del Zambeze. Estaban ya cerca de las tierras que comerciaban con los árabes, intercambiando oro y marfil por cerámicas. Sin embargo, Vasco de Gama continuó hacia el norte, hacia Malindi, donde fue bien recibido por el gobernante, que les proporcionó un piloto árabe. El 20 de mayo de 1498 se acercaron a la costa oeste de la India y pudieron desembarcar en el puerto de Calicut. La búsqueda de la ruta marítima hacia la India había culminado.

Cuando llegaron los portugueses, la India se encontraba en pleno caos político. En el norte, después de las invasiones de Tamerlán y sus ejércitos tártaros, dominaba una dinastía afgana sobre un territorio islámico. En la zona central los reinos islámicos se mezclaban con los hindúes, y

Arriba, mapa del golfo de China dibujado por navegantes portugueses en 1519.

Página anterior, arriba, el fuerte de Jesús, en la actual Kenia, fue levantado por los portugueses a finales del siglo XVI para defender sus rutas comerciales.

Página anterior, abajo, mapa de la costa de África (hacia el año 1500). El interior del continente era prácticamente desconocido y todos los contactos comerciales, incluso para la trata de esclavos, tenían lugar con los pueblos que habitaban en las regiones costeras. En el interior, el comercio se hallaba sobre todo en manos de árabes. (British Museum, Londres.)


VOS. BRAÇO AS ARMAS FEITO. PARA

el sur hindú estaba dominado por Vijayanagar.

El rajá de Calicut era hindú, pero los comerciantes que llegaban a su puerto estaban totalmente controlados por los mercaderes y propietarios de barcos árabes, que llevaban sedas de China, especias de las Molucas, piedras preciosas de Ceilán, drogas y medicinas de Indonesia, y oro y marfil de África. Pronto se dieron cuenta de que Vasco de Gama constituía un peligro para su comercio, y no cabe la menor duda de que fue debido a su influencia que el rajá recibió a los visitantes portugueses con muy poca cortesía y desdeñó sus regalos. No obstante, tras largas y difíciles negociaciones, el rajá dio su permiso para que los barcos fuesen cargados con especias a cambio de sus mercancías, especialmente hierro, de muy buena calidad.

Con el fin de expresar su amistad hacia Vasco de Gama, el rajá entregó al navegante una carta para el rey de Portugal, en la que le agradecía haber enviado a Vasco de Gama y le confirmaba que, además, le enviaba un presente compuesto por canela, jengibre, clavo y piedras preciosas, pidiéndole a cambio plata, coral y tejidos de Portugal. Tras sellar las relaciones comerciales, Vasco de Gama partió rumbo a Portugal.

El viaje de regreso fue un desastre. Los portugueses carecían de los conocimientos suficientes acerca de los vientos del océano Índico, y a causa de la vigencia de uno de los largos períodos de calma, tardaron tres meses en llegar a las costas de África. Sin alimentos frescos ni fruta, el escorbuto hizo su trágica aparición. Esta terrible enfermedad, causada por la falta de vitaminas, causó grandes estragos en la tripulación y sólo quedaron los hombres precisos para poder manejar dos barcos, el *San Gabriel* y el *Berrio*. Tras tocar África, prosiguieron su viaje pegados a la costa, porque tampoco conocían el régimen de vientos del Atlántico.

El 19 de junio de 1499 el resto de la expedición llegó a Lisboa. El viaje había durado dos años y dos días, y de los 160 marineros sólo regresaron 55. Sin embargo, Vasco de Gama había abierto la ruta hacia Oriente, quebrando el monopolio de las especias que poseían genoveses y venecianos. Vasco de Gama fue nombrado «Almirante del océano Índico» en reconocimiento de sus servicios.

La expedición de Cabral

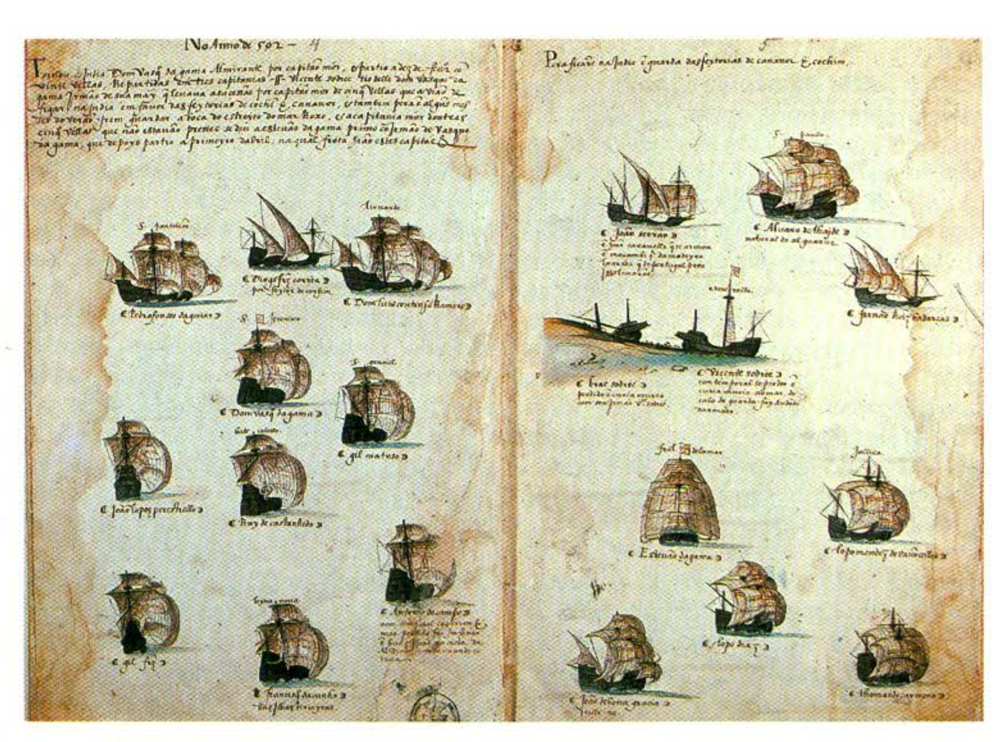
La segunda expedición portuguesa a la India fue dirigida por Pedro Álvarez Cabral. La partida de los barcos fue presenciada por una enorme multitud y bendecida por la Iglesia. La misión tenía dos objetivos. El primero era comprobar la existencia de tierras más allá del Atlántico y en la zona de influencia determinada por el Tratado de Tordesillas. El segundo era iniciar un comercio regular de especias provenientes de la India. Los portugueses eran ya plenamente conscientes de la importancia de los descubrimientos y de las posibilidades de mejorar la riqueza comercial de su país.

Cabral partió con diez barcos y el viaje a través del Atlántico duró un mes. El día de Pascua del año 1500 divisaron una montaña hacia el oeste. Desembarcaron esperando encontrar a un pueblo de piel oscura, al igual que en África, pero se sorprendieron al encontrar una raza de piel amarilla, con largos cabellos negros adornados con coronas y plumas de colores. Eran los tupinamba, una raza de amerindios que viajaban con canoas.

El nuevo país fue bautizado al poco tiempo con el nombre de Brasil. Su descubrimiento no reportó a Portugal ventajas inmediatas. Los tupinamba tenían pocas fuentes de riqueza y las tribus primitivas del interior, los botocudo, no poseían ni conocían la existencia de riquezas ocultas.

La partida de la costa brasileña fue catastrófica, pues estalló un huracán y se perdieron cuatro barcos. Entre los marineros desaparecidos estaba el gran navegante Bartolomé Díaz.

Tan sólo seis barcos cruzaron el sur del Atlántico, rodeando el cabo de Buena Esperanza y visitando Mozambique y Malindi. Sin embargo, Cabral demostró la viabilidad de utilizar el régimen de vientos del Atlántico para llegar a salvo a la India a través de la ruta del océano. Fue un



Arriba, páginas del Livro das Armadas *con los navíos de la flota de Vasco de Gama, en su segunda expedición a la India, realizada en 1502. (Ministerio de Marina, Lisboa.)*

Página anterior, sepulcro de Vasco de Gama en el monasterio de los Jerónimos, Lisboa.

descubrimiento que duró tres siglos hasta que los barcos dejaron de depender de los vientos para su propulsión. En diciembre del 1500, nueve meses después de su salida de Lisboa, Cabral llegó a Calicut.

En Calicut encontraron nuevos problemas con los mercaderes árabes, conscientes ya de que aquellos extranjeros podían ser una competencia comercial peligrosa. Atacaron los almacenes y los puestos comerciales portugueses, y mataron a cuarenta y ocho comerciantes y a los indios que trabajaban con ellos. Cabral respondió con un bombardeo naval sobre la ciudad, partiendo a continuación hacia el sur, donde inició el comercio de especias con la ciudad rival de Cochin. Este desplazamiento hacia el sur fue muy importante, porque expansionó el mercado portugués hacia el archipiélago indonesio, que se convirtió en el núcleo central del comercio de especias.

El regreso de la expedición a Portugal, en julio de 1501, demostró la solidez de las ventajas conseguidas en la ruta del Atlántico, de la que Vasco de Gama fue el pionero en su primer viaje alrededor de África. A pesar de las pérdidas provocadas por el huracán, el viaje fue un gran triunfo. El territorio de Brasil fue entregado al rey portugués; en la India había triunfado una gran aventura comercial, y el enfrentamiento con los comerciantes de Calicut puso de manifiesto el tipo de circunstancias a las que debían hacer frente.

Todavía quedaba un asunto urgente por resolver en el desarrollo del nuevo comercio con Asia, ya que no se sabía si las colonias españolas en el oeste eran territorios situados lejos de las tierras de la costa oriental de Asia. El rey Manuel decidió enviar otra expedición más poderosa hacia las Indias para continuar los descubrimientos de Cabral y consolidar los nuevos centros comerciales. El mando fue confiado de nuevo a Vasco de Gama.

El regreso de Vasco de Gama

La expedición partió en febrero de 1502. Constaba de 15 barcos, 800 soldados y un batallón de artillería que trataban de mostrar el gran poderío del reino portugués dispuesto a defender sus derechos comerciales.

El puerto de Quiloa (Kilwa), en el que Vasco de Gama fue recibido de manera hostil en su primer viaje, fue atacado, y tras el bombardeo los portugueses lanzaron una proclama afirmando que el sultán sería capturado y obligado a desfilar con un collar de hierro para alertar a quienes desafiaran a la corona de Portugal. Tras este episodio vengativo la expedición continuó hacia la India. Lejos de la costa se encontraron con un barco con cientos de peregrinos que se dirigían a La Meca. De Gama ordenó que prendieran a unos cuantos niños y los bautizaran, y a continuación bombardeó el barco durante tres días, dejándolo envuelto en llamas.

En octubre el escuadrón fue muy bien recibido por el rajá de Cannanore, pero la estancia fue muy corta debido a que la afrenta sufrida por Cabral en Calicut debía ser vengada. Capturaron a cincuenta pescadores de la localidad, les cortaron los pies y las manos y les enviaron a tierra con un mensaje para el rajá de Calicut, en el que se decía que aquello era la «recompensa» por el asesinato de los marinos portugueses, y que a cambio de las mercancías que les habían robado deberían pagar cien veces más por su valor. Después, la ciudad fue bombardeada y parte de ella quedó devastada por las llamas. Vasco de Gama partió seguidamente hacia Cannanore, tras dejar seis carabelas armadas para mantener el bloqueo.

Los gobernantes de Cochin y Cannanore estaban agradecidos por el sometimiento de sus rivales en Calicut, e hicieron muy buenos regalos a los portugueses, dándoles además las tierras necesarias para la edificación de sus fortalezas, en previsión de salvaguardarse a sí mismos. La primera guarnición colonial portuguesa fue levantada en esos territorios y el intercambio comercial fue excelente. Vasco de Gama regresó a Portugal con un enorme cargamento de 1.500 toneladas de especias y todo el oro y las riquezas que habían capturado a otros barcos, dejando tras de sí un recuerdo de terror y las sólidas bases comerciales respaldadas por fortalezas defendidas por soldados portugueses.

Vasco de Gama se presentó ante el rey y le pidió que el señorío que le había sido confiscado a su familia por el rey Juan II, le fuera devuelto. El rey, molesto por la petición del navegante, le exilió a sus propiedades privadas, en donde permaneció hasta su muerte, veinte años después.

Alfonso de Albuquerque

Alfonso de Albuquerque fue el siguiente almirante de la India portuguesa. Descendía de una noble familia y sus primeros servicios incluían una campaña contra los reinos moros del norte de África. El rey Manuel ignoraba su antigua amistad con Juan II, y le mandó llamar para que tomara el mando de determinadas plazas africanas. Tras la salida de Vasco de Gama, Albuquerque tuvo la misión de relevar a la guarnición portuguesa que cercaba al rajá de Calicut. El ejército de Calicut había atacado y quemado Cochin, y su rajá se había refugiado en la guarnición portuguesa situada en una isla rocosa. En 1503 Albuquerque llegó con diez carabelas, liberó Cochin y amenazó al rajá de Calicut.

La victoria propició una nueva vuelta a Portugal y Albuquerque presentó en una audiencia real un programa para asegurar el control del comercio de las especias en el océano Índico. El plan comprendía un esquema de construcción de fortalezas, tras la destrucción de los puertos árabes más importantes, pues para el almirante la acción tenía el valor de una cruzada. Su ferocidad y oposición al Islam era mucho mayor de lo que cabía esperar en una simple defensa de los intereses comerciales, pero la empresa recibió la aprobación real.

La política de Albuquerque podía provocar un conflicto entre Portugal y Egipto, y con Turquía, Arabia y Persia, pues aunque el califato se hallaba dividido, persistía en el mundo islámico un profundo sentido de unidad. En 1505 el rey de Portugal concedió a su almirante el nuevo título de virrey de Cochin, Cannanore y Quiloa, enviándole a continuación hacia las Indias al mando de una flota de 22 barcos y 1.500 soldados. La expedición reforzó la guarnición del este de África, dirigiéndose posteriormente hacia Ceilán, donde fueron bien recibidos y se les obsequió un elefante para su rey.

Los venecianos, preocupados por las grandes pérdidas sufridas en el comercio de especias, enviaron mensajeros a Egipto. A su vez, los egipcios enviaron un mensaje al papa avisándole de que si continuaban las ilícitas ocupaciones portuguesas en los puertos comerciales de la India, destruirían todas las reliquias cristianas de Tierra Santa y expulsarían a los clérigos que las atendían. Sin embargo el rey portugués tenía una respuesta apropiada, pues estaba seguro de que los portugueses poseían el poder suficiente como para conquistar La Meca. Tales desafíos hicieron inevitable la guerra en el Índico.

Albuquerque regresó a Europa, pero dos años después dirigió otra expedición armada con instrucciones de reemplazar al virrey de la India, Francisco de Almeida. La expedición estaba capitaneada por Tristán de Cunha, y aunque los dos líderes diferían en sus opiniones, obtuvieron al principio importantes victorias. Atacaron los puertos del África oriental y el comercio árabe desapareció casi por completo de aquella zona del océano Índico. Socotora fue ocupada y utilizada como base de control de la salida y entrada del



mar Rojo. La guarnición árabe fue aniquilada y la gran mezquita desmantelada y convertida en iglesia cristiana.

Tras esta importante victoria, los almirantes se separaron y Tristán de Cunha regresó a Portugal. Albuquerque continuó hacia el este bordeando la costa de Arabia, atacando e incendiando las ciudades de Curiate y Muscat. A continuación, penetró en el estrecho de Ormuz en 1507 y atacó el antiguo puerto de la isla de Ormuz. Fue entonces cuando recibió la noticia del desastre sufrido por los barcos portugueses en la batalla con la flota egipcia de Chaul, en la que fue asesinado el hijo del virrey de la India.

Albuquerque partió hacia la India lo más rápidamente que pudo, llegando en 1508. Fue arrestado inmediatamente por el gobernador Almeida, que se negó a partir y a ser reemplazado. Éste se dedicó entonces a vengar la muerte de su hijo y navegó por la costa de la India, incendiando y saqueando numerosos puertos, Goa y Chaul entre ellos. Finalmente, llego a Diu donde se enfrentó a los egipcios a los que venció. Los prisioneros fueron atados a la boca de los cañones, disparando a través de ellos.

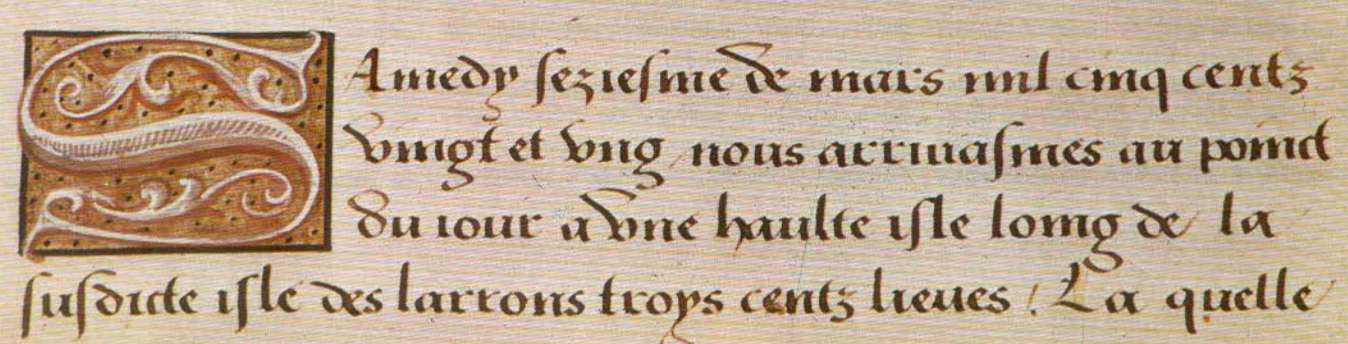
Mientras tanto, una nueva flota portuguesa llegó a Cochin llevando instrucciones del rey para Albuquerque y Almeida. Reafirmaba su confianza en Albuquerque, por lo que Almeida decidió abandonar la India. De regreso a Lisboa desembarcó en un puerto del sur de África, y él y 150 de sus hombres fueron asesinados por un grupo de guerreros bantús, posiblemente soldados del poderoso Monomotapa, que gobernaba las numerosas tribus de la zona de Zimbabwe.

Albuquerque, libre de toda oposición, asumió el papel de defensor de los reinos hindús contra los musulmanes. Para ello, pactó una alianza con el rajá Narasingha de Vijayanagar. Atacó Calicut, pero el asalto estuvo mal planeado y la ciudad no pudo ser conquistada.

En febrero de 1511 Albuquerque volvió a navegar y llegó a Goa, donde intervino en las disputas entre hindúes y musulmanes y aseguró el dominio portugués

Arriba, durante la primera mitad del siglo XVI fueron muchos los portugueses que se enriquecieron con el comercio de Oriente. En la ilustración, un alto personaje portugués de las Indias Orientales conducido en una litera.

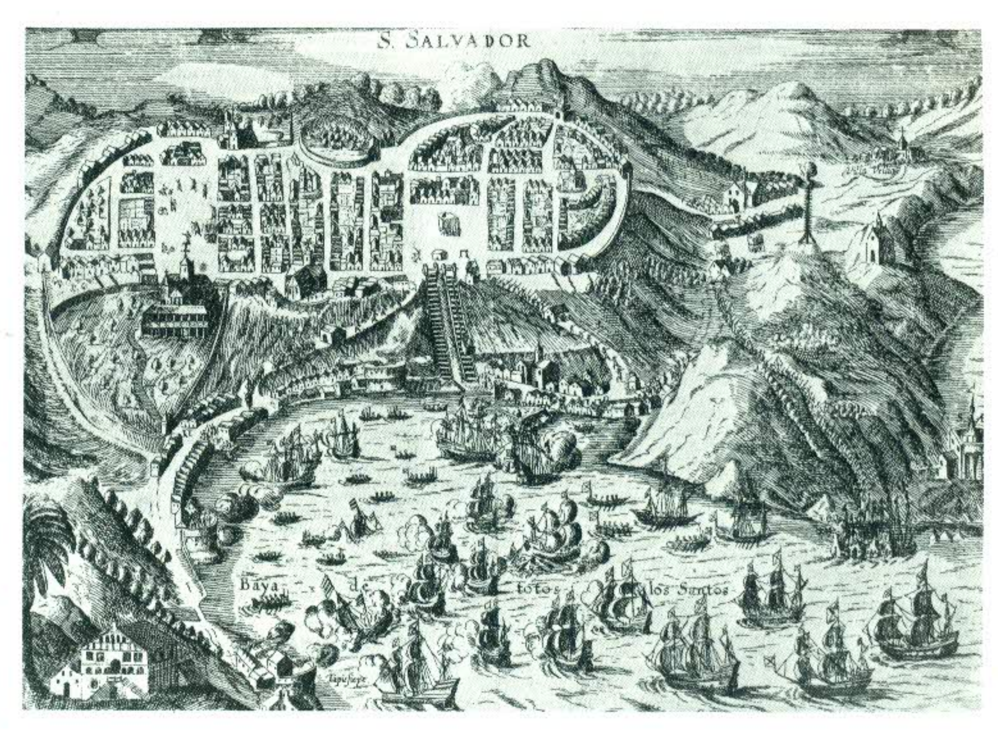
Isles des Larrons.



Samedy seziesme de mars mil cinq centz
vingt et vng nous arriuasmes au poinct
du iour a vne haulte isle loing de la
susdicte isle des larrons troys centz lieues. La quelle

sin grandes problemas. Era evidentemente el lugar más adecuado para que los portugueses establecieran su centro principal de operaciones, pero fue conquistado muy pronto por el sultán de Bijapur que utilizó a 50.000 soldados para asaltar la ciudad. Los portugueses retrocedieron en medio de un gran desorden y regresaron a Cannanore, siendo entonces que Magallanes se enfrentó con Albuquerque con tan malas consecuencias que desertó del ejército portugués.

En 1510, Albuquerque se vengó de la derrota, asaltando Goa y capturándola. El nuevo virrey proclamó que ninguna tumba o mezquita musulmana debían ser respetadas y que los prisioneros fueran asesinados o quemados vivos, jurando vengarse según el espíritu de los antiguos cruzados, y prometiendo que ningún musulmán vivo volvería a entrar en la ciudad. Sorprendentemente, la ciudad floreció, convirtiéndose en un gran puerto comercial y en el verdadero centro comercial de Portugal en la India.



Arriba, la ciudad brasileña de San Salvador de Bahía fue fundada por los portugueses en 1549 y se convirtió en el centro de una rica región azucarera y en capital del Brasil portugués. En la ilustración se representa la ciudad durante la ocupación holandesa, en el segundo decenio del siglo XVII. A pesar de los ataques holandeses, los portugueses lograron conservar la mayor parte de sus posesiones americanas. (British Museum, Londres.)

Página anterior, miniatura perteneciente a una relación de Antonio de Pigafetta. Este navegante italiano se alistó en la expedición de Magallanes y Elcano (1519-1522) y dejó escrito un diario con preciosas informaciones sobre aquel histórico viaje. (Bibliothèque Nationale, París.)

La colonización de Malasia

Albuquerque había proyectado un nuevo asalto a los países del Islam a través del mar Rojo, pero debido a los problemas de aprovisionamiento en la base de Socotora, la idea fue abandonada. La expedición partió posteriormente hacia la India y Alburquerque pudo reunir una flota de 19 barcos dispuestos para atacar.

Al mismo tiempo, en el otro extremo del océano Índico (en Malasia) tenían lugar numerosos disturbios. Una gran ciudad era el centro comercial del Extremo Oriente, donde los mercaderes indios, chinos e indonesios intercambiaban sus joyas y especias con los mercaderes árabes. En 1509 los portugueses obtuvieron permiso para establecerse, pero los árabes se opusieron; atacaron el enclave portugués, quemaron los edificios y torturaron a los comerciantes. Las noticias llegaron a Portugal al año siguiente y el rey Manuel envió a Méndez de Vasconcelos al mando de cuatro barcos para castigar a los árabes.

La escuadra recaló en Goa, donde fue recibida con poca cortesía por Alburquerque, cuya flota de 10 barcos partía ya hacia el mar Rojo, en abril de 1511. El virrey, ante la demora impuesta por los monzones, decidió cambiar sus planes y navegar en contra del viento para unirse a las represalias contra Malasia. La flota llegó en julio. Los portugueses ocuparon la gran ciudad y erigieron una fortaleza; tomaron posesión de las minas de estaño y, al mismo tiempo, enviaron mensajes de amistad a las embajadas de China, Siam y Java. El éxito del plan portugués fue evidente: una guarnición de sólo 300 hombres controló a una población de más de 100.000 habitantes.

El gobierno portugués se dio perfecta cuenta de la importancia de la conquista de Malasia. Cuando el barco del primer mercader llegó a Lisboa en 1513, proveniente de aquel puerto, fue recibido con gran ceremonial. Un espía veneciano informó a los gobernantes de su país que entre el botín había un caballo de Ormuz, una pantera de Persia y un elefante de la India, símbolos de las conquistas portuguesas en el océano Índico.

Desde Malasia, los portugueses extendieron gradualmente su control sobre las islas Molucas e Indonesia. El suministro de especias y piedras preciosas quedaba asegurado en cantidades ilimitadas.

El camino de los mercaderes portugueses hacia Vietnam, las tierras del interior del continente chino y las islas del Japón quedaba abierto. El aviso de que Portugal no estaba sola llegó en 1521, cuando Magallanes, navegando a las órdenes de España, llegó a las Filipinas. Los barcos españoles en la costa mexicana del Pacífico pronto produjeron una serie de conflictivos encuentros, que fueron finalmente aplacados con el Tratado de Zaragoza de 1529, en el que se garantizaba que las Filipinas constituían el límite de los territorios españoles en las Indias orientales.

Posteriormente, cuando los portugueses declinaron, los comerciantes británicos, franceses y holandeses rompieron el monopolio portugués.



EL MUNDO ORIENTAL



Introducción



El emperador mongol Hulagu Kan (1217-1265), nieto de Gengis Kan, en una campaña para reprimir una insurrección en Persia en el año 1256. (British Museum, Londres.)

Página anterior, muestra del arte indio durante la dominación mongola, hacia finales del siglo XVI. Escena de palacio entre el emperador y el guardián de la prisión. (Freer Gallery of Art, Washington.)

Para los hombres y mujeres de Europa, el continente asiático significaba fabulosas riquezas y un halo misterioso. Viajeros tales como Marco Polo se habían aventurado hacia el este y habían dejado constancia escrita sus experiencias, pero sus explicaciones generaron un mundo de fantasía, ajeno a la realidad concreta de aquellas tierras.

Al mismo tiempo, los orientales demostraban tener muy poca curiosidad acerca de Occidente. Una de las características de la época fue el desarrollo de dos religiones orientales que lograron expansionarse más allá de sus propios límites, el islamismo y el budismo. El primero se extendió a partir de la zona norte de Oriente; en alianza con la antigua cultura de Persia se desarrolló en el Asia central, llegando hasta la India; el segundo penetró en China, el sudeste de Asia y Japón. Contrariamente al cristianismo medieval, esas dos religiones fueron asimiladas por sus culturas locales respectivas, en beneficio tanto de la propia religión como de la antigua civilización en la que florecieron. Las nuevas religiones comportaron una gran afirmación cultural expresada bajo el proyecto de grandes construcciones; el templo de Angkor es una de las muestras más espectaculares.

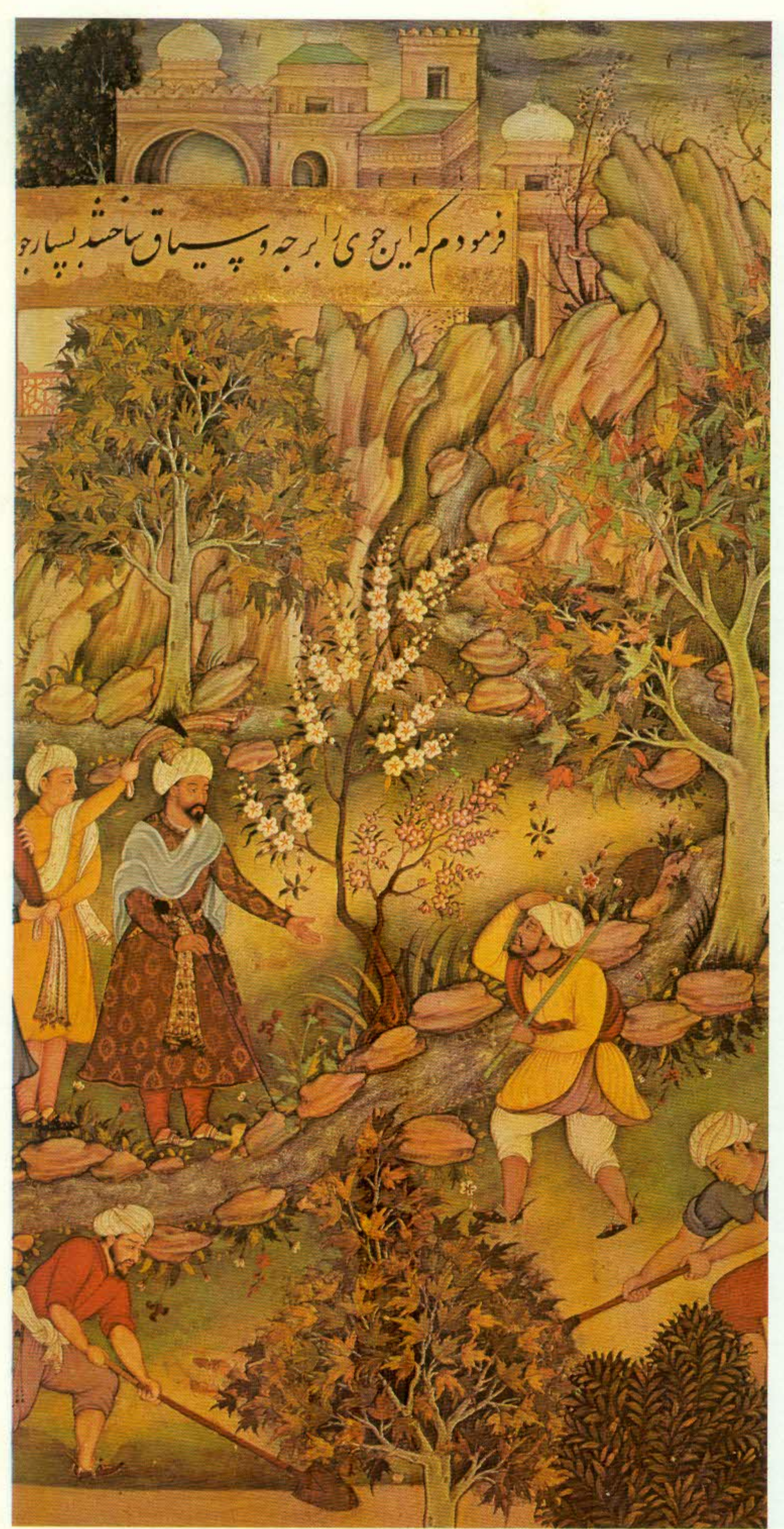
En ese período se consolidaron las tres principales esferas de influencia en Asia: China, el sudoeste de Asia e India. Y también surgió el sorprendente Imperio mongol, que convulsionó la historia del continente. Tal como ya se ha comentado, para los hombres europeos, Gengis Kan, Tamerlán y otros jefes mongoles de menor importancia, no fueron más que bárbaros destructores, «azotes enviados por Dios» que dejaban tras de sí ruinas y muerte.

Quizá fuera así, pero los mongoles posibilitaron una paz y una unidad que duró más de un siglo e hizo posible el comercio a larga distancia.

En China, los mongoles provocaron una gran catarsis. La decadente dinastía Sung fue derribada y la nueva dinastía Yüan dominó a través del legendario Kublai Kan, que fundó la ciudad imperial de Pekín, símbolo de la gloria de su gobierno; gloria que fue todavía mucho más brillante bajo los Ming. En las otras civilizaciones, la lucha contra los mongoles promovió nuevas identidades culturales, y Japón y Rusia prosperaron en defensa de sus tierras contra la dominación mongol. Los mongoles hicieron que la India viviera uno de los períodos más gloriosos de su historia, creando el estado más unificado de todo el subcontinente desde los días de Asoka.

Con ello, el Imperio mongol puso de manifiesto las principales características de la dominación asiática de la época —tolerancia religiosa, asimilación, diversidad y mutuo beneficio— y hasta que el primero de estos rasgos no fue reemplazado por el fanatismo islámico, no comenzó a difuminarse el Imperio.

El Asia que los europeos comenzaron a explorar en el siglo XV estaba en su punto álgido. No era un Oriente decadente y pasivo que se enfrentaba a unos europeos rebosantes de energía. En 1500, Asia estaba segura de sí. La complejidad y jerarquía de sus sociedades proporcionaban una gran estabilidad y riqueza, que no exigía buscar nada más allá de sus fronteras. Sin embargo, fue precisamente esta autosuficiencia que en lo social y lo político gozaba el continente asiático, la que finalmente generaría su decadencia como Imperio estable. Y todo ello en marcado contraste con la creciente ambición y renovación que, en todos los niveles, conocía entonces el mundo occidental europeo.



La India musulmana

La India no sucumbió ante los invasores musulmanes de un modo uniforme. Los reyes Gujara Pratijara dominaban el reino árabe de Sind, fundado en el 712, y las invasiones de Mahmud de Gazna, realizadas a expensas de los reinos del norte de la India, produjeron únicamente la anexión del Punjab y de la zona noroeste. Y no fue hasta comienzos del siglo XIII que los turcos conquistaron los débiles reinos del norte de la India y establecieron allí a los primeros sultanes de Delhi.

Una vez más, la India tuvo que hacer frente a una terrible caballería proveniente del Asia central, pero por primera vez se enfrentaba a unos gobernantes que no querían ser hindúes. Los antiguos pueblos indoeuropeos habían tolerado los dioses de aquellos pueblos: Roma había ofrendado a los dioses de sus enemigos unos suntuosos templos.

Sin embargo, en la Edad Media las cosas eran muy distintas, pues los dioses de los enemigos derrotados en la batalla fueron esclavizados o destruidos. Con todo, a pesar del pillaje y de la destrucción protagonizada por los primeros representantes del Islam en la India, y el gobierno opresor de los últimos musulmanes, la antigua India no desapareció. La estratificación social continuó existiendo. La vida cotidiana, especialmente en el Deccan y en el sur, prosiguió su curso habitual sin grandes contratiempos.

La diferencia fundamental fue la presencia permanente del Islam y de «lo islámico», y muy especialmente de la cultura persa. En la Antigüedad, sólo los monjes budistas y la atracción por «lo romano» y el comercio con el Extremo Oriente habían logrado que los indios se interesaran por lo extranjero. Pero ahora la India se veía obligada forzosamente a salir de su aislamiento. Bajo los mongoles, las artes de la música, la pintura y la poesía religiosa florecieron como nunca anteriormente lo habían hecho, dando paso a una nueva cultura india.

El sultanato de Delhi

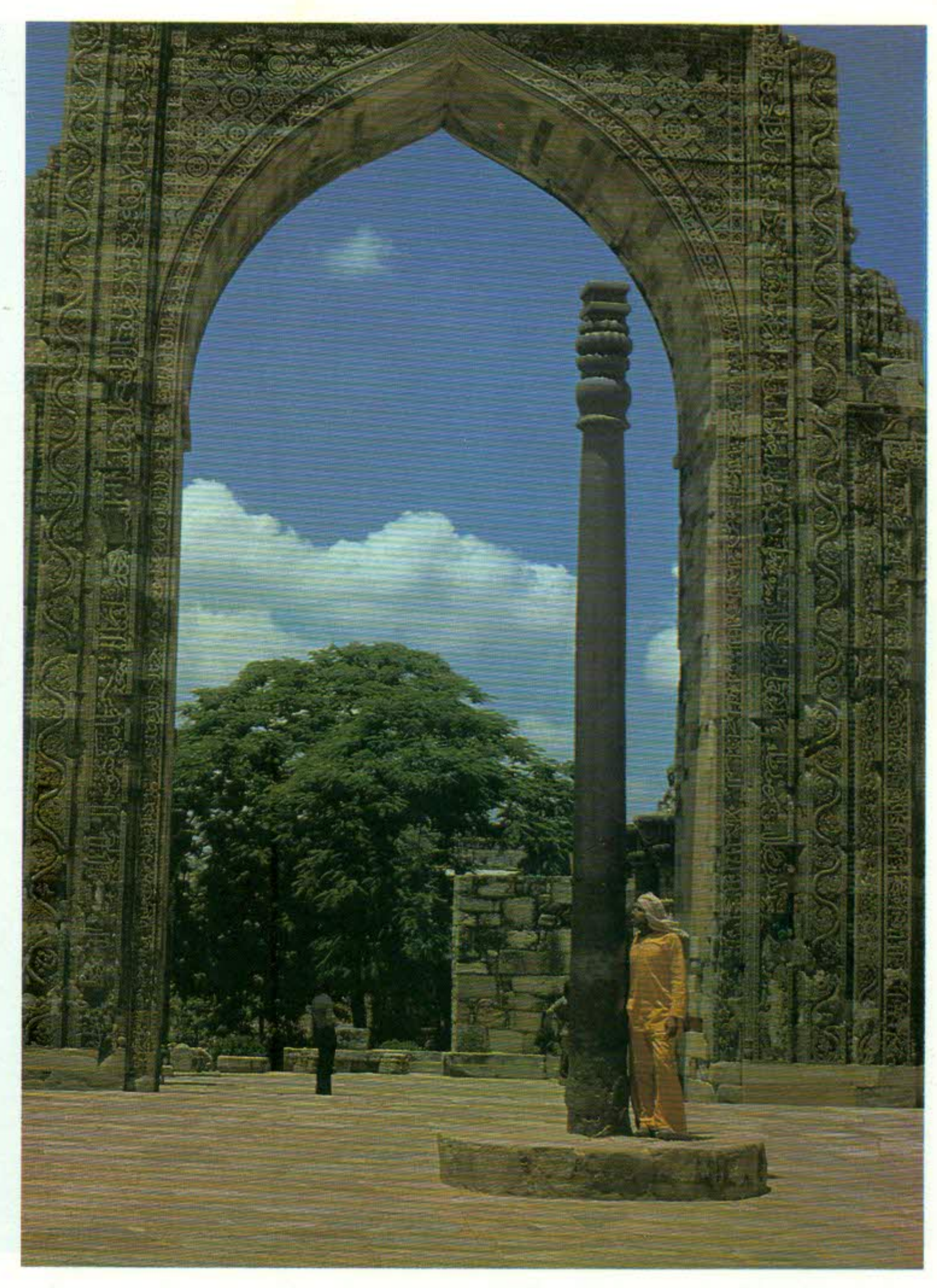
La conquista musulmana de la India fue emprendida por los turcos, que inicial-

mente habían ocupado una zona conocida como el Turkestán, situada en la frontera persa, desde donde absorbieron las influencias culturales islámicas e iraníes. En el siglo XI, se expandieron hacia el oeste, derrotaron al emperador bizantino en la batalla de Mantzikert (1071) y conquistaron Jerusalén cinco años después. La creciente presión de los turcos sobre la India, que continuó a lo largo de los cien años siguientes, llegó a su punto culminante a finales del siglo XII, con las campañas de Muhammad de Ghor.

Este jefe turco llegó al norte de la India proveniente de su base en Gazna. En su primera batalla, en Tarain, en 1119, se enfrentó y perdió ante los jefes rajput mandados por Prithviraj, pero un año después regresó al mismo campo de batalla con un ejército compuesto por afganos, turcos y persas. En esta ocasión los jefes rajput fueron derrotados por la movilidad de la caballería turca. Prithviraj huyó, pero fue asesinado. Delhi fue conquistada y los territorios próximos al norte de la India quedaron absorbidos por los invasores musulmanes, permaneciendo en poder de los turcos durante los tres siglos siguientes.

Desde Delhi, los sucesivos gobernantes se extendieron, a lo largo del siglo XIII, hacia el suroeste, llegando a ocupar Gujarat, y en el este, Bihar y Bengala. En el siglo XIV se dirigieron, a través de las montañas de Vindhya, hacia el sur de la India, y en 1327 la conquista estaba tan avanzada que el sultán Muhammad ibn Tughluq fundó una segunda capital en Deccan. Este momento fue uno de los dos puntos álgidos de la dominación musulmana en la India, pues nunca, antes del apogeo de la dominación mongol, el poder de Delhi alcanzó una extensión tan enorme.

El poder del Imperio quedó reflejado en la propia Delhi, donde a siete millas de la antigua capital rajput, en un área cercana al río Jumna, se alzaba Tughluqabad, una ciudad nueva que comprendía un gran palacio y una enorme ciudadela. Esta ciudad anunciaba la falta de identidad de la dinastía a través de sus murallas circulares, sus arcos ojivales y las cúpulas y minaretes de las mezquitas, junto a los colegios y a las tumbas reales, características todas ellas provenientes del Asia occidental. El lenguaje persa de la clase dominante, sus caballos, sus armaduras, armas, e incluso el vino y melones, eran también extranjeros. La rigidez y el ceremonial de la corte, así como los títulos de la nobleza, eran de estilo persa, lo mismo que la legitimación del sultán ante los musulmanes, realizada a través de la imposición del manto de honor del califa, jefe supremo religioso de los musulmanes.



En la mezquita y en los colegios musulmanes se hallaban los *ulama*, responsables del rezo de la comunidad, comentaristas del sagrado Corán y de las enseñanzas del profeta y de sus seguidores, siendo además los mantenedores de las cuatro grandes escuelas de la ley musulmana, maestros en gramática árabe y lexicografía, y poetas e historiadores de la tradición persa.

Las señales de la cultura y de la dominación extranjeras estaban presentes en la India septentrional, desde el Indo al Brahmaputra. En cada ciudad, en cada campamento militar y en cada centro provincial, y allí donde se hubiese construido una mezquita, podía oírse al ulama pregonar la nueva ortodoxia frente al antiguo hinduismo. La influencia se hizo sentir incluso

Una de las Columnas de Hierro del emperador Asoka, en Delhi, traídas durante el período musulmán indio, en el siglo XII.

Página anterior, Babur (1483-1530), el fundador del Imperio mongol de la India, da instrucciones a sus jardineros. Descendiente del turco Tamerlán y del mongol Gengis Kan, Babur fue un gran poeta y amante de las plantas, a la vez que un excelente general. (British Museum, Londres.)



en los pueblos del interior, a los que llegaron las nuevas órdenes sufí de los místicos musulmanes. A través de su mensaje, tuvo lugar un proceso de conversión masiva al Islam en la zona que ahora corresponde a Pakistán y a Bangla Desh.

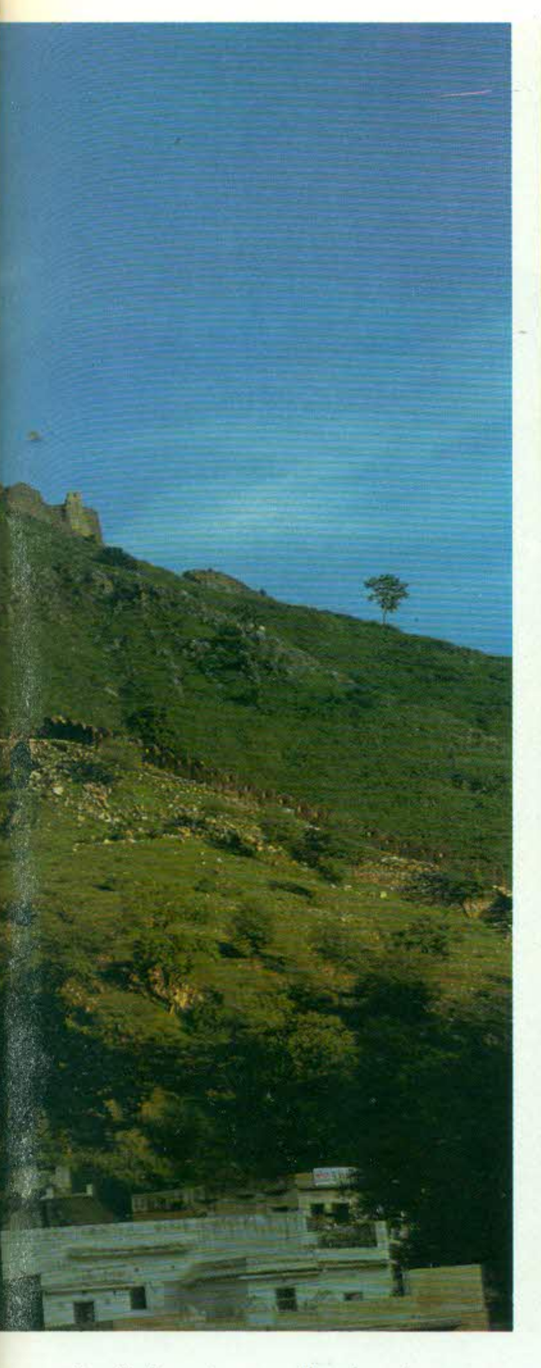
La dinastía esclava

La primera dinastía que se estableció en Delhi fue la de Qutb-ud-din Aibak, esclavo de Muhammad de Ghor. La utilización de esclavos en cargos elevados era una práctica muy habitual en las primeras dinastías turcas. Muchos de aquellos esclavos eran hijos de jefes que habían sido capturados, individuos que luego se distinguieron por su cultura y su lealtad. En el primer siglo de la dominación turca sobre la India, todos los gobernadores de Delhi fueron esclavos o descendientes de esclavos, proporcionando su nombre a la dinastía.

Fue principalmente debido a los esfuerzos de Aibak, que Benares, Gwalior, Gujarat y Kalinjar fueron ocupadas por los musulmanes y su control se extendió por todo el norte de la India. Como recompensa por tales servicios, le fue concedido el virreinato de Delhi en 1206, donde estableció una severa administración que mantuvo unidos a los musulmanes y a los hindúes. Murió en 1210 a consecuencia de una caída de caballo, y el trono pasó a un esclavo suyo, llamado Iltutmish.

Iltutmish (1211-1236) debe ser considerado como el verdadero fundador de la dinastía esclava que gobernó en Delhi durante el siglo XIII. Consolidó la dominación turca sobre el norte de la India y estableció el sistema militar de gobierno que hizo posible el mantenimiento de la hegemonía de la minoría musulmana, continuando además la reconstrucción de la antigua ciudad de Delhi, empezada por Aibak.

Al mismo tiempo, promovió la influencia de la cultura persa. Los hombres de letras persas, que huyeron a Delhi tras la aparición de los mongoles de Gengis Kan, fueron empleados como escribas y funcionarios. Aunque la lengua hindú fue tolerada, el lenguaje utilizado en la administración fue el sánscrito y posteriormente se desarrolló un nuevo lenguaje que reflejaba el fértil cruce con la cultura del período musulmán. Esta lengua fue el *urdu*, la «lengua del campo», una mezcla de sáns-



crito, árabe y turco, utilizada primero por la gente del pueblo llano y, posteriormente, aceptada como medio de expresión literaria hasta el siglo XVII.

Tras la muerte de Iltutmish en 1236, la pésima conducta de su hijo dañó gravemente la estabilidad del sultanato de Delhi. Su hija, Raziyya, a la que su padre hubiese deseado hacer heredera, trató de apoderarse del gobierno, pero la nobleza turca no podía tolerar el gobierno de una mujer y se rebeló. La dinastía la salvó un nuevo esclavo, Balban.

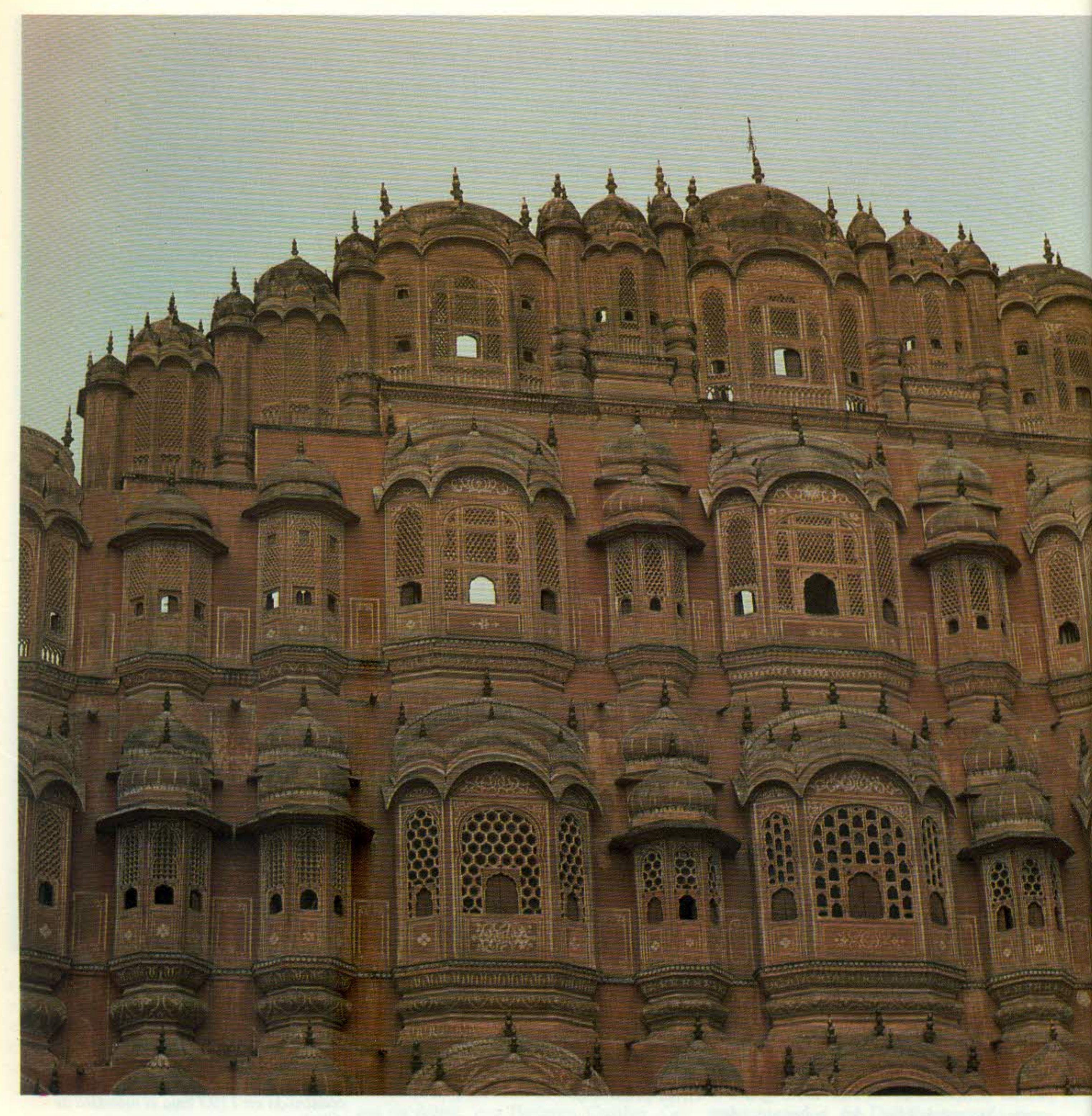
Ghiyas-ud-din Balban aplastó violentamente los disturbios internos y reforzó las fronteras del norte contra los mongoles. Asimismo, reorganizó la administración y afirmó la posición real mediante la introducción de la concepción persa sobre la monarquía, y la insistencia en la estricta observancia de una elaborada etiqueta cortesana. Creía que la dignidad real debía basarse en el respeto, y siempre aparecía correctamente vestido ante sus cortesanos, que debían permanecer rígidos en su presencia.

El peligro mongol

Antes del siglo XIII los jinetes nómadas de Gengis Kan y de sus sucesores, que provenían del Asia central, habrían barrido todo lo que encontraban a su paso y creado un imperio que abarcaba Europa y Asia, desde Alemania, en Occidente, a Japón en Oriente. En China, las hordas de Kublai Kan acabaron con la dinastía Sung y establecieron la dominación turca.

El Qutb Minar, monumento conmemorativo erigido por orden del sultán Qutb-ud-din Aibak a partir del año 1199, en la ciudad de Delhi. Al pie del alminar se yerguen las ruinas de la mezquita Qutb-ul-Islam, la primera muestra de arquitectura india, construida en 1193 bajo el mandato de Aibak.

Página anterior, vista de las murallas que rodean la población de Amber, al noroeste de la India, capital del Imperio rajput.



En el noreste, el kanato de la Horda de Oro se impuso en el naciente estado ruso y amenazó la posición de los eslavos. En el Oriente Medio el imperio de Hulagu Kan transformó al mundo musulmán. La influencia mongol en esa zona se desarrolló desde los tiempos de la invasión de Transoxianna por Gengis Kan, en 1219, y duró hasta el saqueo de Bagdad, realizado por Hulagu Kan en 1258, que terminó con el califato abásida.

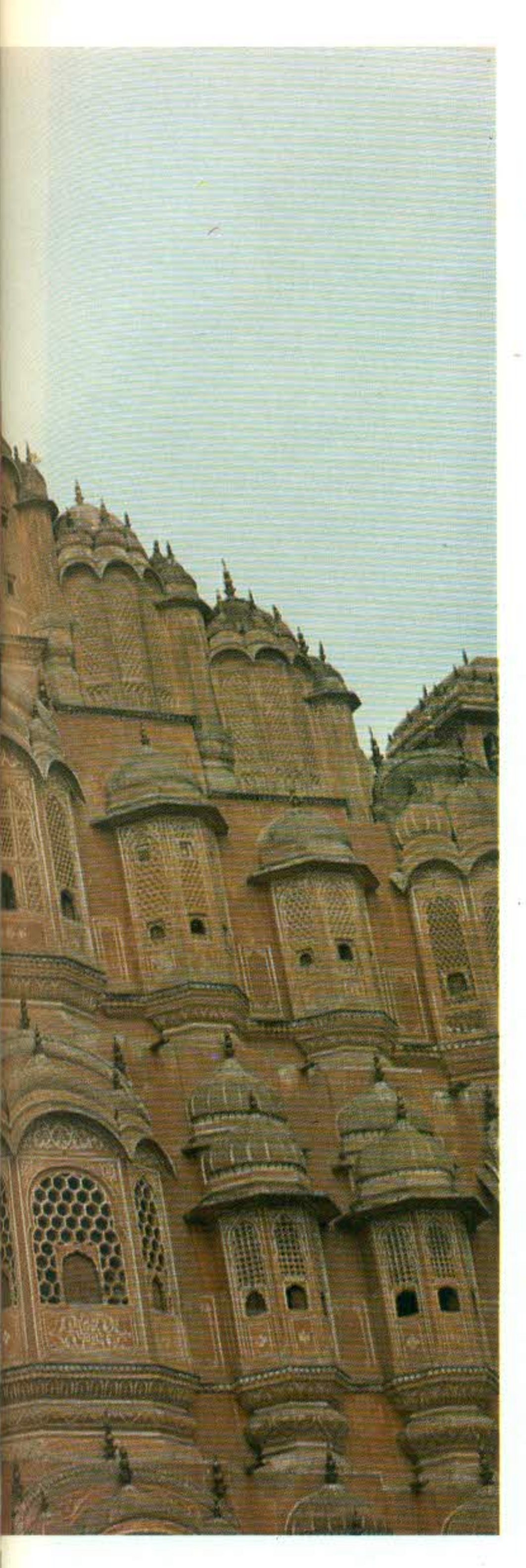
La irrupción mongol en la India se produjo cuando Julal-ad-din, sha de Khwarizin, fue arrojado hacia el Sind por Gengis Kan, en 1221.

A partir de entonces los mongoles penetraron durante décadas en dirección al sur, atraídos por la riqueza la cultura y el poder de los estados indios. Lahore fue destruida en 1241, y el Sind y el Punjab devastados.

La muerte de Balban en 1287 puso fin a la dinastía esclava que había gobernado Delhi durante todo el siglo XIII. La debilidad de Kaigubad, que fue su sucesor, abrió las puertas a los Khalgi, clan de origen afgano, que establecieron una dinastía que gobernó Delhi durante treinta años.

El primer sultán Khalgi fue el anciano pacifista Jalal-ud-din Firuz Sha que pronto fue reemplazado por su sobrino Alá uddin.

Alá ud-din fue el más capacitado de todos los Khalgi y demostró ser un digno sucesor de Balban. Fue extremadamente ambicioso, aunque un tanto utópico en sus planteamientos y visionario en sus perspectivas. Soñaba con emular los logros de Alejandro Magno y conquistar el mundo,



e incluso acuñó moneda con una representación suya como Alejandro II.

Estos sueños no se hicieron realidad, pero durante los veinte años de su reinado se consiguieron dos cosas: detener el peligro mongol en las fronteras del norte, entre 1295 y 1306, período en el que los ejércitos mongoles penetraron en el norte de la India y destruyeron toda la región que rodeaba a Delhi, y extender su dominio en la zona central de la India, conquistando más tarde el sur, área que había permanecido largo tiempo independiente de la dominación turca durante el período de la dinastía esclava.

La penetración en el sur fue la principal tarea de Malik Kafur, hindú converso que fue el primer general de Alá ud-din. Tras una serie de brillantes operaciones militares, Kafur avanzó sobre el Deccan, ocupó Devagiri, saqueó el fuerte de Warangal y arrasó innumerables templos hindúes. Regresó a Delhi con centenares de elefantes, miles de caballos e incontables petos de oro y piedras preciosas, entre las que se hallaba el famoso diamante Kor-i-nor.

Hindúes y musulmanes

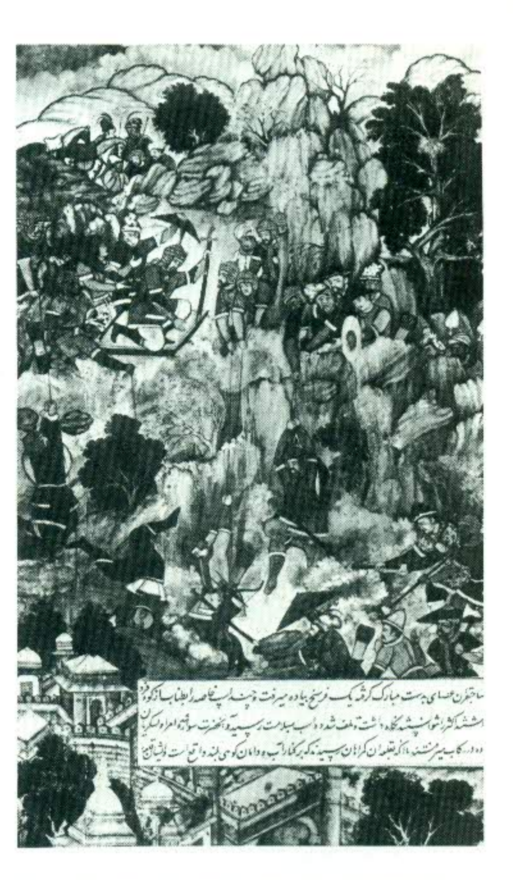
La conquista musulmana del norte de la India tuvo un profundo efecto en la sociedad hindú. Los turcos Ilbari, que establecieron la primera dinastía, se mantuvieron como un grupo selecto. Actuaron como conquistadores, gobernaron gracias a la espada e hicieron muy pocos esfuerzos para convertir a sus súbditos al Islam. La nobleza musulmana se mantuvo marginada y atenta a las fronteras del norte para realizar matrimonios y obtener cargos administrativos.

Existen numerosos relatos del duro trato al que se vieron sometidos los hindúes, a menudo perseguidos a causa de sus creencias. La esclavitud fue habitual, e incluso las mujeres hindúes de alta cuna eran obligadas a convertirse en bailarinas. Los esclavos eran ofrecidos como regalos, práctica esta favorita de Muhammad Tughluq, que los proporcionaba masivamente a sus amigos. En una ocasión llegó a enviar al emperador chino «100 esclavos y 100 esclavas que cantaban y danzaban, seleccionados entre los infieles hindúes».

Con el tiempo numerosos hindúes se convirtieron a la religión musulmana. Los seguidores del Islam formaban una hermandad en la que todos eran iguales ante Dios. Este concepto de igualdad atraía a la mayoría de las clases humildes que tradicionalmente se vieron marginadas por el rígido sistema de castas hindú.

La labor de conversión se realizó principalmente por los sufís, místicos que habían emigrado a la India desde Persia, y que, instalados en las zonas rurales, convertían a sus seguidores con una vida ejemplar. Por consiguiente, a pesar de que durante la primera época del sultanato los musulmanes mantuvieron su posición con la violencia, la labor de conversión facilitó la paz y tuvo un éxito mayor en las zonas donde el control militar de los turcos fue menos evidente.

Los hindúes conversos al Islam recibieron el nombre de «shindustanís». Sufrieron



Los ejércitos de Tamerlán descienden por una montaña en su marcha sobre la India en el año 1398.

Página anterior, cúpulas ornamentadas del palacio de los Vientos, en Jaipur.

las mismas limitaciones que los hindúes y no pudieron alcanzar una destacada posi-ción social o política. Sin embargo, gra-dualmente se extendió la tolerancia, des-pués de la desaparición de la dinastía Il-bari, ocurrida tras la muerte de Balban. Algunos hindustanís consiguieron una po-sición más elevada, y muy especialmente Malik Kafur, favorito de Alá ud-din Khalgi.

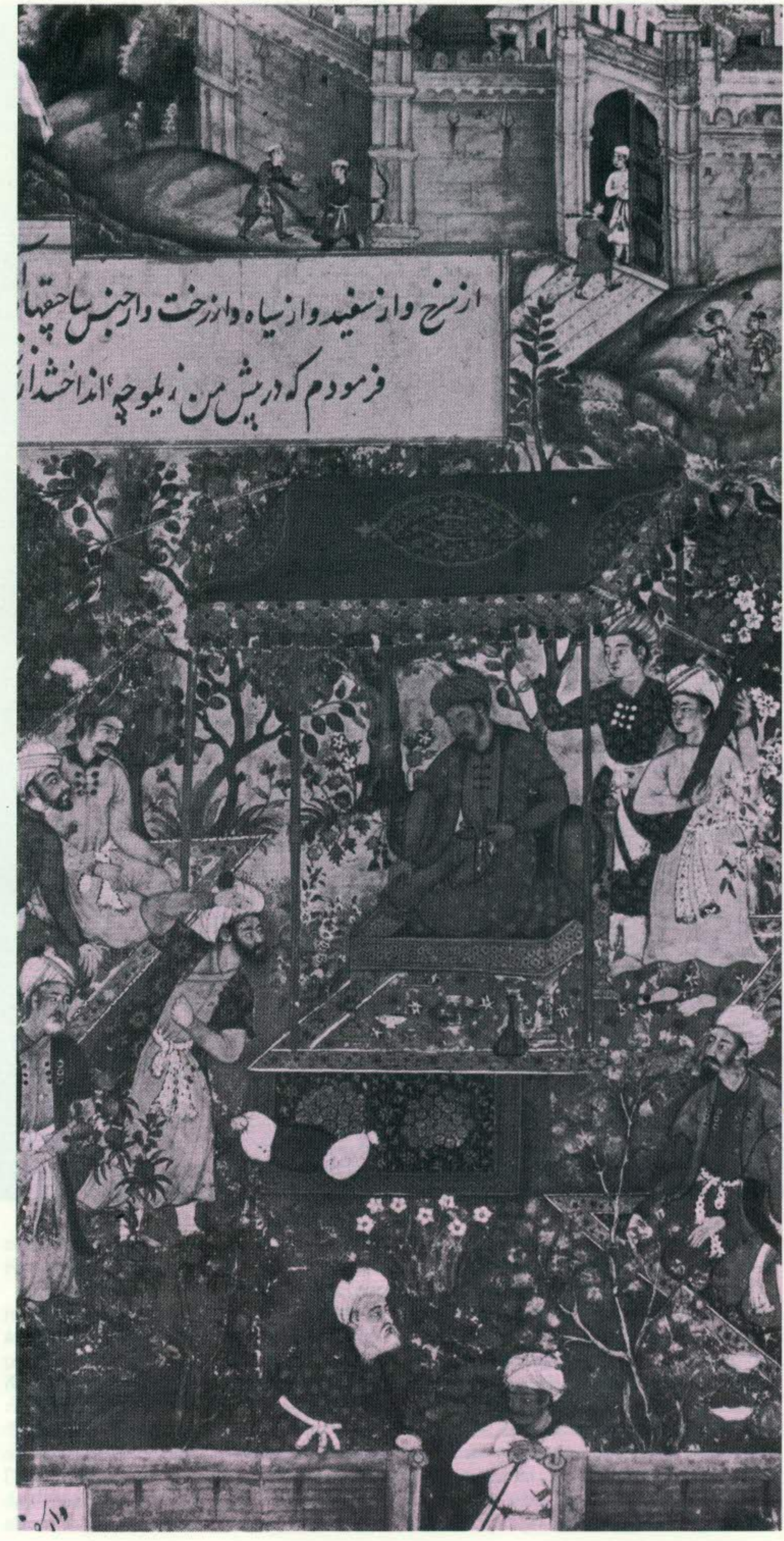
La sociedad musulmana también es-tuvo influenciada por las costumbres hin-dúes. Los sultanes y la nobleza adoptaron la ornamentación y el vestuario hindú, usando anillos y collares prohibidos en la legislación islámica. La comida hindú, tan rica en especias, fue muy apreciada por la nobleza musulmana y el hábito hindú de mascar hojas de betel se popularizó.

A pesar de todo, aunque hubo una cierta mezcla de costumbres durante los tres siglos de dominación musulmana, el hinduismo y el Islam permanecieron per-fectamente diferenciados. El antagonismo irreconciliable surgido en el primer sulta-nato se prolongó, y constituye un rasgo fundamental de la historia de la India a lo largo de los seis siglos siguientes.

Superando el control musulmán, el campesinado hindú continuó su existencia cotidiana igual que antes de la conquista turca. En las zonas rurales, los grandes propietarios hindúes mantuvieron intacto su poder, y los mercaderes continuaron controlando el comercio y la industria. Los productos agrícolas, textiles, las hier-bas y las esencias, fueron enviadas a los países vecinos y al sudeste de Asia. La industria textil se desarrolló activamente durante el período musulmán. Los musul-manes introdujeron distintas variedades de tejidos provenientes de Persia y Ara-bia, y levantaron grandes factorías en las que emplearon a varios miles de tejedo-res.

Uno de los aspectos más placenteros de la dominación musulmana en la India fue el desarrollo cultural. A lo largo del siglo XIII y especialmente después del sa-queo de Bagdad en 1258, fue notable la influencia de artistas y eruditos que huye-ron hacia la India, escapando de los mon-goles. En Delhi los diversos sultanes pa-trocinaron las artes y promovieron el flo-recimiento de varias escuelas en las que se enseñaba religión, literatura y ciencias. Y aunque Alá ud-din Khalgi era casi anal-fabeto, apoyó la actividad literaria como cualquier otro sultán, y durante su reinado Delhi se convirtió en el centro del mundo cultural musulmán.

La figura literaria más conocida de ese período fue el escritor y poeta Amir Khus-rau (1253-1325), que disfrutó del mece-nazgo de sucesivos sultanes y produjo sus principales obras durante el reinado de



Alá ud-din. Khusrau, que está considerado como el poeta persa más grande de la India, fue el representante de la nueva perspectiva cultural que apareció cuando se puso de manifiesto que los musulmanes permanecerían permanentemente en la India. Era hijo de un inmigrante turco y de una india musulmana de orígen turco. Escribió en persa, conocía el árabe, estudió la filosofía sufí y fue uno de los primeros en utilizar la lengua hindú como medio de expresión literaria.

La fusión de las tendencias indomusulmanas puede ser observada claramente en las formas arquitectónicas surgidas durante el sultanato. Los gobernantes turcos de la primera dinastía destruyeron la mayoría de los templos hindúes y utilizaron el material para construir mezquitas. Los artesanos islámicos de Persia fueron utilizados en esas tareas al igual que los constructores hindúes. Y un nuevo estilo indoislámico apareció como resultado de la mezcla de ambos estilos arquitectónicos, representado en la mayoría de mezquitas y edificios de Delhi y de sus alrededores.



Mausoleo de Ghiya-ud-din, fundador de la dinastía Tughluq, muerto en el año 1325 a manos de unos insurrectos instigados por su hijo.

Página anterior, el gran fuerte portugués de Aguada, en Goa, plaza fuerte del comercio portugués en la India. Los nuevos intereses comerciales europeos creados a partir del redescubrimiento de las rutas de Oriente necesitaban garantías de seguridad frente a los ataques de piratas y bandidos.

Los Tughluqs

La tercera dinastía turca de la India fue la formada por Ghiya-ud-din Tughluq, hijo de un esclavo de Balban, que como guardián de las tierras fronterizas ocupó el poder tras la muerte de Alá ud-din. Los Tughluqs gobernaron desde 1320 a 1398, y su figura más destacada fue Muhammad ibn Tughluq (1325-1351), hombre de brillantes ideas, gran estudioso de la poesía persa y un filósofo conocedor de los metafísicos griegos. Trabajó duramente para reformar la administración y la economía, pero su reinado resultó trágico, pues muchas de las medidas que trató de introducir eran demasiado avanzadas para la época, y en consecuencia sus buenas intenciones fueron menospreciadas.

Una de esas innovaciones fue la reforma de la moneda. Trató de introducir una unidad monetaria normalizada que sustituyera al *tanka* de plata. Poco después, los hindúes empezaron a acuñar en su casa y la economía estuvo al borde de la quiebra, por lo que Muhammad tuvo que recuperar sus monedas. El dinero fue almacenado y formó parte del tesoro real durante más de un siglo.

El visionarismo de Muhammad Tughluq y su fracaso se aprecian con mayor claridad en sus planes de expansión. El avance del poder musulmán hacia el sur, iniciado por Alá ud-din, fue continuado por Tughluq. En un intento por situarse en una posición central que le permitiera controlar las fuentes de ingresos del Deccan, concibió el plan de trasladar la capital 800 kilómetros hacia el sur, en Deogir, que fue rebautizada como Daulatabad. La población de Delhi se vio forzada al traslado, y en el caos que se originó murió mucha gente. Muhammad, consciente de su error, anuló el plan, pero su reputación ya se había deteriorado.

Muhammad Tughluq tenía planes aún más ambiciosos para sojuzgar las tierras que rodeaban a la India. Soñó con conquistar Persia e invadir China. Con este fin, reunió en su corte a todo forastero que pudiera proporcionarle información sobre aquellas lejanas regiones, ofreciéndoles a cambio un alto cargo y pagándoles espléndidamente. Entre esos extranjeros estuvo Ibn Battuta (1304-1378), el viajero árabe cuyo *Libro de viajes* contiene un fascinante relato de la sociedad islámica en la India del siglo XIV.

Tras la muerte de Tughluqs la India recuperó su tradicional sosiego. Le sucedió su primo, Firoz Sha. Éste redujo los impuestos, corrigió los abusos y asentó de nuevo a las comunidades que se habían desplazado. El gobierno de Firoz Sha proporcionó un largo período de paz.

Cuando los Tughluqs penetraron en el Deccan, derrocaron a un gobernador hindú tras otro, organizaron nuevas provincias y edificaron una nueva capital;

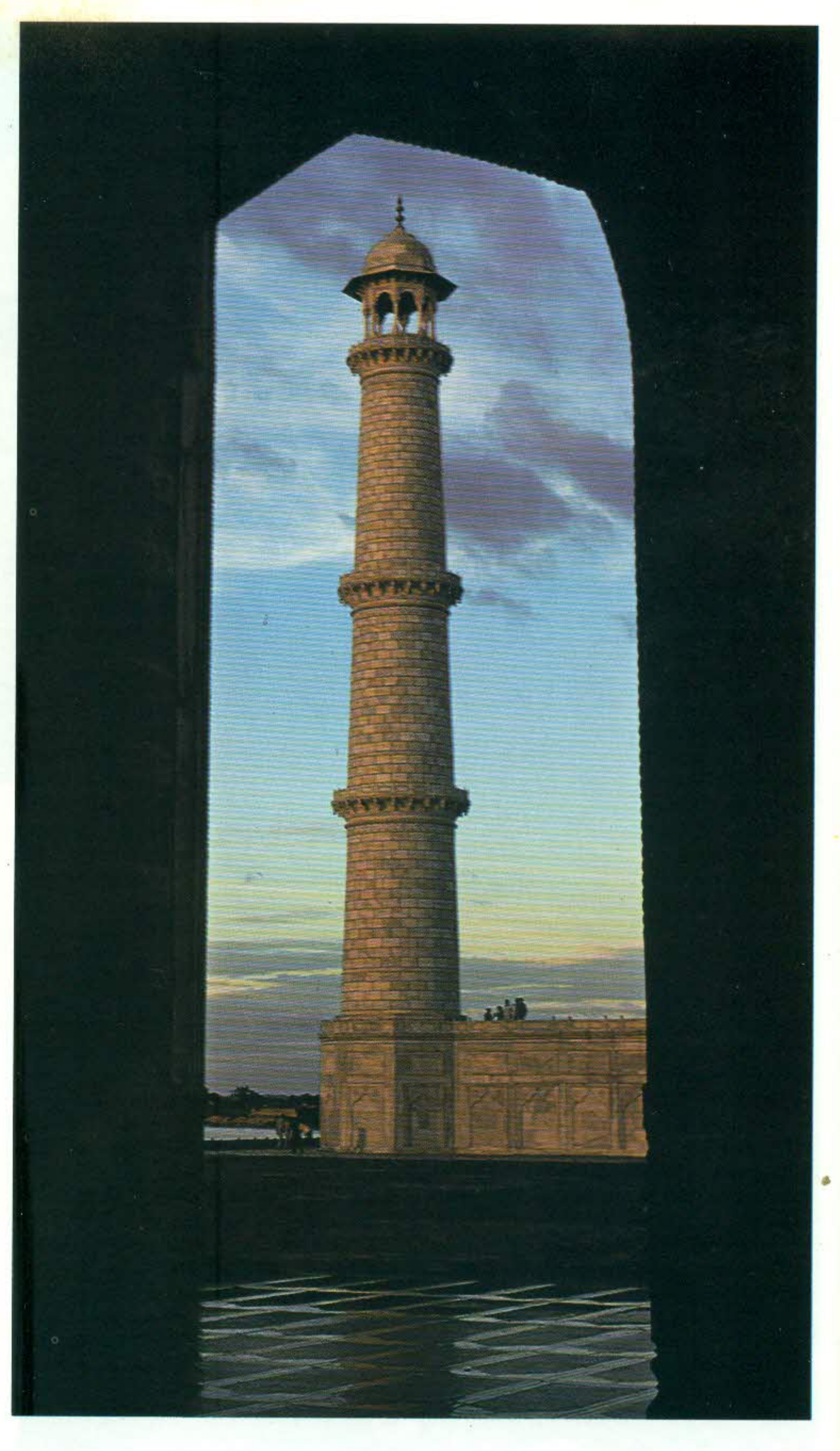
todo parecía indicar que la India estaba definitivamente sometida al poder musulmán. Sin embargo, en algunas zonas hindúes sobrevivió el gobierno autóctono, como en Rajptuna, situada en el lejano sur, y en algunas otras regiones del país.

El sultanato obtenía sus ingresos a partir de la tierra y de los millones de campesinos que la cultivaban en los diversos pueblos. Unos cuantos miles de funcionarios reales no eran suficientes para asegurar el pago de las tasas sobre las cosechas de tan ingente masa de campesinos. Y las autoridades locales fueron también utilizadas para prevenir el fraude e intimidar a los campesinos, que permanecían armados en sus aldeas, esperando la llegada del recaudador de impuestos. Esos intermediarios, ya fuesen rajás de pequeños estados, guerreros de clanes o recaudadores profesionales, tenían el suficiente poder como para obligar a los campesinos a pagar, pero no eran suficientemente fuertes como para desafiar al Estado, al que estaban forzados a reconocer. Así pues, no pudieron negarse a hacer de intermediarios.

El equilibrio era delicado, y cualquier debilidad del poder central podía facilitar que los intermediarios no entregaran los ingresos al sultán y los utilizaran en su propio beneficio. Tal situación podía atraer a nuevos conquistadores del exterior de la India, provocar la usurpación de los gobernadores locales musulmanes, o el resurgimiento del gobierno hindú.

Algo parecido sucedió en 1327, cuando Muhammad ibn Tughluq tuvo que acudir al norte para enfrentarse a las rebeliones de Sind y Bengala. Aprovechando su ausencia, varios príncipes hindúes declararon su independencia en el sur, siendo lo más grave que dos funcionarios reales, príncipes capturados por el sultán y convertidos al Islam, enviados al Deccan para reforzar la obediencia a Delhi, renunciaron a su nueva religión y a sus aliados. Posteriormente fundaron lo que sería más tarde el Imperio hindú de Vijayanagar. En 1387 los dos hermanos restablecieron la dominación hindú sobre toda la zona sur del río Tungabhadra, pero el resto de la península no cayó en su poder debido a que, en 1347, se estableció un reino musulmán independiente en el norte del Deccan gracias a un gobernador rebelde, fundador de la dinastía Brahmán. Delhi no adoptó medida alguna frente a la situación y durante cerca de doscientos años se marginó de los asuntos del Deccan, dominados por el conflicto entre Vijayanagar y los Brahmán.

El conflicto puede ser considerado como una lucha religiosa y los cronistas musulmanes disfrutaron describiendo la profanación de los templos, mientras que



los poetas de la corte, que escribían en sánscrito, citaban a los gobernadores de Vijayanagar como defensores del hinduismo.

Aunque existió un claro antagonismo religioso y cultural, las guerras del Deccan se debieron principalmente a motivaciones de tipo civil: Se luchó por las fértiles tierras del Tungabhadra y del Krishna, por las minas de diamantes de Golconda y por los espléndidos puertos de Goa, donde los bellos caballos de manta que no podían ser criados en el Deccan eran sustituidos por los del sur de Arabia. Hasta

ASIA ANTES DE LAS CONQUISTAS EUROPEAS

Año	India	China	Japón	Conquistas mongoles
1000	Mahmud de Ghazna invade India Rajendra Chola (1014-1035) Los ghaznavíes en el Punjab Invasión de India por Mohamed Ghuri	Reformas de Wang An Chi Hui Tsung (1101-1135) División de China por dos dinastías: la Chin y la Sung	Gosanjo, emperador (1068) Los Fujiwara Luchas entre los Taira y los Minamoto Yorimoto establece el shogunato de Kamakura (1192)	Expansión de los mongoles bajo el mandato de Gengis Kan
1200	Sultanato de Delhi Dinastía de los mamelucos (1206-1290) Iltutmish (1211-1236) Balban (1266-1287) Dinastía Khalji (1290-1320)	Gengis Kan conquista Pekín (1215)	Regencia de Hoyo Fracaso de las expediciones mongolas (1274-1281) Renacimiento del budismo	Conquistas de Mongolia central, China y Turkestán Mongoles en Persia, Caucasia y sur de Rusia
1300	Expansión del sultanato de Delhi en el sur de India Dinastía Tughuluq (1320-1413) Mohamed Tughuluq (1325-1351) Invasión de Tamerlán (1398)	Dinastía Mongol o Yuan (1279-1368) Kublai Kan ataca Japón e Indochina Dinastía Ming fundada por Hung-wu (1368)	Derrumbamiento de la regencia Hoyo Guerra civil entre las dinastías del norte y del sur	Los mongoles son expulsados del sur de China Tamerlán invade Persia, Rusia e India
1400	Dinastía Sayyid (1414-1451) Dinastía Lodi (1451-1526) Los portugueses llegan a India (1498): toma de Goa en 1511	Yung Lo, emperador (1403-1424): traslado de la capital a Pekín Los veleros chinos llegan al oeste de India y África (1405-1433)	Período Muromachi	Muerte de Tamerlán (1405)
1500	Caída de Baber Lodi (1526); primer Imperio mongol El norte de India es retomado por los afganos (1539-1555) Akbar reúne y organiza el Imperio mongol en India (1556-1605)	Macao es sitiada por los portugueses (1556) Wan Li emperador (1573-1620): expansión del poder eunuco	Primera misión predicadora de san Francisco Javier en Japón (1549) Comerciantes portugueses en Nagasaki (1569) Oda Nobunaga: centralización del poder (1560-1582) Hideyoshi lo consolida (1582-1598)	
1600	Jahangir sucede a Akbar (1605)	Los manchúes toman Pekín (1644)	Ieyasu funda el shogunato de los Tokugawa (1603), que se mantiene hasta el 1868	



Miniatura de la toma de una ciudad por los mongoles. Las reproducciones miniadas de escenas reales de la vida en la corte, la historia reciente o las leyendas de este pueblo son una de las muestras más logradas del arte mongol.

Página anterior, alminar del Taj Mahal, en la ciudad de Agra, el mausoleo construido por el arquitecto Ustud-Isa para albergar los restos de la esposa del sultán, muerta en 1631. Es un monumento capital del arte musulmán en la India.

1511 el conflicto se centró en la posesión de Goa, pero después fue impulsado por la presencia portuguesa.

Vijayanagar no dudó en destruir a sus vecinos hindúes o en utilizar la ayuda musulmana contra los hindúes Orissa. Los Brahmán lucharon asimismo salvajemente contra el musulmán Malwa y contra Vijayanagar.

A lo largo de la costa oeste, los príncipes hindúes de los puertos exportadores de pimienta dieron la bienvenida a los mercaderes árabes y persas, permitiéndoles que levantaran sus mezquitas y realizaran sus cultos. Los ejércitos de Vijayanagar utilizaron tropas musulmanas, y en la administración Brahmán se emplearon funcionarios hindúes.

Desde el punto de vista institucional, los reinos Brahmán y Vijayanagar tenían muchos puntos en común. Ambos se basaban económicamente en los ingresos provenientes de la tierra, recolectados por el mejor postor —lo que significaba que los campesinos cargaban con rentas excesivas—, o a través de los grandes gobernadores provinciales, lo que resultaba peligroso si el máximo gobernante no era poderoso y vigilante. Sin embargo, ambos sistemas producían grandes beneficios, cosa muy habitual en el norte de la India, gracias al activo comercio mantenido en



el oeste con el nordeste y África, y en el este con Malaysia, las islas de las Especias y China, en las que Vijayanagar envió por lo menos una embajada. El sur de la India era un centro comercial natural, en los días en que los monzones permitían navegar entre el océano Índico y el mar de China, proporcionando gran variedad de valiosos productos: pimienta, canela, jengibre y bellos tejidos de algodón estampados.

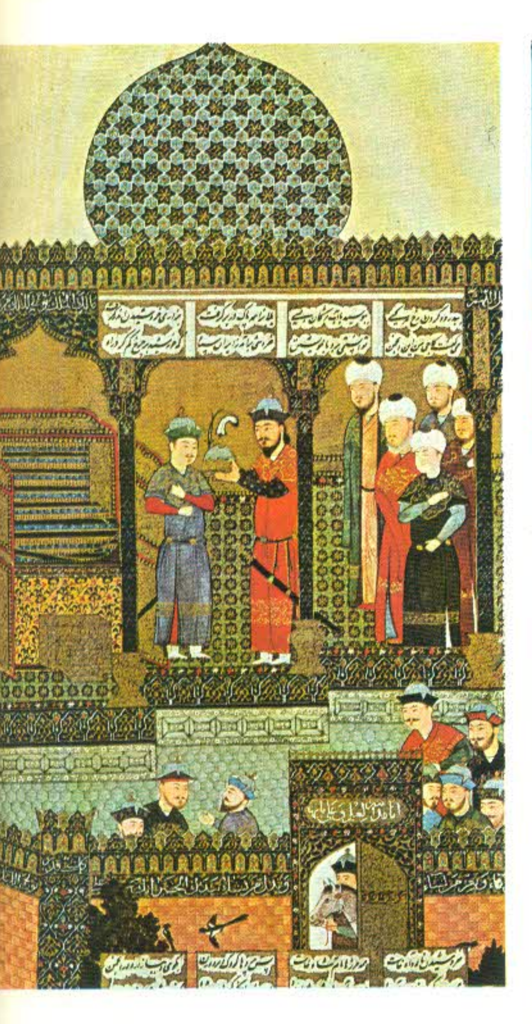
Los viajeros portugueses quedaron maravillados ante la riqueza de Vijayanagar y los sultanatos musulmanes. Admiraron el esplendor de las ciudades adornadas con la florida ornamentación de sus templos y sus espectaculares mausoleos, y consideraron que esa demostración de poder y riqueza existía a expensas de los campesinos, que vivían en míseras chozas y vestían harapos.

Tamerlán

A finales del siglo XIV el poder musulmán en la India fue violentamente sacudido por la repentina aparición de Tamerlán, el más feroz de los aventureros nómadas que llegaron desde el Asia central para «conquistar el mundo». En una de sus primeras batallas resultó herido en una pierna por una flecha, quedando lisiado para siempre.

Tamerlán construyó su imperio en el Asia central sobre los residuos del imperio de Gengis Kan. Rápidamente conquistó Transoxianna, Persia, Siria, Turkestán y la mayor parte del Asia Menor. Más tarde, se sintió atraído por las riquezas de la India. En 1398, proclamó la guerra santa contra los infieles y marchó sobre la India al mando de un inmenso ejército. Antes de su primera batalla ordenó a sus tropas que mataran a los hombres, hicieran prisioneros a mujeres y niños, y saquearan y aniquilaran las propiedades. Estas órdenes fueron la norma general de conducta durante el año que su ejército permaneció en la India. En el asedio al fuerte de Kator, asesinaron a 10.000 hindúes en una hora, y Tamerlán ensayó una vez más su práctica habitual de amontonar las cabezas sobre el minarete.

Los indios no supieron ofrecer resistencia al avance de Tamerlán sobre Delhi. El sultán Mahmud reunió a un ejército y se enfrentó a las fuerzas invasoras en Panipat, en las afueras de Delhi. Antes de la batalla ocurrió un horrible suceso que puso de manifiesto la nula consideración de Tamerlán respecto a la vida humana. Sus tropas tenían más de 10.000 prisioneros hindúes, y como no podían dejarlos en el campamento sin vigilancia ni quiso



Alturas superiores a los 300 metros sobre el mar

liberarlos, dio órdenes de que fueran ejecutados.

Tamerlán derrotó al sultán Mahmud y saqueó Delhi. Sus indisciplinadas hordas continuaron hacia el norte de la India, asesinando y esclavizando. Esta situación permitió que los clanes guerreros de Rajput aseguraran su dominio sobre Rajputana, Gwalior y las tierras situadas entre el Ganges y el Jumna, obligándolas a pagar tributo y obediencia. Más allá de la barrera hindú, las provincias de Gujarat, Malwa y Bengala se constituyeron en reinos musulmanes independientes.

Gujarat defendió su independencia a lo largo de casi siglo y medio, bajo el mando de unos sultanes famosos por su justicia y su valor. La belleza del palacio de Sarkhej y de las mezquitas de Ahmedabad, con sus minaretes finamente labrados, sus bellos tejidos de algodón, seda y añil, la riqueza de sus barcos y la gran capacidad técnica de sus ejércitos, que fueron los primeros en usar armas de fuego en la India, proporcionaron gran prestigio a la dinastía.

Bengala permaneció aislada durante mucho tiempo, y fue famosa por su agricultura y por el mecenazgo y tolerancia de sus gobernadores musulmanes sobre la literatura y cultura hindúes. Ambas provincias bengalíes desempeñaron un papel muy destacado en la expansión del Islam en el archipiélago indonesio.

La larga independencia mantenida por esas dos antiguas provincias de Delhi, demuestra claramente que los gobernadores que se hicieron cargo de la capital tras la devastación de Tamerlán no pudieron imponer la unidad en el norte de la India. En realidad, no fue hasta 1451, en que un gobernador afgano de Punjab derrocó a su señor y se proclamó sultán de Delhi, que el imperio volvió a renacer. La historia del siglo siguiente es la de los esfuerzos afganos para unificar de nuevo todo el norte de la India.

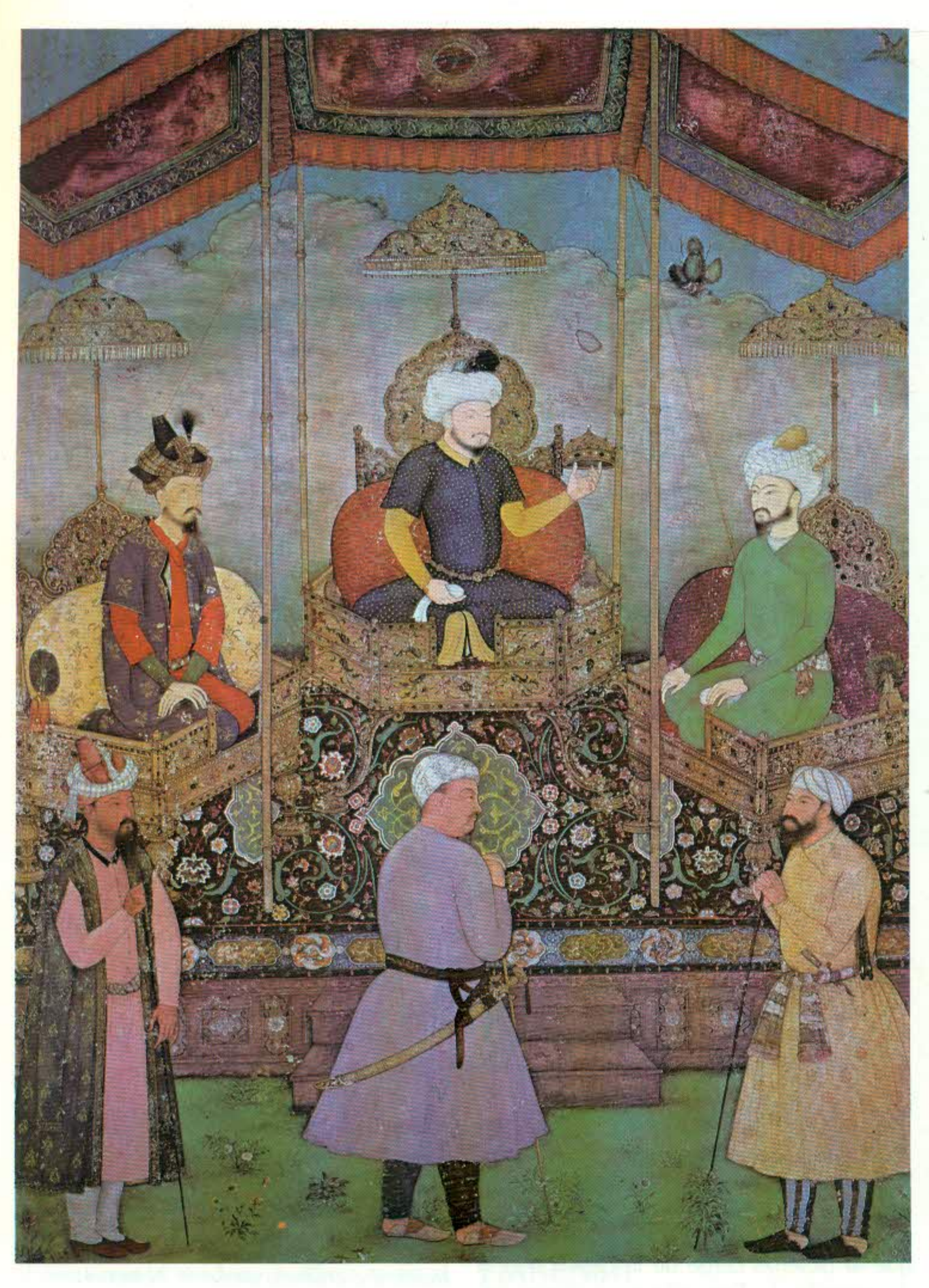
Los reyes de la tribu Lodi

Los clanes afganos penetraron hacia la India presionados por la pobreza y por las invasiones mongolas del Asia central. En el siglo XIV, a medida que aumentaba su población, realizaron varios intentos fracasados para obtener el poder en Multan,

Arriba, la India en el siglo XVI. El Imperio mongol fue ganando terreno hacia el sur explotando la rivalidad entre los sultanatos musulmanes y el Imperio hindú de Vijayanagar.

Izquierda, grabado persa de Abbas el Grande (1571-1629), bajo cuyo reinado el país alcanzó un elevado nivel cultural. (New York Public Library, Astor Lenox and Tilden Foundations.)

Página anterior, miniatura mongola sobre escenas de la corte palaciega, realizada por orden del Gran Mongol Akbar en el año 1596. Los soberanos mongoles gustaban de rodearse de gran lujo y ostentación, así como de un séquito de servidores de todas clases. (Biblioteca del palacio Gulistán, Teherán.)



Gujarat y el Deccan. En 1451 la incompetencia de los gobernantes Sayyid, impuestos por Tamerlán, facilitó que Delhi cayera en manos de Bahlul Kan Lodi, que facilitó la llegada de más afganos a los territorios que había conquistado: «Venid a este país. La soberanía me pertenecerá, pero las tierras de las que me he apoderado y de las que pueda conquistar, las compartiré con mis hermanos». Los hombres de su propio clan Lodi y de los otros clanes, Farmuli, Lohani, Niyazi y Sur, acudieron de inmediato. Tras conquistar las tierras del este, en Jaunpur, las del valle del Ganges y Bihar, Bahlul asignó grandes feudos a los líderes de los clanes. Éstos, a su vez, mandaron buscar otros jefes entre los componentes de sus tribus, fijándoles también unos impuestos sobre sus poblaciones, como pago por el mantenimiento de un cierto número de hombres a caballo dispuestos para su servicio. La estructura del clan afgano era un instrumento de reclutamiento muy eficaz, dado el parentesco de los jefes y la cohesión interna de las tribus.

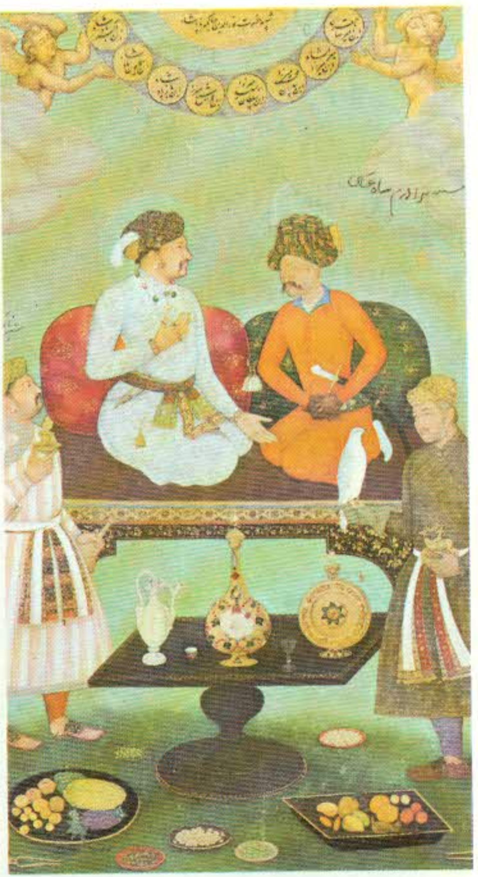
Bahlul Lodi reinó durante treinta años y sometió paulatinamente a los turbulentos mewatis situados entre el Ganges y el Jumna, empujando a los rajputs hacia el sur, y derrotó al reino de Jaunpur, rival de Delhi desde el saqueo de Tamerlán. Su sucesor Sikandar Sha ocupó, desde la base de Agra, el cinturón de fortalezas rajput, formado por Kalpi, Chanderi y Ranthambhor, que guardaban los pasos del sur hacia Malwa. En 1517, tras la muerte de Sikandar, su hijo Ibrahim completó la defensa apoderándose de Gwalior. Una vez más el sultanato de Delhi se extendía desde Punjab a través de Gwalior, y desde Bundelkhand hasta las fronteras de Bengala. La consolidación del poder afgano fue interrumpida por el invasor mongol, Babur, que asesinó a Ibrahim Sha Lodi en Panipat, en las cercanías de Delhi, en 1526, y continuó su avance derrotando a los grandes jefes del clan en la India oriental, en 1529.

Sher Sha del Sur

Tras la muerte de Babur en 1530, los afganos se reunieron en Gujarat para desafiar a su hijo Humayun. El primer enfrentamiento fue un fracaso, pero en Bihar, Sher Sha del Sur creó un nuevo poder afgano. Su abuelo, que era un tratante de caballos en la zona central del Afganistán, llegó a Punjab, respondiendo a la llamada de Bahlul Lodi, y ocupó un pequeño feudo.

Sher Sha estuvo en el este como guardián del joven gobernador Lohani de Bihar, y mediante la violencia, el fraude y la traición, se convirtió en señor de Bihar y Bengala. En 1539 y 1540 venció a Humayun y expulsó a los mongoles de la India. Luego fortificó la zona norte y a continuación negoció con los rajputs, quienes bajo el liderazgo de Rana Sangram Singh de Mewar, habían alcanzado un poder considerable. Un historiador musulmán se lamentaba de que «no hubiera un sólo gobernante de alto nivel en todos los grandes países de Delhi, Gujarat y Mandu, que pudieran hacerle frente». Su poder, aunque deteriorado por su derrota ante Babur, era aún amenazador. Sher Sha realizó desesperadas campañas, ocupando Ajmer y la espléndida colina de Chitor, para proseguir su conquista de Malwa y Raisen, y abrirse camino hacia el sur. Mientras tanto, el gobernador proveniente de Punjab presionaba hacia el río Multan. En 1545, después de que el rajput Kalinkar cayera, Sher Sha murió a causa de unas heridas, pero su hijo Islam Sha mantuvo intacto el Imperio afgano, que abarcaba los territorios situados entre el Indo y el Brahmaputra. No fue hasta 1556, despues de la muerte de Islam Sha, que Humayun reconquistó el norte de la India para los mongoles, y en 1575, su hijo, el emperador Akbar, anexionó el último reino afgano de Bihar y Bengala.

La reconquista de Humayun, al igual que la primera victoria de Babur, fue posible por la desunión de la dinastía. La estructura tribal podía facilitar el reclutamiento y las ocupaciones, pero la independencia del clan hacía que el manteni-



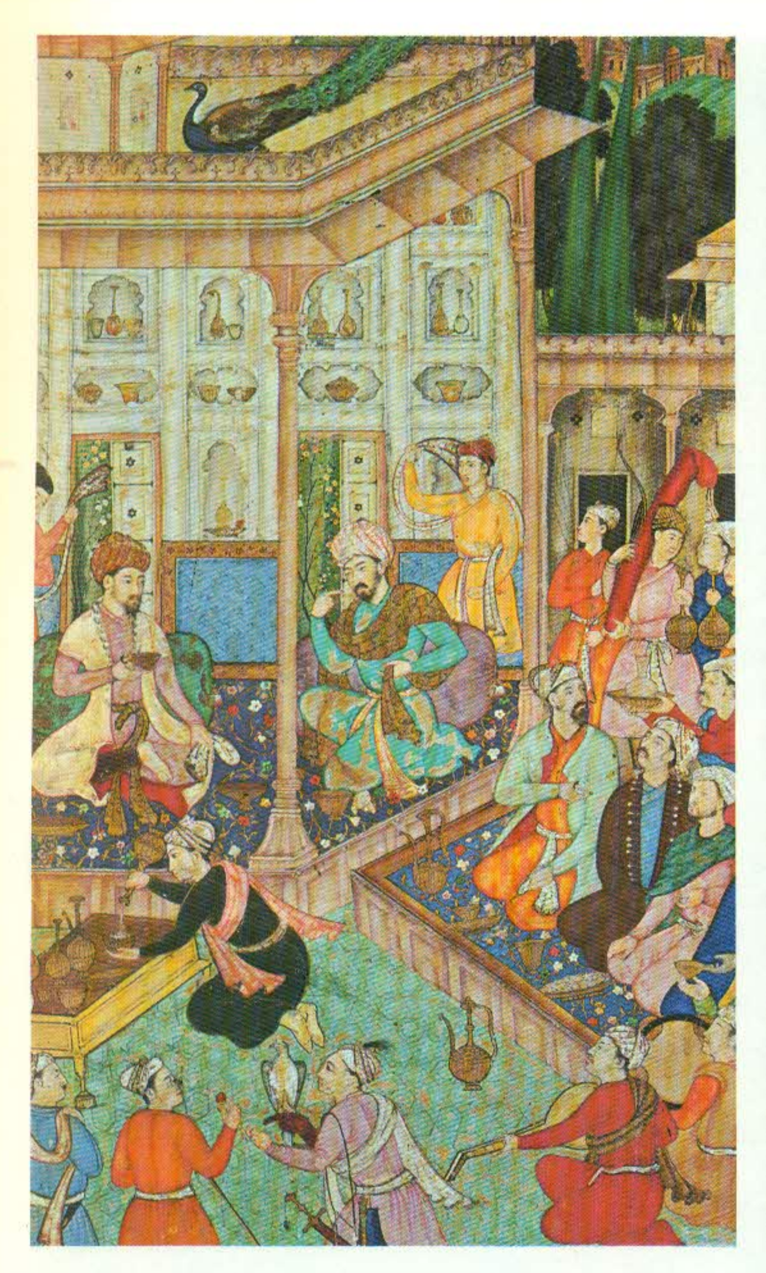
Arriba, conversaciones entre el soberano de la India y el emperador persa Abbas el Grande. El verdadero alcance de las fronteras de sus respectivos territorios estaba en juego constantemente. (Freer Gallery of Art, Washington.)

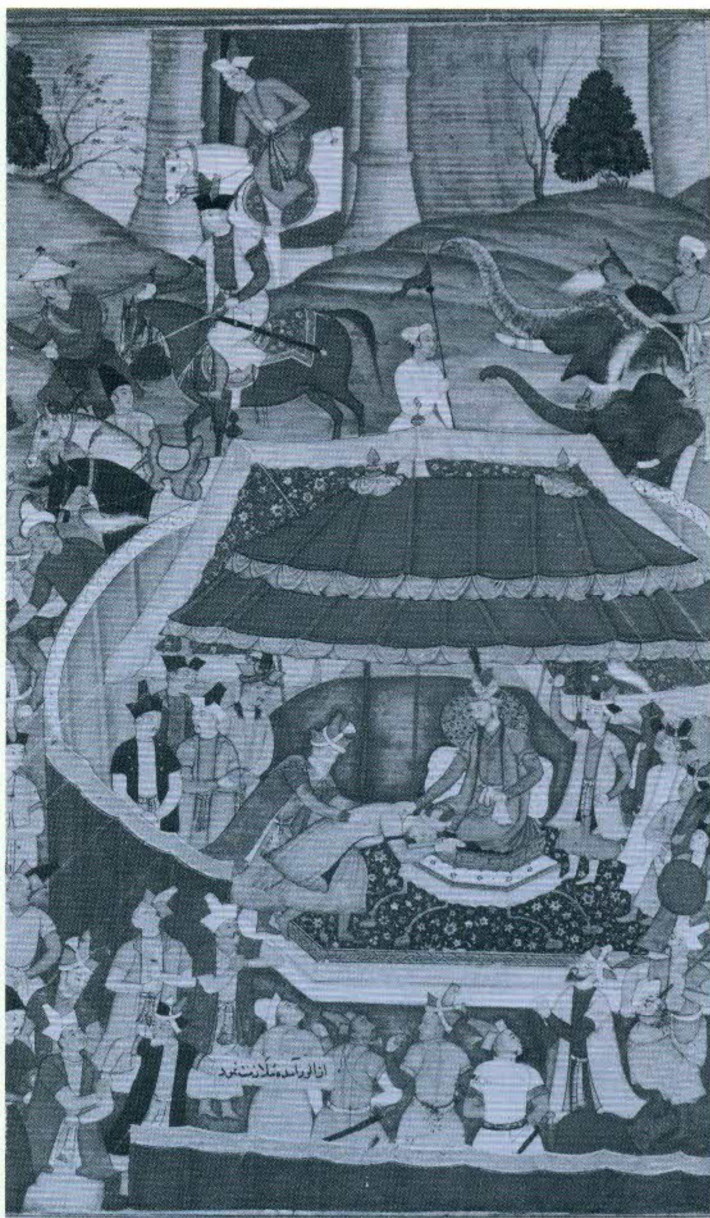
Izquierda, escena de una batalla, miniatura atribuida a Mahmud Musavir, hacia el año 1530. (Freer Gallery of Art, Washington.)

Página anterior, los tres grandes fundadores del Imperio mongol, de izquierda a derecha, Babur (1483-1530), Tamerlán (1370-1405), del que Babur se decía descendiente, y Humayun (1508-1556), el hijo de Babur.

miento de la unidad imperial fuese extremadamente difícil, ya que las tensiones entre el sultán y la nobleza eran constantes.

Inicialmente, Bahlul pudo confiar en la fortaleza de los Lodi en Punjab, en la conciencia afgana acerca de los peligros que amenazaban a su nuevo reino, y en las recompensas que podía ofrecer en los años de éxito. Además, siempre trató a los jefes del clan con gran deferencia, considerándoles como sus confederados y no como servidores. Sikandar adoptó el viejo estilo turco, decretando sus órdenes desde el trono y exigiendo que sus misivas fueran recibidas respetuosamente. Pero a





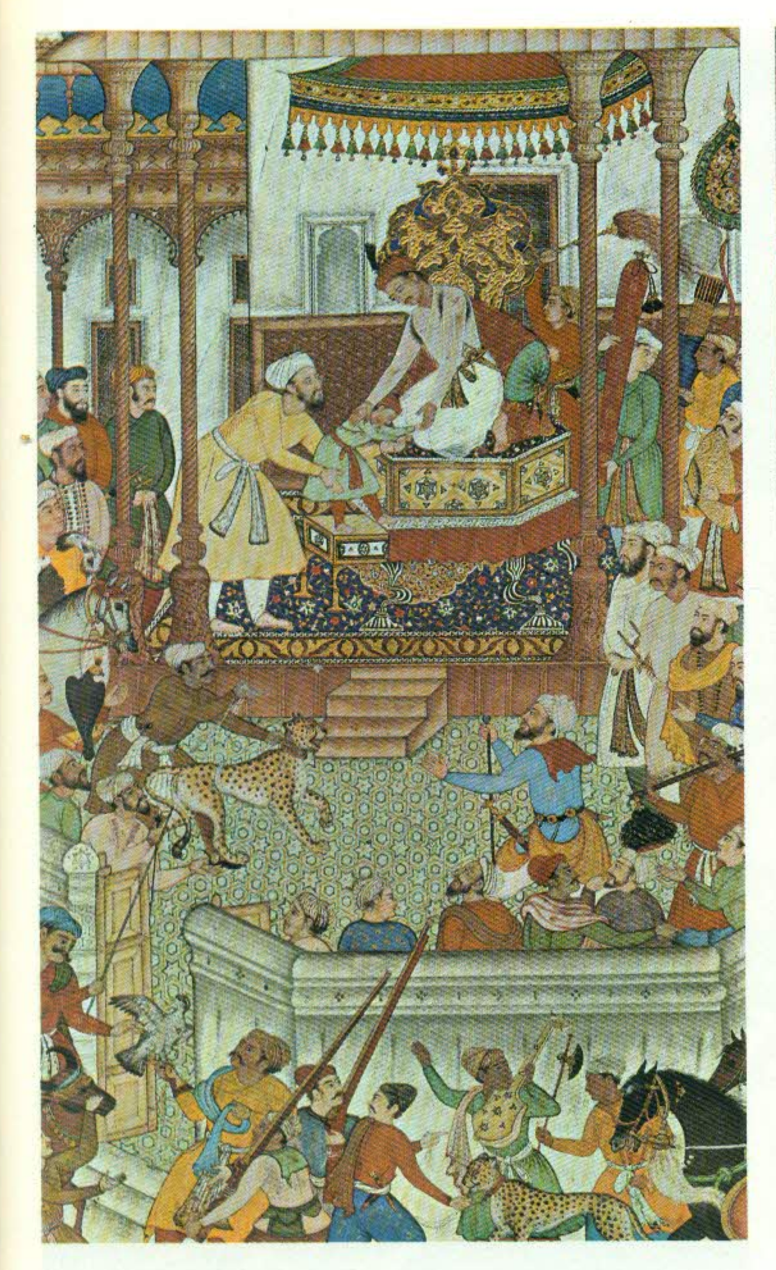
medida que el reino crecía, las asignaciones de tierras y servicios quedaron libres y los jefes perdieron el control sobre las recaudaciones.

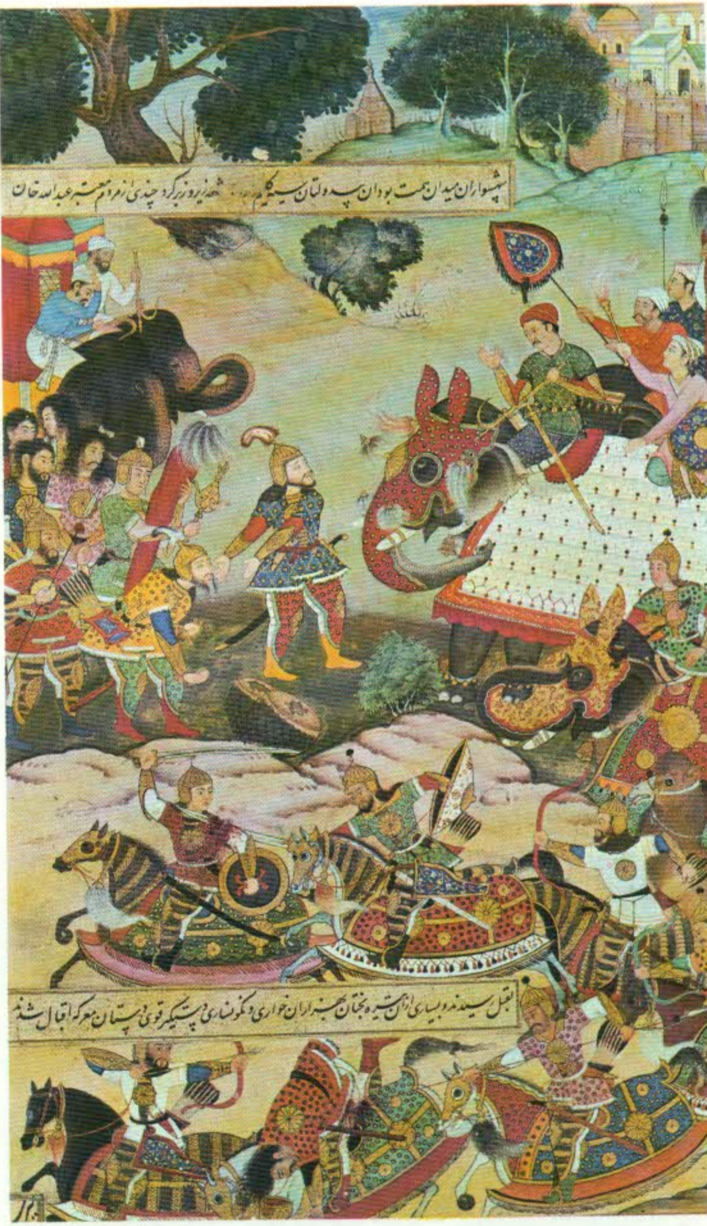
Bahlul pudo conservar solamente una modesta zona, al tiempo que asignaba los ingresos de grandes propiedades a sus seguidores. Más tarde, en tiempos de su nieto, los grandes jefes consideraron que sus feudos eran hereditarios y se opusieron a cualquier medida de control impuesta por el sultán. Asimismo, dado que eran en realidad los jefes de clan y no el sultán quienes reclutaban a los hombres de las tribus y asignaban los feudos o compartían los ingresos, eran ellos quienes recibieron la lealtad de los soldados. Ibrahim Lodi sucumbió a causa de la debilidad estructural del sultanato afgano.

Sher Sha levantó su poder explotando hábilmente las divisiones afganas y estrechando sus límites en una lucha triangular dentro del propio clan que incluía a Oudh y a Bihar. Pero tras conseguir el trono, conquistar Bengala y derrotar a los mongoles, tuvo que ocuparse en reforzar el poder central. Intentó ser razonable con los jefes, pero al propio tiempo cuidó de ampliar su ejército. Situó asimismo a guarniciones reales en grandes fortalezas como Rohtas en Punjab, y Rajmahalen en Bengala, e incluyó a numerosos mosqueteros hindúes de Bihar en su guardia personal. Los nobles eran requeridos temporalmente para prestar servicio bajo las órdenes de Sher Sha, y existía también un sistema de rutas y estaciones que constituían una eficaz red de espionaje.

Cuando Islam Sha subió al trono, muchos nobles trataron de reafirmar su poder y hacer patente su oposición. En consecuencia, Islam se endureció, dispersando a los clanes y arrojando a los niyazis del Multan. Cuando pudo, sustituyó el pago en metálico por la asignación de ingresos, lo que facilitó una mayor independencia a los nobles. El control de los caballos fue reforzado, cada ejército tuvo que costear a su propio mensajero, e Islam Sha utilizó gran cantidad de funcionarios hindúes, entre ellos al inteligente Todar Mal, que posteriormente fue ministro de finanzas del emperador Akbar, y a Hemu, que demostró ser un brillante general.

Tanto Sher Sha como Islam Sha reforzaron su gobierno a través de la reforma de la justicia y promoción del comercio. La adquisición de Bengala abrió las puertas del valle del Ganges al comercio marítimo, al tiempo que la construcción de carreteras con posadas para los viajeros estimuló el comercio interior. Todavía más importante fue la reforma fiscal sobre la tierra. El eterno problema consistía en conocer los límites del territorio dominado y cuántos ingresos debían ser recaudados. Los lodis confiaron esta tarea a los *ganungos,* recaudadores de carácter heredi-





Arriba, el emperador mongol Akbar avanza al frente de los suyos montado en un elefante con coraza; miniatura de principios del siglo XVII. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Izquierda, Akbar recibe en Agra al emperador de la India; miniatura del siglo XVII. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Página anterior, izquierda, el Gran Mongol Babur da una fiesta en palacio a finales del siglo XVI. Empieza el período más brillante de la historia musulmana en la India. (Musée Guimet, París.)

Página anterior, derecha, la corte del emperador Humayun, que reinó desde 1530 hasta 1556, con un intervalo de unos veinte años en que fue desterrado por las huestes de Sher Sha, hasta que recuperó su Imperio en 1555 con la ayuda de Persia. (Royal Academy of Arts, Londres.)

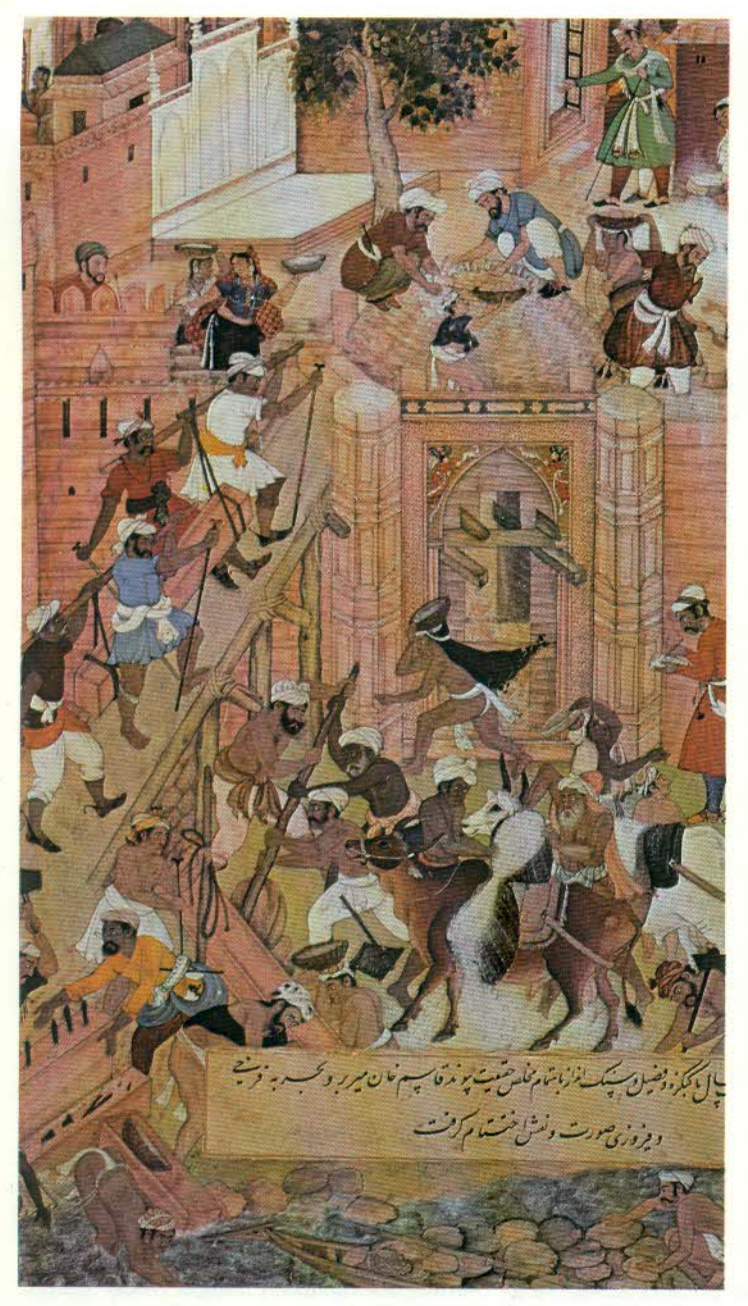
tario, quienes inspeccionaron las cosechas y aseguraron los beneficios.

Sher Sha impuso sobre su inmenso imperio un estrecho control burocrático. Su jerarquía de funcionarios tasaba regularmente a los pueblos de la zona, procurando que cada campesino pagase por su cosecha. Establecieron una relación completa de las proporciones para cada cosecha, y según el terreno pedían el equivalente a un tercio de la cosecha esperada —según el cultivo— y por adelantado. Este sistema cambió el trabajo de vigilancia de la administración financiera e impidió que los jefes obtuviesen más beneficios de sus posesiones que del coste de sus efectivos militares. Los ingresos de la corona aumentaron y los de los jefes disminuyeron.

Islam Sha murió en 1553 y su hijo, de sólo 12 años de edad, subió al trono. La nobleza, controlada duramente por la autocracia de Islam Sha, aprovechó la oportunidad. Tres días después el muchacho fue asesinado por su tío Mohamed Adil Sha, y a los pocos meses los diversos aspirantes al trono presentaron su batalla. Durante un tiempo el general hindú Hemu contuvo la catástrofe, pero en 1554, Humayun, al frente de sus mongoles, se dirigió desde Kabul a ocupar Lahore, y en julio de 1555 era ya el dueño de Delhi. La temprana muerte de Humayun revitalizó momentáneamente las esperanzas afganas, pero con el imperio del sur dividido entre tres rivales, el joven Akbar pudo destruir al ejército en Panipat en 1556 y a los demás líderes afganos al año siguiente.

Los conquistadores mongoles

En 1555, el viejo Humayun, exiliado en Persia, condujo de nuevo a los mongo-





les hacia la India, muriendo a causa de un desgraciado accidente seis meses después, y dejando a un muchacho como heredero.

Las *Memorias* de Babur proporcionan una respuesta a la cuestión del porqué del triunfo de los mongoles. Tanto él como sus sucesores se consideraban descendientes de Tamerlán y Gengis Kan. Cuando sólo tenía 14 años de edad, Babur le arrebató la ciudad de Samarkanda a su primo, y a los 18 años la perdió. A los 21 años conquistó Kabul, y gracias a la ayuda persa, volvió a capturar Samarkanda; cuando no pudo continuar dominándola, se dirigió de nuevo hacia la India, derrotó a Ibrahim Lodi y edificó un nuevo imperio.

Babur heredó el poder de una familia importante, pero demostró que podía valerse por sí mismo. Su nacimiento, el liderazgo y el éxito eran esenciales, pero en aquel tiempo no bastaban. Sus nobles, después de la victoria de Panipat, pidieron regresar a Kabul cuando el calor comenzó en la India, a pesar de haber sido ampliamente recompensados. Babur les contuvo a duras penas y comentó con amargura: «Cuando partí de Kabul la última vez, hice que muchos humildes obtuviesen la dignidad de los nobles, confiando en que preferirían pasar a través del agua y del fuego y me seguirían». Fue gracias a sus grandes peroratas y gestos melodramáticos que pudo mantener a sus hombres a punto para la batalla definitiva contra los rajputs. Babur era consciente de que el imperio que organizó entre Kabul y la zona central del Ganges tenía una estructura tan precaria como la del reino Lodi, pues era una construcción personal.

Humayun heredó el reino, y en una serie de campañas en Gujarat y Bihar, dejó constancia de su valor, pero a partir de entonces se mostró indolente e indeciso, y cuando aparecieron las dificultades personificadas en Sher Sha y sus hermanos, sus nobles y sus tropas le abandonaron. Mientras Humayun permaneció en el exilio, su hermano Kamran, que era el más culto aunque también el más falto de voluntad, se hizo cargo de sus seguidores y construyó un reino en Afganistán. No fue hasta 1553 que Humayun saldó la situación con su hermano Kamran, dos años antes de su regreso a Delhi.

Si Humayun fracasó por culpa de su personalidad, Akbar triunfó debido a ella. En 1556, en plena juventud, heredó un reino débil y precario. Durante cuatro años su fiel guardián persa, Bairam Kan, rechazó los ataques afganos y contuvo el descontento del pueblo mongol. Luego, Akbar tomó el mando personalmente,

mostrando su carisma y el buen juicio e imaginación heredados de su abuelo Babur. Una hazaña típica fue su cabalgada a lo largo de 800 kilómetros durante nueve días con 3.000 hombres a caballo, para aplastar una rebelión en Gujarat.

Su liderazgo y arrolladora energía posibilitaron la creación de un imperio tan extenso como el que construyeron los primeros Khalgis o Tughluqs. Primero la meseta Malwa, después los territorios rajput en la zona oeste, y en 1573 la provincia de Gujarat, todo cayó en su poder. En aquel momento Delhi controlaba las provincias manufactureras más ricas de la India. En 1573 el joven gobernador afgano de Bengala se negó a reconocer la soberanía mongol, y Akbar, prescindiendo de los torrenciales monzones, se dirigió hacia Bengala, anexionándose el territorio en 1576. De este modo Delhi consiguió una nueva salida hacia el mar, y los alimentos, sedas, muselinas y sal de una de las provincias más poderosas. En 1586 conquistó Cachemira, en 1592 Orissa y en 1595 Sind, completándose la reunificación de todo el norte.

Akbar, insatisfecho aún, se dirigió hacia el Deccan. En esa zona, el Imperio brahmán se había desintegrado, en los primeros años del siglo XVI, en cinco sultanatos sucesores: persa, árabe, mongol, musulmán y musulmán del Deccan. Su rivalidad permitió aumentar el poder de Vijayanagar, especialmente bajo Ramaraja, aliado con Golconda y Ahmadnagar contra Bijapur, y a su vez con Bijapur contra Ahmadnagar, lo que produjo grandes mermas militares en todos los sultanatos.

En 1565 los sultanes musulmanes unieron sus fuerzas en Talikota, derrocaron a Vijayanagar, asesinaron a Ramaraja y destruyeron la capital. Después, tras eliminar el peligro que provenía del sur, los sultanes se sintieron amenazados por los mongoles del norte. Akbar, antes de su muerte, acaecida en 1605, penetró en los sultanatos del norte del Deccan: Berar y Ahmadnagar.

Debido a su carácter personal, el Imperio mongol de Akbar debió de desaparecer con su creador, pero perduró hasta 1712 como gran potencia, hasta que el último emperador fue destituido en 1857. Esta longevidad indica la existencia de unas instituciones eficaces de una aceptación popular considerable.

Cuando Babur invadió la India, sus nobles y sus tropas eran en su mayoría turcas o mongoles, junto a núcleos persas y afganos. En sus *Memorias,* Babur se considera un «forastero en la India», enfrentado a la hostilidad y a las traiciones de hindúes y musulmanes. Akbar en sus comienzos dependió también de una nobleza que en sus tres cuartas partes provenía del extranjero, particularmente de Asia central. Sus éxitos atrajeron a gran cantidad de gentes a la India, especialmente persas, lo que reforzó su posición. No obstante, tuvo más importancia su instrumentalización de la nobleza rajput.

En 1562 el gobernador rajput de Amber —Jaipur— buscó la protección de Akbar, concediéndole la mano de su hija. El matrimonio político no era una novedad en la India, pero aquella vez sí lo fue, pues gracias a la felicidad que le proporcionó su esposa, madre de su primer hijo Jahan-

Miniatura mongola de la corte de Akbar, en Agra. El emperador recibe a un embajador de su aliada Persia en el año 1565. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Página anterior, izquierda, Akbar supervisa la construcción de un fuerte que debía asegurar las principales rutas comerciales del norte de la India.

Página anterior, derecha, las tropas de Akbar se preparan para asaltar una ciudad india en 1568.





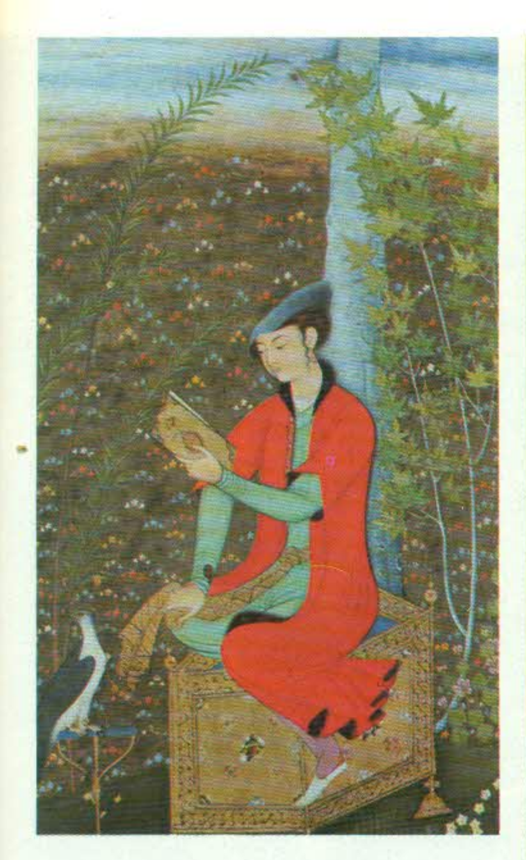
gir, y de los buenos servicios prestados por sus parientes, Akbar concedió a los rajputs los más altos cargos y los mandos de mayor responsabilidad. Algunos clanes negaron la soberanía imperial y lucharon por su independencia, pero la mayor parte permanecieron leales, siendo fieles servidores del Estado y casándose con miembros de la familia imperial. Akbar elevó a los rajputs al mismo rango que los nobles turcos y persas, aboliendo los signos de inferioridad hindú, tales como el *jizya* o impuesto para los no musulmanes, estableciendo una alianza que perduró en los dos siglos siguientes. Otros hindúes alcanzaron posiciones elevadas, como el khatri Todar Mal, funcionario de Islam Sha y ahora ministro de finanzas y general. Otros más se emplearon como administradores e intermediarios. Así, los mongoles, que comenzaron siendo invasores, se convirtieron en una dinastía hindú aceptada por la mayoría del pueblo.

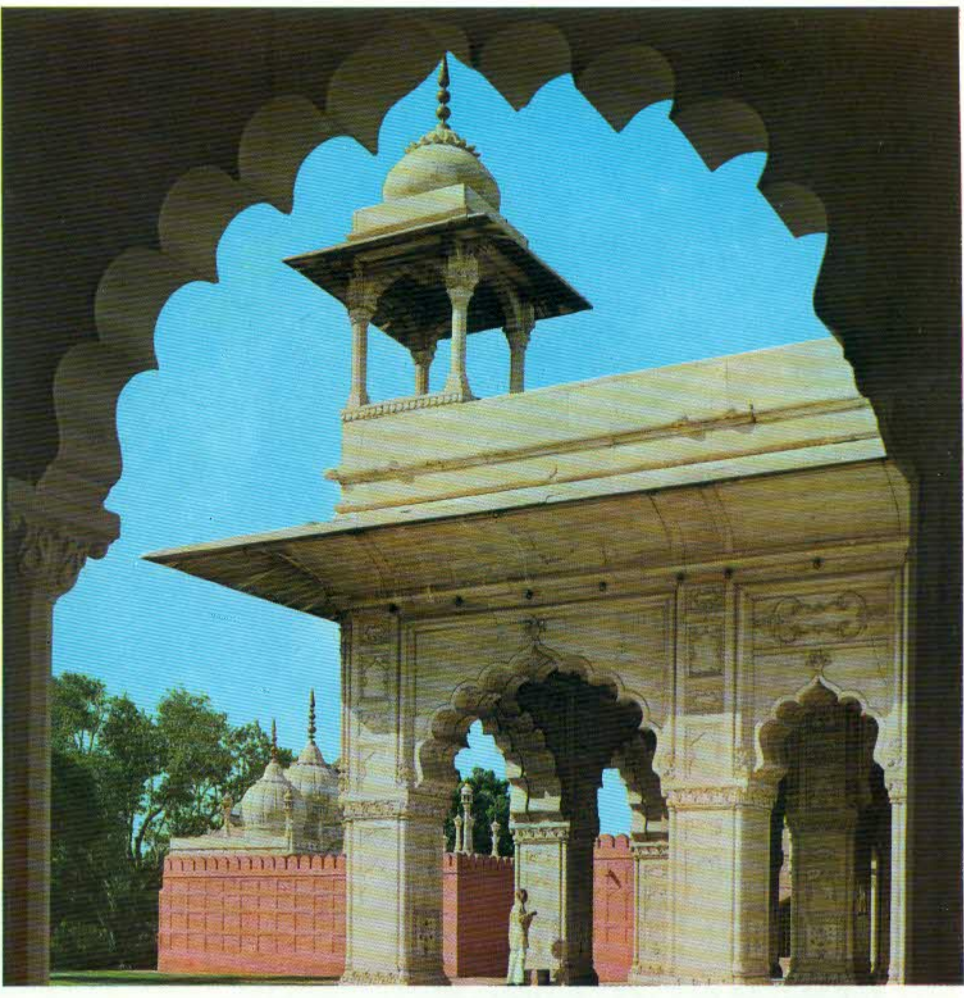
El proceso se vio facilitado por el hecho de que Akbar, al igual que otros miembros de su familia, no fue muy ortodoxo en cuestiones de religión. De niño tuvo contactos con persas y musulmanes de la secta shia, y se sintió atraído por el misticismo sufí. En aquel tiempo, estaban vigentes algunas órdenes sufí en la India, y la devoción por lo místico era muy importante en el hinduismo, habiéndose extendido por todo el norte de la India, a partir del sur, en Tamil. Este movimiento bhakti, a través de la entrega personal a Dios y la esperanza en su magnanimidad, rechazó el ritualismo y el razonamiento del antiguo hinduismo. Predicadores como Kabir o Nanak, fundador de la religión sikh, combatieron el rígido sistema de castas y las pretensiones de los brahmanes.

La mentalidad abierta de Akbar posibilitó el debate cortesano sobre los principios musulmanes y amplias discusiones sobre el hinduismo, el jainismo, el zoroastrismo, y a partir de 1580, en que los jesuitas portugueses llegaron a la corte, sobre el cristianismo. Así pues, en 1582, la ortodoxia musulmana y la antigua nobleza, celosas de los recién llegados, unieron sus fuerzas y se rebelaron. Akbar acabó con ellos y con las discusiones religiosas promulgando su propio *din-i-ilahi* o «Fe Divina», sistema ecléctico de varias religiones, y el culto se centró en el propio emperador. El nuevo orden religioso apuntaba la posición semidivina del emperador —representado pictóricamente a través de un halo alrededor de la cabeza— y le situaba por encima de todos los demás gobernadores, musulmanes o hindúes.

Las instituciones del Estado mongol

Akbar reclutó a la aristocracia para su servicio, evitando así tener que apoyarse en los clanes, como le sucedió a Bahlul Lodi o a Sher Sha. Después de su muerte le sobrevivió una burocracia imperial estabilizada con unas normativas de promo-





ción basadas tanto en el talento como en el linaje. La administración estaba perfectamente regulada, era impersonal y aseguraba la subordinación de los más grandes funcionarios a sus gobernantes, al mismo tiempo que les permitía hablar libremente.

El imperio dejó de estar dividido en feudos militares casi hereditarios y grandes señoríos; en su lugar habían provincias, distritos y grupos de pueblos, con sus correspondientes funcionarios que, semanal o mensualmente, informaban según unos códigos departamentales a los ministros de la capital. En las ciudades un comisario era responsable de la policía, de regular el mercado, del orden y de la moral públicas, mientras que en las grandes poblaciones había un *gazi*, administrador de las leyes del pueblo musulmán.

En la capital, el *wazir* o primer ministro, que en el sultanato detentó a menudo el máximo poder, tenía que compartir su autoridad con un administrador general, el ministro de la renta pública. Toda acción importante requería la firma de uno u otro de estos ministros, aunque ambos tenían deberes específicos de su departamento, auxiliado por un secretario particular y un cuerpo de funcionarios especializados. Esta burocracia era leal y eficaz. Por ejemplo, el ministro de la renta pública dirigía cuatro departamentos encargados respectivamente de las tierras de la corona, los salarios, la contaduría y los interventores.

Sher Sha e Islam Sha habían conseguido unificar los ingresos y su recaudación mediante la introducción de un sistema de cálculo sobre los cultivos. Los funcionarios de Akbar lo continuaron, teniendo siempre en cuenta las variaciones de los precios de los mercados provinciales y de la producción obtenida en la región. Por último, elaboraban estadísticas detalladas con el total de productos y precios de cada distrito del Imperio, tanto de la cosecha de primavera como de la de otoño, y de los cultivos de los diez últimos años. Esta relación quedaba expuesta en unas tablas, a partir de las cuales, un funcionario de distrito podía calcular los pagos a realizar según los acres de terreno y los cultivadores, y según las diversas cosechas.

Cuando Akbar murió en 1605, su Imperio se extendía desde Kandahar a Calcuta, y desde el Himalaya a la meseta del Deccan. Su administración, poderosa y eficiente, atraía y protegía a numerosos intelectuales turcos, uzbekos, persas, musulmanes indios y rajputs, posibilitando la unificación de los servicios imperiales y una cultura común, de estilo y lenguaje persa, pero enriquecida con las contribuciones indias en música y arquitectura. Su hijo Jahangir, en parte de origen rajput, heredó un trono que sobresalía por encima de todos los demás.

Arriba, el pabellón para audiencias privadas del Fuerte Rojo de Delhi (siglo XVII), palacio imperial indio que consta de múltiples dependencias, desde una mezquita hasta una sala de música.

Izquierda, muchacho atento a la lectura; miniatura de principios del siglo XVII atribuida a Muhammad Ali. (Freer Gallery of Art, Washington.)

Página anterior, izquierda, príncipe mongol a caballo. Los guerreros se entrenaban en la equitación desde temprana edad, y llegaban a ser verdaderos expertos. (Royal Academy of Arts, Londres.)

Página anterior, derecha, el emperador Babur celebra un acto de homenaje a los estandartes echándoles granos de comino por encima. (British Museum, Londres.)



Los antiguos reinos del sudeste asiático

Desde los primeros tiempos el sudeste asiático permaneció en la encrucijada de la ruta del comercio marítimo entre Oriente y Occidente. En esa zona surgieron algunos antiguos reinos que unieron las influencias extranjeras a las culturas indígenas, constituyendo unas sociedades que reflejaban los diversos orígenes étnicos de sus pueblos.

Uno de estos primeros estados fue el de Funan, que se desarrolló en el valle del Mekong, y fue fundado, al parecer, por un mercader indio que se casó con una princesa khmer, estableciendo un reino hindú en las Indias orientales. Funan es el nombre chino del khmer *phnom*, que significa «montaña» y probablemente derivaba de la práctica de los primeros gobernantes que construyeron sus templos en las tierras altas y se llamaban «los reyes de la montaña». La importancia de Funan en aquel período estribó en su transformación en un lugar adecuado para el desembarco de los barcos comerciales que viajaban a través del mar de Eritrea, nombre con el que era conocido por aquel entonces el océano Índico.

Desde el siglo I de la era cristiana, en Occidente hubo un creciente interés por el comercio marítimo con el sudeste asiático. En la literatura occidental figura como una «tierra paradisíaca», en la que podían conseguirse metales preciosos. El geógrafo latino Pomponius Mela escribió en el año 43 acerca de las «islas de Chrysia y Argyria». Plinio, en su *Historia natural*, escribió sobre el «promontorio de Crysia». Un relato completo sobre la zona fue el facilitado por un capitán de barco greco-egipcio, titulado *Periplo por el mar de Eritrea*, en el que los habitantes del sudeste asiático son descritos como «hombres de cuerpo corto, ancho semblante y temperamento pacífico».

Ptolomeo creyó que el lugar estaba formado por unas «islas de oro» habitadas por «caníbales con rabo». Los pequeños barcos que comerciaban se veían forzados a realizar el viaje en diversas etapas. Funan, que se extendía por todo el sudeste asiático, y ocupaba principalmente la bahía de Bengala, era el puerto natural para que se realizara el transbordo de las mercancías.

Al este de Funan vivían los guerreros del pueblo cham, que formaron el reino de Champa en el siglo II. Los cham establecieron un centro religioso cerca de Hue, aceptaron el hinduismo y el budismo y adoptaron las costumbres de la sociedad hindú.

Sin embargo, la estabilidad política de Champa estuvo amenazada desde el co-



mienzo por el crecimiento de la influencia china en el norte. Ya en el siglo VII antes de Cristo, el estado feudal de Chou demostró interés por las regiones tropicales del sur. En el siglo III antes de Cristo, los ejércitos chinos penetraron hacia el sur y ocuparon Vietnam.

China envió un funcionario militar llamado Chao To como administrador de la zona, que se casó con una mujer vietnamita, introdujo el lenguaje chino y declaró la independencia de la zona, asumiendo el título de «Rey Marcial de Vietnam». Los gobernadores Han trataron de restablecer el control chino sobre la región, pero las incursiones bárbaras en el norte de su propio país les impidieron culminar la operación.

En el transcurso de los siglos siguientes hubo frecuentes enfrentamientos entre los cham y los chinos, y finalmente, en el año 679 los poderosos ejércitos chinos invadieron el sur y establecieron el protectorado de Annam.

Arriba, vista general del enorme templo de Angkor Vat, consagrado a Vishnú a comienzos del siglo XII. Es el conjunto arquitectónico más impresionante de Angkor, la antigua capital del Imperio khmer.

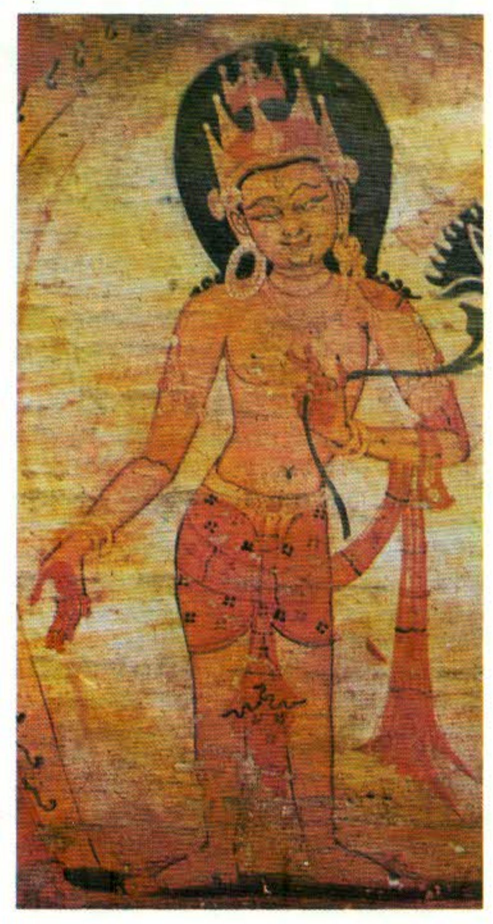
Página anterior, vista parcial de uno de los templos del santuario budista de Borobudur (Java), construido durante el siglo IX.

La aparición de Chen-La

En esa época, en el valle del Mekong surgió un nuevo poder que conquistó el reino de Funan. Era el estado de Chen-la, formado por el pueblo khmer. Tras ocupar Funan, se debilitaron a causa de disensiones internas, siendo más tarde dominados por los reyes piratas Sailendra de Java. A pesar de todo, en el siglo IX los khmers volvieron a reunificarse bajo el rey Jayavarman II, fundador del gran Imperio khmer.

Uno de los mayores éxitos del rey Jayavarman II y sus sucesores fue realizar un extenso programa de construcciones. La capital Angkor contenía numerosos edificios de madera, piedra y ladrillo, profusamente tallados con motivos hindúes y budistas. El más significativo era el santuario de Vishnú construido por Suryavarman II (1113-1150). Este gran complejo, del que todavía se conservan sus ruinas, está considerado como el mayor monumento religioso del mundo (1,5 km² de superficie).

Entre los siglos IX y XIII el pueblo khmer mantuvo su supremacía en el sudeste asiático, especialmente frente a los cham, los laosianos, birmanos y tailandeses. Los chinos trataron periódicamente



Arriba, estatua colosal de Buda yacente cerca de la ciudad de Ayutthaya, que durante casi cuatro siglos, a partir de su fundación en 1350, fue la capital del reino de Tailandia.

Izquierda, el Bodhisatva Manjusri, ilustración de la cubierta de un manuscrito del Pancharaksa *del año 1150. (Museum of Indian Art, Calcuta.)*

Página anterior, relieve de uno de los templos de Borobudur.

de extender su control desde el norte y en tres ocasiones, durante el siglo XIII, la región fue invadida por los mongoles de Kublai Kan.

Los imperios de las islas

Mucho antes de ese período, el principal centro de la actividad económica y política se trasladó hacia el sur, donde los imperios de Java, Sumatra y Borneo habían adquirido una gran importancia. El más conocido de todos fue el de Srivijaya, desarrollado a partir de la consolidación del comercio indio en el sur de Sumatra.

Después de los siglos IV y V, y a medida que Funan declinaba, el centro del comercio marítimo de la India se desplazó más allá de Sumatra, situándose alrededor de la península malaya.

En el siglo V, el peregrino chino Fahsien, que había viajado a la India a través de la ruta terrestre de la seda, realizó el camino de vuelta por mar. En la primera parada de su viaje, que se prolongó durante cinco meses, se vio forzado a esperar en la costa norte de Borneo, debido a que los vientos del monzón le llevaron hasta Cantón. Esta circunstancia le sirvió para apercibirse de que el brahmanismo florecía en toda la región y que el budismo languidecía.





A finales del siglo VII la posición del budismo había mejorado notablemente en el sudeste de Asia. El monje chino I-Tsing, que viajaba a la India por vía marítima, permaneció durante algunos años en Srivijaya, donde tradujo escrituras sánscritas y contribuyó a la expansión del budismo mahayana.

A lo largo de los siglos VIII y IX, Srivijaya creció y se fortaleció. La capital, Palembang, se convirtió en el puerto de los barcos que transportaban los productos desde el este de África, Arabia y Persia a la costa de la India. A medida que su importancia aumentó, fue atrayendo el comercio de la zona de los estrechos de Malaysia y China. En realidad, en aquella época la actividad de los comerciantes persas y árabes se extendía hasta la costa de Cantón, a la que los T'ang conferían un carácter muy cosmopolita. Después del año 850, Srivijaya se unió a los reinos de Sailendras y Java, y fue el poder predominante en el sudeste asiático. En el siglo XII su influencia alcanzaba a la lejana Formosa, situada en el norte.

No obstante, Srivijaya comenzó a declinar desde el siglo XIII, debido a que la creciente demanda de productos naturales de la zona (oro, estaño, marfil, ébano, alcanfor), y por encima de todo las especias, tan valoradas en el mundo medieval (pimienta, nuez moscada y clavo), fomentaron el desarrollo de los estados exportadores de estos productos. A su vez, los estados de Java, Kediri, Singosari, Malay y Majapahit se fortalecieron y absorbieron el importante comercio de las especias.

Durante más de un siglo, Majapahit, el principal y último de los estados hindújavaneses, mantuvo la dominación sobre las islas, el continente y la lejana tierra de Annam. La expansión del Islam hacia el este, en el siglo XIV, desembocó en la hegemonía comercial del centro musulmán de Malaysia, que se eclipsó a su vez con la irrupción de los portugueses.

La experiencia china



El período de crisis política que surgió en China tras la caída de los T'ang terminó en 960, con los Sung. Los emperadores Sung, que gobernaron desde 960 a 1297, establecieron la tercera de las grandes dinastías de la historia china. Tanto por sus éxitos como por sus características, este período contrastó extremadamente con el de los Han y los T'ang.

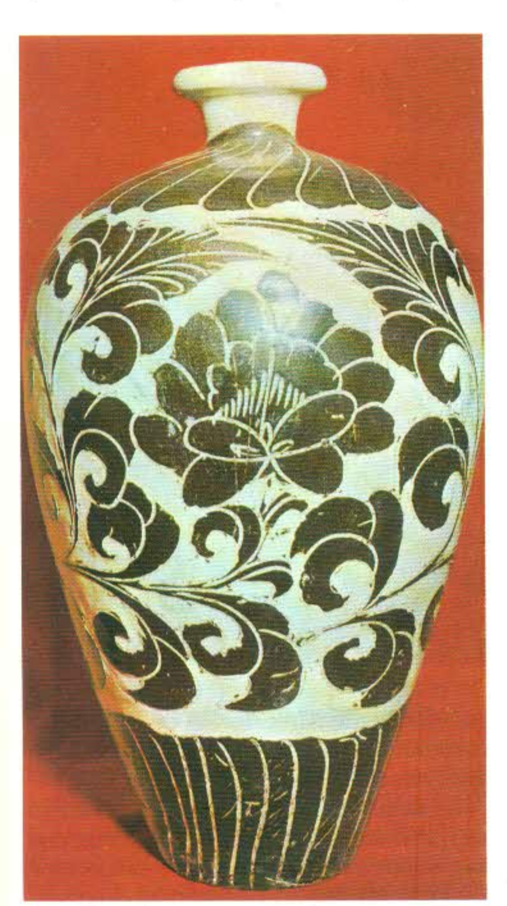
Desde la época en que los Chin unificaron el país por primera vez, los chinos mostraron tendencias expansionistas, poniendo de manifiesto una actitud confiada y agresiva en los asuntos exteriores, extendiéndose hacia el Asia central, Corea y Annam. Esta fase expansiva finalizó a mitad del período T'ang.

Durante los siglos X y XI la presión de las tribus bárbaras en el norte y en el oeste crearon graves problemas en las tierras de la frontera china. A causa del debilitamiento del poder militar, tuvieron que confiar en sus mercenarios, y los chinos, que en su mayoría pertenecían al pacífico pueblo de los Sung, fueron sometidos gradualmente a la presión de los bárbaros del norte. Desde el primer momento se vieron obligados a pactar con el poderoso reino de los tártaros de Liao, que dominaban Manchuria, Mongolia y una parte muy sustancial del norte de China. Los Sung, para poder vivir en paz, abandonaron la tradicional política china de exigir tributo como reconocimiento de su soberanía, enviando en cambio un tributo anual a Liao de oro y seda.

En el siglo XII, durante el reinado de Hui Tsung, las tribus ju-chen del norte de Liao se rebelaron. Los Sung se aliaron a ellos con la intención de conseguir un mejor control sobre Liao, pero el resultado fue desastroso. Los Ju-chen penetraron en el sur, derrotaron a los Liao en 1125, y establecieron la dinastía Chin.

Los Sung trataron desesperadamente de llegar a un entendimiento con sus nuevos y belicosos vecinos, pero pocos años después un ejército Chin saqueó la capital Sung, en K'ai-feng, y capturó al emperador y a la mayoría de su corte. El resto del gobierno Sung huyó hacia el sur, donde las tropas se reagruparon bajo el mando de Hui Tsung, que formó la dinastía de los Sung del sur, con capital en Hang-chou.

En este nuevo emplazamiento político, la dinastía logró una sorprendente recuperación, desarrollando nuevas actividades y dejando tras de sí un importante recuerdo, hasta que fue conquistada finalmente por los mongoles de Kublai Kan.



Arriba, teatro existente en el recinto del palacio imperial de verano, en las cercanías de Pekín.

Izquierda, jarrón del período Sung. Los jarrones de este tipo se caracterizan por su decoración sobria, compuesta de hojas y flores estilizadas, ideogramas y motivos animalísticos. (Metropolitan Museum, Nueva York.)

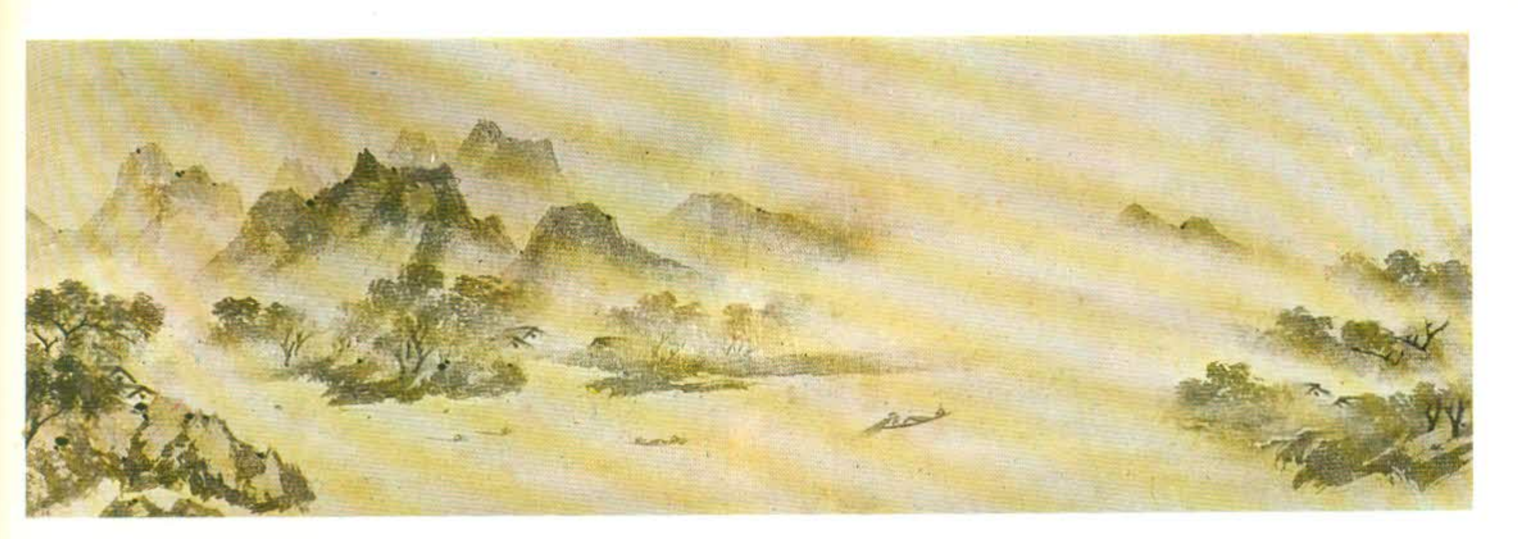
Página anterior, arriba, relieve del templo del Bayon (siglo XIII), construido en el período más glorioso del Imperio khmer.

Página anterior, abajo, estatua de mujer que forma parte de un relieve con episodios de la vida de Buda, en un templo de Borobudur.



El traslado Sung hacia el sur no interrumpió el desarrollo de los conocimientos técnicos que fue una de las características más significativas de aquel período, especialmente en medicina, biología, arquitectura, matemáticas y técnicas militares. Referencias chinas escritas alrededor del año 1000 dan fe de que las cualidades explosivas de la polvora, conocida ya en China, fueron utilizadas contra los Chin. Asimismo, los Sung, en sus nuevos territorios, se dedicaron a incrementar los conocimientos técnicos sobre la irrigación, alentados por la necesidad de mejorar los suministros de alimentación de la inmensa cantidad de gente que huía hacia aquella zona desde el norte.

La actividad de los Sung en el comercio marítimo también se vio acrecentada con su traslado hacia el sur. Desde la época de los Han, los barcos chinos habían comer-



ciado por toda la zona costera del sudeste asiático, pero la mayor parte del comercio extranjero de China se había desarrollado por tierra. La decadencia de la influencia china en el último período T'ang fomentó el cambio de rumbo, desembocando en un fuerte aumento de la importancia del tráfico marítimo entre los siglos VIII y XIII. Se mejoraron los métodos de navegación y la construcción de barcos mayores y más seguros ayudaron a desarrollar esta actividad.

Al mismo tiempo, los mercaderes árabes y persas que operaban en las aguas del sudeste de Asia demostraron un creciente interés hacia los productos chinos, muy abundantes gracias al largo período de prosperidad de los T'ang. Esto produjo una fuerte expansión del comercio oceánico durante la etapa Sung. Tal comercio estaba inicialmente controlado por los árabes y los persas y, en consecuencia, fueron fundadas comunidades extranjeras en enclaves de toda la costa china. Pero durante la etapa de los Sung del sur, este tráfico pasó a manos de los mercaderes chinos, que rápidamente controlaron el comercio de sedas y porcelanas chinas, muy solicitadas en el sudeste asiático y en territorios todavía más apartados.

El gran aumento del comercio marítimo de mercancías de lujo reflejaba la expansión de la economía china, y a pesar de las dificultades políticas existentes, el pueblo Sung vivió en un período de gran desarrollo técnico y cultural. La perfección artística de las porcelanas Sung, especialmente sus tonos grises y verdeceladón, eran ya en aquel tiempo muy apreciadas. El genio artístico Sung se expresó también a través de sus pinturas, y sus artistas, una vez superada la decadencia del budismo, comenzaron a experimentar, pintando paisajes impresionistas y motivos naturales.

La vigorosa actividad intelectual impregnó todos los ámbitos culturales. La literatura, que había buscado nuevos ámbitos en el período T'ang, continuó investigando nuevas fórmulas, y se produjo un gran incremento del número de escuelas y academias. Las actividades populares de la vida urbana, con sus teatros, salones de té y restaurantes, pusieron de manifiesto el alto nivel cultural de las gentes.

El renacimiento intelectual de los Sung puede ser explicado por los grandes avances realizados en ese período en la producción e impresión de libros y papeles. Desde los tiempos de los Han los chinos habían seguido la práctica de grabar textos clásicos en piedra y en sellos de madera o metal, tanto para el uso oficial como para el privado.

Estos procesos propiciaron el desarrollo de la impresión en madera, que tuvo un gran auge durante la etapa budista. El libro chino apareció cuando se imprimían una serie de bloques de sutil fibra de madera y a continuación se plegaban. Un *sutra* budista fue impreso ya por ese sistema en el 868, y al siglo siguiente fueron impresos así todos los antiguos clásicos. Durante el período Sung, la impresión en bloques estuvo muy desarrollada y se experimentaron sistemas con tipos movibles.

Al igual que en la época del Renacimiento en Occidente, el descubrimiento de la imprenta impulsó el saber y el conocimiento, pudiéndose realizar extensas compilaciones de los clásicos, de temas históricos y de enciclopedias. Este hábito, que se inició en el período de los T'ang, se continuó con los Sung y con las dinastías siguientes, haciendo de China uno de los centros más competentes en la compilación de documentos.

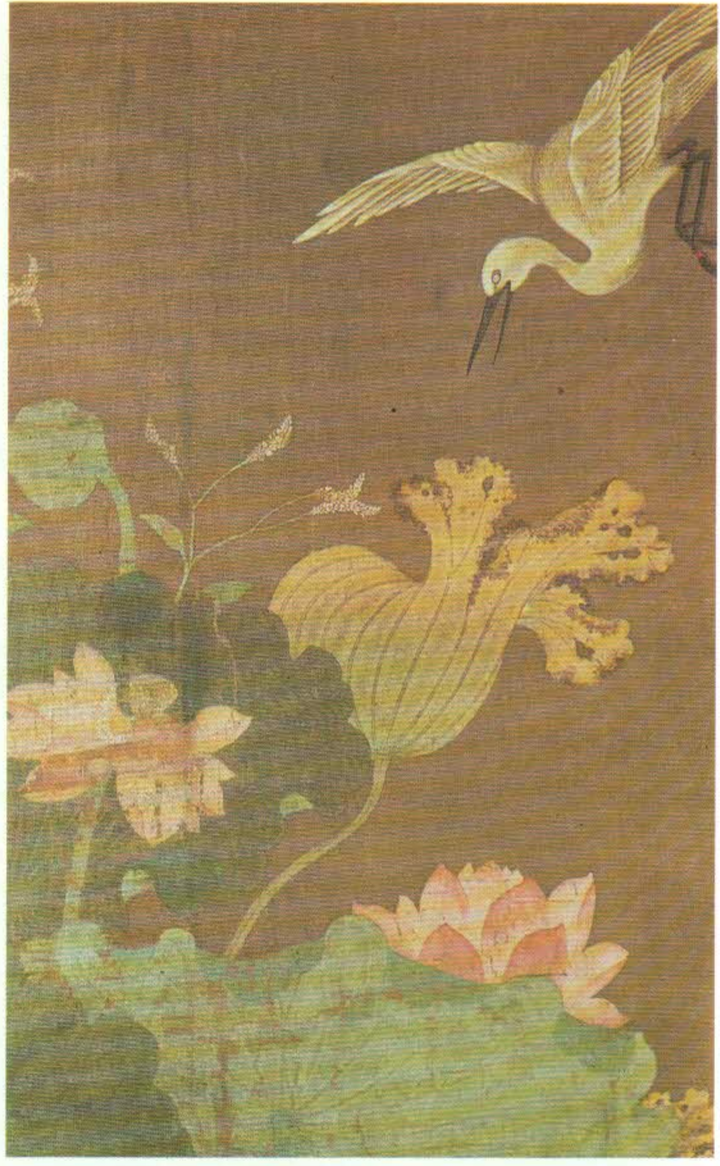
Esta gran actividad literaria produjo un profundo espíritu crítico y un mayor conocimiento de los clásicos. Simultáneamente, el budismo comenzó a declinar en beneficio del confucianismo.

Gracias al esfuerzo de un buen número de eruditos, los principios básicos del confucionismo fueron reinterpretados, siendo los trabajos de Chu Hsi (1130-1200) el

Atardecer en un villorrio de pescadores, *pintura de la escuela Chan atribuida al monje Mu chi (1210-1275), uno de sus más notables representantes. (Museo de Arte Nezu, Tokio.)*

Página anterior, ilustración del siglo XVII sobre la leyenda del emperador Kao-Tsong, que cruzó el país en busca de un hombre con el que había soñado que compartiría su reino. Conoció a un campesino que respondía a la descripción y lo nombró ministro de Estado.





punto álgido de esta síntesis, que estableció la ortodoxia dominante en el pensamiento chino hasta el siglo XIX.

La cultura china

Desde tiempos remotos los chinos tenían una opinión del mundo naturalista y racional. En el antiguo pensamiento chino habían muy pocas especulaciones sobre el origen de la creación, y el surgimiento de la civilización era atribuido a la inteligencia de los antiguos sabios, y no a una voluntad divina. De manera similar, la evolución de la sociedad era vista como resultado de la labor del esfuerzo humano.

Los esfuerzos de la humanidad y el bienestar de la sociedad dependían de su armonía con la naturaleza, o al menos de su relación con el orden natural. El desorden social indicaba una violación del orden cósmico y la reacción instintiva era restablecer el equilibrio de fuerzas que situaban al hombre en armonía con la naturaleza.

Este pensamiento permanecía en la raíz de las perspectivas filosóficas chinas, y en su más amplio sentido se reflejaba en el concepto de interacción entre el *yang* y el *yin*, o elementos masculinos y femeninos, que impregnaban todas las relaciones y las cosas. Por otra parte, la madera, el metal, el fuego, el agua y la tierra, eran elementos esenciales, y cada uno de ellos actuaba sobre los otros de un modo predeterminado. Los naturalistas del período Chou resaltaron la fuerza mística de tales conexiones y sus teorías quedaron escritas en en pensamiento taoísta y en el confucianismo.

La pasión por el orden y por la clasificación dominó la visión china de la sociedad, a la que idealmente consideraban establecida alrededor de una jerarquía social perfectamente definida en la que cada uno ocupaba su lugar. La gran masa de población campesina permaneció, pues, bajo la dominación de una burocracia culta al servicio del emperador.

El hombre culto era el que sabía reconocer su lugar en aquel esquema, y vivía y contribuía al bien común sin violar el orden establecido. Su conducta estaba regulada por unos fuertes sentimientos de lo que era la conducta correcta. La creencia de que el hombre era «bueno por naturaleza» estaba profundamente arraigada, del mismo modo que la de que un gobierno basado en la virtud podría hacerse con el corazón de los hombres. Tales conceptos eran una parte esencial de la filosofía china.

La norma comúnmente aceptada era el principio de la «honradez social» (*yi*) al que todos debían «conformar su conducta» (*li*), y mantener su «buena fe», (*hsin*). El «hombre superior» (*chuntzu*) era aquel que demostraba su gran dominio del *li* a través de presentar al pueblo buenos ejemplos de su «benevolencia», (*jen*).

Aunque este código de conducta se aplicaba con mayor rigor a las clases altas, se extendía a todos los niveles de la sociedad china y dictaba el sistema de las

cinco relaciones principales del confucianismo: padre-hijo, gobernante-súbdito, marido-mujer, hermano mayor-hermano menor, y amigo-amigo.

La acentuación del rigor de estas relaciones era radical en el sistema familiar, y a través de la familia, en los clanes y en la organización gremial. Posteriormente, en tiempos de los Han se constituyó en credo político, y el confucianismo facilitó a los sucesivos emperadores la ansiada lealtad de sus súbditos, de acuerdo con su prosecución del ideal imperial.

A lo largo de toda la época imperial no quedó definido claramente el papel del emperador y el Estado. En teoría, si el emperador era la autoridad suprema, debía de amoldar su conducta al código de conducta establecido, y si un gobernante actuaba de manera arbitraria y destruía el equilibrio natural, el país entraba en un período de grandes calamidades. En la opinión popular, las catástrofes naturales tales como las inundaciones o el hambre eran consideradas como el fracaso de su gobernante, el cual sólo podía disfrutar del «mandato del cielo» si sus acciones guardaban armonía con la naturaleza. El filósofo Mencius consideraba que el pueblo tenía el derecho a rebelarse si el equilibrio natural era destruido voluntariamente.

A medida que el Estado extendió su control, no siempre estuvo dispuesto a aceptar las limitaciones sobre sus actos. El apoyo de Ch'in Shih Huang Ti en los hombres de leyes y su tentativa por controlar el pensamiento, tal como puede apreciarse en su quema de libros en el año 213 antes de Cristo, fue un primer ejemplo del sistema empleado por un gobernante para imponer otro código de valores. Con el tiempo, el concepto de *chung*, o «lealtad hacia un superior», cobró gran importancia. En la práctica, al igual que sucedía en los primeros griegos, había conflicto entre las diferentes lealtades que conducían a trágicos enfrentamientos entre los diversos conceptos del derecho.

Estas creencias, formuladas primero en tiempos de los Han, fueron superadas durante los siglos siguientes a causa de las invasiones extranjeras y los cambios políticos. Entre las dinastías Han y T'ang hubo una gran permeabilidad respecto a las enseñanzas del taoísmo, especialmente por su apelación al lado místico del espíritu humano, y respecto al budismo, por su promesa de salvación personal.

En el siglo X, el flujo y reflujo de la expansión china llegó a su fin. Los Sung, amenazados por la hostilidad de sus vecinos, se replegaron sobre sí mismos, desarrollando la conciencia de la necesidad de reafirmar y preservar los elementos esenciales de su propia tradición cultural. En consecuencia, al mismo tiempo que la civilización china alcanzaba su plena madurez, se desarrollaba el neoconfucianismo en todo el mundo asiático. Y a partir de aquel momento, los sabios chinos que controlaban la política del Estado confucianista cerraron filas sobre sus éxitos culturales y contemplaron nostálgicamente el pasado.

La conquista mongol de China

El mundo chino, que comprendía desde las tierras densamente pobladas del sur tropical hasta las extensas llanuras esteparias del Asia central, estuvo gobernado alternativamente por hombres de las diversas regiones. En el siglo XIII le tocó el turno a los nómadas del norte, los mongoles. Su brillante y cruel jefe Gengis Kan atacó a la China de los Sung en 1211, y su nieto Kublai completó la conquista en 1279, estableciendo la nueva dinastía de los Yüan. Esta dinastía extranjera fue brutal en sus conquistas, centralista y dispuesta a utilizar a los musulmanes, a los cristianos nestorianos y a cualquier funcionario sin distinción de origen, capaz de supervisar la administración de las provincias chinas. Kublai y sus sucesores adoptaron el código moral oficial, el confucia-

Izquierda, ilustración japonesa de un telar de seda chino. Se supone que el primer tejido de esta clase data del año 2460 antes de Cristo en China.

Abajo, aguamanil de porcelana perteneciente al período Sung (960-1279), en el que se popularizó la demanda de artículos de cerámica china.

Página anterior, izquierda, retrato de un maestro Ch'an, de autor desconocido, en un rollo vertical del año 1238, en pleno período Sung. (Colección del templo Tofukji, Kyoto.)

Página anterior, derecha, flor de loto y pájaro acuático pintados sobre seda en un rollo vertical de la época Sung. (Museo Nacional, Tokio.)



nismo, y recuperaron algunos de los sistemas de reclutamiento de funcionarios.

Sin embargo, la adopción de un budismo popular irritó a los eruditos confucianistas. Cuando después de 1307, una serie de breves reinados culminaron en la guerra civil de 1328, comenzaron las rebeliones contra los mongoles en el sur de China. En 1368 surgió una nueva dinastía proveniente de las tierras de valle del Yang-Tse. Tras la violencia de los Yüan, la nueva dinastía de los Ming inauguró un próspero reinado de doscientos cincuenta años.



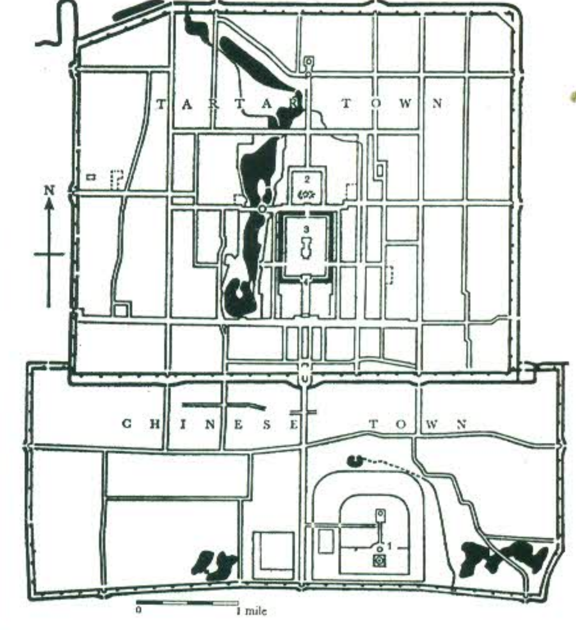
La aparición de la dinastía Ming

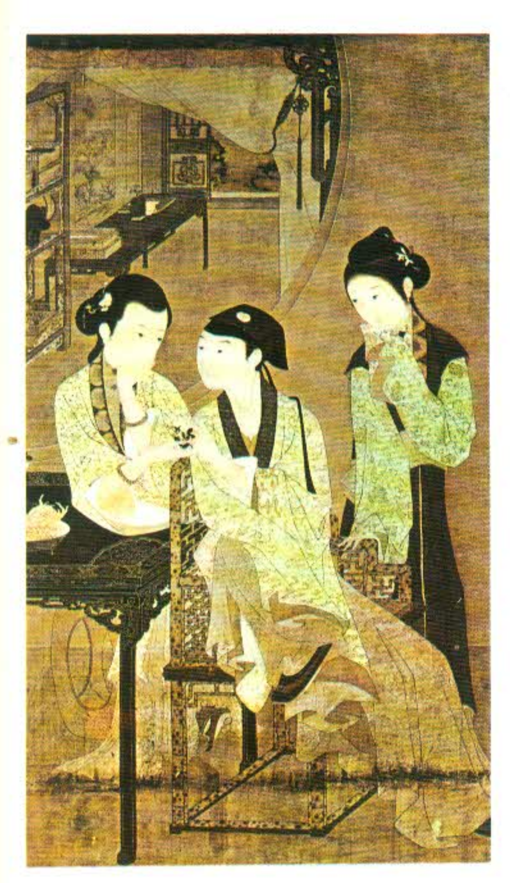
El jefe guerrero que fundó la dinastía Ming fue Hung-wu, un huérfano que tuvo una educación de monje budista y experiencia militar en la sociedad secreta del Loto Blanco. En 1356 su banda guerrera ocupó Nanking, centro del arroz en el delta del Yang-Tse, y desde allí expulsó a sus rivales de las provincias de sur. En 1368 consiguió expulsar a los mongoles de la capital de Pekín. A continuación les persiguió por todo el noroeste hasta su propio centro de Karakorum, y en 1382, gracias a la conquista de Szechuan y Yunnan, China quedó en manos de Hung-wu, que envió a sus delegados a todos sus pueblos para anunciar el establecimiento de los Ming. Su influencia se extendió al sur de la India, Malaysia, Indonesia, Japón y Corea.

A Hung-wu le sucedió su nieto, pero tras cuatro años de guerra, el muchacho fue derrocado por su tío, comandante de las fuerzas situadas en la frontera norte. En 1402, capturó Nanking y subió al trono con el nombre de Yung-lo. Mantuvo la potencia económica de Nanking, pero hizo de Pekín la capital real, edificando un magnífico núcleo urbano en el que la «Ciudad Prohibida» —el palacio imperial— era la residencia del «Hijo del Cielo». Aprovechando la aventajada situación agrícola existente en China, Yung-lo dirigió personalmente las expediciones hacia Mongolia en contra de los nómadas y estableció tres regiones administrativas que garantizaron el orden en las fronteras.

La nueva dinastía implantó un nuevo sistema de administración en las provincias occidentales, y los ejércitos chinos invadieron de nuevo Vietnam, aunque no obtuvieron grandes resultados. Sin embargo, se incrementó la actividad marítima. Entre 1405 y 1433, el eunuco islámico Chen-ho dirigía siete flotas, compuestas por más de 28.000 hombres en 60 grandes juncos que llegaron hasta el África oriental, el mar Rojo y el golfó Pérsico, y mediante el saqueo de puertos como Calcuta, en el sur de la India, o haciendo prisioneros a los gobernantes de Sri Lanka o Sumatra, y obteniendo tributos e implantando embajadas de los Ming allí donde fueron, obligaron a que todo el mundo reconociera el poderío chino. Durante una larga etapa la expansión por







tierra fue paralela al gran despliegue naval.

Esta expansión fue posible gracias a la reconstrucción interna del país. La estructura tradicional de las quince provincias, subdivididas a su vez en prefecturas y en subprefecturas y más de mil doscientos distritos, fue restablecida y se prepararon nuevos censos de las tierras y de la población. A partir de entonces los gravosos impuestos sobre la tierra, según las cosechas de primavera y otoño, y los duros servicios de trabajo impuestos por los mongoles, fueron más moderados y equitativos. Algunas tierras fueron repartidas de nuevo entre los pobres y reducidas las grandes propiedades de los templos budistas. Asimismo, hubo una migración interna considerable, orientada principalmente hacia el sur recién conquistado y a las provincias del norte.

El cultivo del algodón alcanzó un gran desarrollo fomentado por el gobierno, y en los últimos años de la dinastía, el maíz, las batatas y los cacahuetes –los dos últimos cultivos procedentes sin duda de las Filipinas– conocieron también una gran expansión, junto a las cosechas propias de suelos más inferiores. La producción de porcelana en gran escala, la mayoría destinada a la exportación, y el aumento de la fabricación artesana de tejidos de seda y algodón, así como el cultivo del té, propiciaron la intensificación del comercio, facilitado además por la afluencia de plata de las Filipinas y Japón. El Estado también contribuyó mediante la pavimentación de caminos, la construcción de puentes, la renovación de los sistemas de regadío, instalación de almacenes de grano, y la ampliación del canal paralelo a la peligrosa costa oriental.

La reconstrucción física fue equivalente a la renovación institucional. En 1397 se promulgó un nuevo código de leyes, liberado de toda concomitancia mongol, que establecía los estatutos de la dinastía y que en 1511 fijó los objetivos imperiales. Aunque Hung-wu había sido un monje budista, recuperó el mecenazgo tradicional de la ortodoxia confuciana, e hizo que los emperadores cumplieran su función como mediadores entre el hombre y la naturaleza. Asimismo, se reanudó el antiguo patrocinio de las letras, especialmente en la confección manuscrita de la gran enciclopedia, completada en 1407 y que reunió todos los conocimientos del pasado chino y la historia oficial de las dinastías precedentes.

Las detalladas compilaciones de los documentos oficiales elaboradas por los historiadores y los numerosos cronistas de los distritos, así como los estudios de medicina y botánica escritos por los sabios especialistas, reafirmaron los principios confucianos sobre la sociedad y la política, restableciendo la continuidad con la civilización tradicional de las primeras dinastías.

Izquierda, episodio de la obra Historia de la cámara occidental, *drama del período Yuan. El cuadro, sobre seda, es posterior, probablemente de finales del siglo XVII. (Freer Gallery of Art, Washington.)*

Abajo, león de bronce que guarda la Puerta de la Pureza Celestial, en el palacio Imperial de Pekín.

Página anterior, arriba, dragón imperial de la Ciudad Prohibida de Pekín, el recinto amurallado con jardines y palacios donde habitaba la corte del emperador.

Página anterior, abajo, izquierda, vista de Pekín en 1671, cuando los europeos empezaban a realizar limitadas operaciones comerciales con China.

Página anterior, abajo, derecha, mapa de la ciudad de Pekín, construida junto a la antigua localidad tártara, trazado durante la dinastía Ming, en el siglo XV.



Posiblemente el rasgo más característico de la recuperación de la ortodoxia china fue el restablecimiento de los «exámenes de Estado» para el reclutamiento de la burocracia. Al igual que los funcionarios imperiales mongoles, los mandarines tampoco eran una aristocracia feudal y hereditaria, y aquellos que deseaban entrar al servicio del Estado debían prepararse para pasar unos exámenes sobre el «triple carácter clásico», conjunto de máximas fundamentales. Además, debían estudiar con un tutor o en una academia, privada o estatal, los textos del neoconfucianismo. Los candidatos, tras haber pasado sus primeros exámenes de distrito, debían pasar una especie de bachillerato que les confería el título oficial de su graduación.

Entre los poseedores de esta titulación eran seleccionados los servidores imperiales, y los más ambiciosos podían continuar hacia los exámenes de «licenciado» y «doctorado» que se desarrollaban en la capital y les calificaban para obtener los puestos más elevados de la burocracia.

Los exámenes eran uniformes e imparciales, y estaban basados estrictamente en la inteligencia. El estudio de las enseñanzas de los clásicos del confucianismo sobre el hombre y la naturaleza aseguraba que todos los aspirantes tuvieran una manera común de pensar y actuar, y una gran lealtad hacia el sistema, cuyos valores compartían y de los que de hecho derivaba su prestigio. Esto era muy importante tanto para la unidad cultural como para la eficacia administrativa.



La entrada al servicio civil no estaba abierta a todos por igual. Un futuro funcionario debía haber nacido en las provincias del sur, donde vivían la mayoría de los eruditos, exiliados allí durante la época de dominio mongol. También era posible comprar un título —aunque no podía comprarse el cargo—, gracias a un sistema de honores que capacitaba al gobierno para ampliar sus bases de apoyo mediante el sacrificio de algunos de sus principios. Sin embargo, es evidente que bajo el sistema de reclutamiento Ming, los exámenes aseguraron el acceso a los servicios de muchos hombres de gran inteligencia, tanto en la burocracia como fuera de ella.

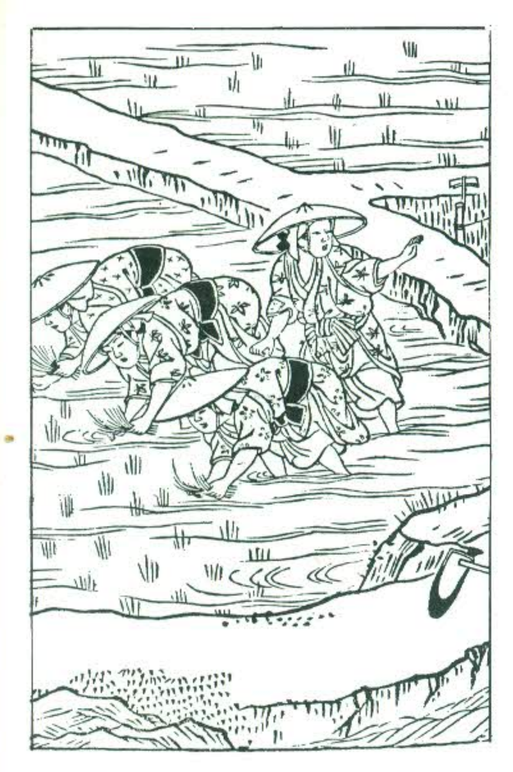
El graduado que había sido seleccionado para el servicio oficial, al igual que los funcionarios del Imperio mongol, tenía una cultura general que se suponía le capacitaba para desempeñar cualquier tarea administrativa. Podía ser destinado a un departamento de la corte, a las ceremonias religiosas, las caballerizas imperiales, la universidad nacional —para preparar a los estudiantes recomendados—, o a los servicios judiciales. Pero generalmente se empleaba en una magistratura de distrito. A partir de allí, y siguiendo un escalafón de dieciocho gradaciones, cada una de ellas con su salario correspondiente, podía acceder a una de las 159 prefecturas, a la comisaría de una administración provincial, o finalmente a uno de los seis cargos ministeriales. Era poco probable que se viera implicado en cuestiones militares, pues los jefes del ejército provenían de familias militares, que en cada generación proporcionaban un hijo al ejército como forma de pago de sus impuestos.

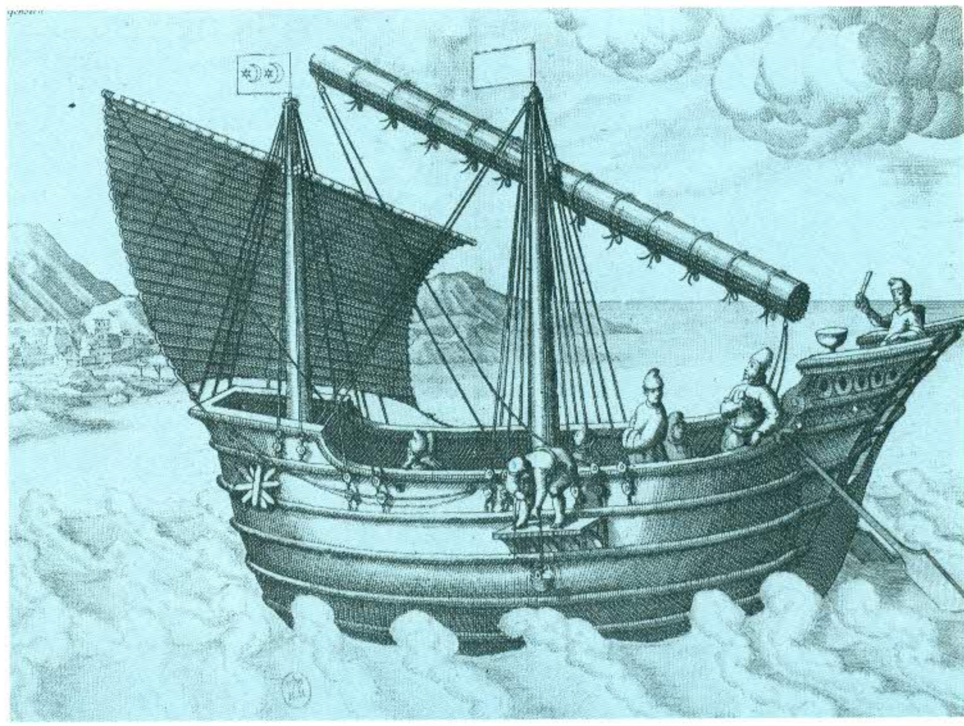
Existía también un cuerpo funcionarial dedicado a la supervisión y censura, estrecho nexo de unión entre la burocracia y la corte imperial. El jesuita Mateo Ricci, que fue el primer misionero en tener acceso a Pekín, se quedó sorprendido por el coraje y la franqueza en exponer las quejas públicas y en denunciar a los funcionarios que no cumplían la ley.

El sistema Ming tenía varios dispositivos reguladores. Uno de ellos era que los funcionarios no podían servir en su provincia de origen ni mantenerse en un cargo más de nueve años. Asimismo, estaban sujetos constantemente a las revisiones de sus superiores, siendo llamados a Pekín cada nueve años para que informaran, recompensados o castigados según su labor. Sin embargo, tales investigaciones estaban influenciadas por un fuerte espíritu corporativo y cierto favoritismo. Los funcionarios dedicados a la supervisión y a la censura realizaban una investigación mediatizada por hombres totalmente adictos a sus métodos, o por jóvenes que deseaban hacer méritos. Trabajaban individualmente, y su número era de 400 para toda China, enviando directamente sus informes al emperador.

Las artes en la China de los Ming

La seguridad económica estimuló el florecimiento de las artes: objetos de bronce de gran pureza, bellas porcelanas blancas y azules, y posteriormente esmaltes y vidrios policromados salieron de los hornos imperiales, junto a los ricos tejidos de brocado de seda y una gran variedad de productos lacados. La arquitectura, tras un regreso inicial a las tradiciones Sung, con-





templó el surgimiento de un estilo Ming, sencillo y monumental a la vez, caracterizado por la profusión colorista, tal como puede apreciarse en los palacios de Pekín. Los emperadores, especialmente Hsüan-te (1426-1435), que fue un gran artista, promovieron también el arte de la pintura y la caligrafía, impulsando principalmente la conservación de la espléndida decoración tradicional en árboles y aves pintados.

Fuera de la corte, la época Ming protegió a expertos que formaron grandes colecciones mediante la búsqueda de las pinturas de los primeros pergaminos, las cuales fueron restauradas al igual que los libros y documentos antiguos. La imprenta alcanzó un alto nivel, tanto en bloques de madera como en tipos movibles, y los libros fueron embellecidos con hermosos grabados en madera, posteriormente coloreados.

Durante la dominación mongol, muchos eruditos y funcionarios se trasladaron hacia el sur, abandonando su cargo, y cultivaron las artes como un medio de expresión personal. Gracias a ellos surgieron bellos trabajos individuales de pintura y valiosas teorizaciones. En el siglo XVI la escuela Wu, de la región Soochow, en el delta del Yang-tse, creó una filosofía positiva sobre el arte. La pintura —especialmente la pintura de paisajes— era, según decían, un ejercicio espiritual, a través del cual los hombres expresaban su concepción de la armonía personal con los principios de la naturaleza. Al ser un medio de expresión, la pintura requería el estudio de

Arriba, embarcación china del siglo XVI con velas de junco. Los chinos no se interesaron por las exploraciones, y sus escasos viajes comerciales se veían amenazados constantemente por los piratas japoneses.

Izquierda, ilustración del siglo XVI de una plantación de arroz, cultivo que data por lo menos del tercer milenio antes de Cristo.

Abajo, escena de pescadores, tinta sobre seda en un rollo horizontal del período Ming. (Museo del Palacio Nacional, Taipeh, Taiwan.)

Página anterior, niños jugando, pintura de la época Sung.





los grandes maestros y una definición de lo que aquéllos significaban; de ahí nace la extraordinaria pasión de los Ming por catalogar y clasificar a los artistas según los estilos y las diversas escuelas a que pertenezcan.

Había también un arte popular producido por los artesanos que vendían sus obras, aunque el protagonista de sus pinturas fueran los caballos al estilo de Chai Meng-fu más que las flores al estilo Van Gogh. El gusto popular en literatura y teatro se orientaba principalmente a la creación de nuevas formas más que al restablecimiento de las antiguas, y el período Ming contempló la aparición de la novela y la ópera china. El proceso comenzó con los mongoles, que utilizaron más la literatura escrita en lengua vernácula que la literatura clásica china, y al dispersar los círculos cortesanos y rechazar los cargos y el mecenazgo de sabios y eruditos, obligaron a que éstos buscaran audiencias más populares y emplearan su talento en nuevas experiencias, dedicándose al teatro y a la novela.

Las óperas se hicieron muy populares. Estaban escritas en verso y explicaban temas muy populares, con unas partes cantadas y otras danzadas, y acompañadas por una orquesta, factor principal de la representación. No había escenario y la acción y los caracteres eran elaborados mediante un gran repertorio mímico y de vestuarios, al estilo de las danzas de la India. Aunque en sus comienzos la ópera

estaba compuesta de breves escenas, pronto pasaron a representarse en cuatro actos limitados, evolucionando hacia repertorios más variados. En la última etapa Ming se concedió una mayor libertad, abandonándose la convención de los cuatro actos, y junto a los principales papeles aparecieron otras actuaciones cantadas. Escribir para el teatro nunca llegó a ser algo respetable, y mucho menos ser actor, pero la ópera se convirtió en la forma de arte popular más extendida.

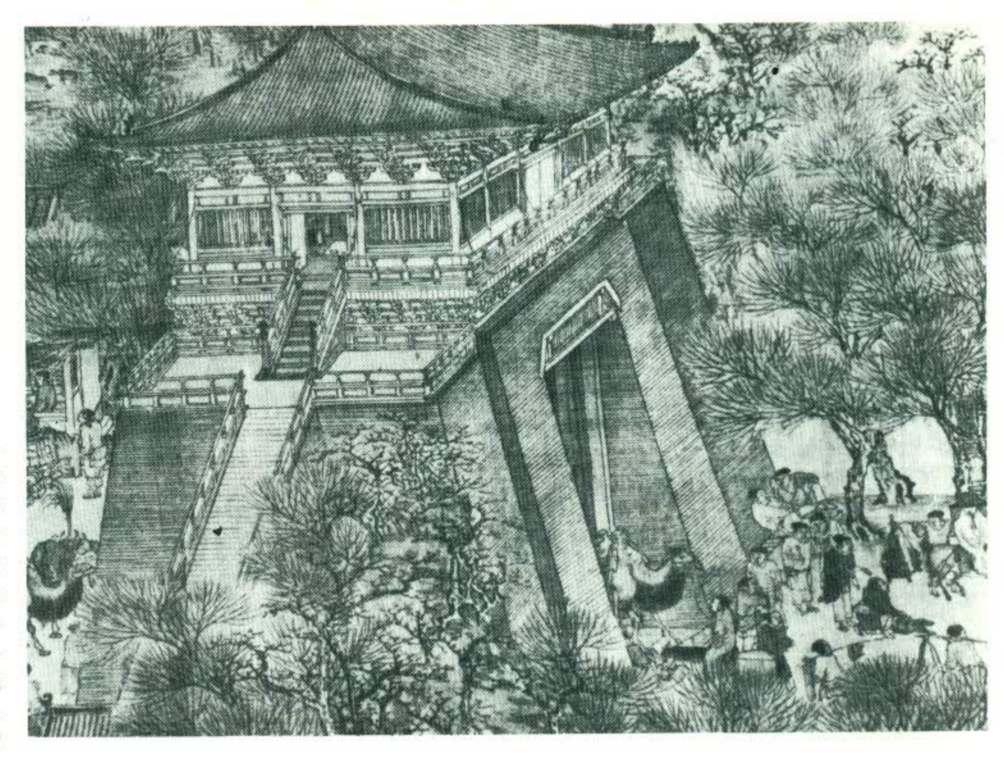
La ópera tuvo su origen en las máscaras de la corte y en la representación de los milagros populares. Del mismo modo la novela Ming puede retrotraerse a las breves historias T'ang escritas en estilo clásico, y también al arte vivo de los que narraban sus relatos en las callejuelas, basados en temas populares. Algunos de estos materiales fueron convertidos posteriormente en óperas y otros fueron utilizados por los escritores para crear la novela china. La lengua fue cada vez más correcta, el estilo cada vez más depurado y los caracteres más elaborados.

Al igual que existían diversos tipos de historias, también hubo varios tipos de novela. Las primeras obras fueron principalmente novelas históricas, tales como el todavía popular *Libro de los tres reinos*, que trata de la caída de la dinastía Han. Otra novela, *El mono*, es un relato alegórico y satírico, según el estilo de las historias de milagros budistas, y el *Loto dorado*, escrita por un funcionario del último período del siglo XVI, que llegó a ser ministro de ceremonias, toma como pretexto una historia de amor, para convertirse en un estudio completo de la vida cotidiana de las clases medias. Del mismo modo, partiendo de los relatos de los cuentistas, otro literato escribió *Todos los hombres son hermanos*, que narra las vicisitudes de un bandido y sus compinches, y que constituye un duro ataque contra la corrupción y la injusticia de la corte Ming y sus funcionarios.

La decadencia de los Ming

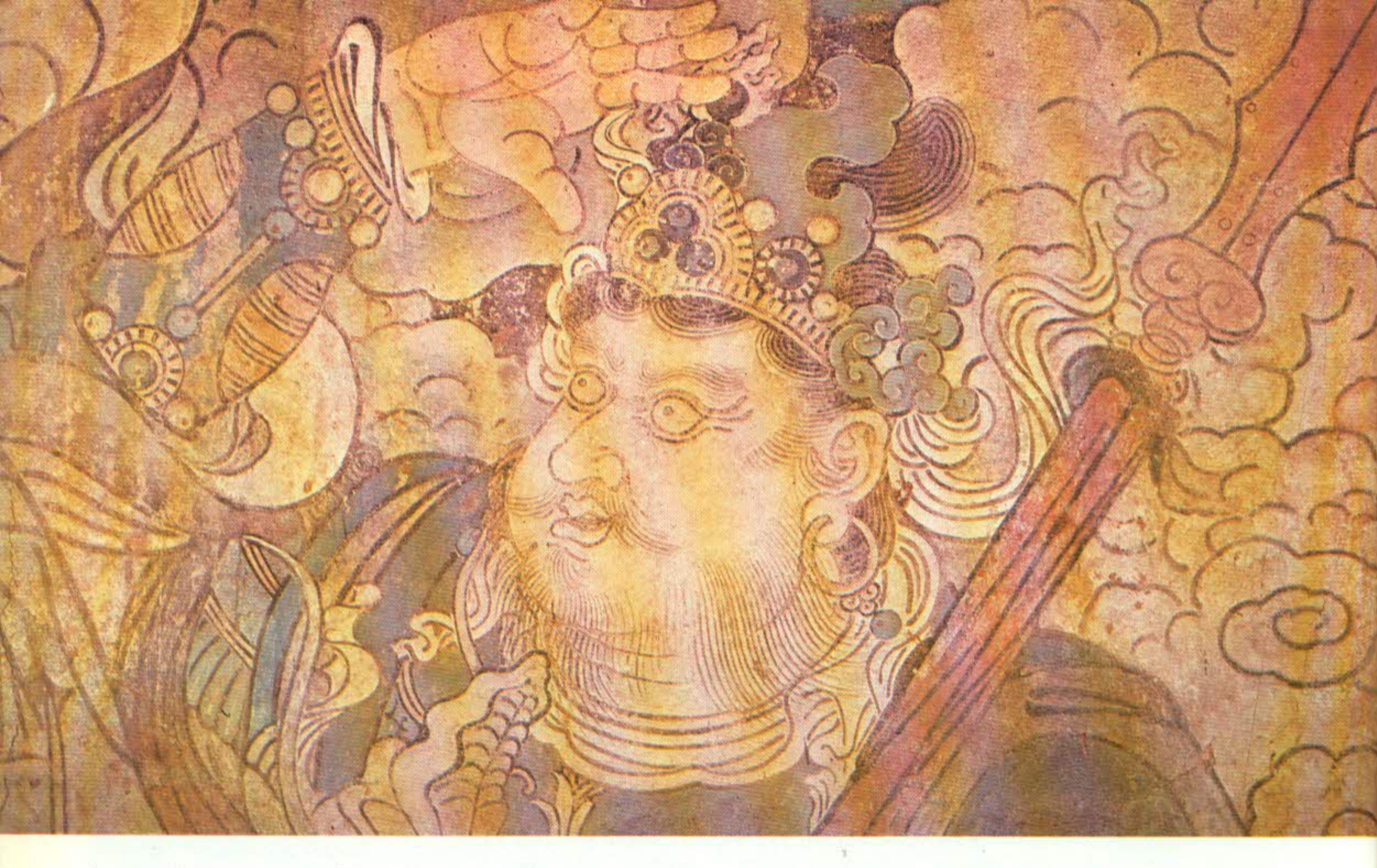
El floreciente comercio, el eficaz sistema de exámenes y la vitalidad de las artes, podrían sugerir que la China de los Ming era un mundo perfecto. Pero las rebeliones campesinas, los fracasos en las fronteras, la corrupción administrativa, los problemáticos informes estatales y las denuncias literarias demuestran que no era así.

El fundador de los Ming fue el líder de una revuelta campesina contra las excesivas demandas de los funcionarios mongoles y de los propietarios locales, y sus primeros actos estuvieron destinados a terminar con los abusos y las pesadas cargas. Pero el problema continuó, pues los altos funcionarios imperiales —más de 15.000— dependían necesariamente de los caciques de los pueblos y de la influencia de los grandes propietarios para obtener la información y la ayuda precisas para gobernar en las zonas rurales. Y al igual que en la India, los jefes locales buscaban su propio beneficio más que los de interés público. Esta fue la causa principal de la creciente complejidad del sistema de impuestos, que incluía los ingresos procedentes de las dos cosechas anuales, del monopolio de la sal y el té, las tasas sobre la plata y la seda, y un sistema de trabajos obligatorios, elaborados gradualmente y que recaía sobre todos los hombres adultos (estos trabajos no pagados se desarrollaban en el servicio postal, en los trabajos para contener las inundaciones, en trasladar el grano, en la milicia local, y en otras tareas del Estado). Estas tasas y trabajos no eran recaudados directamente por cada recaudador del gobierno, sino que la familia responsable de un sector de once familias —diez secciones formaban un pueblo— era la encargada de recaudar las tasas y organizar los trabajos obligatorios. Los registradores de la tierra del Estado instaban a que cada familia pagara de acuerdo con las dimensiones de sus tierras y propiedades, pero los más ricos y poderosos, que eran los encargados de administrar el sistema de ingresos y pagos, falsificaban los registros y aumentaban las cargas sobre los más débiles. Los graduados estaban exentos de los tra-



Arriba, detalle de una pintura sobre seda titulada Junto al río durante el festival de primavera; *en ella se representa la puerta de la ciudad de K'ai-feng (en la provincia de Honan), importante centro durante la época de las cinco dinastías (siglo X) y capital de los Sung del norte hasta 1127.*

Página anterior, el anciano emperador Yang-Ti, famoso por sus magníficos palacios y jardines, cabalgando en compañía de sus concubinas, en una pintura china del siglo XVII.



bajos obligatorios y podían utilizar su prestigio y buenas relaciones para evadir los impuestos. Todo ello aumentó la presión sobre el campesinado, finalmente expulsado de sus tierras, y en el siglo XVI, obligado a rebelarse.

En la segunda mitad del siglo, tales peligros fueron eliminados mediante una drástica simplificación de los impuestos y la clasificación de la estructura de las familias, así como por el cambio del pago de grano y de trabajos por moneda corriente. Esto fue posible gracias a la gran afluencia de plata proveniente de Japón y de las minas de la América española, que llegaba vía Macao o Filipinas. Los pagos en metálico excluían al gobernante local y permitían que los trabajos pudiesen ser alquilados en lugar de reclutados obligatoriamente. No obstante, los funcionarios imperiales destinados a provincias, cuya lengua, costumbres y economía eran totalmente distintas, permanecieron estrechamente vinculados con las autoridades locales, lo que significaba una peligrosa invitación al abuso de su poder.

El triunfo del control sobre la reforma y el debilitamiento de la corrupción dependían de las medidas que se tomaran en el centro del Imperio, y los Ming propiciaron un régimen más autoritario que inicialmente estrechó el control. Teóricamente, el poder de decisión siempre recayó en los emperadores, que eran los «delegados del Cielo», pero en la práctica esto significaba la hegemonía de la burocracia, y muy especialmente con su cancillería, que coordinaba la labor de los seis ministros, y de los responsables de departamentos, todos ellos bajo el mando de un Gran Canciller o Primer Ministro. Este cargo disfrutaba de una capacidad de acción considerable y podía, por tanto, tratar de eliminar el absolutismo o bien mejorar las deficiencias de los emperadores. En 1380 una conspiración que implicaba al Gran Canciller hizo que Hung-wu aboliera la cancillería y dirigiera personalmente la coordinación de los ministros, y la revisión de las quejas que diariamente llegaban hasta el trono.

Sin embargo, más adelante, un cuerpo no oficial de secretarios, procedentes sobre todo de los miembros superiores de la Academia Hanlin, fueron nombrados por el emperador para que explicaran los clásicos y escribieran los edictos imperiales. Fueron los encargados de examinar los documentos y presentar las propuestas de acción de gobierno, y el más antiguo llegó a asumir muchas de las funciones de Gran Canciller. Pero estos secretarios dependían de la corte y no de la burocracia, tenían poca experiencia en el servicio en los ministerios y su trabajo fue motivo de recelos y desconfianzas. Algunos de ellos fueron hombres muy capacitados, como Chang Chü-ching, que sirvió a Wan-li en el último período del siglo XVI, pero todos dependían del favor del emperador, lo cual, unido a lo anómalo de su situación, producía enfrentamientos constantes y a menudo la corrupción. Corrupción que fue en aumento cuando tuvieron que buscar el apoyo imperial a través de los eunucos, que eran los únicos hombres que podían vivir en el interior del palacio.

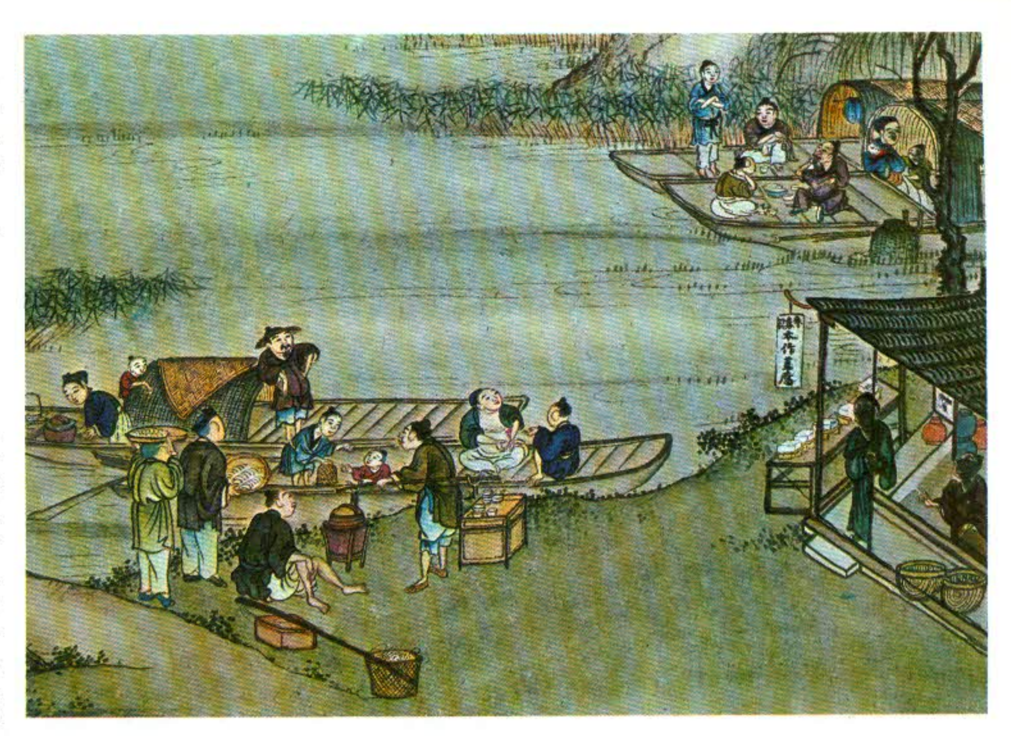
Hung-wu limitó el número de eunucos, manteniéndolos analfabetos y prohibiéndoles acceder a ningún cargo oficial, bajo pena de muerte, pero a medida que fueron sucediéndose los emperadores, el control se relajó. A mediados del siglo XV había miles de eunucos en la escuela de palacio y en la guardia palaciega, quienes dirigían una policía secreta dedicada a investigar, y si era preciso a actuar contra la burocracia. Los eunucos eran socialmente despreciados y, por ser del norte, eran odiados por el cuerpo de funcionarios, que provenían en su mayoría del sur. A pesar de todo, en los primeros años del siglo XVI, los eunucos consiguieron un gran poder, dividiendo y aterrorizando a los funcionarios, vendiendo cargos y forzando sobornos. El famoso Liu Chen amasó más de 250.000.000 de onzas de plata antes de su caída, y aunque después de este suceso se llevó a cabo una investigación, la violencia de algunos emperadores, la irresponsabilidad de Wan-li entre 1582 y 1620, y la incapacidad de su sucesor, permitieron una rápida renovación del poder de los eunucos en el siglo XVII. La codicia y la corrupción triunfaron de nuevo, y los

funcionarios de la corte volvieron a enfrentarse contra la burocracia, dividida en facciones opuestas por instigación de los eunucos, sometida al terror si intentaba realizar la menor reforma. Y mientras los eunucos actuaban como asesinos profesionales, los enemigos del imperio se reunían en sus fronteras.

La caída de los Ming

Desde la última expedición de Yung-lo, realizada con el fin de intimidar a los nómadas del norte, las fronteras interiores de China estaban en peligro. En una ocasión, la imprudencia de un emperador motivó su propia captura y la de su ejército; otros emperadores se vieron obligados a ganar su confianza mediante costosos presentes, compuestos por sedas y té, a modo de «tributos» hacia aquellas tribus, o como sucedió en 1570, que tuvieron que ofrecer garantías y honores a un «Príncipe Justo y Obediente» de los mongoles del este, que había saqueado los alrededores de Pekín. En el sur, tras la aparición de la actividad marítima de los primeros tiempos, los Ming tuvieron que abandonar la costa debido a las devastadoras incursiones de los wako, grupo de piratas japoneses y chinos que operaban desde las islas cercanas a la costa. La respuesta de los Ming ante tales hechos fue abandonar el comercio con Japón, prohibir los viajes marítimos y evacuar los distritos costeros. La debilidad de los Ming y la llegada de los portugueses a Macao en 1550, hizo que el comercio se recuperara muy lentamente, dado el aumento de las fuerzas que regulaban las relaciones con Japón. Entre 1592 y 1597, Japón invadió Corea dos veces. Este país se salvó gracias a los ejércitos Ming, pero a un costo enorme. A partir de la aventura militar en Vietnam, de la rebelión campesina en el oeste de China y del hambre que asoló el norte, el país se debilitó, y las rivalidades entre funcionarios y eunucos produjeron el incremento de los impuestos y el impago de los ejércitos.

Sin embargo, el Imperio podía haberse recuperado si los emperadores no hubiesen sido débiles y afeminados, convirtiéndose en simples marionetas de sus ambiciosos ministros eunucos. Éstos tenían una gran ambición de poder y de riqueza, y no podían obtener un cargo o un favor imperial sin pagar fuertes cantidades, y quienes compraban sus nombramientos de esta manera, trataban a su vez de recuperar los gastos extorsionando al pueblo que tenían bajo su gobierno, propiciando el descontento y posibles rebeliones futuras. Los funcionarios que protestaban ante tales abusos eran privados de sus puestos, exiliados y a veces ejecutados.



Arriba, embarque de abastecimientos para la ciudad, en un grabado de Las tiendas de Pekín. *China no importaba productos occidentales porque se bastaba a sí misma y, por razones culturales, rechazaba el intercambio comercial con los «bárbaros extranjeros».*

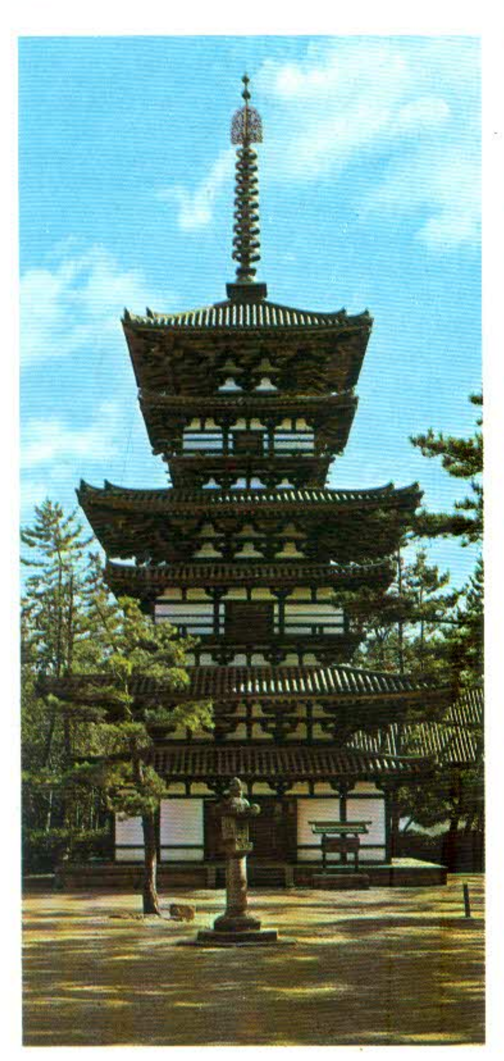
Página anterior, fresco budista del genio de la guerra procedente del sur de China. Esta obra data del período Ming, aunque esta dinastía trató de restaurar el confucianismo.

El surgimiento de los manchúes

En esa misma época, en Manchuria, un jefe ju-chen trató de unir a las tribus que los Ming habían mantenido separadas. Fortaleció su posición como comandante y recaudador de tributos de los Ming, y con la ayuda de consejeros chinos creó una sólida administración para su recién fundado estado, completada con el sistema tradicional de exámenes y un equipo de seis miembros para su gobierno central. En 1618 invadió la provincia Ming de Liaotung y fijó la capital en Mukden. Sus triunfos y los de sus sucesores, así como la adopción de la tradición confuciana, propiciaron la adhesión de numerosos chinos, que no confiaban ya en los Ming. Cuando Li Tsü-ch'eng se rebeló, aprovechándose de las rivalidades de la corte, del odio hacia los eunucos y de la miseria de los campesinos, y ocupó el norte de la China y en 1644 se apoderó de Pekín, el comandante Ming de la zona norte no le rindió obediencia; pidió al jefe manchú que se uniera a él para marchar contra el rebelde y ocupar toda la región norte de China. Los Ming, que fueron los restauradores del gobierno autóctono, se divorciaron de tal manera de sus funcionarios y de su ejército, y oprimieron tan cruelmente a su pueblo, que una dinastía nómada pudo presentarse como la monopolizadora del ideal confuciano.

La aparición del Japón

El hecho de que los primeros chinos no fuesen un pueblo marinero explica en cierta manera el desarrollo de una civilización diferenciada en Japón. Durante los siglos comprendidos entre las dinastías Shang y Han, los japoneses se mantuvieron aislados de los acontecimientos que ocurrían en la rica y compleja civilización del interior de la China. El pueblo japonés, fuertemente cohesionado por sus relaciones de clan, y en lucha permanente con los aborígenes que les rodeaban, vivían de la pesca y de la caza, sin conocer apenas la práctica de la agricultura. Existía una especie de cultura de la Edad de Piedra, surgida en el tercer milenio antes de Cristo, en la que aparece el nombre de Jomon, grabado en la cerámica del período.



En el siglo III antes de Cristo la cultura Jomon fue sustituida por la cultura Yayoi, mucho más sofisticada, y cuyo nombre se debe a uno de los emplazamientos arqueológicos cercanos a Tokio. Durante el período Yayoi, que finalizó en el siglo III, el aumento de las influencias culturales y técnicas, provenientes de China, transformaron el sistema de vida japonés. Los descubrimientos arqueológicos muestran que el hierro y el bronce fueron introducidos simultáneamente en Japón desde China a través de Corea.

Importancia similar tuvo la introducción del arroz, que propició el desarrollo de la economía agrícola, y los estrechos vínculos con la naturaleza propiciaron las creencias del Shinto. El respeto y homenaje rendidos a las fuerzas del bien y del mal presentes en el viento y la lluvia, en las montañas y el mar, fueron construidos en una perspectiva religiosa en la que la conducta humana estaba subordinada al Shinto, o «Camino de los Dioses».

Las creencias del Shinto, que posteriormente fueron asociadas al culto al emperador, tuvieron una gran significación en el moderno nacionalismo japonés, e influenciaron la actuación del gobierno desde los primeros tiempos.

En el siglo II tuvo lugar una lucha por la hegemonía entre las diversas tribus, que acabó en una confederación de estados bajo el mando de la reina Himiko, de la tribu Yamako, mujer que vivió siempre recluida en su bello palacio y fue una jefe religiosa que transmitió las palabras de los dioses.

En el último período Yayoi surgió la práctica de enterrar a los gobernantes en grandes túmulos o *kofun.* Algunos de estos kofun eran de dimensiones considerables, siendo el mayor de ellos el del emperador Nintoku, considerado como el mayor panteón del mundo. En esas tumbas se enterraban, además, objetos de plata y oro, espejos, espadas y armaduras. Durante aquel período cultural de ritos funerarios, que ocupó los siglos IV y V, el Japón se configuró como un estado unificado, basado en la agregación de las tribus Yamato.

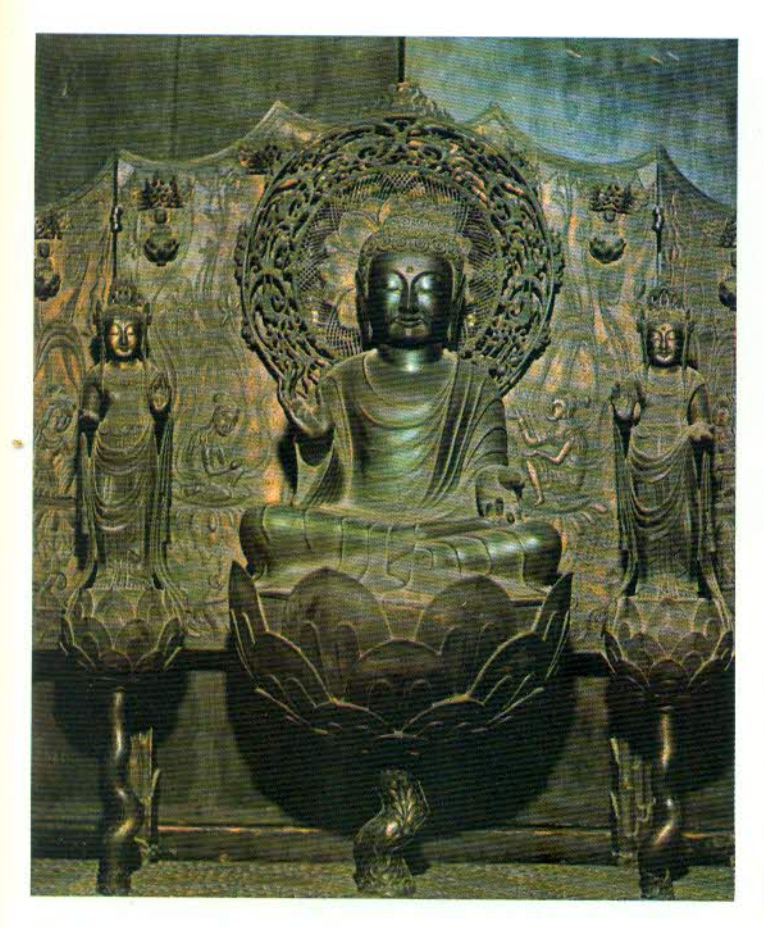
La corte Yamato continuó el proceso de unificación del país durante los siglos V, VI y VII. Las zonas de los alrededores fueron pacificadas, se desarrollaron los proyectos de regadío y se suprimió la influencia de los jefes de los diversos clanes. Por otra parte, se conoce muy poco acerca de este período, debido a que el lenguaje escrito no apareció en Japón hasta pasado el siglo V. Los recuerdos que existen de aquella época se conservan en los anales chinos, en los que Japón es considerada como Wa, o «Tierra de los bárbaros».



Sin embargo, la influencia china penetró gradual y rápidamente en el país, y a lo largo de este período y el que le sucedió –período de Nara– su influencia provocaría una auténtica revolución cultural en el desarrollo político, social y religioso del Japón.

Los gobernantes japoneses, deslumbrados por los logros de las dinastías Han y T'ang, adaptaron su gobierno según las normas chinas. La concepción china de la ley, los procedimientos institucionales y los métodos utilizados en política, fueron adoptados rápidamente para acabar con el poder y la independencia de los nobles. Asimismo, las tendencias artísticas y literarias chinas gozaron de gran popularidad en Japón.

En realidad, la aceptación de los principios filosóficos chinos propició el desarrollo ulterior de una tradición literaria autóctona, y el *Kojiki* y el *Nihon Ninon,* que constituyeron el fundamento de las crónicas históricas de Japón, aparecieron en esta época.





Arriba, retrato sobre seda de Minamoto-no Yoritomo (1147-1199), fundador del shogunato, atribuido a Fujiwara Takano-bu, pintor del período Kamakura.

Izquierda, la tríada en bronce de Amida sobre el altar del Kondo del Horyuji, en Nara. El legendario místico indio aparece rodeado de sus asistentes en el fondo de un lago con flores del loto.

Página anterior, izquierda, pagoda del templo Yakushi, en Nara, construido entre los siglos VII y VIII.

Página anterior, derecha, estatua en madera policromada del patriarca Muchaku, perteneciente al período Kamakura (1192-1333). Se conserva en el Kojuku-ji de Nara.

Budismo y feudalismo

Entre los siglos VIII y XII, todas aquellas influencias fueron absorbidas por una cultura original. El budismo transformó el país, aunque en un principio, el temor a ofender a los antiguos dioses generó una amplia y violenta lucha entre dos clanes rivales, el de los Soga y el de los Monnobe. Tras la victoria de los Soga, en 587, se levantó un templo budista, el monasterio de Asuka, en la corte Yamato. A partir de entonces, la influencia del budismo se extendió rápidamente y este período se conoce como la época Asuka.

A finales de siglo, el príncipe Shotoku, que alcanzó gran renombre por su piedad, proporcionó un fuerte impulso a la expansión de la religión. Escribió algunos comentarios en el *Lotus Sutra,* construyó grandes templos e hizo del budismo la religión oficial. Los siglos VII y VIII fueron la época dorada del budismo en Japón como en otros países. La capital, modelada sobre el patrón de la capital China, se estableció en Nara.

No obstante, en Japón el budismo desarrolló una serie de características que no existieron en China. Los monasterios, a medida que fueron adquiriendo fortaleza, formaron ejércitos privados de monjes y se mezclaron en la política. En 764, esta actividad alcanzó su punto culminante cuando el monje Dokyo tomó el poder, convirtiéndose en Gran Ministro del Estado y en aspirante al trono. La aristocracia acabó con él tras grandes dificultades, y el monje, finalmente, desapareció.

Este incidente tuvo grandes repercusiones. En el año 794 el emperador Kammu, que estaba decidido a terminar con el dominio de los monasterios, trasladó la capital desde Nara a Heiankyo, en la zona que actualmente ocupa Kyoto; pero en el período Heian (494-1185) la corte Yamato se vio involucrada en la complejidad de la política japonesa, y el trono no pudo controlar a los nobles, que formaron ejércitos privados y se apoyaron en las recién aparecidas clases guerreras.

La tradición guerrera había sido muy poderosa en Japón desde tiempos muy remotos. Las luchas constantes entre los clanes guerreros, la eliminación de las tribus aborígenes y las agitadas campañas de unificación del país, eran elementos siempre presentes en la tradición japonesa, lo cual facilitó el surgimiento de la hegemonía de los guerreros.

En la época Heian, la lealtad de los diversos clanes armados instituyó un riguroso código de conducta y propició la aparición de una nueva clase, los *bushi.* En el siglo X, los nobles contaban con una banda de seguidores devotos. La palabra «samurai», derivada del verbo *samurau,* «permanecer al lado de», ilustra admirablemente su condición.

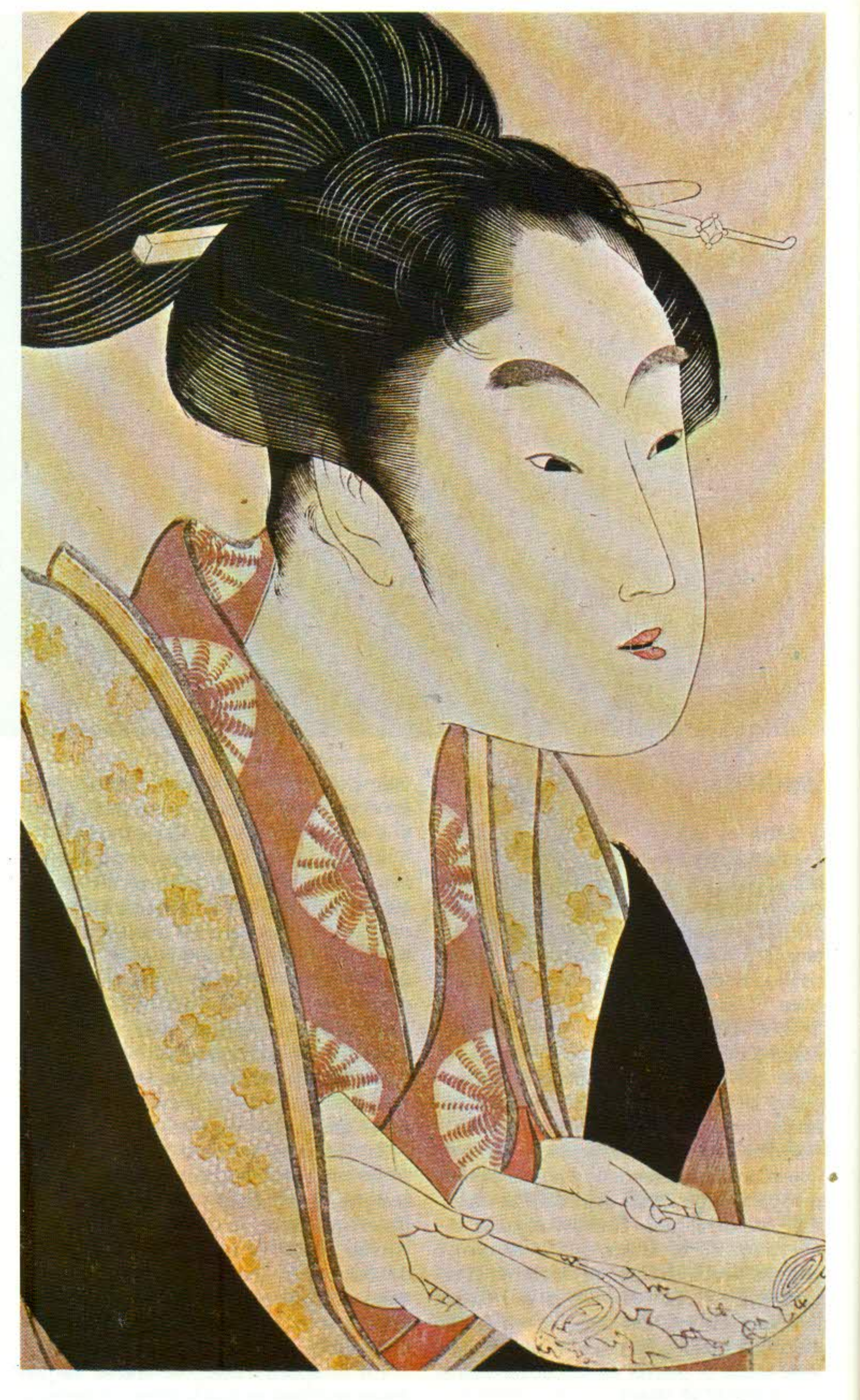
Una de las primeras familias que obtuvo preponderancia en este tipo de lu-

chas fue la de los Fujiwara, que durante más de un siglo ejercieron un control dictatorial sobre la corte, hasta que su poderío terminó cuando el emperador Gosanjo subió al trono en el año 1068.

Con el fin de aumentar el decaído prestigio de la corte imperial, el emperador Gosanjo introdujo una medida que tuvo grandes consecuencias en la política japonesa de los siglos venideros. Fue el sistema *insei*, mediante el cual el emperador dejaba el trono a un «hombre de paja» y él se retiraba a un monasterio, desde donde controlaba todos los asuntos. El objetivo era liberar al emperador de las intrigas políticas.

A corto plazo, la reclusión de los emperadores fue un problema más en la difícil situación ya existente. En el período Insei las tendencias de la dinámica feudal presentes en las poderosas familias de la aristocracia, apoyadas en sus seguidores samurai, condujeron al Japón a una de las coyunturas más dramáticas de su historia.

Las luchas militares se desarrollaron entre los Minamoto, o Genji, que alcanzaron notoriedad como vasallos de los Fujiwara, y los Heike, también llamados Taira, que eran los favoritos de la corte. Las guerras entre los Minamoto y los Taira dominaron el panorama político del siglo XII, y aunque en un comienzo triunfaron los Taira, posteriormente fueron marginados y derrotados por Minamoto-no Yoritomo, al que la corte concedió el control administrativo de la mitad oriental del país. Desde esa zona, Yoritomo edificó su poder con la ayuda de su hermano menor Yoshitsune, quien en 1185 aniquiló a los Taira en la gran batalla naval de Dan-no-ura.

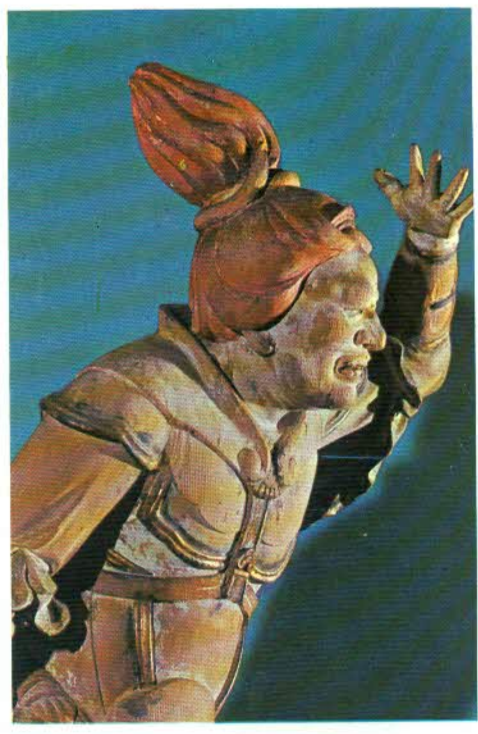


La literatura

Durante el período Nara aumentó la conciencia de una identidad cultural propia, produciéndose un creciente interés por las actividades literarias en todo Japón. Sin embargo, la libre expresión se vio limitada por la falta de escritura original, que no apareció hasta después del siglo V. Los escritos se hacían en chino o se representaban fonéticamente en caracteres chinos, y las primeras crónicas de la historia japonesa, el *Kojiki* (712) y el *Nihon Ninon* (720), están representadas de ese modo. A pesar de tales dificultades la urgencia por expresarse poéticamente superó la ausencia de lenguaje escrito. En la época Nara se compiló una antología de más de 4.000 poemas, el *Nan'yoshu* o «Colección de miríadas de hojas», que conservaba las primitivas canciones de los campesinos y los bellos poemas dedicados a la naturaleza por damas de la aristocracia cortesana.

En el período Heian el lenguaje hablado se liberó de los rígidos caracteres chinos, adoptándose una forma más simplificada, el *katakana*, y el *hiragana*, que sirvieron para crear la escritura japonesa. Gracias a este estímulo, surgió a mediados del siglo IX un amplio movimiento poético, de carácter intimista, que ponía de manifiesto el alto grado de conciencia presente en el estrecho contacto entre el hombre y la naturaleza.

En el siglo siguiente se desarrolló una amplia variedad de formas literarias. La máxima representación de esta actividad estuvo en manos de la aristocracia, que



Arriba, escultura en madera de un guerrero divino, inspirada en una similar del período Nara. (Muro-ji, Nara.)

Izquierda, un joven samurai practica con el arco. Tras él puede verse un caballo de madera utilizado en los entrenamientos de equitación. (Victoria and Albert Museum, Londres.)

Página anterior, Amor correspondido, *estampa en color de la serie Kasen Koinobu de Utamaro (siglo XVIII), inspirada en la poesía amorosa de los períodos Nara y Heian. (Museo Nacional, Tokio.)*

vivía su ocio en la corte imperial, y reflejaba en su literatura su propia situación social y las delicadas y complicadas relaciones de su clase.

De este modo aparecieron un buen número de *monogatari,* o narraciones en prosa, muchas de las cuales fueron escritas por las cultas damas de la corte. Una de las obras más famosas fue la *Historia de Genji,* esrita por Murasaki Shikibu: una extensa novela sobre la vida del príncipe Genji, con una gran riqueza de detalles. Otra obra de parecida importancia es el *Libro de la almohada de Sei Shonagon,* escrita por otra mujer, y que apareció alrededor del año 1000.

En este período se escribieron también numerosas leyendas, relatos de costumbres y de grandes viajes. Los relatos de los viajeros proporcionaron una valiosa información sobre las condiciones del país, y tuvieron su origen en las necesidades de la nobleza por atender a los diversos centros administrativos del Japón feudal.



Uno de los temas más populares en la literatura japonesa de los primeros tiempos fue el relato de los éxitos y fracasos de la historia del país. La historia de las batallas, que relataban las heroicas hazañas y las violentas luchas entre los clanes guerreros, eran contadas y vueltas a contar por escritores sucesivos, creando de esta forma una tradición de dedicación personal y autosacrificio que añadía más prestigio aún a la clase guerrera, ya de por sí celebrada.

Estas historias alcanzaron su máximo esplendor durante la etapa feudal del shogunato Kamakura, e inmediatamente surgieron historias que contaban con gran riqueza de detalles e imaginación toda la serie de guerras que produjeron el triunfo de los Minamoto sobre los Taira. Tuvieron una gran acogida popular, y muchas veces fueron cantadas con acompañamiento de laúd.

En el siglo XIV, autores dramáticos tales como Kanami Kiyotsuga (1333-1384) y su hijo Zeami Motokiyo (1363-1443) unieron el saber japonés sobre la expresión poética con las representaciones épicas, tan celebradas en la época, creando el repertorio de las obras de teatro *No*.

El shogunato Kamakura

El triunfo de los Minamoto sobre los Taira marca el fin de la etapa constituyente del Japón, y abre una nueva era hacia la modernidad.

Durante siglos, a medida que se consolidaba el estado centralizado, los clanes lucharon entre sí y contra el emperador. La victoria de Minamoto-no Yoritomo sobre los Taira resolvió ambas cuestiones.

Yoritomo era consciente de que su triunfo se debió a los barones del este, y en consecuencia tras su victoria no instaló la corte en Kyoto. En lugar de ello permaneció en el este y estableció un gobierno independiente en Kamakura, llevando a cabo reformas económicas y militares, fijando los medios para controlar a sus ingobernables vasallos y haciéndose cargo de la administración de la justicia civil.

Yoritomo consolidó rápidamente su posición en el este tras aplastar una rebelión dirigida por su hermano Yoshitsune, incitado a rebelarse por el ex emperador Go-Shirakawa. Estableció, además, delegados en todas las provincias, y como los eligió de entre sus seguidores pudo extender su control personal por todo el país. Asimismo, con el fin de hacer frente a las reivindicaciones del ex emperador, reclamó el título de *taishogun*, o «Generalísimo».

A finales del siglo XII se estableció un sistema de gobierno que perduró hasta el siglo XIX; el emperador y su corte eran titulares del gobierno en Kyoto, pero el poder real era mantenido por los *bakufu* (élite burocrática), en Kamakura. El título de *shogun* aseguró que el poder militar de los bakufu no fuera arbitrario, sino basado en la delegación de poder del emperador, del que técnicamente dependían todas las decisiones.

Las dificultades comenzaron en 1199, cuando Yoritomo murió. Le sucedió su joven e inexperto hijo Yoriie, pero el poder político de Kamakura pasó a los Hojo, la familia de la esposa de Yoritomo. Al mismo tiempo, el valiente ex emperador Go-Toba trató infructuosamente de recu-

perar el control sobre el país en la guerra de Jokyu en 1221. Los Hojo resistieron el desafío y mantuvieron el sistema Kamakura durante más de un siglo.

La fuerza del sistema residía en el alto sentido de lealtad personal, que fue una de las características del Japón feudal. El feudalismo fue la época de los guerreros cuya vida estaba centrada en su rígido código de conducta y en la lealtad hacia su señor. El *hara-kiri* o suicidio por desentrañamiento fue una práctica que apareció en aquel tiempo.

Las invasiones mongoles

La acentuación de la eficacia militar, hecho que dominó la perspectiva japonesa durante el siglo XIII, fue decisiva. En 1529, los ejércitos mongoles de Gengis Kan, bajo el mando de su nieto Kublai, invadieron China y establecieron la dinastía Yüan. Kublai Kan envió unos delegados a los estados vecinos con la petición de que se sometieran a su gobierno. Los japoneses se opusieron y Kublai trató por dos veces de invadir el país.

En la primera invasión de 1274, los mongoles enviaron una armada de 900 barcos coreanos que transportaban a 25.000 guerreros con la intención de desembarcar en Kakata-Hakata, en la bahía de Kyushu. Hubo una violenta batalla entre los guerreros japoneses y las tropas mongoles que terminó al desencadenarse una fuerte tormenta que obligó a los invasores a reembarcar y huir hacia Corea.

En 1281 enviaron una expedición todavía mayor. Esta vez los mongoles reunieron un ejército de más de 140.000 hombres, transportados en barcos Sung y en embarcaciones coreanas. Mientras tanto, los japoneses levantaron una muralla de piedra a lo largo de toda la bahía de Kakata-Hakata, y cuando los mongoles llegaron tuvo lugar una feroz batalla que duró cerca de dos meses. Por segunda vez, los japoneses se salvaron gracias a un tifón que destruyó a la flota enemiga.

El resurgimiento del budismo

Durante el período Kamakura tuvo lugar un gran resurgimiento del budismo, debido en parte a la situación de disturbios políticos que asolaba al país, y que fomentó un sentimiento general de inseguridad y de especulación acerca de la transitoriedad de la vida. Este sentimiento encontró un apoyo especial en la fe y en el fervor religioso de los guerreros samurai.

En la etapa feudal de los siglos XII y XIII, el budismo dejó de ser un credo filosófico para convertirse en la religión de las clases más humildes, con fuerte ascendencia en la escala social, y la fe budista y sus enseñanzas fueron ampliamente practicadas por las gentes del pueblo.

Surgieron numerosas sectas, y cada una de ellas trató de elaborar un mensaje más simple y directo que las demás. La del *Jodo*, o «Tierra Pura», fue predicada por el monje Honen, cuyas enseñanzas describían el Paraíso como «la tierra pura», al cual sólo podía llegarse si se rechazaba el nombre de Buda. Su discípulo Shinran (1173-1262) simplificó aún más este mensaje, predicando que para asegurar la propia salvación, bastaba con apelar sinceramente a Buda. Por otro lado el monje Ippen (1239-1289) practicó su fe y ganó seguidores a través de cantar y danzar por todo el país; en su opinión un hombre sólo podía salvarse si recitaba continuamente el nombre de Buda.

Otro grupo guiado por el monje Nichiren (1222-1282) depositó su fe en el *Lotus Sutra* y sus seguidores recitaban la frase «Aclamad al Sutra del Loto de la Ley Maravillosa». La simplicidad de sus enseñanzas y la promesa de una fácil salvación atrajeron a la gente del pueblo. Muchas de esas sectas han perdurado hasta nuestros días.

La rama más significativa del budismo, desarrollada en el período Kamakura, fue el Zen, o «Escuela de la Meditación». Esta secta, proveniente de la China de los Sung, resaltaba la importancia de la disci-



Detalle del Genji monogatari *(principios del siglo XII). Este rollo, adornado con pinturas muy elegantes, en el estilo «yamato-e», revela el gusto artístico de la refinada corte de Kioto, dominada por nobles cultos y evolucionados. (Museo Gotô, Tokio.)*

Página anterior, pintura que representa el incendio del palacio Sanjo en 1160. Durante los siglos XI y XII hubo constantes luchas entre clanes hasta que Minamoto restableció la paz en 1184. (Museum of Fine Arts, Boston.)



plina personal y del autocontrol mediante la meditación. Su énfasis en la importancia de la interiorización y en la búsqueda de la propia espiritualidad tuvo una amplia acogida entre la clase guerrera. Cuando el budismo Zen fue introducido en Japón por el monje Eisai, en 1191, se estableció en Kamakura, donde obtuvo rápidamente el apoyo del shogunato.

La etapa medieval

En los primeros años de la Edad Media, los emperadores japoneses trataron de introducir el estilo chino de gobierno, con una burocracia profesional y bien remunerada. Fue entonces que penetraron en el Japón los escritos chinos y las artes, todo ello unido al budismo.

Sin embargo, el sistema de clanes y familias hizo imposible la elección de servidores civiles basada únicamente en sus méritos, y su pago mediante concesiones de tierra en lugar de dinero minaron el poder del Imperio central. En el campo, los grandes propietarios y señores usurparon los ingresos del Estado y los utilizaron para formar cuerpos de caballeros armados. Tales grupos crecieron hasta convertirse, en el siglo XII, en las ricas familias propietarias de arroz. El emperador, su aristocracia cortesana y los grandes monasterios budistas sobrevivieron en Kyoto, pero tuvieron que reconocer el poder del supremo comandante militar o shogun.

El primer gobierno militar cayó en el siglo XIV, dado que las lealtades en las que estaba basado se debilitaron y las invasiones mongoles de Kublai dañaron las finanzas del shogunato. No obstante, tras unos años de guerra, complicados por el intento del emperador para restablecer su autoridad, apareció una nueva familia dominante, los Ashikaga, en 1336, que gobernaron hasta el 1573. Su poder estuvo limitado a sus tierras situadas al este del



mar del Interior, en las que había pocos territorios para distribuir entre sus seguidores y muchos pequeños propietarios locales o *daimyo*, firmemente dispuestos a no dejarse desposeer de sus tierras. Los Ashikaga mantuvieron su autoridad no directamente sobre sus guerreros, o samurai, sino sobre sus jefes, o daimyo, manipulados a través de las alianzas diplomáticas. El futuro estaba en manos de estos ambiciosos daimyo, quienes además absorbieron el resto de ingresos y propiedades imperiales, consolidando sus territorios y fomentando el comercio y la industria. Reclutaron hombres para sus ejércitos entre el campesinado, reemplazando a los costosos cuerpos de caballeros. Tras haber luchado a lo largo de la «época de los estados guerreros», un puñado de familias daimyo apareció triunfadora en el siglo XVI, y una de ellas, los Tokugawa, se convirtió en el tutor feudal de todo Japón en 1603. Los emperadores subsistieron, pero el shogunato Tokugawa gobernó hasta 1867.

El período Ashikaga conoció grandes desórdenes políticos, pero también grandes realizaciones culturales. Los primeros shogunatos buscaron beneficios y prestigio en los tributos de la China de los Ming, y este comercio renovó la influencia china. Los monjes del budismo Zen se

Pintura de un biombo que recuerda la primera misión comercial occidental al Celeste Imperio, en el siglo XVII. Los portugueses fueron los primeros europeos que comerciaron con el Japón, en 1542. Los países de Europa tuvieron mucho interés en intervenir en las transacciones comerciales de los japoneses y el Extremo Oriente. (Musée Guimet, París.)

convirtieron en sabios, eruditos, escritores y artistas de la corte del shogunato y de los centros provinciales. Se importaron muchos modelos artísticos de la China, que pronto fueron igualados por los productos japoneses, tanto en la pintura de paisajes –de acuerdo con la tradición Sung–, como en la arquitectura de los Pabellones de Plata y Oro de Kyoto, y en la jardinería de los grandes monasterios y palacios.

El Zen acentuó la contemplación y comprensión de las armonías con la naturaleza, y propició el amor a lo sencillo, natural e íntimo. Esto se refleja plenamente en las hermosas y bien proporcionadas viviendas, con sus superficies de madera cubiertas de flores, o en la ceremonia del té. La pasión por la belleza aparece también en el hábito de tener un espacio en el que colocar un jarro bellamente decorado o adornado con flores con el fin de poder contemplarlo. Otro hábito renovado, muy popular, fue el unir breves poemas en una serie de secuencias, según la inspiración estética de cada poeta.

Bajo la influencia china se desarrollaron breves narraciones acerca de milagros budistas, que volvieron a adquirir una gran importancia. Este interés por el pasado revitalizó el shintoísmo japonés. El Gran Shinto era adorado en Ise y llegó a ser seguido por asociaciones de fieles de la misma manera que las sectas populares del budismo. La aparición del poder daimyo facilitó aquella recuperación.

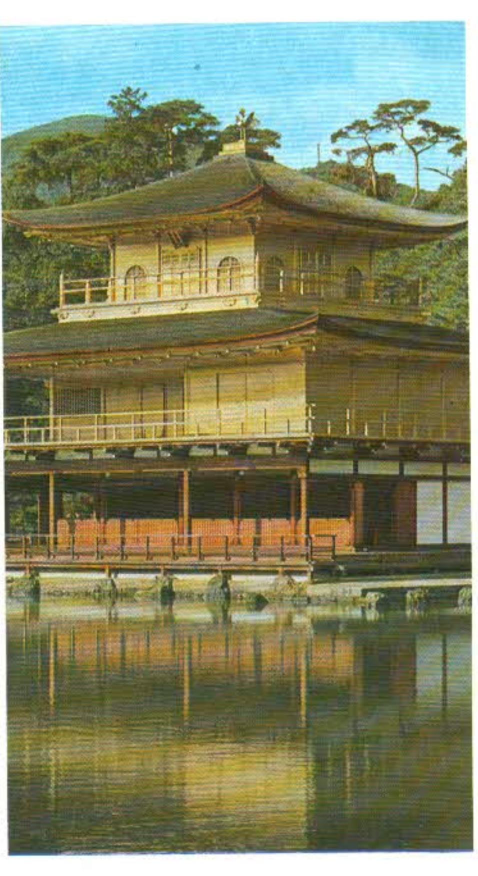
La creciente importancia de los daimyo se fundamentó asimismo en los elementos feudales de la cultura japonesa, como la valentía, el honor y la lealtad a su señor, y el culto a la poderosa espada. Mientras, la poesía popular cantó el surgimiento y la caída de las grandes casas feudales. El budismo Zen sirvió también para que la clase guerrera se autodisciplinara. Y del mismo modo como el código de leyes de Confucio fue superado por el código de Ashikaga, éste último fue reemplazado por las leyes daimyo.

Estas leyes predicaban la lealtad y la sobriedad, y proporcionaron reglas prácticas para defenderse de los espías, manteniendo a las familias en el castillo de su ciudad, atendiendo las quejas e imponiendo los castigos a los culpables y a sus parientes y criados. Todos los esfuerzos estaban destinados a consolidar los dominios de los daimyo y a favorecer la producción y el comercio. Se implantaron nuevos sistemas de regadío así como la doble cosecha, mejorándose las variedades del arroz e incrementándose los beneficios. Se explotaron minas de cobre y plata, y se introdujeron nuevos métodos de fundición. Se construyeron caminos, se mejoraron los puertos ya existentes, y los daimyo buscaron mercados y atrajeron hacia sus castillos a los mejores artesanos y comerciantes. En el oeste, Kyushu tomó parte en el comercio y en la piratería china, y cuando los portugueses llegaron a mediados del siglo XVI, hubo una gran competencia por el comercio. La aceptación del cristianismo, enseñado por jesuitas, fue promovido inicialmente por el deseo de atraer a los portugueses hacia sus puertos, aunque en el transcurso de ese proceso se convirtieron más de 30.000 japoneses, movidos por una profunda fe.

El eficaz gobierno daimyo necesitó consolidar los territorios que previamente habían sido arrebatados a sus propietarios, y a medida que éstos desaparecían los pueblos fueron convirtiéndose en un centro económico. Del mismo modo, a medida que la influencia de los clanes se diluyó, la familia pasó a ser la célula central de la sociedad. Los hombres se convirtieron en seres libres y dejaron de ser siervos, y los pueblos gozaron de autogobierno, siempre que pagaran sus tasas correspondientes. Asimismo, la infantería superó a la caballería.

En los puertos y ciudades surgieron nuevos santuarios budistas o Shinto, cercanos a los castillos daimyo, y en las zonas altas –como en la ruta Tokaido que desde Kyoto se extendía hacia el este– los artesanos y comerciantes se liberaron de





su esclavitud, formando gremios para protegerse contra los impuestos de los daimyo. Estos gremios aseguraban los monopolios locales, y a medida que el uso del dinero se generalizó y el comercio prosperó, aparecieron poderosos e influyentes comerciantes. La provisión de suministros para los ejércitos daimyo y el envío de ofertas a todo Japón desembocó en la formación de importantes grupos de banqueros y prestamistas. En los puertos más importantes, como el de Sakai, situado en la moderna Osaka, se desarrolló una sociedad compuesta por clases medias que impulsaron las nuevas artes, tales como la impresión en color y la novela popular.

La unificación de Japón

El siglo XVI fue una etapa de rápidos cambios, que durante mucho tiempo no se supo dónde conducían. Los mercaderes japoneses comerciaron con China, Indonesia, las islas Filipinas, e incluso con América Latina. El desarrollo de las rutas costeras y la extensión de una cultura común por todo el país favoreció una nueva cohesión. Por otra parte, aparecieron tres hombres que favorecieron la unidad política necesaria.

En primer lugar un daimyo menor, Nobunaga, que luchando astutamente entre 1560 y 1582 extendió su pequeño y estratégico feudo, situado en el golfo de Owari, y lo convirtió en un gran dominio. A continuación, su general Hideyoshi, que desde 1582 a 1598 utilizó la fuerza y las alianzas para extender el control hacia el norte y el oeste. Por último, Leyasu Tokugawa, también general, que derrotó a todos los rivales y se erigió como único dueño, siendo el fundador del linaje Tokugawa.

El poder centralizado pudo haber sido utilizado para la expansión marítima –Hideyoshi invadió dos veces Corea– o para crear una nueva fórmula de nación-estado centralista. Pero en lugar de ello fue empleado para consolidar el feudalismo militar, sustentado en las lealtades y obligaciones personales. El control de los Tokugawa dispersó a los señores feudales hostiles y dio la hegemonía a los más leales. Los funcionarios a su servicio en las principales ciudades, buscaron puestos estratégicos a lo largo de las rutas, prohibieron el movimiento de los samurai que iban del servicio de un daimyo a otro, y supervisaron las alianzas de los daimyo con el fin de asegurarse de que no existiera ninguna posibilidad de rebelión. Al mismo tiempo, el poder militar de las sectas budistas fue eliminado y los campesinos desarmados en una gran «Cacería de Espadas». Cuando la actividad de los misioneros cristianos pareció unirse a ambiciones militares europeas, también la Iglesia fue perseguida y destruida. Nuevas leyes definieron rígidamente el papel de los señores, de los guerreros y de los campesinos, y finalmente todas las conexiones con el mundo exterior fueron cortadas. La estabilidad y la unidad se mantuvieron férreamente, aunque a costa de dos siglos de aislamiento.

Arriba, izquierda, Kasuga Mandala, *realizado con tinta y colores sobre seda (hacia 1300). Los motivos característicos de la pintura sacra eran los lugares donde se pensaba que podía habitar una divinidad. En el interior del santuario de Kasuga están colocadas las cinco divinidades que lo protegen. El sol que se eleva tras las montañas es el símbolo del Buda Vairocana, el gran sol de la verdad que con su luz inunda el universo. (Academy of Arts, Honolulú.)*

Arriba, derecha, «el pabellón de oro», del Rokuon-ji en Kioto, del período Muromachi (1338-1573). Suntuosa residencia privada, después transformada en monasterio. Debe su nombre a la lámina de oro que recubría enteramente el tercer piso.

Página anterior, fundición de cobre en Japón. La sociedad japonesa era esencialmente campesina y militar, y los artesanos e industriales estaban considerados como gentes del rango inferior.

Índice



